

LA SOCIEDAD DE LOS CANALLAS N°2

A woman with blonde hair styled in an updo, wearing a green and white lace dress with a long green train, is sitting on a dark metal spiral staircase. She is looking down and holding a small object in her hands. The staircase is decorated with white flowers and greenery. The background is a textured wall with more foliage.

*El
Error del
Marqués
Misógino*

VANNY FERRUFINO

© 2024 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

El error del marqués misógino

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota De Autora](#)

[Aliados Del Amor 01 *Libertinos Enamorados*](#)

Sinopsis

Leighton Kilbrenner, marqués de Teingham, está seguro de que no quiere crear vínculo alguno con Colette Sheeran y lo mejor es deshacerse del error que su irresponsable desliz causó. Sin embargo, la pupila de su mejor amigo no piensa de igual manera y por esa razón aceptará la oferta del mismísimo diablo con tal de huir del marqués misógino.

Ella no está dispuesta a renunciar a su hijo, pero sí a su gran amor, un hombre que la considera su peor error.

Prólogo

“Lady Milton lleva muchos meses paseando por Valencia, todo parece indicar que aún no puede aceptar que su adorada sobrina se ha casado con el duque infame. Sin embargo, no es eso lo que llama mi atención, sino que su sobrino, el duque de Carlisle, parece estar a pocos pasos de convertirse en un verdadero canalla

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

14 de junio, 1847

Escocia

«Los partos son demasiado dolorosos», pensó Colette Sheeran mientras recuperaba el aliento y la vitalidad. Después de largas quince horas por fin pudo traer al mundo a su bebé, una dulce niña y la razón por la que huyó de Londres hace más de siete meses. Muchos lo considerarían una imprudencia, era una dama soltera que hace poco acababa de cumplir veinte años, pero para ella fue la mejor decisión que pudo tomar en la vida, aunque eso implicara haberse inmiscuido en toda la locura que rodeaba a su tutor y mejores amigos.

Daphne era lo único que le importaba y por lo que pensaba luchar de ahora en adelante. Toda su vida se había preocupado por el bienestar de los demás, interponiendo a cualquiera por encima de sus propias necesidades, pero ahora todo sería diferente porque tenía un motivo, una razón para salir adelante y sentirse dichosa.

«Lo siento, muchachas».

Recordó a sus hermanas pequeñas, Louisa y Harriet, las dos jóvenes por las que había sacrificado muchas cosas a lo largo de su vida y a quienes no pudo traer consigo debido a su complicada situación. Era una mujer inestable, no tenía dinero y pocas personas estarían dispuestas a aceptarla en un puesto de trabajo debido a su aspecto físico. Jamás podría darles una buena vida, menos ahora que representaba un gran escándalo al ser madre soltera, por lo que ellas estaban mejor con su tutor, el duque de Saint Albans.

Ewan Lockhart las cuidaría correctamente y buscaría buenos maridos para ellas, aunque si sus cálculos no fallaban, a estas alturas Louisa tendría que estar casada con el hombre que la arruinó.

—El padre de Daphne —pensó en voz alta, odiando que los ojos le ardieran.

«Cumplí con mi parte del trato y ahora tú debes cumplir con la tuya», las palabras del marqués de Teingham retumbaron en su cabeza y su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno al recordar que, a diferencia del marqués, ella no cumplió su palabra y siguió con su embarazo a pesar de que su bebé no era una hija deseada.

Ella simplemente se encargó de que Teingham anunciara su interés de desposar a su hermana para así salir huyendo sin previo aviso el mismo día de la boda de su tutor.

Jugó sucio y lo sabía, prácticamente se encargó de atraparlo, pero era lo menos que ese hombre podía hacer por su persona si se consideraba que tomó su virtud sin intención alguna de hacerse responsable.

«Eso no es verdad», afirmó una irritante vocecilla y la garganta se le cerró.

«Iremos a Escocia y a nuestro regreso te llevaré con el doctor».

Teingham consideró la idea de casarse con ella, pero nunca se planteó la opción de aceptar a su bebé, por lo que Colette decidió que lo mejor sería dejarlo atrás y seguir con su vida lejos de la nobleza inglesa y todo aquel que pudiera hacerle daño a su pequeña. Si bien sólo llegó a garantizar el matrimonio de Louisa, tenía la fe de que en tres años Harriet sería más hábil para encontrar un marido o, como su soñadora hermana lo denominaba, al amor de su vida.

Teingham y Louisa.

El padre de su hija, el hombre del que se enamoró y el cual la rechazó vilmente estaba casado con su pequeña hermana.

La visión se le cristalizó y se detestó a sí misma por no poder odiar a Leighton Kilbrenner. Lo cierto era que ni siquiera podía culparlo por elegir a cualquier otra mujer porque ella era la abominación Sheeran, la mujer que nadie tomaría en cuenta como esposa porque siempre escondía su aspecto bajo horribles vestidos holgados y velos a juego.

Acarició su mejilla derecha con timidez y sus dedos rozaron la larga cicatriz que empezaba en la mitad de su mejilla y seguía un largo camino hacia su mentón. Como de costumbre, el rechazo se instaló en su pecho y apartó la mano de su rostro con rapidez.

Le costaba aceptar su aspecto, durante quince años no fue más que la belleza de la familia Sheeran y luego la desgracia cayó sobre su rostro convirtiéndola en la vergüenza de todos sus allegados. Cubrir su figura, piel, cabello y rostro era la única manera de evitar los comentarios más crueles, mas no de evadirlos por completo.

Ni siquiera su tutor se salvó de ser juzgado por tener una pupila tan defectuosa como ella y Colette aún no podía entender por qué en vez de pasar desapercibida siempre lograba llamar la atención a donde quiera que fuera.

«Incluso tapada de la cabeza a los pies, él se fijó en mí».

Jamás podría entender por qué Teingham se fijó en ella hasta el punto de arruinarla para los demás hombres y sabotear la propuesta matrimonial del barón de Zouche, otro noble que terminó fijándose en ella y al cual tal vez nunca debió rechazar.

Se percató de que esos pensamientos no le sentaban nada bien y se frotó la frente con cansancio. Esto era una locura, llevaba ocho meses sin saber del marqués, pero le resultaba simplemente imposible sacárselo de la cabeza.

«Si me entero que seguiste con el embarazo, tú y este bebé lamentarán su mísera existencia».

—Le tengo miedo —admitió con la voz en un hilo y una lágrima se deslizó por su mejilla—. No quiero que vuelva a mi vida y conozca a Daphne.

Leighton era conocido como el marqués misógino y sentía un odio irracional hacia las mujeres, por lo que estaba bastante segura de que no le haría nada de gracia saber que tuvo una niña.

Colette sabía mejor que nadie cómo era vivir junto a un padre que no te amaba y la clara prueba de ello estaba plasmada en su mejilla derecha, por lo que no podía permitir que su hija corriera con la misma suerte. Daphne y Teingham no podían encontrarse, debía alejar a su hija de Londres tanto como le fuera posible.

La puerta de su dormitorio se abrió y la inquietud la invadió al ver que la criada no traía consigo a su bebé.

—¿Y mi hija?

Llevaba mucho tiempo sin saber de ella, ¿por qué no le dejaban verla?

La criada le sonrió con timidez y todo su mundo se sacudió cuando el hombre de porte alto e imponente se adentró a su habitación con su bebé en brazos. Era tan grande que una de sus manos era más que suficiente para acoger a Daphne.

Llevaba tanto tiempo sin verlo que se había olvidado completamente de él.

«Fui una tonta, no estoy aquí por su generosidad, sino para su beneficio».

El susodicho se dio unos segundos para apreciarla en silencio, dado que nunca la había visto sin el velo puesto ni mucho menos con el cabello en libertad, y luego miró a su bebé con interés.

—Ahora entiendo el cabello rubio —musitó en voz baja y acarició la mejilla de su pequeña, generándole una gran inquietud en el pecho. Si de algo estaba segura era de que ese individuo no era devoto de los niños ni de nadie—. ¿Quién lo diría? El primogénito del marqués misógino es una niña —se mofó y Colette se sentó sobre su lugar con esfuerzo.

—¿A qué vino? —preguntó con dureza, decidida a todo con tal de proteger a su hija.

—Es mi casa —respondió con obviedad—, puedo venir cuando quiera.

—¿Vino a burlarse?

—Estás siendo muy dura conmigo —añadió con indiferencia, su descaro no lo había fastidiado en lo absoluto—, ¿acaso olvidaste que fui tu salvador?

—¿Lo eres, su excelencia? —inquirió en tono mordaz, provocando que el duque de Carlisle alzara las cejas con sorpresa y algo más.

Lo sentía por él, pero ya no era la misma jovenzuela que sacó de Saint Albans House, ahora era una mujer dispuesta a todo con tal de resguardar el bienestar de su hija.

—Veo que tienes coraje. —Centró su atención en Daphne—. Esta niña trajo algo bueno a tu vida. —Se la cedió a la criada—. Entrégasela a su madre y luego abandona la habitación.

Cuando Carlisle la rescató y sacó de Saint Albans House, él lo hizo sin brindar explicación alguna y eso no cambió en Escocia, puesto que el hombre sólo la dejó en su casa bajo el cuidado de todo su personal de confianza, pidiendo que se lo mandara a buscar cuando el bebé naciera.

Ahora él estaba ahí y ella quería saber qué era lo que se traía entre manos.

La visión se le cristalizó cuando Daphne llegó a sus brazos y por varios minutos se olvidó de todo lo que estaba a su alrededor. Era una niña preciosa y se parecía a ella, o al menos eso le decían sus cabellos rubios y piel pálida.

—Eres preciosa —la voz se le quebró y besó su pequeña frente con ternura.

—Lo es. —La voz del duque bajó una octava y Colette sintió un escalofrío en la espina dorsal al recordar su presencia, ese hombre no la dejaría tranquila hasta obtener lo que quería.

Aferró a Daphne contra su pecho y lo buscó con la mirada.

—¿A qué vino? —esta vez su voz fue más amable y serena.

—Ha sido interesante mantenerte aquí, pero es momento de que salgas de tu escondite.

—¿Qué? —lo miró con horror—. Es imposible, si salgo todo el mundo me reconocerá y...

—Dejarás tus estúpidos atuendos de lado de la misma manera que lo hiciste durante tu embarazo —aseveró, helándole las venas, y negó con la cabeza—. No existe mejor disfraz que tu verdadero aspecto. —La compresión la golpeó con fuerza y empezó a respirar con dificultad, quizá el duque tenía razón y nadie podría reconocerla, pero independientemente de eso, abrirse mundo siendo mujer no era algo sencillo—. Tu hija necesita una vida, no puedes pretender que ambas se queden encerradas en esta casa para siempre.

—No tengo dinero —admitió con vergüenza—. Yo...

—Quiero presentarte a alguien —se encaminó hacia la puerta de su habitación—. Una vez que te encuentres en mejor estado te mudarás con ella y la ayudarás en su negocio.

—¿Cómo dice? —la voz le tembló, no era buena lidiando con personas nuevas.

En ese momento una mujer adulta de contextura delgada y cabellera rubia ingresó a su dormitorio, generándole una extraña inquietud en el pecho. Era hermosa y elegante, pero no la conocía.

—Lady Sheeran —Carlisle captó su atención—, le presento a Helen Kilbrenner, la mujer que huyó con su amante y abandonó al difunto abuelo de tu hija hace más de diez años.

Cometió un terrible error al aceptar la ayuda de Carlisle, debió suponer desde un principio que su única intención era arruinar la vida de los amigos de Saint Albans como medio de venganza por haberle escondido a la mujer que amaba y su hijo.

Capítulo 1

"Un miembro de La sociedad de los canallas abandona la soltería, damas y caballeros, y todo para contraer nupcias con la misteriosa hermana del vizconde de Aberdeen. Me pregunto si estos solteros tan poco cotizados empezarán a ser cazados uno a uno durante la siguiente temporada
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

10 de enero, 1846

Escocia

Las fiestas navideñas en la casa de Kornmack McDougall, duque de Argyll, estaban resultando más entretenidas de lo esperado para Leighton y no precisamente porque ahora su amigo fuera malditamente rico y contara con todas las comodidades del mundo gracias a la dote de su joven y hermosa esposa —que por cierto era de cincuenta mil libras—, sino porque el escocés no se veía nada cómodo junto a su asustadiza y muy delicada adquisición.

Pero ¿importaba?

Lady Raphaella había cumplido la única función que se le fue asignada: sacar a su esposo de la quiebra. El duque de Argyll no quería un heredero y eso dejaba a la dama libre de cualquier otra obligación para con su esposo.

—¿En qué piensas? —Ewan enderezó su taco y observó la mesa de billar con total concentración—. ¿Quieres volver a Londres?, ¿te pareció aburrido compartir las fiestas con dos parejas recién casadas?

Leighton torció los labios con disgusto, odiaba los matrimonios porque consideraba que todo dentro de esa unión era una farsa, pero debía admitir que los vizcondes de Aberdeen eran de su agrado. Nunca se imaginó que la hermana de Kornmack terminaría casada con un hombre como el vizconde. Si bien Euphemia era hermosa, él jamás podría pasar por alto su sordera, pero suponía que la razón por la que Aberdeen la escogió siempre sería un misterio para él, puesto que dicha fémina ni siquiera tenía una dote que ofrecer.

A veces los hombres eran idiotas cuando estaban cegados por el amor.

—Tengo entendido que en un mes mandarás a buscar a tus pupilas —comentó de pronto, analizando el juego con indiferencia.

—Así es, por un momento creí que casaría a Kornmack con la mayor, pero al final de todo él eligió a lady Raphaella.

—¿Él te pidió su mano en matrimonio? —curioseó.

—Estaba arruinado y necesitaba una heredera —se encogió de hombros—, Colette Sheeran

posee una dote de veinticinco mil libras y un tutor que quiere deshacerse de ella a toda costa.

Se cruzó de brazos, pensativo.

—Aberdeen, Hunt y ningún padre o hermano que ame a la mujer que esté bajo su cuidado me consideraría un buen partido. —Ewan asintió, otorgándole toda la razón—. Soy el marqués misógino, no tengo intención alguna de amar a ninguna mujer.

—Lo sé.

—Pero necesito el dinero, Ewan. —En ese momento su amigo de cabellera rubia y ojos oscuros comprendió su mensaje y lo buscó con la mirada—. Otórgame la mano de Colette Sheeran en matrimonio.

—Ni siquiera la conoces —comentó ceñudo y dejó su taco de lado—. Su dote tiene diez mil libras más que las de sus pequeñas hermanas, ¿no crees que eso puede deberse a un gran defecto?

—No tengo planeado tener hijos ni apreciar a mi futura marquesa. —Porque él mejor que nadie sabía lo malagradecidas que podían llegar a ser las mujeres, puesto que vivió en carne propia como su madre lo abandonó cuando más la necesitaba y lo dejó bajo el cuidado de su miserable padre con tal de irse con su amante—. Puedo atenerme a cualquier situación, sólo tendré que compartir una noche junto a ella para validar todo.

Ewan meditó su respuesta con mucho cuidado.

—Quiero creer que tú nunca ejercerás violencia sobre mi pupila.

Claro que no lo haría y le resultaba ofensivo que pensara de esa manera, pero incluso así le causó algo de gracia su actitud.

—¿Por qué te preocupa? Es una extraña.

—Dejará de serlo cuando conviva conmigo —lo miró con recelo—, sabes que las mujeres indefensas son mi punto débil.

No pudo evitarlo y se rio por lo alto.

—En realidad tu punto débil es Gillian —aclaró y su amigo lo miró con dureza—. Es tu hermana, siempre será tu debilidad. —Más cuando la joven fue abandonada por su padre después de nacer, dado que el duque sólo reconoció al rubio como a su hijo legítimo.

—No negaré que ella me importa mucho, pero sabes que jamás permitiré que alguien abuse de una mujer que esté bajo mi cuidado.

—Oh, sí, como olvidar que el duque infame fue quien ayudó a lady Aberdeen a llegar con su hermano —ironizó—. Sólo la querías hacer tu amante porque en ese momento no sabías que era la hermana de Kornmack.

—Cállate —siseó sonrojado—, es normal que lo haya considerado, es una dama hermosa y dulce, ¿por qué no brindarle algo de protección?

—Te enamoras muy fácil —chasqueó la lengua y ladeó el rostro con desaprobación—. Te sugiero que me des la mano de tu pupila ahora porque quién sabe y terminas considerando la

idea de desposarla tú mismo —bromeó.

—Se nota que la desesperación no te tiene tranquilo —jugó con él y Leighton tragó con fuerza—. ¿Tu tía ya no quiere ayudarte?

Agatha Kilbrenner era lo más cercano a una madre que tenía y gracias a los santos lo adoraba a pesar de todos los dolores de cabeza que solía brindarle. No obstante, era evidente que ella estaba aburrida de malgastar su fortuna en su sobrino, más si se consideraba que todas sus deudas eran debido al juego y las mujeres.

—Preferiría dejar de fastidiarla.

—Si me prometes que honrarás a mi pupila y nunca la lastimarás de ninguna manera, te cederé su mano en matrimonio.

—¿Quieres que le sea fiel?

—Quiero que seas discreto —aclaró—. Ni siquiera la conocemos, es muy probable que sea una mujer poco agraciada y no te guste, por lo que nunca te sometería a algo así.

La piel se le erizó de sólo pensar en el aspecto que esa mujer podría tener y tragó con fuerza.

—Empecemos por un cortejo —lo pensó mejor, no estaba tan desesperado como para hacer algo tan estúpido.

—Es una excelente idea —acotó Ewan con mayor tranquilidad—. Si te soy sincero, lo último que quisiera es que una de mis pupilas arruine nuestra amistad.

—Por favor —bufó con incredulidad—, ninguna mujer es lo suficientemente valiosa como para que la posicione por encima de mis amigos.

Sus amigos lo eran todo para él, por lo que difícilmente una fémina lo llevaría a entrar en conflicto con ellos.

—Te pido que seas cuidadoso a la hora de referirte a mis pupilas, si bien no las conozco y tampoco son mis allegadas, no quiero que les falte al respeto.

Leighton evitó rodar los ojos con aburrimiento, si su amigo no casaba a esas jóvenes al primer mes, encontrarles esposo no sería nada sencillo, puesto que él empezaría a desear buenos partidos para ellas.

—¿Tienes noticias de Carlisle? —inquirió con cautela, recordando que el duque les había declarado una guerra abierta debido a que Ewan escondió a Gillian, y el rubio negó con la cabeza.

—Ha estado distante, supongo que debe estar buscando la manera de restaurar la reputación de su adorada hermana. Después del desplante de Aberdeen, lady Briseida Milton apunta a ser todo un fracaso social, es el segundo hombre que la rechaza en un año.

—Una lástima, podrá ser una Milton y un temple andante, pero nadie puede negar que la reina de hielo es toda una belleza. —Ewan no le dio una respuesta, pero sujetó el taco una vez más para centrarse en el juego—. ¿Y si trato de atraparla? Su dote es de veinticinco mil libras.

—¿Quieres ser familia de Carlisle? —preguntó con sorna y Leighton palideció.

—Dios me libre. —Hizo lo mismo que su amigo y negó con la cabeza—. Siento pena por el hombre que termine desposando a esa mujer.

—Supongo que será alguien tan estirado y aburrido como ellos —acotó su amigo, entretenido.

—Si Carlisle estará muy ocupado con su hermana en la siguiente temporada, eso quiere decir que el embarazo de Gillian será tranquilo.

La sonrisa de Ewan desapareció y el siguiente tiro resultó un desastre.

—Nunca debí apoyar su absurda idea de ser actriz —escupió con desprecio—, debí adentrarla en sociedad, lidiar con las habladurías de ser necesario. Es la hija de un duque y merecía un lugar entre la nobleza inglesa.

—Puede que tengas razón, pero Gillian nunca quiso algo así en su vida.

—Pero terminó enredándose con el peor hombre, Leighton —gruñó—, ¿qué futuro puedo ofrecerle a mi hermana cuando en unos meses dará a luz al bastardo de Carlisle?

Era verdad, Gillian estaba arruinada, ella jamás sería una dama bien recibida en sociedad y no era como si Carlisle fuera a permitirlo, puesto que su familia llevaba años cuidando su excelente reputación y ahora ella representaba una amenaza para los Milton.

—¿Tienes noticias de ella?

—Sólo me escribe lo necesario y al parecer su embarazo está marchando a la perfección.

Jamás entendería cómo una mujer tan dulce e inocente terminó enredándose con un hombre tan soberbio como Carlisle. Si era sincero, ni siquiera comprendía cómo llegaron a coincidir y no era como si la hermana de Ewan estuviera muy dispuesta a hablar sobre el tema, ella era demasiado recelosa.

—¿Y si le dices la verdad? —sugirió de pronto y su amigo se tensó—. Carlisle cree que son amantes y el bebé que está esperando es tuyo, quizás si supiera que es tu hermana...

—No, eso lo empeorará todo —musitó con voz débil—. Él traicionó nuestra amistad cuando descubrió que soy un bastardo, ¿quién me garantiza que no buscará la manera de hundir a Gillian?

Era verdad, el duque soberbio era un hombre en el cual no se podía confiar.

—Espero puedas casar a tus pupilas lo antes posible —desvió el tema de manera oportuna, no quería acabar con el buen humor de Ewan—. Si no te libras de ellas ahora, durante los siguientes años tendrás severos problemas de faldas.

Apenas iban unos meses y Ewan ya estaba a cargo de cuatro mujeres. Si su amigo tenía algo de suerte, sus pupilas serían tres valiosos diamantes y estarían listas para ser entregadas en matrimonio.

«Y de ser así, yo me aseguraría mis veinticinco mil libras con bastante facilidad».

Capítulo 2

*“Las pupilas del duque de Saint Albans han llegado a Londres y les puedo asegurar que son personajes fuera de serie, todo parece indicar que el duque infame acaba de heredar algo así como tres solteronas
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

15 de febrero, 1846

Londres

A sus diecinueve años de edad, Colette ya estaba lo suficientemente capacitada como para lidiar con el mal carácter de Louisa, quien con diecisiete años era toda una rebelde sin causa, y comprender a la frágil, soñadora y pequeña Harriet; no obstante, debía admitir que este viaje estaba resultando un verdadero dolor de cabeza.

—Ni siquiera se molestó en venir a vernos —farfulló Louisa, apreciando la ciudad por la ventanilla del carruaje, y Colette pudo captar su nerviosismo al ver como se mordía el labio inferior a cada nuevo segundo. Decidió tenerle paciencia, después de todo estaban enfrentando un gran cambio y pedirle que cerrara la boca podría generar más problemas que paz en el carruaje—. ¿Quién se cree para sacarnos de nuestro hogar de un día para otro?

Al menos el administrador de su tutor estaba efectuando el viaje en otro carruaje. Sintió algo de envidia por el hombre, ¿qué tal si sugería un cambio y se iba a charlar con él?

Llevaba once horas de viaje escuchando como su hermana de en medio no hacía más que quejarse y renegar para el duque de Saint Albans, y mentiría si dijera que no era agotador.

—Nuestro tutor —respondió la joven de catorce años, apartando la vista de su novela romántica con molestia—. ¿Podrías dejar de hablar por al menos cinco minutos? No me permites seguir con mi lectura.

Harriet y Louisa compartían un parecido físico asombroso, ambas eran muy guapas, de ojos oscuros y poseían espesas cabelleras castañas. Sin embargo, sus personalidades eran muy diferentes y eso las hacía más propensas a tener muchas discusiones entre sí.

Cuando se convirtió en la cabeza de la familia hace tres años, no le resultó nada sencillo lidiar con sus personalidades tan peculiares, pero al menos, con el pasar de los años, ambas aceptaron su rol autoritario y aprendieron a respetar y seguir sus decisiones porque reconocían que era la hermana más sensata.

—No entiendo por qué el duque de Saint Albans te cae tan mal, Louisa —expresó con parsimonia—, debo recordarte que el tutor que nos ignoró todo este tiempo fue el antiguo duque.

—Lo que quería decir que ahora irían a parar a manos del hijo de su difunta tía.

En ocasiones como estas, el velo que siempre llevaba consigo era una excelente barrera para esconder su semblante. No quería que sus hermanas supieran que al igual que ellas, estaba muerta de miedo ante el gran cambio que se avecinaba.

—Ahora estaremos bajo el cuidado de Ewan Lockhart, su hijo.

Esperaba, de todo corazón, que ese hombre fuera generoso y no pretendiera abusar de su poder.

—Él también tardó un año en buscarnos —acotó Harriet, pensativa.

Lo dejaría pasar por alto porque su tutor aún era joven, no debió ser fácil para él saber que tendría que hacerse cargo de tres jóvenes en edad casadera.

—Tengo entendido que lo llaman el duque infame —musitó Louisa con cierta inquietud—, ¿creen que sea un hombre violento?

Las tres hermanas se estremecieron de solo pensarlo, recordando todos los abusos que sufrieron a manos de su difunto padre, y Colette negó rápidamente con la cabeza.

—No lo será —zanjó con determinación, tratando de ser positiva—. Y si llega a serlo, huiremos y volveremos con los Cannon.

Sus vecinos les habían dicho que las puertas de su casa siempre estarían abiertas para ellas.

—¿Él sabe algo de nosotras? —inquirió Harriet, mirando a su hermana mayor con interés—. ¿Está al tanto que vives bajo la protección de un velo y escondes tu cuerpo y cabellera con tanto ahínco?

Colette empuñó las manos con nerviosismo y negó lentamente con la cabeza.

—Me temo que no, no me he atrevido a comentarle nada al respecto en las pocas cartas que compartimos.

Louisa se cruzó de brazos con un gesto enfurruñado.

—En su última carta dijo que nos casaría esta misma temporada, está muy confiado de nuestros aspectos y nuestras dotes.

Según tenía entendido, el marqués de Teingham estaba interesado en iniciar un cortejo debido a su cuantiosa dote de veinticinco mil libras. Suponía que sólo era cuestión de tiempo para que el noble diera marcha atrás, ella nunca sería considerada un buen partido ni con cincuenta mil libras de dote.

Cuando llegaron a Saint Albans House, Colette sólo necesitó diez segundos frente a su tutor para comprender que acababa de echar a perder todos sus planes. El apuesto rubio tenía los ojos abiertos de par en par y la miraba como si se tratase de una aparición. Por supuesto, su estado de incredulidad fue breve, pero ella sí que pudo percibir su rechazo y sorpresa.

Esto era humillante y por esa razón odiaba conocer personas nuevas, todos la rechazaban con una simple mirada.

—Nadie me habló de esto —musitó el duque, pasando sus largos dedos enguantados por su cabellera rubia, y Colette ladeó el rostro, consternada. No se veía hastiado, pero sí preocupado—. ¿Por qué no me lo dijiste, Villin?

El duque miró a su administrador con claros deseos de asesinarlo.

—Yo... yo... —El hombre adulto que frecuentó su casa en los últimos meses se puso tan rojo como una cereza y Colette se vio obligada a intervenir.

—Sé que debería mantenerme callada en una conversación de hombres, pero con todo el respeto que se merece, su excelencia, fui yo quien nunca recibió a su administrador personalmente. El señor Villin no tiene la culpa de nada.

Los ojos oscuros de su tutor se posaron en ella con interés y Colette agradeció que el velo fuera una gran barrera entre ellos, no quería que él descubriera lo asustada que se sentía.

—¿No te quitas el velo nunca, milady?

Ella negó con la cabeza y Saint Albans torció los labios con disgusto.

—Leighton va a matarme —susurró para sí mismo, pero llegó a escucharlo con claridad.

—Si se refiere al marqués de Teingham —dijo de pronto, haciéndolo respingar—, no tiene de qué preocuparse, sabía que pasaría esto. —Lo vio relajarse, pero el hombre se mantuvo a la defensiva.

—Puedes retirarte, Villin.

El administrador ya había cumplido con su trabajo y dejó a las tres jóvenes en el despacho junto al duque.

—Creo que estoy siendo algo grosero con ustedes —dijo de pronto y les indicó los asientos que estaban frente a su escritorio—, soy nuevo en esto de responsabilizarme por alguien más que no sea yo —espetó con sorna y supo que su tutor no sería alguien fácil de tratar.

Se veía muy despreocupado para su propio bien.

—Si gusta puede olvidarse de nosotras y regresarnos a nuestro hogar.

Colette jadeó al oír las palabras de Louisa y le dio un suave golpe en el brazo, al tiempo que Saint Albans enarcaba una ceja, entretenido.

—¿Y olvidar mi obligación para con ustedes? —Al menos no estaba molesto—. Soy el duque infame, pero mi desfachatez no llega a ese punto, menos si se trata de tres jóvenes hermosas.

Rodó los ojos con aburrimiento, comprendía que con veintisiete años era normal que el duque fuera un coqueto de primera, pero dudaba mucho que Louisa estuviera interesada y Harriet... bueno, ella sólo era una niña.

—Dile algo, Colette —siseó Louisa y ella tragó con fuerza al tiempo que Saint Albans le prestaba su atención.

—¿Quieres decirme algo? —ironizó.

—¿No puede otorgarnos la emancipación? —El hombre abrió los ojos con sorpresa—. Sé que

mis hermanas son menores de edad, pero yo puedo encargarme de ellas y cuidar su dinero, tengo experiencia en los negocios porque solía trabajar con mi padre y...

—No, no puedo —zanjó y miró a Harriet—. Tengo la leve sospecha de que eres la joven que menos problemas me brindará.

Su hermana se ruborizó y Saint Albans les regaló una sonrisa generosa. No era un mal hombre, pero incluso así no estaba segura de querer permanecer bajo su cuidado.

—A partir de ahora son mi responsabilidad y no planeo dejarlas a su suerte como lo hizo mi difunto padre, por lo que creo que no nos queda más opción que aprender a convivir juntos y poner de nuestra parte para que su primera temporada sea ventajosa y no una pérdida total. —Si las miradas mataran, Louisa habría sido acusada de cometer su primer crimen—. Louisa, querida, sólo piensa que cada una de tus acciones no sólo te perjudicarán a ti, sino al futuro de Harriet.

Saint Albans no era idiota y al parecer acababa de darse cuenta qué hermana sería más difícil de tratar.

—Su excelencia... —intentó intervenir, pero con una escueta sonrisa él le pidió que guardara silencio.

—El ama de llaves y sus respectivas doncellas las están esperando en el recibidor para guiarlas a sus dormitorios. Esta noche tendremos una cena con mis allegados, me gustaría que conocieran a un par de personas antes de su debida presentación, y quiero que se comporten de la mejor manera.

—Nunca hemos tratado con lores —admitió rápidamente—, mi padre odiaba su título y nunca lo utilizó.

—Eviten interrumpir a los hombres, hagan todo lo que las mujeres adultas sugieran y —miró a Louisa— trata de guardar silencio la mayor parte de la cena, ¿de acuerdo?

Su hermana enarcó una ceja, desafiando al hombre, y Colette palideció.

¿Por qué tenía la leve sospecha de que acababa de perder todo el poder de autoridad que tenía sobre Louisa?

—¿No hay manera de que te quites el velo? —Su pregunta hizo que la sangre se le congelara y negó lentamente con la cabeza—. Podrías enfrentarte a duras críticas a partir de ahora si lo llevas puesto.

Si se lo quitaba le iría peor, pero no estaba lista para tener ese tipo de conversación con un completo extraño.

—Estoy preparada para todo, su excelencia.

Saint Albans no se mostró conforme con su respuesta, pero finalmente les permitió abandonar su despacho y retirarse a sus nuevos aposentos. Colette se limitó a pedir que le prepararan un baño, pero no dejó que ninguna criada se quedara para ayudarla. No permitiría que nadie en esa casa viera su rostro ni tuviera la potestad de hablar de él con tanta ligereza.

Las cosas estaban saliendo mejor de lo esperado y no precisamente porque Saint Albans fuera un buen hombre, sino porque podía dar por sentado que lord Teingham no intentaría cortejarla ni mucho menos desposarla una vez que descubriera su verdad.

Disfrutó de su baño en silencio, pero en un determinado momento su mano viajó a la mejilla herida y acarició su cicatriz con parsimonia, observando como sus hebras doradas flotaban en el agua, y se preguntó cómo habría sido su vida ahora si su padre nunca hubiera arruinado su hermoso rostro.

Sonrió con amargura, ¿qué caso tenía pensar en el pasado?

Su rostro nunca cambiaría y por ende su presente seguiría siendo el mismo hasta el último día de su vida. Lo único que le quedaba era luchar para que sus hermanas formaran buenos matrimonios y esperar a cumplir la mayoría de edad para que Saint Albans le entregara su dote y ella pudiera retomar su pacífica y solitaria vida en el campo.

No pretendía interferir en los matrimonios de sus pequeñas hermanas.

Colette no tenía ropa llamativa, a decir verdad, en los últimos años había dejado los colores pasteles de lado para centrarse en la ropa gris y oscura, todo con el fin de pasar inadvertida, por lo que eligió su vestido verde oscuro para la cena de esta noche y empezó a vestirse en silencio.

No requería de la ayuda de nadie, sus prendas eran sueltas y por ende no había necesidad de presionar su corsé con demasiada fuerza, como tampoco de elaborar un peinado porque ella escondía sus cabellos bajo una cofia del mismo tono de su vestido que cubría todo su cuero cabelludo.

Escuchó como los cascos de unos caballos se hacían cada vez más cercanos y empezó a temblar sin control alguno. El conocer gente nueva era un suceso que odiaba vivir, pero ahora que se había mudado a Londres no podía evitarlo.

«Debo ser fuerte».

Sería juzgada, no le cabía la menor duda de ello, pero estaba abierta a recibir a nuevas personas en su vida siempre y cuando ellos le demostraran que merecían la pena.

Una criada fue a buscarla para anunciarle que sus hermanas estaban listas y su tutor las estaba esperando en el salón de té junto al marqués de Teingham. Esa noticia la puso más tensa de lo esperado, lo más probable era que ese hombre ya estuviera al tanto de la situación, pero de todas formas le habría encantado encontrarse con él junto a todos los invitados y no de esa manera.

«No hay marcha atrás».

Se unió a sus hermanas, quienes llevaban lindos e inocentes vestidos color marfil, y se posicionó detrás de ellas para seguir sus pasos y vigilar sus posturas. Quizá ella sería descartada, pero el marqués aún era libre de elegir entre Louisa y Harriet.

Torció los labios con disgusto, si era sincera, prefería que Harriet se casara dentro de unos cinco años, pero suponía que Saint Albans no tenía intención alguna de ser paciente con ellas.

El mayordomo anunció su presencia y en un principio ella ingresó con la mirada gacha al salón; no obstante, luego recordó que su rostro ya estaba escondido detrás de un velo y se armó de valor para encarar al primer visitante de la noche.

Todo su cuerpo se estremeció cuando sus ojos se posaron en el castaño que estaba junto al duque de Saint Albans. Él era delgado, pero era evidente que practicaba algún deporte porque contaba con la musculatura apropiada como para llamar la atención. Su porte era envidiable y llamativo, nunca antes había visto un rostro tan varonil y atractivo. No podía decir que su belleza era sutil y delicada como la de su tutor, puesto que su nariz aguileña era más larga de lo normal y su rostro era anguloso y afinado, pero incluso así, le parecía un hombre fascinante.

La garganta se le cerró, no debería sentirse atraída por ningún hombre, menos si ese hombre era tan diferente a su antiguo prometido, ¿qué diantres tenía en la cabeza?

—Les presento a Leighton Kilbrenner, el marqués de Teingham y mi mejor amigo. —La boca se le hizo agua, pero todo su cuerpo se sacudió cuando los ojos ambarinos se posaron en ellas con desdén.

«Tal vez es hermoso, pero no es una buena persona», dedujo con prontitud y cuadró los hombros con valentía.

—Teingham, ellas son Colette, Louisa y Harriet Sheeran.

—Miladies —las saludó con propiedad y se dispuso a besar el dorso de sus manos.

Colette respingó, al igual que él, cuando sus manos se encontraron y no le pasó por alto lo rápido y tajante que fue a la hora de dirigirse a ella.

¿Pensaría que haría un berrinche por el cambio de planes?

Sonrió con diversión, si ese hombre supiera que dejó ir al amor de su vida en silencio, tragando su propio dolor al saberse abandonada en una situación tan difícil con tal de verlo feliz, no se preocuparía por su sola existencia.

Ella sería incapaz de obligarlo a hacer algo que no quería.

—Es un placer tenerlas en Londres, estoy seguro de que la temporada será más interesante con ustedes en la ciudad.

¿Era impresión suya o se estaba burlando de ellas?

—Muchas gracias, milord —respondió con elegancia, dado que sus hermanas no estaban cómodas con su presencia, y agradeció que a los pocos minutos el vizconde de Hunt hiciera acto de presencia junto a su hermana menor, lady Delphina Grayson, al parecer ella también sería presentada en sociedad este año.

El vizconde le pareció un hombre agradable, pero serio y directo, lo cual le dio a entender que a él no le importaba en lo más mínimo que ella fuera tan extraña, y gracias a los santos a su hermana tampoco.

Sin embargo, la llegada de Agatha Kilbrenner, la tía del marqués, fue un gran detonante para

que avistara un poco de lo que viviría en Londres.

Ellas no serían bienvenidas en los salones de baile.

Una vez que la cena terminó, Colette aprovechó que los hombres fueron a fumar y beber un poco para huir hacia el jardín y recorrer el lugar bajo la protección de la noche. No era justo que hubiera abandonado a sus hermanas con una mujer tan desagradable como lady Kilbrenner, pero ella se creía incapaz de seguir escuchando a esa mujer.

Se adentró por un camino de setos y sonrió encantada al encontrarse con la fuente principal de la casa, debía admitir que su nuevo hogar era simplemente fascinante. Se sentó en el borde de la fuente con cansancio.

¿Por qué tenía la leve sospecha de que su vida estaba a punto de cambiar en escalas alarmantes?

«Si algo llega a suceder, no dudes en escribirnos, nosotros siempre cuidaremos de ustedes», recordó las palabras de la madre de George y la visión se le cristalizó.

Le habría encantado ser parte de la familia Cannon, pero ella dejó de ser suficiente para George cuando su rostro quedó marcado.

Sus padres estaban muertos y para todos los habitantes de Colchester sus muertes fueron a causa de un horrible accidente en carretera; no obstante, tanto sus hermanas como la familia Cannon, sus vecinos de toda la vida, sabían que eso no era verdad. El entierro tenía poca afluencia, pero incluso así, Colette Sheeran, hija mayor de la difunta pareja, se encontraba a varios metros de distancia escondida detrás de un árbol, acariciando la gaza que cubría gran parte de su mejilla derecha.

Inhaló profundamente y evitó sollozar, mover el rostro le generaba un gran dolor en su herida, por lo que lo mejor sería llorar en silencio y contener su impotencia.

Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos y ella aún podía escuchar los gritos de su madre pidiendo ayuda y los de sus hermanas abandonando su hogar para ir en busca de la misma.

Su padre, Jonathan Sheeran, intentó seguir a Louisa y Harriet para impedir que hablaran de su crimen, pero cuando Colette se interpuso en su camino con toda la intención de protegerlas, él sólo dividió la piel de su mejilla derecha e intentó matarla de la misma manera que lo hizo con su madre; sin embargo, la cuchilla no llegó a clavarse en su pecho porque el señor Cannon y su hijo llegaron a tiempo para impedir la desgracia.

Las lágrimas bajaron por sus mejillas y agradeció que los cálidos brazos de su mejor amigo y primer amor la rodearan por detrás.

—Todo estará bien, pajarito —musitó con aspereza y ella empezó a respirar con dificultad.

De no haber sido por George y el señor Bruce, ella estaría muerta.

—Nos dejaron solas y no tengo la menor idea de quién es nuestro nuevo tutor —musitó acongojada, pensando en su pobre madre, una mujer que no era merecedora de este final—. Tengo entendido que se trata de un tío lejano que posee un título nobiliario más alto que el de mi padre.

Ellas tenían dinero, su padre fue un hombre de negocios, pero nunca sintió aprecio por su título de vizconde y por esa razón ellas no sabían nada de Londres y la nobleza inglesa, ¿realmente podrían encajar en ese círculo?

—Creo que cualquier persona es mejor que tu padre, él intentó matarte y habría hecho lo mismo con tus hermanas.

Colette apartó las lágrimas de su rostro y asintió con congoja.

—Me pregunto qué tan miserable fue su vida para creer que la única forma de vivir en paz era acabando con la familia que creó.

Jonathan solía ser un hombre celoso y posesivo, nunca pudo lidiar con la belleza de su esposa, los celos siempre lo llevaban a golpearla y abusar de ella. Las habladurías lo hicieron colapsar y su primera víctima fue su madre, pero al ver que no podría lastimar a sus hijas, él sólo optó por pegarse un tiro y alejarse de su horrible realidad.

Intentó girar sobre su eje para abrazar a su prometido, pero él presionó su abrazo y no se lo permitió.

—Quédate así —le rogó con voz queda y ella vio como los señores Cannon consolaban a sus hermanas.

La pareja vivía en la tierra colindante a su casa desde que tenía uso de razón y por lo mismo sus padres pactaron un acuerdo matrimonial entre George y ella, dado que ambos eran adinerados y bien parecidos, aunque... se llevó la mano a la gaza que reposaba en su mejilla.

—¿No quieres verme? —Utilizó todo su ingenio para mantenerse serena y no derrumbarse ahí mismo.

Él apoyó la frente en su hombro y Colette sonrió con amargura antes de preguntar:

—¿Me quieres?

—Te amo como no tienes idea.

La visión se le cristalizó.

—Vas a dejarme, ¿no es así?

Lo sintió tensarse y no pudo echarle la culpa por nada. La mujer bella y perfecta que él quería tener como esposa ya no existía, en su lugar estaba una fémina defectuosa e insegura.

—Sólo será un viaje por el continente —respondió con nerviosismo y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Tal vez sólo era una joven de dieciséis años sin experiencia ni mucho criterio en la vida, pero estaba bastante segura de que George acababa de romper su compromiso.

—Tengo veintitrés años y todos mis amigos irán, no tomará más de seis meses. —Le estaba mintiendo, ella lo conocía mejor que nadie—. Cuídate. —Besó su coronilla con ternura y Colette escuchó como se alejaba a paso apresurado, como si estuviera huyendo de un horrible monstruo.

«Quizá es justamente lo que está haciendo», pensó con el corazón hecho trizas y se quedó allí, en su escondite, llorando en silencio.

Esa noche los señores Cannon se quedaron con ellas en su hogar y Colette no supo qué pensar al ver a la madre de George en su habitación, la rubia de ojos verdes se veía abatida e incómoda, claramente ya estaba al tanto de la partida de su único hijo y no se sentía orgullosa por eso.

—¿Podemos hablar? —inquirió Alva con suavidad. Colette asintió y regresó la vista al espejo de su tocador—. Lo siento tanto.

—No lo culpo —musitó calmadamente, aunque por dentro gritaba y lloraba con desespero—, soy un monstruo.

Y no tenía la menor idea de lo que vería una vez que le retiraran la gaza.

—¡Eso no es verdad! —jadeó Alva con preocupación y se sentó junto a ella en el pequeño diván—. Tú eres hermosa y posees un gran corazón. —Acarició sus bucles dorados con ternura y luego rozó su mejilla intacta con suavidad—. Si George no vuelve pronto, yo sé que alguien más luchará por tu amor.

—No es cierto —gruñó con enojo y apartó el rostro con rapidez, al tiempo que sujetaba el velo que estuvo confeccionando esa noche—. A partir de ahora no permitiré que nadie más vea lo desagradable que soy.

Si George, el hombre que supuestamente la amaba no pudo aceptarla, ¿qué diablos podía esperar de las demás personas?

—Colette...

—Por favor —rogó con lágrimas en los ojos y la buscó con la mirada—. Déjame sanar mi corazón a mi manera.

Su rostro era el defecto, pero si quería que ningún hombre reparara en ella, tendría que esconderse de la cabeza a los pies, puesto que era muy consciente de la hermosa figura que poseía debido al hecho de que era muy parecida físicamente a su difunta madre.

—Yo te ayudaré en todo lo que necesites, cariño —susurró con tristeza y a partir de ese momento permaneció a su lado como si se tratase de su propia madre.

Como era de esperarse, George nunca regresó ni mucho menos intentó escribirle, por lo que finalmente los señores Cannon se disculparon con ella por el compromiso fallido.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo transcurrió, pero justo cuando consideró la opción de

quitarse un guante para mojar sus dedos en la fuente, la voz masculina le hizo respingar en su lugar.

—Ewan la está buscando, lady Sheeran.

¿Si era su tutor quien la estaba buscando, por qué fue el marqués quien la encontró primero?

—Estaba a punto de regresar al salón —susurró con nerviosismo y no le gustó que él se cruzara de brazos y la estudiara con tanto descaro de la cabeza a los pies.

—¿Qué esconde? —Se tensó—. ¿Alguna quemadura, deformidad o cicatriz?

—No es su problema —respondió tajante, dejando claro que no sería nada amable en cuanto al tema.

Teingham se rio por lo alto y chasqueó la lengua, entretenido.

—Claro que lo es, quiero su dinero, pero también me gustaría saber a qué me estaría metiendo si me caso con usted.

Abrió los ojos con sorpresa.

—Usted no tiene vergüenza, ¿cómo se atreve a hablarme de esa manera?

—Soy un miembro de la sociedad de los canallas, milady, no conozco ese término.

Empuñó las manos con disgusto, ¿por qué debía lidiar con un granuja como ese?

—No sé de qué habla, pero le pediré que me deje tranquila.

—Ewan es el duque infame... —Cierto, había oído algo al respecto—. Deje que me presente mejor, porque si le soy sincero, antes de ser el marqués de Teingham, prefiero ser el marqués misógino.

Dio un paso hacia atrás, ofuscada, y negó lentamente con la cabeza.

¿Por qué de repente sentía que estaba frente a un hombre demasiado peligroso?

—Usted no está interesado en mí.

—Pero su dote es muy atractiva, milady.

Colette no lo pensó más y empezó a correr en dirección contraria para volver a la casa principal; no obstante, lanzó un gritillo cuando Teingham la sujetó del brazo y de un tirón la llevó a estrellarse contra su fornido pecho.

—Le quitaré su estúpido velo y veré si es un buen negocio.

—No...

—Por el momento —espetó con voz ronca, rodeando su pequeña cintura—, usted se siente muy agradable al tacto y huele delicioso.

Por todos los santos, ese hombre estaba fuera de sus cabales.

Odiaba la violencia, pero no tuvo más remedio que presionar su puño y estrellarlo en el mentón del marqués con todas sus fuerzas, para así obtener su libertad. Lastimosamente, él se tambaleó, pero en ningún momento la soltó y eso provocó que ambos terminaran dentro de la fuente.

—¡No! —chilló asustada, odiando que el agua rodeara su cuerpo y la hiciera tiritar sin control alguno, y cuando intentó levantarse, él afianzó su cintura e intentó acorralarla con su cuerpo, pero una tercera voz fue más que suficiente para hacerlo entrar en razón.

—Suéltala o me molestaré.

Las manos del marqués se alejaron de ella y Colette aprovechó ese momento para salir de la fuente y aceptó la ayuda del vizconde de Hunt con el cuerpo tembloroso y la visión cristalizada.

Nunca, jamás, había sido tratada de esta manera. Sollozó con impotencia y se abrazó a sí misma con desespero.

—¿Se encuentra bien, milady? —Hunt se quitó el abrigo y Colette odió que el marqués estudiara su cuerpo con tanta pericia antes de que este fuera cubierto con la prenda del pelinegro—. Lo siento mucho, ha bebido más de la cuenta y...

—No se lo diga a Saint Albans, por favor.

Ella jamás consideraría la opción de casarse con un hombre como el marqués.

—¿Cómo dices? —gruñó el castaño, furioso—. Deberías sentirte halagada ante la posibilidad de convertirte en mi marquesa.

—Pues no me siento así —escupió con desprecio y el hombre empuñó las manos con ira contenida—. Usted es un salvaje, un bruto por comportarse de esta manera, jamás me casaría con alguien así.

—Quiero ver qué escondes.

—Leighton... —el vizconde lo llamó por su nombre de pila y el recién nombrado apretó la mandíbula—. Retírese a su habitación, milady, si desea mantener esto en secreto, Ewan no debe verla en este estado.

En ese momento se dio cuenta que los miembros de la sociedad de los canallas no se llamaban por sus títulos, sino por sus nombres.

—Muchas gracias por todo, milord.

Salió huyendo lo más rápido que pudo y durante toda esa noche rezó en silencio para que el marqués de Teingham no volviera a fastidiarla y, gracias a los santos, sus súplicas fueron escuchadas porque durante los siguientes meses ellos no hicieron más que compartir simples y cordiales saludos.

Tal vez, después de todo, él sólo fue víctima del exceso de alcohol en su organismo.

Capítulo 3

*“El duque infame podrá haber lidiado con grandes escándalos, pero claramente no sabe cómo tratar con lady abominación y lady salvaje. Sólo vamos dos bailes, pero las dos pupilas que decidió presentar en sociedad ya son todo un fracaso
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

El hecho de vivir con tres mujeres había provocado que el horario y la rutina de su buen amigo se alteraran a grandes escalas, por lo que era de lo más normal que Leighton se encontrara totalmente solo en Las garras de Lucifer, mientras Ewan y Ryne hacían de carabinas con sus protegidas.

Dos meses.

Las hermanas Sheeran llevaban dos meses en la ciudad y ya eran un completo fracaso, tal vez Ewan cometió un error al no presentar a la hermana más pequeña en sociedad, puesto que, como iban las cosas, las tres damas pintaban a convertirse en solteronas.

«Pues no me siento así. Usted es un salvaje, un bruto por comportarse de esta manera, jamás me casaría con alguien así».

Esbozó una sonrisa retorcida al recordar las tontas palabras de lady Colette y le dio un sorbo a su copa de coñac. Esa noche cometió el terrible error de pasarse de copas, pero no podía negar que esa mujer le causaba mucha curiosidad y quería saber qué era lo que escondía debajo de su velo con tanto ahínco.

Odiaba admitirlo, pero ella seguía siendo una opción y todo porque su reputación estaba tan estropeada que ni siquiera había sido invitado a los primeros bailes de la temporada. En otros tiempos, eso le habría importado muy poco, pero ahora mismo estaba arruinado y requería de una heredera lo antes posible.

—Al fin te encuentro. —La voz de Ewan lo hizo volver en sí y lo buscó con la mirada, se veía agotado—. No estarás jugando, ¿verdad?

—Me temo que no, no tengo dinero.

Lo cierto era que estaba intentando ser responsable con la mensualidad que su tía le otorgaba.

—Últimamente has estado muy serio y no eres tú quien debe lidiar con jóvenes en edad casadera.

—Mi tía cada vez me da menos dinero y no sé de dónde diantres sacaré una heredera si las personas no me quieren en sus fiestas.

Su amigo se rio por lo bajo.

—Conocen tu situación, saben que necesitas una heredera y estás desesperado.

—Ni tanto —susurró, haciendo énfasis al hecho de que rechazó a Colette, y su amigo lo reprobó con la mirada—. ¿Por qué llegaste tan temprano?

—Colette no se sentía bien y Louisa estaba insoportable, así que abandonamos la fiesta antes de tiempo.

—¿Le sentó muy mal su nuevo apelativo? —inquirió y su amigo se encogió de hombros.

—Ella no habla mucho, pero supongo que tiene mucho que ver, creo que lady Berricloth debió ser más sensata, atacar a dos jóvenes con tanta maldad no tiene sentido.

Lo que no tenía sentido era que Colette escondiera su hermoso cuerpo debajo de ropa tan horrible y holgada. Leighton no era imbécil, ese día en la fuente no sólo pudo sentir su hermosa figura, sino que llegó a verla por breves segundos.

Humedeció su garganta con un poco de coñac.

¿Por qué no podía sacársela de la cabeza?

Dios santo, ella ni siquiera tenía un aspecto físico.

—¿Tienes idea de qué le sucedió en la cara?

¿Qué tal si no existía ningún problema y todo era una mentira suya para no casarse?

—Ellas no hablan sobre ese tema en particular y yo tampoco me atrevo a preguntar. No quiero pecar de indiscreto ni mucho menos grosero.

—¿Sabes algo de tus pupilas?

Ewan suspiró y se reclinó en el asiento, pensativo.

—Sólo sé que Colette estuvo comprometida, pero su prometido canceló todo hace un poco más de tres años.

¿Esa fémina en particular estuvo comprometida?

—¿Cómo se llama ese susodicho?

—¿Por qué te importa? —lo miró con recelo.

—Me gustaría saber cuál es su aspecto para tomar una decisión al respecto y tal vez él sí sabe cómo luce. —Su amigo se removió con inquietud y Leighton achicó los ojos con disgusto—. ¿Qué?, ¿ya cambiaste de parecer?

—Son buenas chicas y creo que ustedes nunca se entenderán.

En pocas palabras, ya no era un candidato adecuado para sus adoradas pupilas.

—Me prometiste su mano.

—En realidad, nunca te prometí algo así, pero sí te di la oportunidad de cortejarla y la desaprovechaste.

—Eres tú quien está dejando pasar una buena oportunidad al rechazarme. —Su amigo se rio por lo bajo y Leighton se sintió gravemente ofendido—. ¿Crees que no soy adecuado para ella?

Maldición, su amigo y su pupila deberían dar gracias que él aún estuviera interesado en

desposarla.

—¿Por qué no cortejas a Louisa?

—Su dote sólo es de quince mil libras y es tu pupila más irritante —le recordó.

—Olvida a Colette, ella no te aceptará.

Eso ya lo sabía porque la muy cínica se encargó de rechazarlo la noche que se conocieron delante de Ryne. Una loca idea atravesó su cabeza y sin medir las consecuencias de sus actos, sugirió:

—No tengo mucho dinero para beber en el club, ¿por qué no vamos a tu casa?

No estaba seguro si quería desposar a esa fémina, pero él aclararía sus dudas por las buenas o por las malas y descubriría qué diablos era lo que Colette Sheeran escondía con tanto esmero.

El hecho de que Ewan estuviera sobrecargado con tantas preocupaciones lo ayudó de sobremanera a la hora de derrumbarlo con el alcohol. Lo acomodó en el sofá con mucho cuidado y sonrió con suficiencia al darse cuenta que, si bien su amistad era lo suficientemente fuerte como para morir por el otro, aún eran tan canallas como para decirse pequeñas mentiras.

Salió del salón con paso resuelto y paró en seco al encontrarse cara a cara nada más y nada menos que con Colette Sheeran.

—¿Usa ese velo para todo? —siseó con disgusto, estaba en su horrible ropa de dormir y tenía un velo a juego.

Esto era una locura.

—¿Qué hace aquí? Es medianoche —ignoró su pregunta y él no se molestó en esconder su sorpresa, la pregunta que debería efectuarse era qué hacía ella fuera de su cama a esta hora—. ¿Dónde se encuentra el duque de Saint Albans? —levantó el velero con curiosidad.

—Bebió más de la cuenta y lo dejé en el sofá de su sala de juegos —respondió con recelo.

No pretendería atrapar a su amigo, ¿verdad?

—Es usted un inconsciente. —Su regaño lo tomó por sorpresa—. Debemos llevarlo a su habitación. —Lo pasó de largo e ingresó al salón donde dejó el rubio—. ¿Cómo puede considerar la idea de abandonarlo en este estado?

Él estudió su espalda con pericia, su ropa de dormir era tan holgada como todos sus vestidos. Ella intentó tirar del cordón, pero Leighton logró reaccionar a tiempo para impedir que llamara a los criados.

—No llame a nadie, sería una escena muy humillante para Ewan. —La mujer se quedó con la mano suspendida en el aire y meditó la situación en silencio—. Además, está en su ropa de dormir, ¿qué pensaría la servidumbre si la ven con dos hombres en ese estado?

—Sólo quiero que el duque descanse correctamente —soltó con enojo y Leighton apretó la mandíbula, ¿por qué se preocupaba tanto por Ewan?—. Si usted no puede ayudarme, le pediré que se retire para que yo me encargue de que los lacayos lo suban.

Como Leighton no quería retirarse ni mucho menos permitir que los lacayos vieran a Colette en ese estado, se vio sometido a diez minutos de tortura mientras subía a su macizo amigo a su dormitorio en su espalda. Era evidente que el muy desgraciado bebió de más, puesto que ni siquiera se atrevió a inmutarse a mitad del camino.

Colette se encargó de deshacer la cama, un tanto nerviosa por entrar a la habitación de su tutor, y Leighton no fue nada gentil al dejar caer al rubio sobre el mullido colchón.

—¡Cuidado! —chilló ella y le hizo una seña para que no gritara.

—¿Quiere que nos descubran o qué? —farfulló y ella gruñó en respuesta.

Le pareció un sonido encantador.

—Claro que no, pero tampoco quiero que lo lastime.

Una vez más, sus comentarios lograron irritarlo y observó con disgusto como le quitaba las botas a Ewan y lo cubría con las sábanas con mucho cuidado.

—Se preocupa mucho por él —arrastró sus palabras y no pudo ignorar los celos que esa imagen despertó en su persona.

—Es un buen hombre, permitió que Harriet siguiera disfrutando de su adolescencia y le debo mucho por eso.

Esas simples palabras provocaron que atenazara su delgado brazo y tirara de ella en su dirección con suavidad, lo mejor sería alejarla de esa cama y esa habitación o perdería el juicio.

—No le debe nada, es su deber como tutor.

—Suélteme.

—Ya hiciste mucho por él, creo que lo mejor será que lo dejemos descansar.

La sacó de la habitación a rastras y la llevó al salón de juegos una vez más, dado que ingresar a su alcoba sería lo mismo que condenarse a sí mismo.

—¿Qué hace?, ¿por qué no se va? —Se zafó de su agarre y Leighton se volvió hacia ella con determinación.

—Porque necesito hablar con usted sobre un tema.

—¿De qué se trata?

La garganta se le cerró.

—Lady Berricloth...

—No me hable de esa mujer, suficiente tengo con tener que leer sus notas —ordenó con disgusto y él no pudo negar que esa mujer poseía un carácter admirable—. Le pediré que se marche y...

—Fui grosero con usted en nuestro primer encuentro —abordó el tema de importancia y ella enmudeció—. Me gustaría disculparme, esa noche bebí de más y...

—Sea claro, Teihgham, ¿qué es lo que desea? —Su tono de voz hizo que la piel se le erizara y se preguntó si esa mujer sería tan fácil de manipular como pensaba—. ¿Y bien?

«Huye, estás en terreno peligroso».

Ella lo atraía de maneras impensables, algo curioso porque ni siquiera conocía su rostro, por lo que esa debería ser una gran señal para permanecer lejos de esa fémina.

—Deseo su dote —fue sincero, no veía razón alguna para emitir una mentira— y usted necesita un marido.

—En realidad, no lo necesito, pero como de costumbre la gente cree que puede decidir por mí.

—¿Quiere ser una solterona?

—Lo prefiero si la otra opción es ser la esposa del marqués misógino.

Ella era buena brindando golpes bajos.

—Podríamos hacer un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?, ¿acaso no sabe que fue su tía quien me denominó como lady abominación Sheeran? —Esa noticia lo tomó por sorpresa—. Ella nunca aceptará una unión entre nosotros y yo tampoco, por lo que le pediré con todo el respeto del mundo que se marche y me deje tranquila.

Si era sincero consigo mismo, tampoco tenía muchos deseos de insistir. El verla en ese estado le quitaba toda la curiosidad y el deseo que sentía por ella, tal vez la primera noche que la vio el alcohol le hizo creer que estaba frente a una fémina que podría estar escondiendo una gran belleza.

Todo indicaba que se equivocó.

—Lamento mucho la actitud de mi tía y espero que al menos usted y yo podamos tener una relación cordial.

—Así será —se limitó a decir.

—¿Por qué no le agrado?

Era una pregunta estúpida porque fue él quien arruinó su primer encuentro al comportarse como un patán, pero maldición, se había hecho la idea de que ella sería su esposa, su mujer e incluso después de verla totalmente cubierta y decidir que no quería tener nada con ella, siguió viéndola como algo de su propiedad.

¿Eso era normal?

¿Por qué esa mujer llamaba tanto su atención?

—Me retiraré a mis aposentos, estoy segura que usted conoce la salida.

Leighton se rio sin humor alguno, viendo como esa mujer tuvo el descaro de dejarlo totalmente solo en el salón después de ignorar su pregunta. Era una insensata, él le estaba dando la oportunidad de tener un título y un esposo, pero incluso en su condición se atrevió a rechazarlo.

Con el pasar de los meses su situación no mejoró en lo absoluto, pero sí pudo superar su extraño interés por la pupila de su amigo, aunque cinco meses más tarde su tía lo acorraló en su

casa e impidió su partida al club, anunciándole que a partir de ahora las cosas serían diferentes.

—¿Cómo que ya no me prestará dinero para mantener mis propiedades? —inquirió horrorizado y Agatha Kilbrenner lo miró con dureza—. Pero...

—Dijiste que te casarías y sigues soltero.

—Es porque no encuentro una dama adecuada —mintió, no se había molestado en buscar una esposa y todo porque su tía siempre lo ayudaba con los gastos más fuertes de su hogar.

—Organizaré una fiesta campestre y elegirás a una heredera en dicho evento, ¿me entiendes?

—Pero...

—Asistirá lady Milton con su sobrina, así que quiero que vayas por ella.

Los Milton jamás lo aceptaría como miembro de su familia.

—Tía, es una locura, yo...

—Es tu última oportunidad, Leighton, porque te doy mi palabra de que no volveré a gastar un solo penique en ti.

Dichas esas palabras su tía se marchó y Leighton se dejó caer sobre el asiento de su escritorio. Su tiempo había llegado a su fin y necesitaba una esposa no sólo para poder seguir con su vida de canalla, sino para levantar al marquesado de la quiebra.

Debía elegir a una heredera lo antes posible y, según su reputación y condición, sólo la conseguiría causando todo un escándalo.

Capítulo 4

“Una fiesta campestre de locos. No hay otro término para describir dicho acontecimiento, según fuentes cercanas, el sobrino de nuestra anfitriona hizo de las suyas y llevó a invitadas especiales por tiempo limitado. Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«Pensar que Saint Albans quería casarme con él», pensó distraídamente, leyendo una vez más uno de los panfletos que lady Berricloth dejó regados por toda la casa campestre del marqués de Teingham esa mañana y negó lentamente con la cabeza.

Su tutor cometió un terrible error al llevarlas a esa fiesta cuyo único fin era encontrarle una esposa al marqués misógino. Primero, porque nadie tenía el interés de desposar a Louisa y segundo porque ellas tampoco estaban muy dispuestas a buscar un buen pretendiente.

¿Por qué Saint Albans no podía entender que lo único que ellas querían era volver a Colchester y retomar su pacífica vida en el campo?

«Al menos por esos lares la gente no es tan dura con nosotras», acotó y sonrió con amargura. La única razón por la que estaban en esa fiesta era porque lady Kilbrenner adoraba a Saint Albans y él nunca las dejaría de lado, así que tuvieron que ser añadidas a la lista de invitados a regañadientes. «Quiero volver con los señores Cannon», confesó y odió que la visión se le cristalizara.

Estaba harta de la sociedad inglesa, todos eran crueles e inhumanos, nadie la consideraba lo suficientemente digna como para intercambiar un par de palabras y eso era frustrante porque a pesar de todo no era una mala persona. Por culpa de lady Berricloth se habían inventado tantas historias sobre su aspecto que ni siquiera era capaz de mirarse al espejo.

La poca confianza que tenía estaba siendo vilmente pisoteada.

Pronto la temporada llegaría a su fin y con suerte Saint Albans les permitiría pasar las fiestas junto a los señores Cannon, no hace mucho Colette recibió una carta de Alva y al parecer no era la única que los echaba de menos. Sonrió con melancolía, recordando todas las veces que la pareja se disculpó por parte de su hijo debido al compromiso fallido, y trató de imaginarse una vida como la señora Cannon.

Tal vez ya tendría un hijo y estaría en el campo junto a George y sus padres, viendo crecer al pequeño fruto de su amor mientras corría por la tierra y efectuaba un par de travesuras.

En ese momento una lágrima se deslizó por su mejilla y se odió a sí misma por no poder renunciar a su absurdo sueño de convertirse en madre y formar su propia familia. Nunca se

casaría, ningún hombre tendría un hijo con la abominación Sheeran, por lo que ella tendría que resignarse a la idea de adorar y cuidar de los hijos de sus hermanas.

«Aunque al paso que vamos, Louisa y yo nos quedaremos a vestir santos», suspiró con cansancio.

Era más de medianoche y se encontraba en la biblioteca en su ropa de dormir porque como de costumbre le resultaba imposible conciliar el sueño. No era la primera vez que hacía algo así, por lo que sabía que el riesgo de ser encontrada era mínimo y por eso no se sentía alarmada ni mucho menos inquieta, no era como si un invitado fuera a atacarla a mitad de la noche.

Ellos siempre la evitaban.

Colette sufría de insomnio y no era buena lidiando con la oscuridad, antes de recostarse en su cama ella se aseguraba de que su habitación estuviera muy bien iluminada porque cuando lograba conciliar el sueño terminaba soñando con la fatídica tarde que cambió su vida para siempre, por lo que despertaba en muy mal estado y con el miedo a flor de piel.

«Eres una maldita zorra, estoy harto de tus engaños». Los insultos de su difunto padre retumbaron en su cabeza y empezó a temblar sin control alguno. «No lo hagas, Jonathan, estás equivocado, no hagas esto, ¡por favor!»

Al darse cuenta de que su mente la estaba traicionando, empezó a leer en voz alta sus escritos. En el primer verso su voz tembló, en el segundo se hizo más aguda y poco a poco recuperó la tranquilidad y el temple que necesitaba para lidiar con el bombeo de su corazón.

Recordar el día que su amada madre se le fue arrebatada era muy duro para ella.

—“Estaba tan convencida de que eras para mí, que no quise dejarte ir, y llené con tu presencia el lugar que era para alguien más” —leyó minutos más tarde, blandiendo su pluma con tranquilidad, y un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir una penetrante mirada sobre ella e inmediatamente levantó el rostro, el cual estaba cubierto con un velo como de costumbre, y le pareció extraño ver al marqués de Teingham bajo el umbral de la puerta.

Si de algo estaba segura era de que ese hombre no frecuentaba la biblioteca.

—¿Puedo ayudarlo en algo, milord?

Deseó, de todo corazón, que ese encuentro terminara lo antes posible. Si bien la última vez que tuvieron una conversación relativamente larga las cosas terminaron bien para ellos, aún no confiaba en el castaño y sus intenciones.

Lord Teingham carraspeó y la miró con desdén, dejando claro que no era bienvenida en su biblioteca ni en su hogar, todo parecía indicar que no estaba de buen humor y ella fue la desdichada que se cruzó en su camino. Tal vez era hora de volver a su habitación y refugiarse en ella hasta que la fiesta campestre terminara.

—Iba a hacerle la misma pregunta, milady, ¿no debería estar en su habitación?

—No podía conciliar el sueño —Como de costumbre, cada vez que él estaba cerca, endureció

su voz—, ¿le molesta que ocupe su biblioteca? —Fue directa con la única intención de que él también lo fuera y todo terminara más rápido.

—¿Qué leías? —ignoró su pregunta—. Nunca antes he escuchado ese verso.

—Oh, eso se debe a que dicho verso es mío.

El hombre enarcó una ceja y se regañó a sí misma por contarle algo tan íntimo.

—¿Escribes?

—Es mi manera de pasar el tiempo.

—Lo haces muy bien. —Teingham se sentó en el posa-brazo y la miró con curiosidad, buscando un rastro de piel, pero incluso llevando su ropa de dormir, Colette se encontraba cubierta de la cabeza a los pies y su cabellera estaba escondida debajo de una tela bastante resistente—. ¿Podrías leerme más?

La conmoción la golpeó con fuerza, ¿por qué alguien como ese hombre buscaría pasar tiempo con ella y en qué momento le dio a entender que podía dejar las formalidades de lado?

—No sé si debería, no es apropiado que se quede a solas conmigo en una habitación —trató de hacerlo entrar en razón, pero al parecer su comentario sólo le causó algo de gracia.

—Todos están dormidos, nadie tiene por qué saberlo —respondió con sencillez—, te doy mi palabra de que no te tocaré un solo pelo —ironizó y a pesar de llevar el velo encima, lo reprobó con la mirada.

—Le seré sincera —cerró su libreta y giró el cuerpo en su dirección—, su compañía me parece nefasta y ahora mismo estoy corrigiendo mis escritos, necesito silencio.

No le abriría el corazón a nadie, no permitiría que ningún otro hombre volviera a hacerle sentir como una criatura horrible.

La mandíbula del castaño se desencajó y por un momento Colette estuvo tentada a reírse, pero luego lo pensó mejor y guardó silencio, todo indicaba que el marqués no estaba acostumbrado a recibir un «no» como respuesta.

—¿Sabes cuantas mujeres matarían por gozar de mi compañía y tener mi atención?

Aparte de grosero; engreído.

—Por favor, milord, deje de hacer sufrir a ese gran número de féminas y vaya por ellas, estoy segura de que gustosas valorarán su presencia —espetó con sorna.

—¿Te caigo mal? —Ahora se sentó junto a ella, no era propio que las mujeres lo rechazaran—. Nunca he sido grosero contigo.

Al parecer ese hombre ni siquiera era consciente de lo hirientes que eran sus comentarios.

—No puede caerme mal. —Teingham despreciaba a un gran número de mujeres, por lo que no podía esperar nada bueno de él—. Es el mejor amigo de mi tutor, ya hemos compartido varios almuerzos y cenas juntos, simplemente quiero mi privacidad.

Seguía sin entender por qué insistía en quedarse, normalmente el marqués era muy sabio y

certero a la hora de evadir su compañía.

—Tú no deberías estar aquí y lo sabes, las damas solteras y decentes no visitan las bibliotecas por la noche.

—¿Porque los canallas sin principios ni auto-control vagan por los pasillos? —bromeó y para su sorpresa él se rio por lo bajo.

—Me temo que estás en lo cierto.

—Nadie atacará a la abominación Sheeran. —Lo sintió tensarse e ignoró su incomodidad con maestría—. No se preocupe por mí, el único que me ha encontrado aquí ha sido el barón de Zouche y fue lo suficientemente caballeroso como para darme unos cuantos consejos de poesía antes de retirarse.

Debía admitir que ese joven en cuestión fue muy amable y atento con ella, hasta la fecha seguía desconcertada por el trato que le brindó, puesto que los hombres preferían salir huyendo antes que entablar una conversación con ella.

—No me iré si usted no se retira a su habitación primero, no puedo dejarla sola. —Teingham se apoyó en el respaldo del asiento con despreocupación y miró su libreta—. Es más, si me lee un poco, quizá pueda darle un par de consejos.

—No planea irse, ¿verdad?

—No —respondió con sencillez y durante cinco minutos el silencio fue eterno, hasta que finalmente se dio por vencida y empezó a leer sus escritos.

El marqués se relajó de una manera inimaginable y cuarenta minutos más tarde Colette no supo qué hacer al darse cuenta que estaba profundamente dormido.

—¿Milord? —lo llamó en voz baja y posó una mano enguantada en el fuerte hombro masculino—. ¿Lord Teingham? —Lo sacudió con delicadeza, obviando lo apuesto que se veía mientras dormía—. Debe retirarse a su alcoba, ya es tarde.

—Ay, que fastidio —farfulló entresueños y Colette se incorporó de un salto y ajustó el cinto de su bata de dormir con nerviosismo sin ser consciente de que esa acción no hizo más que marcar su pequeña cintura y ceñir su busto y cadera de una manera impropia.

—Debe retirarse a su habitación —aferró la libreta contra sus pechos y el hombre se frotó los ojos con cansancio.

—¿Qué hora es? —arrastró sus palabras y cuando alzó la vista en su dirección, ella dio un paso hacia atrás al ver como sus ojos ambarinos se oscurecían y luego recorrían su cuerpo escuetamente—. Lo sabía... —musitó y enarcó una ceja, triunfante.

Colette se dio cuenta de su error y se encaminó hacia la puerta con paso apresurado. Ella nunca utilizaba ropa ajustada, siempre llevaba prendas holgadas y oscuras porque comprendía lo que un buen cuerpo podía causar en el sexo opuesto.

—Espera... —Teingham la sujetó del brazo sin previo aviso y ella se zafó de su agarre y se

volvió en su dirección con todas las alarmas encendidas—. Tranquila —espetó rápidamente y levantó las manos en son de paz—, eres la pupila de mi mejor amigo, deja que te escolte a tu habitación.

—No será necesario —la voz le tembló y él se rio.

—No te pondré una sola mano encima, Colette —la llamó por su nombre de pila—, eres mi invitada, no puedo permitir que corras ningún peligro bajo mi techo.

—Déjeme tranquila, lord Teingham, sé cuidarme sola —escupió con disgusto, muy segura de que se estaba burlando de ella, y abandonó la estancia, odiando que el hombre ignorara su orden y siguiera sus pasos a una distancia prudente.

«Su mirada me inquieta», confesó para sí misma y se relamió los labios con ansiedad.

No le gustaba la compañía masculina, no le gustaba sentirse tan observada, ella necesitaba huir de ese hombre cuanto antes. No obstante, todos sus planes se vinieron abajo cuando llegó a su habitación y vio como una puerta a pocos metros de distancia se abría sin previo aviso.

—No puede ser —susurró angustiada y Teingham pudo actuar con mayor velocidad porque abrió la puerta de su habitación sin dudarlo y la instó a entrar para después seguir sus pasos.

La temperatura de la estancia fue un soplo agradable en comparación del frío pasillo, pero empezó a temblar sin control alguno al darse cuenta que estaba totalmente sola en su habitación junto al marqués misógino.

«Esto es demasiado escandaloso», pensó abatida.

—Descuide —dijo él con prontitud en voz muy baja y ella giró sobre su eje para quedar frente a él—. Me iré una vez que el pasillo se despeje.

Inhaló profundamente y asintió.

—¿Por qué no está en su dormitorio? —quiso saber y el castaño le regaló una sonrisa perversa.

—Busco a tu tutor, en algún determinado momento de la noche se me perdió y decidió traicionarme.

La sola insinuación al hecho de que posiblemente Saint Albans estaba retozando con una mujer hizo que la piel se le erizara. Ella sabía muy poco del placer, George sólo llegó a robarle besos castos e inocentes, pero estaba segura de que su tutor y amigos no tenían las palabras «casta e inocente» dentro de sus diccionarios. Es decir, eran miembros de la sociedad de los canallas, nadie en su sano juicio los creería unos santos.

—Te gustan las peonías ¿verdad? —Su pregunta la tomó por sorpresa, puesto que justamente esa era su fragancia favorita, y dio un paso hacia atrás al ver como se adentraba a su habitación y barría el lugar con la mirada—. ¿Duermes así de cubierta? —La miró de reojo y sus ojos verdes brillaron con recelo.

—¿Es normal que una mujer y un hombre hablen de estas cosas?

Él se rio.

—No, pero siento curiosidad y supongo que tú puedes confiar en mí.

—¿Ah sí?

Por alguna extraña razón, era el hombre que más desconfianza le generaba.

—Soy el mejor amigo de tu tutor, si Ewan no está, yo cuidaré de ti.

«Dios me libre».

¿Desde cuándo ese hombre mostraba tanto interés por cuidarla?

—Es muy amable de su parte —decidió ser amable—, creo que el pasillo ya está despejado y...

—Es la hora de los amantes. —Las piernas le temblaron con violencia ante sus sugerentes palabras y se acercó al hogar con fingida calma para implementar algo de distancia entre ellos—. Si salgo, tú y yo la pasaremos muy mal por el resto de nuestras vidas.

—No puede quedarse en mi alcoba —soltó con desespero—, quiero dormir y...

—Por favor —le señaló la cama—, no te preocupes por mí.

—¿En qué momento dejamos las formalidades de lado?

—Cierto, puedes llamarme Leighton.

Ella no iba a llamarlo de esa manera.

—Recuéstate y duérmete, yo velaré tu sueño.

Empuñó las manos con disgusto, ella nunca dormiría con un extraño en su habitación.

—Quiero que se marche.

Él la miró con atención y luego chasqueó la lengua, entretenido.

—Está bien, saldré por la ventana solo porque tú me lo pides.

—No le estoy pidiendo eso.

—Ajá, pero salir por la puerta sería muy arriesgado —aclaró y Colette se ruborizó.

No tenía sueño, no cerraría los ojos hasta que el sol empezara a salir, por lo que siguió la orden del hombre y se subió a su cama. Cerró las pesadas cortinas de terciopelo y se refugió bajo sus sábanas con nerviosismo. Algo no andaba bien, ¿por qué sentía que a partir de ahora su relación con el marqués de Teingham comenzaría a presentar ciertos cambios?

—¿Estás dormida? —preguntó el hombre varios minutos más tarde.

—No —presionó los labios con disgusto y lanzó un jadeo cuando él corrió la cortina—. ¿Qué cree que hace?

—¿Por qué no me lees un poco? —le pasó la novela que estaba sobre su mesa de noche y lo miró como si estuviera loco—. Creo que así el tiempo transcurrirá con mayor velocidad.

¿Es que no pensaba irse?

—Yo... yo...

—¿Colette? —Un suave toque en la puerta de su habitación hizo que tanto Teingham como

ella palidecieran—. ¿Estás despierta?

Era Louisa.

—Tiene que esconderse —susurró alarmada y chilló por lo bajo cuando él se lanzó a la cama y se metió bajo las sábanas con maestría

—Corre la cortina.

Más alarmada que nunca siguió su orden y empezó a respirar con dificultad al sentir como el marqués se pegaba a su cuerpo con demasiado descaro.

—Recuéstese.

—Pero...

—Hágalo —ordenó con desespero y ella así lo hizo al oír como la puerta de su habitación se abría.

Teingham la obligó a recostarse sobre su costado y se aferró a ella por detrás de una manera escandalosa, puesto que su brazo no tuvo reparo alguno a la hora de rodear su cintura y tirar de ella para juntar sus cuerpos. El aliento masculino acarició su espalda y Colette tiritó en respuesta, no muy segura del por qué la nariz aguileña recorría la tela de arriba abajo con lentitud.

«Esto no es correcto».

—¿Estás despierta, Colette?

—¿Sucedió algo? —preguntó con voz ronca, simulando que su sueño había sido interrumpido, y empuñó las sábanas con inquietud al notar una extraña presión en su vientre bajo.

—Quiero volver a Londres, la gente de esta fiesta es despreciable.

Ella pensaba exactamente igual, pero no podrían ir a ningún lado si Saint Albans no lo autorizaba.

—¿Qué sucedió? —su voz tembló cuando la mano masculina se deslizó por su vientre y se removió con asombro, quedando como piedra al sentir una extraña protuberancia contra sus nalgas.

—El duque de Somerset no deja de fastidiarme, dice que somos mujeres de campo y que deberíamos entender que nunca seremos bienvenidas en sus eventos.

El duque despreciable era un ser desagradable y no entendía por qué siempre peleaba con su hermana, desde que ambos se conocieron, la guerra entre ellos había dado inicio sin tregua alguna.

—Te pedí que no tomaras en cuenta sus comentarios.

La sangre se le congeló cuando Teingham posó una mano en su cadera y como respuesta giró sobre su eje con rapidez para quedar frente a él, pero al parecer no fue un movimiento adecuado porque el hombre atenazó su cintura y juntó sus cuerpos de tal manera que ella tuvo que cubrirse la boca con una mano para acallar el jadeo que brotó de su garganta al sentir como algo golpeó

su vientre bajo con tanta precisión.

Sus pechos comenzaron a arderle y clavó los dedos en los hombros masculinos.

—Pero...

—Échala —le susurró con voz ronca y ella tragó con fuerza, al tiempo que se mecía suavemente contra él.

—¿No podemos hablar de esto mañana? —susurró atropelladamente, mordiéndose el labio inferior—. No me siento del todo bien, quisiera descansar un poco.

¿Por qué le obedecía?, ¿acaso no debería detener toda esta locura?

Arqueó la espalda, dejando que sus pechos se pegaran al fornido pecho del marqués, y él cesó sus movimientos al darse cuenta que la estaba afectando más de lo debido y tenían compañía en la habitación.

—Tienes razón, es muy tarde —siseó su hermana con disgusto y ni siquiera se despidió cuando salió de su alcoba y cerró la puerta con mucho cuidado.

Tanto Teingham como ella quedaron paralizados en su lugar por varios segundos, como si quisieran asegurarse de que realmente estaban solos, y sólo entonces él empezó a mecerse contra ella.

—Milord... ah... —gimió por lo bajo y dejó que él afianzara su cintura y la juntara aún más a su cuerpo. El vaivén de sus caderas le pareció simplemente maravilloso—. Milord...

—Un poco más —rogó con esfuerzo, deslizando la mano por su espalda baja, y lejos de apartarse, Colette empezó a restregarse contra él—. Sí, separa las piernas —rogó con voz ronca e hizo que rodeara su cadera con una para así tener un mejor acceso a su intimidad.

—Ah... me duele —confesó con voz rota y lo abrazó por el cuello.

—No, esto no es dolor —soltó con voz ronca y acunó sus nalgas—. Es algo mejor —empezó a arremeter contra ella con más violencia y Colette se vio obligada a reprimir sus gemidos—. Relájate, déjate llevar, siente todo el caos que generas en mí.

Un hormigueo la recorrió de la cabeza a los pies y no pudo impedir que algo caliente se deslizara por su vientre bajo y siguiera su camino por sus muslos llenos y suaves. Logró tragar su grito, pero todo su cuerpo tiritó mientras él seguía empujando contra su centro.

—Joder —gruñó él, estremeciéndose entre sus brazos, y por un momento no hicieron más que recuperar el aliento—. ¿Cómo puedes sentirte tan bien? —arrastró sus palabras y aflojó su agarre—. Tu cuerpo me encanta y tu olor...

La comprensión la golpeó con fuerza al darse cuenta de que estaba cometiendo el peor error de su vida al dejarse llevar por una pasión pasajera y se las ingenió para liberarse de su agarre y salir de la cama de un salto.

Esto no era correcto.

Su respiración se tornó pesada y observó como el castaño abandonaba su cama con

movimientos escuetos, mirándola con atención. Decidió ignorar el gran bulto que tenía dentro de sus pantalones y señaló la puerta de su habitación empleando la poca seguridad y cordura que le quedaba.

—¿Por qué las piernas no podían dejar de temblarle?!

—Debe irse.

—Me pregunto si tú y yo podríamos formar un buen matrimonio.

La piel se le erizó y lo miró como si estuviera loco, pero luego analizó la situación con más calma. Ella quería una familia y nunca la tendría sin un matrimonio de por medio.

—Usted quiere mi dote, ¿no es así? —Él asintió y la miró con intensidad, como si tuviera la más leve esperanza de volver a la cama con ella—. Si yo acepto su oferta, le pediré algo a cambio.

—¿Qué? —se mostró expectante.

—Hijos.

Eso era lo único que ella quería, pero al parecer acababa de tocar un tema delicado para el marqués porque él dio un paso hacia atrás con prontitud.

—Imposible, no pienso dejar un legado.

—¿Entonces por qué me casaría con usted? —preguntó con tristeza, comprendiendo que acababa de perder la única oportunidad que tenía para formar su propia familia.

—Tu libertad.

—Ya soy libre siendo soltera —aclaró con sequedad y el marqués alborotó su cabellera, ofuscado.

—Lo que pasó aquí es razón suficiente para llevarte al altar —siseó y Colette se encogió de hombros.

—Sólo recibirá mi dote si me da un hijo.

—Debe ser una maldita broma —siseó con incredulidad, mirando su habitación con desespero—. Tú no estás en condición de exigir nada.

—Lo sé, milord, pero usted tampoco me puede exigir nada en su condición.

La miró como si tuviera tres cabezas.

Sí, tal vez estaba loca por rechazar tan fervientemente su oferta matrimonial después de todo lo que se atrevió a hacer con él en su propia cama.

—Es hora de que me marche.

—Llevo mucho tiempo diciéndole exactamente eso —siseó, al parecer el hombre estaba dispuesto a sentar cabeza.

Teingham gruñó, pero antes de marcharse añadió:

—Pero antes garantízame que tanto tú como yo olvidaremos lo que sucedió esta noche.

—Puede darlo por sentado.

—Bien, espero que no vuelva a meterse en mi camino.

Abandonó su habitación como alma que lleva el diablo, dejándola más confundida que nunca.

¿Cuál era su problema?

Así cómo él quería su dinero, ella tenía todo el derecho del mundo de querer un hijo, pero...

Sonrió con amargura, había olvidado que lord Teingham era un egoísta de primera.

Capítulo 5

*“El barón de Zouche ha cambiado de objetivo y eso ha indignado a cierta matrona muy respetable. Quién lo diría, de tener los ojos sobre la mujer más bella de la fiesta el barón los posó en la única dama que no tiene un rostro para nosotros
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Lo que menos quería y necesitaba era tener problemas con la familia Milton porque para nadie era un secreto que su respetabilidad y excelente reputación los podía llegar a convertir en personas peligrosas. No obstante, ni siquiera Colette podía entender en qué momento de la caminata hacia el mirador, el barón de Zouche dejó a lady Milton para posicionarse junto a ella y compartir sus gustos literarios.

Según tenía entendido, Zouche necesitaba una heredera y lady Briseida Milton era el mejor de los partidos hasta el momento.

En esa caminata tanto Louisa como ella estaban bajo el cuidado del vizconde de Hunt, quien al verse obligado a cuidar de su pequeña hermana le hacía uno que otro favor a Saint Albans al encargarse de ellas.

Si lo pensaba detenidamente, la tía de Briseida la dejó ir a ese paseo con ellos justamente porque el vizconde de Hunt estaba ahí, puesto que, debido a una serie de sucesos, ahora mismo la pelinegra no estaba en condiciones de exigir mucho y su tía había posado los ojos en el cuarto miembro de la sociedad de los canallas.

Le resultaba imposible visualizar a lady Milton y lord Hunt en un matrimonio, posiblemente ni siquiera cruzarían una sola palabra, ambos eran demasiado serios y ariscos para su propio bien.

—Es una dama muy inteligente, lady Sheeran —musitó el castaño de cabellos claros y sonrisa amable en tono confidencial, como si no quisiera que nadie más pudiera escucharlo, y Colette pudo percibir como el calor se alojaba en sus mejillas—. No tema, yo guardaré su secreto. —Le guiñó el ojo y determinó que era un hombre agradable y lo mejor que podría hacer sería relajarse y disfrutar del paseo.

No todas las personas tenían malas intenciones y Zouche solo estaba siendo amable con ella.

—Confiaré en su palabra —acotó en el mismo tono y ambos rieron por lo bajo.

—¿Sigue yendo a la biblioteca por las noches?

Ella pensó en su respuesta y odió que su cuerpo se estremeciera al recordar todo lo que vivió la última vez que decidió hacer ese recorrido por la casa campestre.

—Me temo que no.

—Es una lástima, la biblioteca del marqués es exquisita y hay muchos libros que quisiera enseñarle.

—¿Por qué? —La pregunta salió de sus labios sin previo aviso y Zouche la miró con curiosidad—. Digo, mucha gente prefiere estar lejos de mí, ¿por qué usted buscaría lo contrario?

—Porque usted es muy agradable, milady, nunca antes me he sentido tan cómodo con una mujer. —Tomando en cuenta que Zouche sólo tenía veintiún años y poca experiencia en cuanto al tema, podía creerle.

—Si un día gusta reunirse conmigo, hágamelo saber y yo veré cómo llegar a usted —acotó con inocencia, pero causó un gran impacto en el hombre que estaba junto a ella y la miraba con admiración.

—¿Cómo es su relación con el duque de Saint Albans? —inquirió el barón y ella sonrió con melancolía.

En un principio, Saint Albans sólo se esforzó por tolerarlas, pero estaba bastante segura de que con el tiempo aprendió a apreciarlas y ellas también lo apreciaban a él, por lo que lograron encontrar una manera adecuada para vivir juntos y en armonía.

—El duque es un gran hombre, ha sido muy paciente conmigo y mis hermanas.

—Son tres hermanas, ¿verdad? —inquirió pensativo, como si de repente estuviera haciendo cuentas.

—Sí, Harriet aún es muy pequeña y por eso se quedó en Londres.

El sonido de unos cascos provocó que todos los presentes giraran el rostro y no le sorprendió ver a su tutor montado en su semental junto a lord Teingham, ellos eran los miembros más revoltosos de la sociedad de los canallas y les encantaba llamar la atención.

—¿Nos echaron de menos? —preguntó Saint Albans ni bien los alcanzaron y el vizconde de Hunt les regaló una sonrisa engreída a sus amigos y dejó a su hermana de lado.

—Creí que no vendrían.

—Y perdernos de la buena vista —espetó el marqués con coquetería, mientras desmontaba a su semental—. Lady Delphina, déjeme decirle que se ve radiante.

Colette miró la escena con atención. Ella nunca recibiría ese tipo de halagos y ningún hombre mostraría tanta fascinación ante su sola presencia.

Su amiga era una dama afortunada.

Delphina sonrió con coquetería mientras su hermano rodaba los ojos con aburrimiento, al parecer era normal que el marqués actuara de esa manera con la pelinegra. Colette respingó en su lugar al sentir como los dedos del barón acariciaban su brazo.

—¿Continuamos?

—Pero ellos...

—Nos darán alcance —insistió y tiró suavemente de ella para que avanzara.

Tal vez era lo mejor, la compañía de Teingham ya no le resultaba tan agradable porque el hombre no hacía más que incomodarla con su presencia. Miró a su gente por encima del hombro y la piel se le erizó al sentir la penetrante mirada del marqués sobre ella y el barón. Regresó la vista al frente con nerviosismo, decidida a disfrutar del paseo, pero el grito de Delphina hizo que tanto Zouche como ella pararan en seco y volvieran el cuerpo hacia sus acompañantes que pensaban dejar atrás.

Briseida Milton había caído sobre las piedras que estaban en el lateral del camino.

—Oh por Dios —susurró y empezó a caminar hacia ellos.

Se sorprendió al ver la velocidad con la que su tutor sujetó a la pelinegra en brazos y no muy segura observó la escena en silencio. Tenía entendido que el duque odiaba a esa mujer y a toda su familia, pero ahora mismo él se veía muy preocupado por la pelinegra.

—Saint Albans se ocupará. —Zouche la sujetó del brazo.

—¿No debería ayudarla? Usted la invitó y...

—Se la está llevando en su caballo —le cortó y le hizo una seña para que mirara como Saint Albans y Hunt se llevaban a lady Milton hacia la propiedad—. Sigamos con el paseo, no tiene caso seguirlos.

¿Era impresión suya o a ese hombre le importaba muy poco el bienestar de lady Milton?

—Colette... —Louisa logró alcanzarlos, se veía molesta y agitada.

—¿Qué sucede?

—Ewan nos dejó a cargo de Teingham, ahora debemos ir con él y Delphina.

—¿Y por qué te molesta tanto? —sonrió entretenida.

—Dijo que si se aburre volveremos a la casa principal sin rechistar.

—No se aburrirá.

Él estaría junto a lady Delphina sin la supervisión del vizconde de Hunt, por lo que seguramente la pasaría en grande durante toda la caminata. La pelinegra y el castaño se llevaban muy bien.

—Le pediré que no se separen del grupo, Zouche —espetó Teingham con dureza, uniéndose a ellos, y Colette lo miró de reojo.

—Milord... —hizo una venía perfecta.

—Lady Sheeran. —Su mirada fue despectiva y los pasó de largo, escoltando en silencio a Delphina.

Louisa y Delphina tenían una buena relación por lo que su hermana no dudó en ponerse a la par de la pareja y conversar con ellos.

—No me agrada —confesó Zouche en voz muy baja y ella asintió.

—Creo que nosotros tampoco le agradamos —añadió en tono confidencial y el barón lanzó

una sonora carcajada, invitándola a reírse con él.

—Usted es todo un personaje, milady.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Tómelo como un...

—Creo que lo mejor será que regresemos.

En ese momento se dio cuenta de que el marqués estaba caminando en su dirección y tanto Delphina como su hermana lo miraban con incredulidad.

—Pero...

—Lady Milton no está bien, no podemos dejarla sola. —La sujetó del brazo, tirando suavemente de ella para alejarla del barón, y miró por encima de su hombro—. ¿Qué esperan? Saben que están bajo mi cuidado y se hace lo que yo digo.

—Pero...

—Vamos.

La obligó a avanzar y Colette miró al barón con congoja, ellos la estaban pasando muy bien.

—Te buscaré —moduló él y ella asintió con rapidez, haciéndole saber que le había entendido a la perfección. El barón le regaló una cálida sonrisa y ella jadeó cuando el marqués la obligó a girar el cuerpo y mirar hacia adelante.

—¿Qué hace?

—Zouche está en la quiebra, sólo quiere tu dinero —escupió y ella frunció el ceño.

Dudaba mucho que su amistad fuera una mentira porque lady Milton y ella tenían la misma dote y el barón no mostró el más mínimo interés o preocupación por la pelinegra.

—Olvídate de él, Ewan no lo aceptará.

Estaba segura de que Saint Albans aceptaría a cualquier hombre que quisiera casarse con ella, siempre y cuando fuera alguien bueno y apropiado.

—Estamos dejando a Louisa y Delphina atrás —le informó y con un gruñido él paró en seco—. ¿Qué sucede con usted, milord? Acaba de arruinar nuestro paseo.

—Te lo dije y lo repito: si Ewan no está, yo cuidaré de ti.

Ese hombre estaba fuera de sí.

—No necesito que nadie me cuide, estoy bastante segura de que el barón es inofensivo.

—Tú crees que todos los hombres son inofensivos cuando se trata de ti —siseó en voz muy baja e inclinó el cuerpo en su dirección—, ¿debería recordarte lo que pasó la anterior noche en tu habitación?

Apretó la mandíbula.

—No es necesario.

El marqués farfulló algo por lo bajo y cuando su hermana y Delphina les dieron alcance, se vieron obligados a hacer el camino de regreso en silencio, dado que nadie se encontraba de muy

buen humor por el cambio que presentaron sus planes.

—Colette... —Delphina captó su atención a pocos metros de la casa principal— es impresión mía o le gustaste al barón.

—¿Qué?! —su voz sonó más aguda de lo normal, eso era imposible.

—Se veía muy cómodo contigo —añadió su hermana y ella tragó con fuerza.

—Sólo tenemos gustos literarios similares, he coincidido un par de veces con él, pero...

—Es un chiquillo sin experiencia —siseó el marqués, uniéndose a la conversación.

—No seas aguafiestas, Leighton. —Delphina lo llamaba por su nombre de pila y le hablaba con bastante confianza—. Creo que debes pasar más tiempo con él —la miró con seriedad—, dejó a lady Milton por ti.

—Yo...

—La dejó porque la reina de hielo es malditamente aburrida —escupió Teinhgam con irritación.

—Pero...

—Él tiene razón —zanjó el tema con bastante tranquilidad, lo mejor y más sensato sería darle la razón, sólo así dejaría de fastidiar su día—, pero no por eso dejaré de tratar con el barón —dichas esas palabras aceleró su marcha y se refugió en su habitación por un par de horas, tratando de entender qué era lo que el barón quería de ella.

Había sido excesivamente amable, pero no actuó de igual manera con su hermana, Delphina, ni lady Milton, podría ser que, incluso en ese estado, ¿ella logró captar su atención?

¿Qué diablos le estaba sucediendo?

Leighton se sirvió su segunda copa de whisky y bebió el contenido de un solo trago con nerviosismo. Él no podía estar celoso de Colette, ¿ni siquiera conocía su aspecto!

«Pero es agradable, inteligente, audaz y encaja tan bien en mis brazos», la boca se le hizo agua al recordar lo delicioso que fue frotarse contra esa mujer y se regañó a sí mismo por no poder olvidar esa noche.

—¿Qué te sucede? Estás muy pálido.

Ryne ingresó a su despacho y Leighton sacudió la cabeza.

—No me sucede nada —farfulló.

—¿Es impresión mía o lady Milton y Ewan tienen algo?

Jamás entendería cómo diantres hacía Ryne para darse cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor. Él sabía que algo raro estaba sucediendo porque había visto a la pareja regresar juntos de quién sabe dónde durante la madrugada, pero no era tan imbécil como para delatar a Ewan.

—No tengo idea.

Ryne lo observó con fijeza.

—Delphina me dijo que no les dejaste llegar al mirador, está muy molesta contigo.

—Me sentí preocupado —mintió—, sabes que mi tía quiere que me case con lady Milton.

—Olvida a lady Milton, Ewan posó los ojos en ella.

Achicó los ojos, pensativo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Pronto será medianoche y no tengo dudas de que lady Milton y Ewan están juntos en su habitación.

—Es una afirmación peligrosa.

—Más peligroso es lo que Ewan está haciendo. —Leighton tragó con fuerza, no podían olvidar que esa mujer era la hermana pequeña de Carlisle—. Ayúdame a separarlos.

—¿Por qué lo haría?

—¿No que te quieres casar con la dama en cuestión? —Enarcó una ceja, desafiante.

—No quiero pelear con uno de mis mejores amigos por la reina de hielo.

—Sólo empieza a sugerir paseos, no podemos permitir que Ewan se enamore de la hermana de su peor enemigo.

—Tienes razón. —Dejó su copa de lado y determinó que la mejor manera de mantenerse alejado de Colette era manteniendo a otras mujeres junto a él.

A la mañana siguiente, Ewan se reunió con ellos para ir a cabalgar después del desayuno y le resultó una mañana agradable hasta que regresaron a su hogar poco antes del almuerzo y se dirigieron hacia la biblioteca.

—Admítelo, Ryne, somos mejores jinetes que tú —lanzó una ruidosa carcajada y abrió la estancia sin llamar, sorprendiendo a lady Milton y Colette de infraganti.

Pudo ver claramente como Colette escondió algo en el bolsillo de su falda.

—Miladies. —Hizo una venía burlona con la intención de aligerar la tensión en el ambiente—. No esperábamos encontrarlas por aquí desde tan temprano y sin compañía alguna. —Lady Milton se mantuvo serena, pero estaba seguro de que Ewan y ella no estaban pasando por un buen momento.

Su amigo estaba demasiado incómodo con el encuentro.

—No es temprano —observó Colette—, pronto se servirá el almuerzo.

Odiaba que ella siempre tuviera una respuesta para todo, ¿es que simplemente no podía quedarse callada?

Revisó su reloj de bolsillo con fingida indiferencia, pero como de costumbre no vio nada más que imágenes borrosas.

—Entonces espero que nos permitan escoltarlas hasta el comedor.

Ewan se apresuró a tenderle el brazo a su pupila y Ryne se encargó de lady Milton, lo cual provocó que Leighton se quedara solo; no obstante, agradeció ese hecho cuando las faldas comenzaron a moverse y algo debajo de la falda de Colette captó su atención.

Dejó que las parejas se marcharan e inmediatamente sujetó la nota que estaba en el piso, esto era lo que ella pretendió esconder y al parecer se le resbaló de las manos debido al nerviosismo.

Leighton desdobló la carta con las manos temblorosas e intentó leer las primeras líneas, pero lastimosamente las sienes comenzaron a martillearle y se vio obligado a cerrar los ojos.

¿Por qué no podía hacerlo?, ¿por qué siempre que enfocaba un texto las letras se movían?, ¿es que nunca se curaría de esa maldita enfermedad?

—¿Te encuentras bien, querido? —la voz de su tía llegó a sus oídos y la vio del otro lado de la ventana.

—Tía, lea esto.

Su tía era su mayor confidente y ella conocía su condición, por lo que no dudó en cumplir su deseo.

—“Tengo una gran fortuna, pero soy miserable. Tengo un hermoso rostro, pero mi alma es la de un monstruo. Tengo todo lo que alguien más podría querer, pero lo único que quiero es el corazón de la mujer que nunca me ve. Deseo que este texto le robe un suspiro y espero verla de nuevo esta tarde. Z”.

La sangre comenzó a hervirle sin contemplación alguna.

¿Zouche y Colette tenían un romance?

—¿Leighton Kilbrenner, ¿tienes una amante?!

—No sea tonta, tía —siseó y le arrebató la nota para abandonar la biblioteca y seguir al grupo que lo había dejado atrás.

Sus ojos se posaron en la espalda de la fémina que llevaba un horrible vestido gris y ahogó un juramento, no tenía la menor idea de qué diablos hizo esa mujer para generarle todo este cúmulo de emociones, pero haría que se hiciera responsable.

«Sólo empieza a sugerir paseos, no podemos permitir que Ewan se enamore de la hermana de su peor enemigo», las palabras de Ryne retumbaron en su cabeza y durante el almuerzo se encargó de cuadrar un paseo en calesa con lady Milton para así solicitar la presencia de Colette como carabina e impedir que ella se reuniera con Zouche.

Si Ewan no podía ser un buen tutor, él se encargaría de vigilar a la pareja a partir de ahora.

Esto no podía ser cierto, ¿en qué momento perdió la nota que el barón de Zouche le hizo llegar esta mañana?

«Soy una tonta», se frotó el rostro con frustración.

¿Por qué el marqués de Teingham solicitó su presencia en su paseo con lady Milton?

No era justo, ahora no sólo había perdido su nota, sino que perdería su cita con Zouche. Negarse no era una opción, pero tenía muchas ganas de encerrarse en su alcoba e inventar una excusa para no acompañar a la pareja.

«No puedes hacerlo, Briseida dijo que te esperaría».

Después de compartir un par de palabras con ella, tenía la leve sospecha de que podían convertirse en buenas amigas siempre y cuando lady Georgia Milton y el duque de Carlisle no lo supieran.

Ladeó el rostro con cansancio, Zouche tenía que entender su situación, abandonar a Briseida con el marqués no era una opción. Una vez que regresara del paseo buscaría la manera de hablar con él.

Cuando se reunió con la pareja en el recibidor, dedujo que no la pasaría nada bien debido al indiferente trato que estaba recibiendo de Teingham, quien sólo parecía tener ojos para Briseida y por ende ella quedaba más que recluida en la reunión. La calesa que se seleccionó para el paseo era demasiado angosta y ella fue enviada a uno de los laterales, lo cual le provocó algo de inquietud porque tuvo que aferrarse a su asiento para no caer.

«No debí venir», pensó con arrepentimiento, clavando la vista en el cielo. En cualquier momento llovería y ella rezaría para que fuera pronto y así pudieran regresar a la casa principal.

—Supongo que asistirá a la velada de esta noche. —Teingham se veía muy a gusto mientras conversaba con Briseida, nunca antes lo había visto tan sonriente, pero suponía que ese era el poder que poseía una hermosa mujer sobre él—. Sería muy desastroso no contar con su agradable presencia.

—Por supuesto que mi tía y yo estaremos presentes.

Hacía mucho frío, pero era la indiferencia del marqués lo que le estaba helando las venas. ¿Por qué?, ¿desde cuándo empezó a reparar en ese hombre más tiempo del necesario?

—Me alegra oír eso.

En contra de su voluntad, Colette vio como Teingham dejó un casto beso en el dorso de la mano de la pelinegra y se sintió más incómoda de lo debido y esperado. Ni siquiera por ser la pupila de su mejor amigo, ella recibió un trato tan amable y caballeroso por su parte. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al detectar sus celos y se puso tan rígida como una vara, deseando estar en cualquier otro lugar.

—Será una velada entretenida. —Briseida apartó la mano y observó el cielo con preocupación—. Creo que la tormenta se avecina, ¿no deberíamos volver?

Era una idea maravillosa, pero nadie dijo nada al respecto porque a lo lejos vislumbraron un jinete avanzando en su dirección a toda marcha. Colette se sintió bastante aliviada al ver a su

tutor a pocos metros de distancia de la calesa y se preguntó por qué de repente la pelinegra presentó una tensión tan notoria en el cuerpo.

—Debes dar media vuelta, Teingham, la tormenta se avecina —comentó Saint Albans cuando los alcanzó—. Miladies. —Las saludó con propiedad y posó los ojos en ella—. Estás a punto de caerte, ¿por qué no conseguiste una calesa para tres personas, Leighton? —Reprobó a su amigo con la mirada y extendió el brazo en su dirección.

Colette no lo dudó y aceptó la ayuda de su tutor.

—Está haciendo de carabina —espetó Teingham en voz baja, casi masticando las palabras, pero Saint Albans no se detuvo y rodeó su pequeña cintura con delicadeza antes de sentarla con bastante facilidad sobre su semental.

No era el lugar más cómodo ni apropiado, pero al menos ahora no escucharía la conversación de la pareja.

—Iremos a la par suya, ella merece un lugar más cómodo.

Realmente sus hermanas y ella tuvieron mucha suerte al terminar bajo el cuidado de Saint Albans, él era el único en esa fiesta y en Londres que realmente se preocupaba por ellas.

—Gracias —dijo una vez que estuvieron prudentemente alejados de la calesa.

—No debiste aceptar, Teingham es un imbécil.

—¿Así habla de su mejor amigo? —bromeó y él la buscó con la mirada.

—El que sea mi mejor amigo no le quita lo imbécil.

Colette se rio por lo bajo, pero tenía la leve sospecha de que en ese momento ni su tutor ni ella estaban con el mejor humor.

—¿Se siente inquieto?, ¿por qué salió a cabalgar de nuevo?

—Ciertamente esta fiesta está resultando un dolor de cabeza, nunca debimos venir.

—Pienso exactamente igual —susurró con frustración—, pero si gusta, Louisa y yo podríamos volver a la ciudad si usted lo desea.

—No huirán —aclaró entretenido.

—Al menos lo intenté —se encogió de hombros y ahogó un gritillo cuando el caballo se sacudió sin control alguno, al parecer su presencia lo estaba incomodando. Abrazó a su tutor por el cuello, temiendo caer en cualquier momento.

—Eh, bonito. —Teingham abandonó la calesa para tratar de calmar al animal y ni bien este dejó de moverse, la sujetó de la cintura con violencia y la arrancó de los brazos de Saint Albans —. Irá en la calesa con lady Milton —decretó con aspereza y la guio hacia el vehículo, ¿ahora sí era digna de un lugar cómodo en la calesa?—. ¿Alguna sabe dirigirla?

—Sí —respondió y tomó las riendas con habilidad—. Supongo que tomará uno de los caballos.

—Así es —respondió con un gruñido y con ayuda de Saint Albans soltaron a uno de los

cuatro caballos que tiraban de la calesa.

—Lo siento mucho, no quise estropear tu paseo con el marqués —dijo a mitad de camino con abatimiento y Briseida le regaló una cálida sonrisa.

—No te sientas mal, no hiciste nada malo.

—Él se ve interesado —comentó con voz neutra.

—¿Tú crees? —Su sonrisa creció—. Teingham sólo quiere mi dote, nunca seré su tipo de mujer.

—Pero eres el tipo de mujer que elegiría.

—¿Qué me dices de ti? —desvió el tema y de alguna manera se lo agradeció, ni siquiera entendía por qué lo abordó—. ¿Qué harás con el barón? Hoy no pudiste verlo.

—Por las noches tiende a ir a la biblioteca, sé que me reuniré con él ahí. —Esa mañana le había contado a Briseida, en un arranque de felicidad, sobre la nota que el barón le envió, por lo que era normal que mencionaran el tema ahora que estaban solas. Briseida le hizo un gesto con la mano para que continuara—. En un principio, cada uno se enfocaba en su propia lectura, pero luego él empezó a hablarme.

Muchos lo conocían como el barón misántropo debido al poco interés que tenía a la hora de confraternizar con los demás, pero curiosamente con ella logró llevarse muy bien.

—Perdí su carta —confesó con congoja—. No sé cómo pudo pasar, pero cuando subí a mi habitación después del almuerzo ya no estaba en mi bolsillo.

—¿Te gusta?

Su respuesta tardó en llegar.

—Me gusta que la gente no actúe con repulsión cuando estoy cerca.

—¿Puedo preguntar qué te sucedió?, ¿por qué cubres toda tu piel?

—No fui víctima de un incendio y tampoco tengo una deformidad en el rostro. —La gente solía tener una gran imaginación y existían muchas teorías en cuanto a su aspecto—. Así me siento más cómoda.

—Tus hermanas son muy guapas, debes ser tan bella como ellas.

«Solía serlo», pensó con amargura, recordando la tarde que su padre la marcó para siempre. «Aunque físicamente, Harriet y Louisa no se parecen en nada a mí».

—Somos muy diferentes —se limitó a decir.

Capítulo 6

“Ni su hermano perfecto y ni su cuantiosa dote están resultando muy eficaces para llamar la atención de los caballeros, ¿podría ser que lady Grayson fracase rotundamente en la búsqueda de un esposo en su primera temporada?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

El paseo con lady Milton resultó ser un completo desastre, pero al menos logró impedir que Colette se reuniera con el barón; aunque, si era optimista, todo parecía indicar que entre la pelinegra y Colette estaba surgiendo una agradable amistad. Sólo esperaba que los Milton dejaran que durara, normalmente ellos eran expertos en ahuyentar a los amigos de lady Briseida.

Un momento, ¿desde cuándo le preocupaba que Colette hiciera nuevos amigos?

Maldición, algo no andaba bien con él.

—¿Qué diantres te traes entre manos, Leighton? —preguntó Ewan ni bien logró localizarlo en el salón de juegos antes de la velada y él dejó de mirar sus cartas para centrarse en su amigo.

Sabía que esto podría pasar.

—Quiero jugar esta noche, pero tengo muy poco dinero en mis bolsillos —fingió ignorancia y agradeció que sus ojos ya no estuvieran clavados en los números de las cartas.

—No me refiero a eso —siseó y Leighton arrugó el entrecejo—. ¿Por qué invitaste a lady Milton a dar un paseo? Creí que el tema de atraparla había quedado en el olvido.

Claro, había olvidado que antes de la fiesta campestre, Ewan le sugirió una boda con la fémina con el único fin de arruinarla, pero al parecer sus planes y sentimientos ya no eran los mismos en cuanto a la hermosa pelinegra.

Dejó sus cartas sobre la mesa y se volvió hacia él con interés.

—¿Sucedió algo que no me contaste entre ustedes? —Ewan se tensó—. No lo niegues, tú la escondiste la noche que bebió el afrodisiaco cuando el plan era muy distinto.

—No podía permitir que te aprovecharas de ella —respondió con rapidez—. Ella merece elegir.

—¿Desde cuándo crees que un Milton merece tanta consideración? ¿Podría ser que la reina de hielo despertó sentimientos inadecuados en ti?

—Claro que no. —Su respuesta sonó muy apasionada y los nervios lo delataron—. Simplemente no podía permitir que cayeras tan bajo, recuerda que no quieres ser como tu padre.

Leighton apretó la mandíbula y se cruzó de brazos con disgusto, él no quería ser como ninguno de sus padres.

—Mejor hablemos de algo más interesante.

—Algo como ¿qué?

—Que eres un pésimo tutor. —Su tono de voz sonó más brusco de lo esperado—. Tengo la leve sospecha de que Zouche quiere pasarse de listo con lady Colette, ¿no deberías ser más cuidadoso?

Ewan frunció el ceño, consternado.

—Gracias por advertirme, pero no entiendo por qué te preocupa. Tú mejor que nadie sabe que casar a Colette será todo un reto, ¿no deberíamos alegrarnos de que exista un interesado?

«No dejaré que ningún imbécil le ponga una sola mano encima», pensó con ira contenida.

—He podido tratar con ella en los últimos días y es agradable. Zouche no es el adecuado para ella.

—La eligió a pesar de no conocer su aspecto físico; si él no es el adecuado, no sé quién lo sería.

—No puedes casarla con un cualquiera —explotó.

—¿Podrías relajarte? Ni siquiera me ha pedido un cortejo oficial. Además, no es tu problema con quién decida casar a mis pupilas.

—Si eso crees, no deberías pedirnos a Ryne y a mí que las vigilemos mientras tú haces quien sabe qué con la reina de hielo.

—¿Qué? —Abrió los ojos con sorpresa y Leighton sonrió con malicia.

—¿Crees que no lo sé? Esa noche que desaparecieron decidí esperarte y pude ver como llegaste detrás de ella, es evidente que pasaron la noche juntos. —Bajó la voz para que sólo él pudiera escucharlo y Ewan tragó con fuerza.

—No pasó nada significativo.

No le creyó, pero tampoco ahondó en el tema.

—Eso es bueno, porque no he cambiado de parecer —mintió—. Creo que lady Milton es la mejor de mis opciones.

—Su tía nunca te aceptará.

—No me casaré con su tía, Ewan.

Leighton observó cada una de sus reacciones y sonrió con malicia.

—Amigo mío, estás cometiendo un terrible error al fijarte en la hermana de Carlisle. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Consíguete una mujer durante la fiesta y olvídate de la pelinegra, es terreno peligroso, demasiado para tu propio bien.

—Ella no me interesa.

—Me pregunto si debes repetírtelo con mucha frecuencia para auto-engañarte. —Ewan cuadró los hombros con disgusto y Leighton se rio—. ¿Me quitas a la mejor de mis opciones?

—Aléjate de ella o tendremos problemas.

Lanzó un suspiro dramático.

—Los problemas los tendrás tú si sigues con eso.

—Pienso alejarme de ella, así que no te preocupes por mí.

—¿Y aun así no dejas que la corteje?

—Créeme que no quieres tenerla como esposa.

—Digamos que te creo —Hizo un gesto con la mano con desinterés, sacarle información fue más fácil que robarle un dulce a un bebé—, pero ¿no crees que alguien debería vigilar a tus pupilas? —regresó al tema de su interés.

Ewan achicó los ojos con cierto recelo.

—¿Por qué te importa tanto?

El castaño respingó y parpadeó varias veces, pensando en su respuesta.

—No lo sé, he tratado con ellas y son agradables, no quiero verlas arruinadas.

—Seré más cuidadoso.

—Mejor déjame a cargo de ellas —sugirió con cautela e indiferencia—. Como no planeo buscar una esposa, quizá con ellas pueda pasar el tiempo.

—¿A cambio de qué?

No era propio del marqués hacer favores, menos si estos implicaban cuidar a jóvenes solteras.

—¿Crees que te pediré algo a cambio? —Se llevó una mano al pecho, ofendido.

—Leighton...

—Sólo quiero que le informes en privado a lady Colette el poder que tendré sobre ellas a partir de ahora.

—¿Para qué? —inquirió con disgusto.

—Para que esté al tanto de que la vigilaré y no permitiré que el barón se burle de ella.

—De acuerdo.

—Hazlo ahora, en media hora empezará el baile y quiero que esté al tanto de la situación. — Porque una vez que ella estuviera bajo su cuidado, todo se pondría más interesante—. O si no, estaba pensando en hablar con Ryne sobre tu aventura con lady Milton.

—¡No! Ya te dije que esto terminará pronto, no hay razón para que más personas se enteren de lo ocurrido.

Leighton no tenía la menor idea del por qué Ewan protegía tanto a lady Milton, pero tampoco se tomó la molestia de reparar mucho en el tema, acababa de conseguir lo que realmente quería y lo demás le importaba muy poco.

¿Por qué lord Teingham tuvo que llevarla a su paseo con Briseida?

Colette debía admitir que la pelinegra era una persona agradable, no se parecía en nada a su tía y hermano mayor, pero también comprendía que una amistad entre ellas era algo imposible porque sólo era cuestión de tiempo para que el duque de Carlisle las separara.

El hombre odiaba juntarse con la chusma y claramente ella era parte de la chusma para los Milton.

«No me dejó reunirme con Zouche», pensó con congoja y una vez más se reprendió a sí misma por haber perdido la nota que el barón le envió.

No quería ilusionarse, ella mejor que nadie sabía lo peligroso que era acercarse a un hombre, pero el barón le agradaba y la amistad que le ofrecía parecía sincera porque él sí estaba dispuesto a escucharla.

Suspiró, sólo esperaba que esta noche él le diera la oportunidad de disculparse por haberlo dejado plantado. Un suave toque en la puerta de su alcoba la hizo respingar en su lugar y giró el rostro con rapidez al ver que se trataba de Saint Albans.

—¿Puedo ayudarlo en algo, su excelencia?

El rubio se rascó la nuca y evitó su mirada.

—He estado algo ausente, Colette, de verdad lo siento.

Frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Tengo entendido que el barón de Zouche te ha estado incomodando.

—Yo no diría eso —dijo rápidamente y su tutor cuadró los hombros, curioso.

—Teingham me dijo que últimamente sigue tus pasos.

Esto tenía que ser una pesadilla, ¿en qué momento el marqués misógino empezó a reparar en sus actividades del día?

—Creo que hay un malentendido, el barón y yo simplemente nos llevamos muy bien.

¿Era impresión suya o su tutor se veía más preocupado de lo normal?

—¿Segura?

—El marqués sólo se preocupa por nuestro bienestar porque somos sus pupilas.

—Es verdad —asintió distraído—. A partir de ahora Teingham estará con ustedes en mi ausencia, tiene mi autorización para vigilarlas y si necesitan algo no duden en buscarlo.

No, ella no quería lidiar con ese hombre. Desde la noche que se encontraron en la biblioteca y terminaron en su habitación, todo se había salido de su control.

—No es necesario.

—Descuida, él no te molestará, es distraído y nunca se preocupa por los demás.

Ella no estaba tan segura de eso, pero ¿acaso podría hacerle cambiar de parecer a su tutor?

—¿Algo lo inquieta, su excelencia?

Él negó rápidamente con la cabeza.

—No, no, es sólo que tengo unos asuntos que atender.

Llevaba viviendo muchos meses con él y su actitud no era nada normal. No obstante, ella no era quien para cuestionar a Saint Albans y por esa razón se limitó a guardar silencio y finalmente ir por Louisa para bajar a la velada.

No estaba acostumbrada a meterse en problemas ajenos, pero le resultó imposible no notar como los ojos de su tutor seguían a Briseida en cada oportunidad que se le presentaba. En un principio pensó que todo era parte de su imaginación, dado que sólo necesitó llegar a Londres para conocer la terrible enemistad que existía entre Saint Albans y la familia Milton, pero ahora estaba convencida de que algo no andaba bien entre la pareja.

¿Un amor imposible?

Se ruborizó, eso parecía tan romántico e inalcanzable para ella.

Aunque... el barón de Zouche instaló algo parecido a la esperanza en su corazón.

Él, a pesar de todo, era capaz de mirarla.

«Cuando vea tu cicatriz te abandonará de la misma manera que lo hizo George», le advirtió una vocecilla y Colette tragó con fuerza.

—Quiero volver a Londres —dijo un respingo en su lugar y se concentró en la conversación de Delphina y su hermana.

—La pasarías bien si hicieras el esfuerzo de llevarte bien con las personas, Louisa —espetó Delphina con paciencia y Colette asintió, lastimosamente su hermana era demasiado huraña para el gusto de los caballeros.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo, comprendía que formar una familia era algo que estaba fuera de su alcance, su condición nunca le permitiría ser elegible entre tantas damas solteras, pero nada le daría más gusto que ver a sus hermanas casadas y resguardadas bajo el manto de un buen hombre.

—Toda la gente de este lugar es estúpida.

—¡Louisa! —Tuvo que intervenir y para su fortuna el vizconde de Hunt se unió a ellas para controlar la boca de su hermana con una simple mirada.

Ryne Grayson era algo así como un tutor de repuesto, cada vez que Saint Albans quería liberarse de sus obligaciones como tutor las mandaba con su gran amigo, aprovechando que él debía encontrar un buen marido para su hermana menor.

Era un hombre agradable, pero demasiado silencioso y observador para su gusto.

Tenía la leve sospecha de que se la pasaba juzgando a medio mundo la mayor parte del tiempo y no era para menos, el vizconde se creía el hombre perfecto y los pares de la nobleza no hacían nada para bajar sus aires de grandeza, sino todo lo contrario.

—Modera tu lengua —ordenó en voz baja, captando la atención de la castaña, y su hermana intentó sisear algo por lo bajo, pero sus intenciones se vieron interrumpidas cuando el barón de

Zouche se acercó a ellas junto a su gran amigo el duque de Somerset.

La ansiedad empezó a carcomerle por dentro.

—Miladies. —Hicieron una venía perfecta y Colette tragó con fuerza, normalmente Zouche y ella se reunían cuando la audiencia era escasa, jamás se imaginó que el barón se acercaría a ella bajo la atenta mirada de tantas personas—. Lady Colette, ¿me pregunto si tiene algún baile disponible para mí?

«Todos están disponibles», contestó mentalmente.

Ella sabía bailar muy bien, pero ningún caballero estaba dispuesto a bailar con una mujer que se cubría de la cabeza a los pies —a excepción de su tutor y lord Hunt—, por lo que le resultaba bastante normal observar a los bailarines durante las veladas.

El duque le hizo una invitación a su hermana y a regañadientes la castaña fue llevada a la pista de baile.

—Sí, y será un honor bailar con usted —admitió con cierto entusiasmo, aún sin poder creer en su buena suerte, y bajo la atenta mirada del vizconde se dirigió a la pista de baile.

Si había algo que no podía negar, era que Hunt las cuidaba muy bien cuando estaban bajo su protección.

—Lamento mucho no haber podido reunirme con usted esta tarde —se disculpó, sintiendo un cúmulo de emociones al percibir su mano tan cerca de su cintura.

—No se preocupe, estuve cerca cuando Teingham le impuso la tarea de carabina —respondió el castaño con una amplia sonrisa en el rostro y ella se ruborizó—. Tal vez podamos reunirnos en otra ocasión —añadió y un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir una penetrante mirada sobre ella.

El baile demandó que girara sobre su eje y la preocupación la invadió al ver al recién nombrado junto a Hunt y Delphina, observándola con cierto disgusto.

Saint Albans le había informado que a partir de ahora el marqués también cuidaría de ellas en caso de que él no estuviera presente, pero ella no lograba entender por qué un hombre tan ocupado y despreocupado como Teingham se centraría en dos pupilas que su tía despreciaba con cada fibra de su ser.

—¡Arg! —Un rugido masculino provocó que muchos invitados interrumpieran la coreografía y Colette palideció al ver que el duque de Somerset estaba encorvado en su lugar, aferrándose a su bota derecha, mientras que su hermana se infiltraba por uno de los largos pasillos.

Esto tenía que ser una broma, ¡Louisa no podía actuar de manera tan escandalosa y patear, o pisar, a un duque en medio de un baile!

—Tengo que ir con ella —musitó, lamentando tener que dejar al barón a medio baile, y el castaño asintió.

—Sí, yo lidiaré con Somerset.

Con suerte y el barón convencería al duque de no hacer de esto un gran escándalo. Consideraba que su hermana no necesitaba uno más en su larga lista de razones por las que los hombres debían huir de ella durante las veladas.

—Me puedes decir ¿qué pasa contigo? —preguntó nada más ingresar al salón de música que estaba fuera de uso y su hermana se volvió sobre su eje con rapidez.

—Ese hombre es desagradable, ¿por qué dejaste que me invitara a bailar?

—Porque desde el momento que te hacen una invitación, no tienes otra opción.

—¡No me gusta estar aquí! —Louisa pateó el piso, furiosa—. No es justo, no quiero casarme, hermana.

Colette inspiró profundamente, dudaba mucho que Saint Albans estuviera dispuesto a lidiar con tres solteronas por el resto de su vida.

—Me temo que no tenemos muchas opciones.

—Si me caso será con Ewan. —Se cruzó de brazos y la sorpresa la golpeó con fuerza—. Él no es amargado, no respeta las reglas sociales y es muy guapo.

—Es tu primo —le recordó.

—No seríamos los primeros primos en casarnos. —Se encogió de hombros.

—Él no te tomará en cuenta para el puesto de duquesa, te aprecia como a una hermana.

Louisa no le dio una respuesta y la puerta de la estancia se abrió con violencia.

—¿Qué diantres pasó allí afuera? —preguntó el marqués de Teingham con brusquedad, dejando claro que no pensaba ser tan tolerante como Saint Albans y Hunt, y Colette tragó con fuerza.

—No es asunto suyo —siseó su hermana sin pudor alguno.

—Louisa, compórtate —exigió con frustración, ¿por qué simplemente no podía guardar silencio?

—Vete a tu habitación —ordenó el marqués y su hermana palideció—. Y reza durante toda la noche para que Somerset te tenga piedad y el día de mañana no despiertes arruinada.

—Milord... —Estaba siendo muy duro con su hermana.

—Silencio. —La señaló con enojo—. No creas que te librarás de esto.

Abrió los ojos con sorpresa, ¡ella no hizo nada malo!

—Retírate, Louisa.

Su hermana hizo una mueca desdeñosa y prefirió retirarse antes que seguir discutiendo con el marqués, algo muy sabio de su parte porque estaba segura de que ese hombre no se dejaría amedrantar ni manipular como Saint Albans.

—Lord...

—Todo es tu culpa —la acusó con molestia una vez que la puerta estuvo cerrada y Colette respingó—. Si no te inmiscuyeras con gente como el barón, el duque no habría fastidiado a tu

hermana.

—El barón sólo me invitó a bailar.

—Deberías entender que, debido a tu condición, nadie te invitaría a bailar sólo porque sí.

Sus palabras fueron un golpe bajo y por varios segundos no supo qué decir. Nunca antes la habían insultado tan descaradamente por usar un velo, cubrir su piel y cabello, por lo que esta situación le resultaba nueva y humillante.

—Te prohíbo que te acerques a ese hombre.

—No puede hacer eso —respondió con sencillez y entrelazó sus manos sobre su regazo—. Es un buen amigo.

—Un buen amigo que te manda cartas y te pide citas en la biblioteca, ¿no es así?

La garganta se le cerró y el marqués le enseñó la nota que ella dio por perdida.

—¿Cómo la consiguió?

—Eso no importa. —La guardó de nuevo y caminó peligrosamente en su dirección—. Lo único que importa es que ese hombre quiere tu dote y está dispuesto a hacer mucho con tal de conseguirlo, así que no permitiré que se salga con la suya.

—Él puede quedarse con mi dote siempre y cuando se case conmigo.

Esa era la función de su dote: conseguirle un marido.

—No te conviene.

Tenía que ser una broma, ese hombre le estaba tomando el pelo, ¡él no era quien para opinar al respecto!

—Mejor no se meta donde nadie lo llama, Teingham.

Salió del salón de música como alma que lleva el diablo y se preguntó qué podría hacer para recuperar la nota que Zouche le envió. Le parecía injusto que el marqués se quedara con ella. Ese pensamiento hizo que parara en seco y empuñara las manos con disgusto.

«Estoy harta de ser la pupila más sumisa».

Colette abandonó toda idea de marcharse y regresó al salón de música, encontrándose con una escena bastante peculiar, puesto que el marqués tenía los ojos achicados mientras leía la nota que era de su pertenencia.

No lo pensó más y se la arrebató con rapidez, haciendo que el hombre respingara en su lugar con sorpresa.

—Pero ¿qué diablos?

—Es mía —decretó y salió huyendo, ignorando por completo la incredulidad del marqués.

El pánico la invadió al ver que pretendía seguirla, pero entonces impactó contra el pecho del vizconde de Hunt, quien fue lo suficientemente racional como para seguir a su amigo y vigilar la situación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con aspereza, mirando la nota y luego a su amigo.

—Sí, yo...

—Quiero ver. —Le quitó la nota con lentitud y leyó el contenido en silencio para después enarcar una ceja—. Espero que Zouche tenga buenas intenciones, no me gustaría verlo con dos huecos en el cuerpo.

—¿Dos? —Su voz tembló y agradeció que le devolviera su nota.

—Uno lo provocará Ewan y el otro lo haré yo.

Colette tragó con fuerza.

—Es mi amigo.

—¡Debe alejarse de él! —el marqués perdió el juicio y cuando quiso abalanzarse sobre ella para quitarle la nota, Colette se escondió detrás del vizconde—. No seas insensata, él quiere...

—Basta, Leighton —Hunt lo llamó por su nombre de pila—. Colette sólo está siendo cortejada, deja que su relación con el barón fluya.

—Estás demente si crees que permitiré algo así, ese niño está arruinado.

—Usted también lo está —farfulló y le pareció oír como el vizconde ahogaba una risilla maliciosa.

—Ve a tu habitación, Colette, yo me quedaré con el marqués.

Al fin alguien sensato hablaría con ese hombre, tal vez Hunt podría hacerle entender que ella no era su responsabilidad y no tenía por qué meterse en sus asuntos.

Horas más tarde, cuando la tormenta se desató, Colette confirmó todas sus sospechas en cuanto a su tutor y Briseida, puesto que su amiga no estaba por ningún lado y Saint Albans se sintió lo suficientemente desesperado como para pedirle que la suplantara en su habitación mientras él salía a buscarla.

Capítulo 7

*“Nuestro anfitrión no está contento con cierto invitado, puesto que no ha dudado en estampar su firme puño en la mejilla del apuesto barón misántropo. Me pregunto ¿qué mal hizo ese hermoso hombre para merecer semejante castigo?
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

A Leighton le importaba muy poco lo que lady Berricloth pudiera decir y por ende también le eran indiferentes los comentarios de su tía, quien le exigía que se alejara de las pupilas de Ewan cuanto antes.

¿Agatha lo quería en su reunión de té en el jardín?

Bien, él asistió a dicha reunión, pero no lo hizo con la intención de conocer a nuevas damas, sino con el claro objetivo de vigilar a Colette, Louisa y Delphina. Le parecía curioso que Ryne y Ewan no estuvieran presente y esperaba que hicieran acto de presencia con prontitud porque no podría lidiar con las tres jóvenes cuando la gente comenzara a pasear por el lugar, muchos invitados aprovecharían la libertad que el espacioso jardín brindaba y no quería que Zouche se pasara de listo.

Si alguien le hubiera dicho que actuaría como un tutor responsable durante una fiesta campestre hace unos meses, Leighton se habría reído en su cara, pero ahí estaba él, conversando con las amigas de su tía mientras escuchaba la conversación del barón y Colette.

Odiaba admitirlo, pero el interés de Zouche hacia Colette parecía muy genuino.

«Estás celoso», le había dicho Ryne la noche anterior y él lo negó con demasiado ahínco. «Ten cuidado, es la pupila de Ewan y me temo que él ya se encariñó con las tres damas».

Esta situación lo estaba sacando de quicio.

Sus amigos aparecieron en su campo de visión y dedujo que Ryne ya le habría transmitido sus preocupaciones a Ewan en cuanto a sus actitudes con Colette. No le importaba, no era dado a seguir órdenes y estaba seguro de que lady Milton disiparía las dudas de su amigo con bastante prontitud una vez que volviera a reunirse con él.

Se unieron a ellos en la mesa y después de un largo lapso, no le gustó ver la aprobación en los ojos de su amigo respecto al barón de Zouche.

¿De verdad entregaría a Colette sin dudarlo?

Zouche era un chiquillo, sólo tenía veintiún años, ¿qué tipo de matrimonio podría esperarle a Colette junto a un hombre sin experiencia?

Leighton maldijo en silencio al darse cuenta que era incapaz de controlar sus celos y no se

sintió tranquilo hasta que Ewan abandonó la mesa y siguió el mismo camino que lady Milton tomó hace unos minutos hacia la casa principal. Intercambió una rápida mirada con Ryne y su amigo se encogió de hombros.

Ewan no iba a ser sensato a pesar de sus consejos y al poco tiempo se dio cuenta que él tampoco lo sería, puesto que no dudó un solo segundo a la hora de seguir a la pareja que se alejó de la mesa y empezó a vagar por el jardín hasta quedar fuera de la vista de los invitados.

Los siguió sin delatar su presencia y no le gustó que el barón guiara a Colette por los altos setos, claramente quería un momento a solas con la dama y dudaba que sus intenciones fueran muy respetables. Se escabulló por un breve atajo que conocía muy bien y cuando vislumbró a la pareja del otro lado de los rosales, se escondió detrás de unos arbustos.

—Hay un tema que me gustaría hablar con usted —susurró el hombre con aspereza, se veía demasiado tenso para su gusto.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, acariciando una peonia rosada con parsimonia.

—Usted me agrada mucho, lady Colette —la llamó por su nombre de pila y Leighton cerró las manos en dos puños—. Me encantaría dejar las formalidades de lado, admito que en un principio sólo fui amable y educado, pero desde que fuimos al mirador y tuve la oportunidad de hablar contigo no he dejado de pensar en ti.

Colette se quedó sin palabras y analizó la situación con parsimonia, jamás pensó que algo así sucedería, ¿cómo era posible que un hombre se fijara en ella cuando se escondía de los demás con tanto esmero?

—Me siento muy halagada, milord —susurró con un hilo de voz—, pero creo que está cometiendo un terrible error al decirme esto —se sinceró.

—No lo creo, realmente me gustaría cortejarte.

—¿Por qué me lo dice?

—Quiero tu aprobación antes de hablar con Saint Albans.

Él era un joven generoso, amable e inteligente, ¿por qué no podía sentirse atraída por su persona?

«Porque te recuerda a George».

La compresión la golpeó con fuerza y pasó saliva con esfuerzo.

—¿No considera que aún es muy joven para tomar una decisión tan importante?

—Por favor —le indicó la banca de piedra y ambos tomaron asiento en silencio—. Para nadie es un secreto que heredaré un título arruinado. —Colette asintió—. Sí, necesito una heredera a la cual desposar, pero quiero que sepa que esa no es la principal razón por la que ahora estoy aquí.

Lo sabía, Zouche tuvo la oportunidad de cortejar a lady Milton y no la tomó.

—Le contaré algo, milord —musitó con voz tenue, sintiendo un horrible nudo en la garganta—. Yo estaba comprometida, disfruté de un hermoso primer amor durante muchos años, pero

cuando la desgracia cayó sobre mi persona hace más de tres años, ese hombre no dudó en abandonarme y anular todo.

No quería que la historia se repitiera.

—Lo siento mucho, Colette... —musitó con ternura y acunó su mano con firmeza.

—Él decía que me amaba, me juró una vida juntos y cuando vio mi rostro, salió huyendo. — Lo sintió tensarse y comprendió que la única manera de hacerlo entrar en razón era mostrándole su rostro—. Siento que no debería cortejarme porque ni siquiera sabe cómo luzco y podría llevarse una gran decepción.

—No necesito saber cómo luces para enamorarme de tu ser. —La belleza física lo era todo en el mundo y dentro de la nobleza inglesa, ella nunca sería aceptada en sociedad mientras portara esa horrible cicatriz en el rostro—. Yo... yo... —el barón se rascó la nuca con nerviosismo—, ¿podría besarte?

Tal vez, sólo tal vez, el barón era aquella luz al final del túnel. Muy probablemente no habría amor en su matrimonio cuando descubriera su aspecto, pero al menos le daría esa familia que ella anhelaba poseer y cuidar.

«Tengo que intentarlo».

—Está bien —la voz le tembló y rápidamente lo sujetó de las muñecas para impedir que levantara su velo—. Espere —pidió con nerviosismo—, yo lo haré.

Lanzó un suave jadeo cuando Zouche rodeó su cintura y la llevó hacia su cuerpo con lentitud. No le resultaba una escena reconfortante, a decir verdad, estaba demasiado tensa, pero no había marcha atrás.

Aferró el dobladillo de su velo y empezó a subirlo con lentitud, pero a medio camino sus manos comenzaron a temblar.

¿Estaba lista para lidiar con un nuevo rechazo?

—Déjeme ayudarla —susurró el barón con impaciencia, percatándose de su intención de abordar el plan principal, y el miedo la carcomió cuando reemplazó sus manos con bastante facilidad; no obstante, Zouche no llegó a cumplir con su objetivo porque una fuerza mayor tiró de él hacia atrás, obligándolo a abandonar su lugar.

Colette jadeó horrorizada al ver a Teingham detrás de ellos, sujetando al barón de las solapas de su levita.

—Pero ¿quién diablos te crees, Zouche? —escupió furioso y estampó un firme puño en su rostro.

—¿Qué hace? —chilló ella en voz baja e intentó socorrer al barón, quien estaba sobre el césped, pero Teingham no se lo permitió y atenazó su brazo con prontitud.

—Seré claro contigo, Zouche, si aprecias tu vida, aléjate de esta mujer. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante sus duras palabras y se encogió en su lugar cuando los ojos color

miel se posaron en ella—Ven conmigo.

Ingresaron a la casa por una de las terrazas, todo indicaba que Teingham no quería llamar la atención de los invitados y ella agradeció ese hecho en silencio porque se veía demasiado molesto para su propio bien.

—Suélteme —rogó con desespero, pero él no la obedeció y la guio hacia la estancia más cercana.

Terminaron en la biblioteca.

—¡Te dije que te alejaras de él! —vociferó una vez que estuvieron dentro y cerró la puerta a su espalda.

Estaba asustada, jamás pensó que un hombre tan relajado y despreocupado como el marqués podría perder los estribos de esa manera.

—Suélteme, por favor —sollozó con desespero, pero lastimosamente él no la obedeció.

—No le interesas, Colette, abre los ojos o quítate ese maldito velo que no te deja ver bien. — Mentira, el barón estaba siendo sincero con sus sentimientos, pero al parecer ese hombre se rehusaba a aceptar la realidad—. ¡Zouche sólo quiere tu dinero!

—Tal vez no lo sepa, milord, pero todo hombre que se acerque a mí sólo lo hará por mi dinero.

—¿Y qué tan desesperada puedes estar para aceptar algo así? —escupió con rabia y Colette se tensó cuando sus ojos se posaron en sus hombros y luego recorrieron su cuerpo en silencio.

Empezó a forcejear, pero él no estaba dispuesto a brindarle su libertad.

—Ibas a besarlo —farfulló—. Dejaste que viera tus labios, vi como levantaste tu velo y...

—Él iba a besarme a mí.

Además, ¿por qué le importaba tanto?!

—¡Y tú querías que lo hiciera! —La zarandeó—. ¿Así actúas con los hombres que quieren besarte? Si es que existe alguien más aparte de Zouche.

—Suélteme —ordenó, tratando de implementar algo de dureza en su voz, no le gustaba la manera tan descarada en la que ese hombre le insultaba.

—Ni Ewan ni yo podemos verte, pero ¿ese imbécil sí puede hacerlo? —En esta ocasión soltó sus brazos, pero afianzó su pequeña cintura, generándole una horrible presión en el pecho—. Bien, veamos si conmigo eres tan permisible como con el barón.

Leighton intentó quitarle el velo, pero el grito que se levantó en la estancia le heló las venas.

—¡Alto ahí, Leighton!

«Maldición», Ewan apareció en su campo de visión, todo parecía indicar que Leighton eligió el salón equivocado e interrumpió la cita que cierta pareja estaba compartiendo en el piso superior. Su amigo lo empujó con demasiada violencia por el pecho y eso fue más que suficiente para que Colette quedara en libertad, pero al parecer Ewan necesitaba hacer más que empujarlo

porque no dudó en estrellar un puño en su rostro.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exigió saber y Leighton sonrió con sorna, no devolvería el golpe porque sabía que se lo merecía.

—Evito que tu pupila termine arruinada —farfulló.

—Gracias por el dato, estoy seguro de que el barón aceptará casarse con Colette para cumplir con su deber.

Leighton se abalanzó sobre Ewan y ambos cayeron al piso para iniciar una salvaje pelea. Esto parecía irreal, dos miembros de la sociedad de los canallas se estaban peleando por el futuro de una dama soltera.

—¡No, paren, por favor! —gritó Colette y lady Milton salió de su escondite para consolarla y tratar de hacer entrar en razón al rubio.

—Basta, Ewan. —La dama cometió el error de llamarlo por su nombre de pila y se inclinó sobre el rubio para sujetar el brazo que ahora mismo tenía en el aire, listo para estamparlo en su rostro—. No lo hagas, esto es un malentendido.

El duque gruñó e inmediatamente se incorporó para proteger a ambas mujeres con su cuerpo.

—Te di mi autorización para que pudieras cuidar de mis pupilas, pero en ningún momento te dije que podías interferir en sus decisiones.

—Zouche iba a forzarla, estuvo a punto de levantarle el velo —espetó atropelladamente.

—Los escuché, Leighton —siseó—, y estás interfiriendo en el cortejo del barón. —Ewan miró a Colette por encima de su hombro—. ¿Zouche intentó forzarte? —Ella negó con la cabeza—. ¿Estabas a gusto con él?

—Sí —musitó con un hilo de voz y Ewan lo fulminó con la mirada—, pero el marqués nos interrumpió y lo golpeó, le ordenó que se alejara de mí y me trajo hasta aquí a la fuerza, aprovechando que ningún invitado estaba cerca para observar la escena.

—Lo hice por tu bien.

—Por su culpa el barón no volverá a acercarse a mí —sollozó y Leighton apretó la mandíbula, ¿por qué diablos actuaba de esa manera?

El barón no era nadie importante.

—Te hice un favor.

—No te preocupes, Colette —espetó Ewan con rapidez—, yo me encargaré de Zouche y si tú estás dispuesta a casarte con él, lo haré cumplir con su deber.

Leighton se rio por lo alto, estaba fuera de sí.

—Si harás que Zouche cumpla con su deber, yo haré que tú cumplas con el tuyo. —La amenaza fue certera y provocó una terrible tensión en el ambiente—. ¿De verdad crees que puedes hacer lo que se te venga en gana con lady Milton y no salir afectado en el proceso?

—Leighton...

—No, Ewan, si ella se casa con Zouche; tú te casarás con...

—Es diferente —siseó su amigo—. Colette quiere casarse con el barón, yo jamás consideraría casarme con la reina de hielo.

El silencio se cernió sobre ellos, generándole una gran inquietud en el pecho.

—El duque y yo no volveremos a vernos —aseguró lady Milton de pronto, provocando una horrible palidez en el rostro de Ewan, y Leighton se percató del gran mal que acababa de hacerle a la pareja.

Maldición, se dejó llevar por la rabia y los celos.

—No quiero sabotear la felicidad de Colette por algo sin sentido.

Ella consideraba que su relación con Ewan era algo sin sentido, pero Leighton estaba casi seguro de que su amigo ya había comprometido su corazón.

—Briseida... —Colette sujetó el brazo femenino—, yo no quería que esto llegara tan lejos.

—Es lo mejor. —La voz femenina tembló—. He sido imprudente y ya no quiero seguir regalando mi tiempo a gente que no merece la pena. —Se zafó del agarre con suavidad e intentó pasar a Ewan de largo, pero él bloqueó su camino.

—Si te marchas, esto se termina.

Lo mujer lo pasó de largo sin duda alguna para abandonar la estancia y Leighton se horrorizó al darse cuenta de lo que había provocado.

—¿Estás contento? —inquirió Ewan con voz neutra, mirándolo con rencor.

—Ewan...

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a mis pupilas. —Sujetó la mano de Colette con suavidad—. Si vuelves a fastidiarla, te retaré a un duelo y las cosas no terminarán bien.

—Yo sólo...

—Tú ocúpate de tus asuntos y busca la esposa que necesitas.

Por todos los cielos, ¿qué diablos acababa de hacer?

Ewan se marchó junto a Colette y Leighton se quedó totalmente solo en la biblioteca, recapitulando cada una de sus acciones.

—Mira el lado positivo. —Ryne se apoyó en el marco de la puerta, tomándolo por sorpresa, ¿cuánto tiempo llevaba ahí?—. Separaste a Ewan de esa víbora y ahora yo me encargaré de mantenerlos así.

—Él está muy molesto, no volverá a hablarme y...

—Tarde o temprano se le pasará, la sociedad de los canallas no morirá por una mujer —garantizó y Leighton rezó en silencio para que así fuera.

Capítulo 8

“¿Es impresión mía o la sociedad de los canallas está con problemas de faldas? No es propio ver a sus miembros tan separados y silenciosos, ¿alguien me puede decir por qué el vizconde de Hunt está pasando tanto tiempo con lady Milton, por qué Teingham deja que su tía le organice citas y por qué Saint Albans está actuando como un tutor perfecto? Algo me esconden, pero pronto lo descubriré y estén seguros de que ustedes serán los primeros en saberlo.

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Leighton sabía que tarde o temprano Ewan volvería a hablarle; no obstante, ese hecho no le brindaba nada de tranquilidad porque en el fondo era consciente que su nefasta actitud había arruinado lo que sea que él tuvo con lady Milton y su amigo estaba muy abatido por eso.

Ryne se había encargado de cuadrar todo tipo de paseos con lady Milton y comprendía que su único objetivo era alejar a la dama de cualquier otro pretendiente, dado que ambos se habían dado cuenta de que Ewan estaba muy interesado en dicha fémina.

«Sólo espero que Ewan lo vea de esa manera y no considere a Ryne un enemigo».

Suspiró larga y pesadamente y le dio un sorbo a su copa de coñac, recordando el hecho de que Colette y Zouche llevaban tres días participando de un estúpido cortejo y él no podía hacer nada al respecto porque ahora era Ewan quien los vigilaba y no les brindaba un solo minuto de privacidad.

Debía reconocer que ese hecho le gustaba, dado que ahora el barón no trataría de pasarse de listo, pero... igual seguían en medio de un cortejo que podría terminar muy mal para él.

¿Por qué diablos le gustaba tanto la pupila de su amigo?, ¿qué diantres vio en ella si esa mujer vivía escondida bajo un manto?, ¿en qué momento olvidó que fue él quien anuló su cortejo formal cuando descubrió su condición?

«Esto es absurdo», siseó mentalmente y dejó su copa de lado, no quería alcoholizarse desde tan temprano, en unas horas tendría que cenar con los invitados y estaba seguro de que su tía ya tenía a una nueva candidata en la mira, puesto que él había dejado bastante claro que no intentaría nada con lady Milton.

Ella era la mujer de Ewan.

—¡Lord Teingham! —Leighton respingó en su lugar al oír el grito de Louisa y se incorporó con rapidez, la castaña estaba muy pálida y nerviosa.

—¿Qué sucedió? —No la regañaría por ingresar a su despacho sin llamar, suponía que tenía muy malas noticias para él.

—Tiene que ayudarnos, la calesa en la que el vizconde de Hunt y lady Milton salieron de paseo regresó sin ellos.

Esto era malo, Ryne era un buen conductor, por lo que no podía esperar nada bueno de dicha noticia.

—¿Alguien más lo sabe?

—Claro que no, pero mi hermana fue por Ewan.

Colette prefirió buscar a su tutor antes de ir por él.

—Vamos.

No era el mejor momento para pensar en eso, tenía la leve sospecha de que Ryne y lady Milton necesitaban ayuda. Llegaron a las caballerizas con paso apresurado y la garganta se le cerró al ver a Ewan y Colette allí, aún estaba muy avergonzado por lo sucedido, pero suponía que ese encuentro pasaría tarde o temprano.

—¿Qué crees que pudo haber sucedido? —preguntó Ewan con dureza.

—No lo sé, Ryne es un excelente conductor. —Se limitó a decir y utilizó todo su autocontrol para impedir que sus ojos se posaran en Colette.

—Debemos ir a buscarlos, la gente no puede darse cuenta de su ausencia.

Leighton ordenó que ensillaran dos caballos y Colette sujetó a Ewan del brazo con firmeza.

—Nosotras iremos por detrás en la calesa.

—¿Qué? —Ewan frunció el ceño—. Claro que no, deben quedarse y...

—¿Te das cuenta de que si no los encontramos con prontitud ellos tendrán que casarse? —preguntó Colette y su amigo palideció—. Sí, Ewan —lo llamó por su nombre de pila—, y estoy segura de que Briseida no quiere algo así, por lo que es necesario que ella sea vista llegar con un gran número de personas. Podemos decir que salimos de paseo y sucedió algo en el camino, pero no será prudente que ella llegue sola en compañía de tres hombres.

Ella tenía razón.

—Bien.

¿Por qué tenía la leve sospecha de que Ewan y Colette se llevaban muy bien?

Ewan ayudó a sus dos pupilas a subir a la calesa y él decidió mantenerse al margen de todo, mientras montaba a su semental y esperaba que todos estuvieran listos. Partieron a los pocos segundos y Leighton determinó que debían ser rápidos si no querían que la tormenta los encontrara.

—No parece propio que él se meta en problemas —espetó de pronto, aprovechando que su amigo estaba a la par suya, y Ewan lo miró de reojo—. De verdad lo siento, ese día actué como un patán, pero lo estoy pagando con creces, mi tía me ha presentado a debutantes que te harían tiritar de desagrado.

El rubio contuvo su carcajada y clavó la vista en el camino.

—Quiero que te disculpes con Colette. Ella no merecía el trato que le diste ni todo lo que le dijiste.

—Lo sé, pero...

—Y luego preferiría que te alejes de ella. —Las palabras murieron en su garganta, le estaba pidiendo demasiado—. No pude reconocerte, Leighton, y eso me hace sentir algo de incertidumbre por mi pupila.

¿Podía culparlo?

Ni siquiera él pudo reconocerse.

Era la primera vez que actuaba de una manera tan irracional ante una mujer.

—Está bien —fue su única respuesta y siguieron cabalgando en silencio hasta que por fin visualizaron a dos personas sentadas debajo de un árbol.

—¡Ryne! —gritó Ewan por lo alto y su amigo estiró el cuello con rapidez.

Colette y Louisa estaban a una distancia prudente, pronto los alcanzarían. Desmontaron a los animales y Leighton se preocupó al ver que lady Milton estaba inconsciente y su rostro reposaba sobre el hombro de Ryne.

—¿Qué sucedió? —Ewan estaba algo tenso.

—Se desmayó. Está herida, se golpeó la sien y...

—¿Qué?

Ewan se arrodilló con immediatez y con mucho cuidado tomó a la pelinegra entre sus brazos para pegarla a su cuerpo. La dama tenía la sien rodeada de sangre seca y estaba muy pálida.

—¿Por qué no la llevaste de regreso? —Su amigo empezó a tiritar sin control alguno—. ¡¿Qué diablos tienes en la cabeza, Ryne?! No es momento para quedarse sentado y...

—Porque me lastimé la pierna y el hombro por culpa de tu mujercita —farfulló disgustado, aceptando la ayuda de Leighton—. Tuvimos una discusión, me atacó y ambos caímos de la calesa, creo que no tuvo mucha suerte. Necesita un médico lo antes posible.

Ewan acarició la pálida mejilla de lady Milton y Leighton se preguntó si así se veía un hombre enamorado. Estaba seguro de que ahora mismo nada era más importante para Ewan que lady Milton.

La calesa se detuvo junto a ellos y él observó con fijeza a Colette, preguntándose si él podría llegar a preocuparse de alguna manera por ella.

«Claro que no, tú no piensas en nadie más que no sean tus amigos».

Louisa saltó de la calesa exitosamente y cuando Colette intentó hacer lo mismo, Leighton se movió con rapidez para rodear su pequeña cintura y bajarla del vehículo con cuidado.

Ella se puso tan rígida como una vara y él sólo se imaginó cómo sería estrecharla en sus brazos y despojarla de ese maldito velo que le impedía verla a los ojos.

—Cuidado —susurró con voz ronca, apartándola del vehículo para que Ewan pudiera subir a

lady Milton, e inhaló profundamente el olor a peonías antes de implementar algo de distancia.
Tal vez, sólo tal vez, Colette y él necesitaban tener una última conversación.

Al final del día, Colette terminó rendida en su habitación y se preguntó si Saint Albans y Briseida lograrían arreglar sus diferencias. Sabía que esta noche dormirían juntos y de alguna manera eso le brindaba algo de paz, puesto que la pareja terminó separada por el escándalo que Teingham provocó el día que Zouche le confesó su interés.

Rodó sobre su cama, pensativa.

Su relación con el barón era muy buena, pero había algo que no le dejaba confiar ciegamente en él y quizá se debía al hecho de que era demasiado joven.

«Tan joven como George cuando me abandonó», acotó con melancolía.

George la había amado, pero cuando vio el estado de su rostro, su amor se evaporó, por lo que no tenía garantía alguna de que no sucedería algo similar con el barón.

—¿Colette? —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y asegurándose de que su velo estuviera en su lugar, abandonó la cama de un salto y se refugió detrás del gran mueble.

—¿Qué hace aquí? —Ambos corrieron las cortinas de ambos lados del dosel y sus miradas se encontraron.

¿Por qué el marqués de Teingham estaba en su habitación?

—No te asustes.

—¿Qué no me asuste? —preguntó con incredulidad—. ¿Debo recordarle que la última vez que nos reunimos intentó violar mi privacidad y quitarme el velo?

La piel se le erizó de solo recordar la escena y tragó con fuerza.

El apuesto castaño torció los labios con disgusto y se rascó la nuca, apenado.

—Te debo una disculpa. —Se sorprendió, no había esperado una reacción de ese tipo—. No sé qué me sucedió, perdí los estribos.

—No debería estar aquí.

—Temo que el día de mañana Ewan vuelva a ser un excelente tutor y no te deje sola ni por un segundo.

Ni siquiera quería hablar del tema, los últimos tres días habían sido un suplicio con Saint Albans y Louisa pisándole los talones.

—De acuerdo, acepto sus disculpas, ahora por favor márchese —susurró atropelladamente y todo su cuerpo se sacudió cuando el hombre rodeó la cama hasta plantarse frente a ella.

—Tú no lo entiendes, hay algo que me impide estar lejos de ti.

La mandíbula se le desencajó.

—Usted y yo apenas y hemos tratado, antes de esta fiesta campestre ni siquiera me permitía hablar en su presencia —la voz se le quebró, no entendía por qué esa verdad le dolía tanto.

—Por eso me siento tan ansioso, no entiendo cómo pudo suceder —confesó con cansancio y ella no supo qué pensar al respecto—. Quiero saber qué sientes por mí.

—¿Qué? —musitó con horror—. Ni siquiera lo conozco.

«Y tampoco sé la respuesta».

—¿No te atraigo?

Claro que le atraía, era muy atractivo y varonil, pero...

—Usted me asusta —reconoció con voz suave y el marqués palideció—. Conozco algo de su historia; sé que odia a las mujeres porque... —tal vez no sería prudente mencionar el hecho de que su madre abandonó a su padre para fugarse con su amante—, en fin, sé que su futura marquesa está destinada a una vida desdichada.

Ella no se casaría con un hombre que podría terminar igual que su padre: cegado por los celos y el odio, dispuesto a aniquilar a toda su familia.

—Las odio a todas menos a ti.

Se rio sin humor alguno, ¿tan tonta la creía?

—Debe irse, milord, si Saint Albans se entera...

—¿Te gusta el barón de Zouche? —No le dio una respuesta—. Lo tomaré como un «no».

—¿Por qué se mete en mis asuntos? —explotó y dio un paso hacia atrás cuando él intentó acariciar su brazo—. Debe parar o juro que hablaré con Saint Albans de esto.

Odiaba lanzar una amenaza de ese tipo, pero sólo así le pondría un límite a ese hombre.

—Si quieres que pare, deja de meterte en mi camino —arrastró sus palabras y ella tragó con fuerza.

—Fue usted quien vino a mi habitación.

El marqués la observó en silencio por largos segundos y luego ladeó el rostro, consternado.

—Estás en mi tierra, en mi propiedad y si vuelves a cruzarte en mi camino, olvidaré los pocos principios que me quedan y lo lamentarás, Colette Sheeran.

Por todos los santos, ¿qué tipo de amenaza era esa?

—¿Quiere que me vaya?, ¿me está echando de su fiesta campestre?

No recibió una respuesta y el castaño sólo se marchó, dejándola más confundida que nunca. No tenía la menor idea de a qué hora sucedió, pero vio como un papel blanco se deslizaba por debajo de su puerta.

Esperó unos minutos antes de sujetarlo y lo desdobló con rapidez.

“Me gustaría reunirme contigo el día de mañana en el salón de música que está en desuso. Con amor, Z”.

La garganta se le cerró, el barón quería hablar con ella a solas. Todo indicaba que él también

estaba algo fastidiado con la presencia de Saint Albans y Louisa en sus citas. Empuñó la nota con nerviosismo y luego la lanzó al fuego de la chimenea.

Iría, pero se encargaría de borrar cualquier prueba que pudiera delatarla de nuevo.

Si el barón estaba dispuesto a arriesgarse e intentarlo todo con ella, Colette aceptaría su oferta. Después de todo, un hombre era muy necesario a la hora de establecer una familia.

Capítulo 9

*“Hasta una abominación parece tener más atractivo que un templé de hielo.
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Quizá Colette lo odiaba, pero Leighton podía dar por sentado que un nuevo encuentro con ella lo haría perder el buen juicio y generaría un nuevo rumbo en su relación. La deseaba, la necesitaba y su cuerpo pedía a gritos que la hiciera suya de una vez por todas.

Le aliviaba que las cosas con sus amigos hubieran vuelto a la normalidad y que ahora Ewan y Ryne estuvieran cenando juntos, él se habría quedado con ellos —dado que Ryne no podía bajar al comedor por el estado de su pierna—, pero su tía estaba con los nervios de punta porque la fiesta estaba llegando a su fin y él no había encontrado a ninguna candidata adecuada, por lo que lo mejor sería unirse a ella en el comedor.

Estuvo a punto de pasar el salón de música de largo, pero escuchó la melodiosa voz que siempre lo hacía detenerse en su lugar; sin embargo, ella no estaba cantando, sino que una vez más estaba leyendo.

Leighton quiso seguir su camino, ignorar a la fémina que tanto lo aturdí, pero la sangre empezó a bullirle por dentro al escuchar una risa masculina.

Se había dicho que se mantendría lejos de Colette, que no se metería en lo que sea que ella quisiera tener con el barón de Zouche, pero al parecer sólo fueron palabras vacías porque sus pies se movieron por sí solos y se acercó a la puerta con lentitud para escuchar la conversación.

—Creo que esto es lo único que extrañaré cuando la fiesta termine —espetó Zouche en un tono ronco y bajo, enfureciéndolo aún más.

—Podremos vernos en Londres.

—Me temo que partiré a Egipto en unas semanas. —Bien, lo mejor sería que ese hombre se largara y...—. Me gustaría que vinieras conmigo, como mi esposa.

Leighton no estaba seguro si Colette se mantuvo en silencio o fue la rabia lo que no lo dejó escuchar más por los siguientes segundos.

—¿Quiere casarse conmigo? —se oía bastante sorprendida.

—Sólo piénsalo, por favor —dijo apresuradamente—. No quiero presentarme ante el duque de Saint Albans sin antes tener tu aprobación.

Vaya... eso quería decir que ella no le gustaba lo suficiente, porque si Leighton estuviera en su lugar y realmente quisiera a Colette para él, la arruinaría para los demás hombres sin dudarlo.

—Pero ni siquiera me ha visto, yo...

—No necesito mirarla para saber que me agrada, será una excelente compañera.

—Yo...

—¿Por qué no nos reunimos aquí mismo más tarde, cuando todos estén dormidos?

Ese hombre de estúpido no tenía nada.

—Está bien.

Y Colette estaba siendo una boba de primera al aceptar algo así, ¡ese hombre iba a seducirla, él realmente quería asegurarse con su dote!

Escuchó unos pasos aproximándose y retomó su camino con paso apresurado, no muy seguro de cómo actuar al respecto. Ewan le había pedido, o más bien ordenado, que se mantuviera al margen de todo, pero él estaba muy distraído con la llegada de Carlisle, por lo que lo único que podía hacer era impedir que Colette cometiera el peor error de su vida.

Zouche no era para ella.

Nadie era lo suficientemente bueno para ella.

Cuando la cena concluyó, su tía le pidió que conversaran a solas en el despacho y sólo necesitó ingresar a la estancia para escuchar su diatriba.

—Estoy harta de tu desinterés, Leighton —siseó con molestia, apoyando su mano enguantada sobre el escritorio—. Una vez que la fiesta campestre termine, no volveré a ocuparme de ninguna de tus cuentas.

La garganta se le cerró, pero utilizó todo su ingenio para esconder sus emociones.

—Por lo que te sugiero, de todo corazón, que encuentres una heredera y la desposes.

—Tengo a alguien en mente. —Aunque ella y Ewan jamás lo aprobarían—. Tomaré cartas en el asunto, si le soy sincero, yo también estoy cansado de depender de los demás.

Y todo por su estúpida condición, si él no hubiera nacido defectuoso, toda su vida sería diferente; quizá sus padres nunca se hubieran separado y seguirían juntos, y él pasaría tiempo con sus hermanos menores y no los odiaría tan ávidamente, en especial a Isaac.

Agatha lo miró con pena, pero rápidamenteladeó el rostro y se mantuvo firme en su decisión.

—Te deseo suerte, búscame cuando tengas fecha para tu boda.

Si era sincero, ahora mismo sólo le interesaba una mujer y la misma contaba con una fortuna extravagante que solucionaría todos sus problemas y le daría muchas oportunidades de negocio, por lo que no tenía caso seguir dilatando la situación.

Tres horas más tarde, Leighton ideó el plan perfecto para impedir la cita de Colette y optó por regar una gran cantidad de whisky en su abrigo y camisa. Si ella lo veía en un estado lamentable no dudaría en ayudarlo y con eso lograría distraerla de su objetivo.

Esperó pacientemente que ella saliera de su habitación y una vez que Colette apareció en su campo de visión, se sentó en medio del pasillo y fingió encontrarse en estado de ebriedad. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca, ella pudo percibir el olor a whisky y se cubrió la nariz

con inmediatez, tal vez había exagerado un poco al echarse tanta bebida en la ropa.

—¿Qué haces aquí? —gruñó él con fingido enojo y los nervios la traicionaron.

—Paseaba un poco.

Leighton se incorporó con lentitud, empleando su papel con maestría, y no pudo esconder su enojo.

¿Por qué el barón sí y él no?

—Regresa a tu habitación.

«Hazlo ahora o lo lamentarás».

—Quiero ir a la biblioteca. —Era una mentirosa de primera—. Ah —jadeó cuando la sujetó del brazo con firmeza y tiró de ella en su dirección—, suélteme, por favor —la voz le tembló.

—¿La biblioteca? —Su aliento acarició su mejilla y todo el cuerpo femenino tiritó sin control alguno—. Qué casualidad, yo también voy a la biblioteca.

—¿No debería ir a la cama? —Estaba urgida por deshacerse de él—. No está en condiciones de leer.

—Mmm... ¿vendrías a la cama conmigo? —Se atrevió a preguntar y al percatarse de su incomodidad, torció los labios con disgusto y la agarró con mayor precisión—. Es broma, ¿por qué no me lees un poco?

Ni siquiera le dio tiempo para rechazar su petición y tiró de ella para llevarla hacia la biblioteca. Estaba caminando con demasiada precisión, pero no estaba dispuesto a aligerar su marcha, no quería que el barón los encontrara.

—Entra —la metió a la estancia y cerró tras de sí.

—Creo que lo mejor será que regrese a mi habitación, alguien podría...

—Nada de eso. —En esta ocasión la sujetó de la espalda baja y un escalofrío recorrió su espina dorsal al darse cuenta que no llevaba corsé.

¿Qué diablos pensaba hacer con el barón esta noche?

—Vaya —musitó en tono muy bajo y espeso—, creo que lo mejor será ir arriba. —La obligó a avanzar y cuando llegaron al segundo piso sujetó el primer libro que estuvo a su alcance y se lo entregó.

—La estancia está muy oscura, ¿por qué no...? —En cuestión de segundos tuvo dos velas consigo—. Está actuando extraño, milord —fue sincera.

—Por favor, sólo quiero que me leas un poco.

Colette no entendía la extraña fascinación que él sentía al escucharla leer.

—Alguien podría...

—Nadie nos encontrará, si alguien llega sabré como sacarte de aquí. —Se cruzó de brazos con altanería y suficiencia, y Colette lo miró con cierto recelo, seguramente percatándose de que nunca estuvo borracho—. Además, no haremos nada malo, ¿verdad?

—Tengo otro compromiso.

Ella creía que la verdad sería su escapatoria, pero estaba muy equivocada.

Él no la entregaría a otro hombre.

—¿Una cita?

Asintió con timidez.

—El barón de Zouche ha pedido mi mano en matrimonio, no debe temer por mi integridad porque pienso aceptar su oferta.

«Sobre mi cadáver».

—Si piensas aceptar su oferta, ¿por qué no esperar hasta el día de su supuesta boda?

—¿Supuesta boda? —preguntó con disgusto.

—Sí, supuesta, porque estoy seguro de que él sólo está jugando contigo.

Colette dejó caer el libro con inmediatez y no se molestó en levantarlo.

—¿Tan difícil le resulta creer que alguien puede quererme en su vida?

—A ti te resulta muy fácil, ¿no crees?

Se estaba comportando como un patán y por esa razón no hizo nada cuando Colette lo empujó por el pecho con violencia. Se lo merecía, le estaba diciendo cosas muy hirientes, pero necesitaba hacerla dudar en cuanto al interés de Zouche.

—No sé qué tan real es la propuesta del barón de Zouche, pero nada de lo que usted pueda decirme impedirá que asista a la cita que tengo con él. —Le dio la espalda con toda la intención de marcharse, pero él sólo necesitó tres segundos para empotrarla contra uno de los altos muebles y acorralarla con su cuerpo.

Estaba furioso.

Afianzó los brazos femeninos para dejar claro que ella no iría a ninguna parte y todo su cuerpo se sacudió cuando ella rodeó sus muñecas con nerviosismo. Estaba sin guantes y en esta ocasión él pudo apreciar el color de su piel y sus delicadas manos.

Ella era tan blanca como la leche.

La boca se le hizo agua, Louisa y Harriet no poseían un tono de piel tan puro y perfecto.

—¿Por qué tiemblas? —exigió saber en un tono de voz muy bajo y ronco.

—Tengo miedo —confesó—, usted...

—¿Me temes a mí, que soy el mejor amigo de tu tutor, pero no a Zouche que es un extraño y todo el mundo sabe que sólo busca una esposa para salir de la quiebra?

—Usted también está buscando una esposa para salir de la quiebra —le recordó y lejos de molestarle, se rio por lo bajo.

—Pero nunca te consideraría como una de mis opciones.

Era un imbécil, ¿acaso no se interpuso en su camino esta noche justamente porque ella era la única opción que le gustaba y pensaba aceptar?, ¿por qué le costaba tanto aceptar y expresar sus

sentimientos?

—Lo sé —respondió con frialdad e indiferencia—. ¿Podría soltarme?

—No quiero. —Su agarre se hizo más ligero, pero juntó sus cuerpos con mucho descaro—.

Lo siento.

Sin pensarlo dos veces la abrazó con lentitud y acarició su espalda, sus costados y finalmente se quedó en su espalda baja, disfrutando con creces de su forma y la suavidad de su cuerpo.

Ella debió sentirse a gusto porque no hizo nada para apartarlo.

—¿Por qué no llevas corsé? —quiso saber—. Dime la verdad, Colette, ¿qué pensabas hacer con el barón de Zouche?

—Yo... no lo sé.

—Dejaste que él te levantara el velo.

—No llegó a hacerlo —confesó y su agarre se hizo más fuerte—, ¿podría soltarme?

—Sólo si me dejas verte.

—El velo tiene una función y es cubrir algo espantoso.

—No puede ser tan espantoso si estuviste dispuesta a mostrarte ante el barón.

—Me dejé llevar por la insensatez, eso no volverá a suceder.

—¿Y qué diantres te dijo ese imbécil para quitarte la sensatez que siempre exteriorizas y refuerzas cuando estás conmigo? —inquirió con voz ronca, presionándose contra ella.

—Dijo que no me atacaría —susurró escandalizada por la cercanía de sus cuerpos.

—No te estoy atacando.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó con frustración.

—Quiero que te quites el velo.

—Creo que hay un error —se apresuró a decir—, no pensaba permitir que el barón viera mi rostro, sólo iba a mostrarle mis labios.

Leighton tiritó contra ella y gruñó por lo bajo.

—Muéstramelos —ordenó.

—¿Si lo hago me dejará ir?

—Voy a pensarlo —respondió con malicia y acarició su espalda con una lentitud desquiciante.

—¿Me promete que no intentará quitarme el velo ni ver más de lo que estoy dispuesta a mostrarle?

—Te doy mi palabra.

Aunque, cuando de ella se trataba, su palabra parecía no tener valor.

Colette dirigió sus manos hacia el dobladillo del velo y Leighton dejó de abrazarla para sujetarlas con inmediatez.

—Tu piel... —Colette respingó cuando acarició el dorso de su mano, él tampoco llevaba

guantes—. Es tan blanca y suave. —Dejó un casto beso en los nudillos femeninos y ansió ver todo lo que esa mujer escondía debajo de tantas capas de ropa.

Ella apartó las manos y volvió a su labor con las manos temblorosas, no muy segura de cómo sentirse al respecto. Pudo percibir como evitaba elevar mucho el lado derecho del velo y se centró en el izquierdo, quedando como piedra al ver como sus hermosos labios color rosa aparecían en su campo de visión.

Por todos los santos, ¿qué era lo que ella escondía?

Su piel era blanca, tersa y hermosa, y sus labios...

«Necesito besarla».

La garganta se le cerró y el miedo ante la idea de tomar todo de ella sin pedir permiso lo hizo dar dos pasos hacia atrás, provocando que ella dejara caer el velo con rapidez.

—¿Por qué te escondes?

—Debo irme.

Leighton impactó su mano con violencia contra el mueble y bloqueó su camino.

—Ni se te ocurra marcharte.

Él quería saber por qué diablos utilizaba ese maldito velo.

—Usted dijo...

—No he visto nada malo hasta el momento, quiero saber qué escondes.

—No le he mostrado ni la mitad de mi rostro —le explicó con desespero y él gruñó.

—Quiero verte —confesó apasionadamente y cuando estiró la mano para apartar el velo, Colette pudo cogerla a tiempo para impedir su cometido.

—Me prometió que... —Su voz murió abruptamente al oír como la puerta de la biblioteca se abría con violencia.

Imposible, se suponía que a estas horas de la noche todos los invitados deberían estar descansando en sus respectivas habitaciones.

—Ewan, espera —susurró una sonriente lady Milton y Leighton sujetó a Colette del brazo y le hizo una seña con el dedo para que guardara silencio—. Alguien podría entrar...

Al parecer la pareja se había reconciliado.

—Vamos arriba —pidió Ewan y él llevó a Colette hacia el rincón más alejado y oscuro de la estancia, por lo que quedaron atrapados en un pequeño espacio que existía entre dos estantes de libros.

Leighton apoyó la espalda contra la puerta que conectaba a un pasadizo secreto que no pensaba utilizar por el momento y dejó que Colette se estrechara contra su cuerpo de tal manera que nadie pudiera percibir su presencia.

¿Por qué simplemente no anunciaron su presencia?

Cualquier cosa habría sido mejor que quedarse atrapados en ese estrecho lugar, no quería escuchar nada que no fuera de su incumbencia, debían salir de la biblioteca cuanto antes.

Las piernas le temblaron al sentir como la mano del marqués se posaba en su cadera y abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que se estaba restregando contra ella. No se atrevió a mover un solo músculo, pero su falsa calma se esfumó cuando deslizó su fuerte muslo entre sus piernas.

—¡Ah!

El jadeo de Briseida fue capaz de amortiguar el suyo, pero estaba segura de que el marqués sí que llegó a escucharla porque apresó su cintura sin dudarlo y tiró de ella para pegarla a su excitación.

El calor se expandió por sus venas y empezó a respirar con dificultad cuando acunó sus pechos y empezó a acariciarlos escandalosamente, jugueteando con sus duros pezones. Su cuerpo estaba reaccionando de manera irreconocible y el miedo comenzó a corroerle por dentro, al igual que algo más.

—Milord... —intentó apartarlo, pero él no se lo permitió.

—Shh...

—¡Sí! —el grito de la pelinegra volvió a levantarse entre ellos y en esta ocasión sólo provocó que ambos se tensaran—. Por favor, Ewan, déjame probarte.

Las palabras de Briseida debieron provocar algo en el marqués porque pronto él empujó su rodilla hacia la fuente de su placer, generándole un cúmulo de emociones. Sentía una extraña y perversa incomodidad entre los muslos, y por esa razón empezó a golpear los hombros masculinos en protesta.

Quería su libertad, pero... se mordió el labio inferior con impotencia cuando la rodilla comenzó a generar círculos agradables contra su frágil piel y terminó abrazándolo por el cuello.

Esto... se sentía tan bien.

Mordió su abrigo, amortiguando cada uno de sus sonidos, y el castaño levantó una de sus piernas sin previo aviso para tener un mejor acceso y en esta ocasión frotar su virilidad contra su centro.

—Debe parar —susurró con esfuerzo.

—¿Quieres escucharlos o te gustaría sentir lo que ellos están sintiendo?

—Mmm... —amortiguó su gemido, un sonido secreto y prohibido, y dejó de arremeter contra ella—. No, no se detenga.

—¿Quieres más? —gruñó con impaciencia—. Porque yo quiero y necesito más. —La soltó con lentitud, generándole un horrible vacío en el pecho, y dio un paso hacia atrás—. Ven conmigo, podemos ir a un lugar más cómodo.

No le dio una respuesta inmediata, pero todo en ella tiritó cuando él posó la mano en su monte de venus por encima de todas las telas que la protegían y presionó la palma contra ella.

—Ah...

—Por favor, sé que lo quieres tanto como yo.

—Oh, Briseida, un poco más, cariño...

—De acuerdo —dijo rápidamente, deseando alejarse de la pareja que sabe Dios que estaría haciendo, y Teingham se encargó de abrir la puerta de un pasadizo secreto—. ¿Por qué no hizo eso antes? —se quejó una vez que se alejaron del bullicio erótico y terminaron totalmente resguardados por la oscuridad de un extraño pasadizo.

—Lo olvidé.

Era un mentiroso.

—Debemos movernos, necesitamos un poco de luz —comentó ella, algo inquieta al no poder ver donde se encontraban, y el marqués la sujetó por los brazos y la acorraló contra el frío muro.

—La oscuridad podría ser una buena aliada.

La comprensión la golpeó con fuerza y un líquido ardiente se deslizó por sus muslos internos.

—¿Qué? —se hizo la desentendida.

—Quiero lo mismo que Ewan tiene con lady Milton —confesó apasionadamente y atenazó su cintura para pegarla a su cuerpo—. Te necesito, quiero tocar tu piel y...

—No quiero que toque mi rostro —espetó apresuradamente.

—¿Es un «sí»?

—Siempre y cuando mi pureza se mantenga intacta, creo que podría aceptar.

El marqués tiró de su velo con violencia, helándole las venas, pero al darse cuenta que no podía ver nada, se sintió algo tranquila hasta que él estrelló sus labios contra los suyos y la besó con vehemencia. Se esforzó en seguir el ritmo de sus besos para poder entender el choque de sus lenguas, mientras él la despojaba de su ropa de dormir y la dejaba totalmente desnuda.

—Mmm... —gimió cuando las manos masculinas empezaron a recorrer su cuerpo sin restricción alguna y rompió el beso con rapidez para abrir los botones de su chaleco.

—¿Qué haces?

—Yo también quiero sentirte —confesó y él demoró unos segundos en tomar una decisión y terminó ayudándola con su tarea, mientras sus labios se encontraban de vez en cuando con desespero—. Ah... —gimió cuando lo abrazó por el cuello y sus pieles se encontraron.

Era tan duro, grande y fuerte... todo lo opuesto a ella.

Se frotó contra él y cuando el marqués intentó sujetar su rostro, apresó sus muñecas y lo instó a bajar las manos hacia su cadera.

—Levántame —rogó y él no demoró mucho en atenazar sus piernas y elevarla de tal manera que ella pudo abrazarlo por la cintura con las mismas. Bien, sólo así podría mantener sus manos

lejos de su rostro. Lo besó con abandono una vez más, decidida a encontrar aquello que su cuerpo necesitaba.

Sus hombros eran tan fuertes como sus brazos y Colette podía sentir como sus músculos se tensaban bajo sus uñas. Lo abrazó con fuerza, meciéndose contra él y contuvo el aliento cuando el marqués la estampó contra la pared.

Ahora entendía por qué Briseida no podía abandonar el peligro que Ewan representaba, esto era simplemente maravilloso.

—Me encanta como te mueves —musitó él con voz ronca y se alejó un poco para sujetar su cadera e instarla a efectuar un movimiento circular contra su miembro viril.

—Milord...

—Leighton, dime Leighton.

Colette tragó con fuerza y tiró la cabeza hacia atrás al sentir una extraña presión contra su centro.

—Ven aquí.

Leighton la hizo enderezarse y se arrodilló con ella en brazos para tenderla sobre la fría superficie. Sus labios recorrieron su cuerpo con avaricia y no pudo retener sus jadeos cuando su lengua saqueó su frágil secreto sin contemplación alguna, mientras él la sujetaba del vientre con firmeza para impedir que se moviera más de lo necesario.

—No puedo más —lloriqueó con desespero y subió una de sus piernas sobre el hombro masculino al tiempo que atenazaba sus cabellos castaños—. Ahí, un poco más —suplicó, pero en lugar de seguir lambiendo su centro, él se abalanzó hacia adelante, generándole un insoportable dolor en la unión de sus piernas.

—¡Leighton! —gritó, sintiendo como dividía su piel sin previo aviso, y se cerró alrededor de su miembro con tal precisión que lo hizo gruñir de placer—. ¿Qué hiciste?

No recibió una respuesta y él se quedó inmóvil en su lugar por varios segundos, besando su cuello con abandono. Enredó sus rubios cabellos en su amplia mano antes de empezar a bombear en su interior.

Era una sensación agradable, pero...

—Duele... —confesó jadeante, empuñando sus cabellos—, pero no quiero que te detengas.

Lo necesitaba, quería que se moviera contra ella con mayor ímpetu y fuerza.

—Sólo será esta vez —respondió con esfuerzo y Colette se estremeció al sentir como algo llenaba su interior y finalmente Leighton se derrumbaba sobre ella.

—¿Qué hiciste? —repitió con voz llorosa y él tragó con fuerza.

—Te hice mía —espetó con severidad y de un momento para otro, él decidió romper su promesa y acunó su rostro con firmeza.

Pudo sentir el momento exacto en el que Leighton Kilbrenner se arrepintió de todo lo ocurrido

y la manera en la que se alejó de ella le dejó más que claro que acababa de cometer el peor error de su vida.

Se sentó con lentitud sobre su lugar y con el cuerpo magullado comenzó a palmear el piso para buscar su ropa. Sabía perfectamente lo que vendría a continuación.

—He de suponer que fui una ingenua.

Ni el marqués ni ningún otro hombre podría aceptar su aspecto, ella debía aceptar su realidad y recuperar su pacífica vida en el campo.

—Al menos fui claro contigo al decirte que nunca serás una opción para mí —musitó Leighton con aspereza, dejando claro que no pensaba hacerse cargo de la situación, y agradeció que la oscuridad escondiera las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

«Fue mi culpa, nunca debí haber posado los ojos en el marqués misógino».

Encontró sus cosas y empezó a vestirse con lentitud, comprendiendo que había mucho por esconder, y la garganta se le cerró cuando él comenzó a hablarle.

—¿Estás lista?

Terminó de ponerse su velo.

—Sí.

—Ven, te llevaré a tu habitación, no podrás salir de aquí sola.

Habría preferido que así fuera.

Empezaron la caminata en silencio y a la distancia vislumbró una antorcha, la cual fue de mucha ayuda para alumbrar su camino.

—Nadie puede saber de esto, ¿me entiendes? —Asintió—. Quiero que desaparezcas de mi vista, lo que sucedió hoy fue un terrible error.

Ella ya lo sabía, seguramente acababa de convertirse en el mayor error del marqués misógino.

—Olvidemos todo lo que sucedió en esta fiesta, a partir de ahora no quiero que me dirijas ni una sola palabra.

Colette pensó que nada podía ser peor que el rechazo del marqués, pero se equivocó, puesto que pocas semanas después, se dio cuenta de que su imprudencia tuvo grandes consecuencias.

Capítulo 10

«Veinte días sin la presencia del duque infame en un salón de baile me están pareciendo de lo más aburridos, ¿alguien podría sacar al hombre de su hermosa mansión? Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth».

«Puede tratarse de un simple retraso», se dijo a sí misma con nerviosismo, caminando de un lugar a otro por su habitación, y paró en seco para aferrarse al respaldo del sofá que estaba frente al hogar al sentir un fuerte mareo.

Esto no podía estar sucediendo, la fiesta campestre finalizó hace un poco más de tres semanas y tenía que haber un error, ella no podía estar encinta; es decir, todo fue demasiado rápido y sólo sucedió una vez.

«Debes buscarlo».

Imposible, no podía ir en busca de Leighton.

Él la rechazó y si le confesaba sus temores podría lastimarla en un arranque de ira, dado que para nadie era un secreto su falta de entusiasmo ante la idea de engendrar un heredero. La piel se le erizó al imaginar que podría correr con la misma suerte que su madre y negó rápidamente con la cabeza.

«Él nunca me elegirá como su esposa, no soy una opción, sino un error».

Se mordió el labio inferior con impotencia, comprendiendo la única verdad que existía: su hijo sería ilegítimo, a no ser que... ladeó el rostro con desespero. Jamás podría atentar contra la vida de su propio hijo, menos cuando siempre quiso uno.

«Tengo que huir al campo».

El único camino sensato que le quedaba para proteger la reputación de sus hermanas era huir de la sociedad inglesa y esconderse junto a su bebé. No obstante, para hacer algo así primero tendría que hablar con Saint Albans sobre el tema, dado que ahora mismo él estaba a cargo de su dote y ella necesitaría dinero para empezar una nueva vida lejos de la ciudad.

¿Cómo lo tomaría?

Ewan era un hombre muy bueno y generoso, pero su desliz no era algo que pudiera tomarse a la ligera, cometió un terrible error al entregarse a un hombre antes del matrimonio y estaba pagando las consecuencias con creces, pero en este caso nada le garantizaba que su tutor estaría de su parte, dado que el hijo que estaba esperando era de su mejor amigo.

«No puedes decirle esa verdad, no puedes arruinar su amistad».

Jugueteó con sus manos con inquietud, quizá lo mejor sería analizar las cosas con calma e ir

paso por paso. Si lo pensaba detenidamente, su tutor no estaba bien y la clara prueba de ello era que llevaba semanas encerrado en su despacho y no dejaba que ninguno de sus amigos lo visitase.

Era una lástima que esa mañana Colette hubiera amanecido en mejor estado, puesto que ella no dudó un solo segundo a la hora de escribirle al vizconde de Hunt, quien se estuvo encargando de Louisa en las fiestas de las últimas semanas, para solicitar su presencia en Saint Albans House. Por supuesto, los empleados estaban de su parte porque se sentían muy preocupados por su señor y no pondrían objeción alguna cuando el vizconde llegara.

No conocía la historia, pero suponía que Ewan y Briseida estaban atravesando un momento difícil por culpa del duque de Carlisle, el mayor enemigo de su tutor.

—Creo que Delphina vendrá a quedarse unos días con nosotras —musitó Harriet, obligándola a recordar su presencia, y Colette la buscó con la mirada. Como de costumbre, ella tenía la vista fija en su novela romántica—. Lord Hunt debe salir de viaje y no confía ni en el marqués de Teingham ni en el duque de Argyll como buenos tutores.

Louisa le había comentado que el cuarto miembro de la sociedad de los canallas había llegado totalmente solo a Londres hace poco, lo que quería decir que su esposa estaba en Escocia, y eso había levantado unos cuantos rumores al respecto. La bestia escocesa era un personaje que le causaba curiosidad, mucha gente le temía y pensaba dos veces antes de hablar del hombre con ligereza.

Kornmack McDoughall era el enemigo que nadie quería tener.

—Eso está por verse. —El vizconde llegaría en cualquier momento y tomaría la decisión de dejar a su amada hermana en su casa de acuerdo al estado de su tutor—. Si me permites, hay algo que debo hacer.

Era hora, Ewan ya no podía seguir escondiéndose dentro de las cuatro paredes de su despacho. Si amaba a Briseida, debía salir al exterior y hacer hasta lo imposible por reconquistarla.

Tal y como lo acordaron, el mayordomo le entregó las llaves del despacho y se encaminaron hacia el lugar.

—Lord Hunt llegará en cualquier momento, así que no dude en enviarlo al despacho, por favor.

—Como usted ordene, milady.

Ingresó a la estancia con determinación y se alarmó al ver a su tutor en un estado tan lamentable, él ni siquiera era capaz de focalizarla con claridad debido a todo el alcohol ingerido.

—¿Qué haces aquí? —arrastró sus palabras y abandonó su lugar con torpeza—. Dije que quería estar solo —caminó en su dirección con pasos tambaleantes—, además, podría jurar que la puerta estaba cerrada con llave.

—Lleva muchos días encerrado —musitó con voz débil y Ewan paró en seco.

—¿El doctor vino a verte? —la estudió con la mirada, seguramente percatándose de su excesiva delgadez, últimamente los vómitos y mareos le impedían comer bien.

—Sí —mintió, lo menos que necesitaba era que un doctor la revisara.

—¿Y cómo pagaron sus servicios si el mayordomo no me dijo nada? —Ewan intentó reanudar su marcha, pero su cuerpo se fue hacia adelante. Colette quiso ser su soporte, pero lastimosamente era demasiado delgada y débil para alguien de su tamaño y ambos terminaron en el piso.

—Ah... —se quejó adolorida—, pesa mucho, su excelencia.

Esto era malo, tal vez debió haber esperado al vizconde. Ewan no era dueño de su cuerpo y ella estaba demasiado débil como para empujarlo por el pecho y ayudarlo a apartarse.

—Te siento muy débil —comentó él, distraídamente, y la puerta del despacho volvió a abrirse.

—Ayúdenme, por favor —pidió al ver a todos los miembros de la sociedad de los canallas bajo el umbral de la puerta—, está muy borracho, perdió el equilibrio y...

—¡Arg! —El pánico la invadió al ver como Teingham pateaba a su tutor con brusquedad, no era necesario ejercer tanta violencia—. ¿Cómo entraron? —siseó Ewan.

—Esto es lamentable —observó Hunt con disgusto, mientras la ayudaba a levantarse. No había esperado que todos asistieran, todo indicaba que pecó de ilusa al creer que podría seguir evitando a Leighton—. De no haber sido por lady Sheeran, tu gente seguiría despachándonos como en las últimas semanas.

Sus ojos se posaron en el gran hombre de cabellera rojiza y comprendió mejor el porqué de su apelativo, era enorme y sus músculos parecían grandes montañas. La bestia escocesa no sólo era un hombre atractivo, sino demasiado intimidante.

—¿Qué diablos tienes en la cabeza, Ewan? —Leighton levantó a su tutor del piso con demasiada violencia y Colette quiso regañarlo, pero no tuvo el valor para enfrentarlo, la idea de que pudiera lastimarla era inquietante—. Vives con tres damas solteras, tres damas que son tu responsabilidad, ¿cómo puedes estar en un estado tan lamentable?

Lo lanzó al sofá y el duque de Argyll tiró del hombro del marqués para alejarlo.

—Nada de violencia, Leighton.

Colette se disculpó y salió del despacho con rapidez, todo parecía indicar que la presencia del marqués no le cayó nada bien porque terminó vomitando sin control alguno en el jardín.

Esa noche, tal y como Harriet le comentó, Delphina llegó a la propiedad junto a unos cuantos baúles, informándoles que el día de mañana Louisa y ella tendrían que asistir a un nuevo baile junto a Ewan. Eso la alivió bastante porque significaba que por fin su tutor dejaría de encerrarse en su despacho.

Como ya se había dado por vencida en cuanto a los eventos sociales y prefería pasarlos por alto, no sintió nada más que satisfacción al ver como Ewan, su hermana y Delphina partían al baile de los duques de Beaufort una noche después.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —inquirió Harriet con preocupación—. Deberíamos llamar al doctor, estás muy débil y pálida.

—No, estoy bien —susurró atropelladamente y se recostó con lentitud, ahora que no traía el velo puesto se sentía mejor—. Sólo necesito dormir un poco. —Esa tarde no le fue muy bien con las náuseas y si era sincera, estaba harta de ese maldito velo que no hacía más que obstruirle el aire.

En el campo, ella se lo podía quitar cuando se le apeteciera, pero en Londres lo llevaba puesto la mayor parte del tiempo y en ocasiones incluso dormía con él ante el miedo de ser vista por alguna criada.

—Pero aún es temprano y no cenaste.

—Descuida, me siento bien.

A diferencia de Louisa, Harriet sí era una joven atenta y empática, por lo que sus palabras no le brindaron nada de tranquilidad.

—Dejemos tu cabello en libertad, quizá la presión no te está ayudando con el dolor que sientes en las sienes.

Era una buena idea.

—De acuerdo... —Lo último que llegó a recordar fue que despachó a su hermana y se lanzó a la cama sin cuidado alguno antes de quedar profundamente sumida en la oscuridad.

¿Era normal que la extrañara tanto?

Desde que tuvo a Colette entre sus brazos, Leighton era incapaz de pensar en otra mujer de manera indebida. En su mente sólo estaba la fémina que desvirgó bajo el resguardo de la oscuridad y abandonó sin vergüenza alguna a los pocos minutos.

Se pasó una mano por sus cabellos castaños con frustración.

«No puedo seguir dilatando las cosas, debo pedir su mano en matrimonio».

No negaría que en un principio se asustó al sentir algo en la mejilla femenina, pero ahora eso parecía tener muy poca relevancia porque la extrañaba, porque por primera vez en años hizo el amor con una mujer y necesitaba repetirlo de nuevo.

Quería revivir esas emociones tan puras e intensas y actuar de mejor manera.

El día de ayer no le gustó verla tan cerca de Ewan ni mucho menos la manera en la que huyó de su persona, de no haber sido por Ryne, él se habría escabullido por la casa para reunirse con

ella; pero no, el vizconde lo tuvo muy bien vigilado durante su larga visita.

«Necesito verla».

Hablaría con Ewan, ahora que su amigo estaba en mejor estado y algo sentimental, quizá comprendería sus sentimientos y le cedería la mano de su pupila.

Era verdad que era el marqués misógino y odiaba a las mujeres, pero con Colette era diferente y tenía la leve sospecha de que, si ambos actuaban de buena manera dentro de su matrimonio, ella nunca lo abandonaría como lo hizo su despreciable madre.

—¿Qué te sucede? —inquirió Kornmack con curiosidad.

—Debo casarme con una heredera cuanto antes.

—¿Quieres un consejo? —Lo buscó con la mirada, hace poco más de un año el escocés estuvo en su situación—. Busca una mujer que te guste y te corresponda, no tienes idea de lo horrible que es la convivencia en un matrimonio por conveniencia.

Achicó los ojos, preocupado.

—¿Tan mal te va? Lady Argyll no parecía una mala mujer.

—Es una bruja —escupió con desprecio—. Nunca debí aceptar su juego, pero nadie me dijo que estaba lidiando con una mujer sin corazón.

—¿Ella te gusta? —Los ojos color cielo brillaron con intensidad y el escocés se limitó a darle un largo trago a su bebida—. Siempre se mostró rebelde, recuerda que ni siquiera siendo rehén de tu difunto padre dio el brazo a torcer.

Aún recordaba como la mujer golpeó a su amigo con una viga pensando que podría ser alguien peligroso, cuando en realidad se trataba del héroe del día.

—Ni siquiera teniendo al hombre más temido de Gran Bretaña como esposo da el brazo a torcer —acotó con molestia—. Como sea, no pienso volver a Escocia y seguiré disfrutando de mi vida junto a Tessa porque al menos esa mujer sí sabe complacer mis necesidades.

Una amante.

¿Por qué la idea de una amante parecía innecesaria cuando pensaba en una vida junto a Colette?

«Estás enamorado», le dijo una vocecilla y él tragó con fuerza.

¿Sería verdad?

Siempre se consideró un hombre superficial, pero su mente, cuerpo y corazón estaban inclinándose a una mujer cuyo aspecto desconocía; aunque, debía reconocer, que ella poseía el cuerpo más suave y perfecto que tocó a lo largo de sus veintisiete años de vida.

Colette no lograba entender en qué momento las cosas terminaron tan mal para ella.

—¿Qué te sucedió? Te ves muy mal —susurró Louisa, sujetándola firmemente por los hombros, y el carraspeo de Ewan hizo que todo su cuerpo se sacudiera con violencia.

Intentó sentarse sobre el mullido colchón, pero sus esfuerzos fueron inútiles. No se sentía bien.

¿Qué hacían en su habitación, acaso no fueron a la fiesta de los duques?

—Mandaré a buscar al doctor —espetó su tutor y el pánico la invadió.

—No... —pidió con esfuerzo y trató de incorporarse sobre sus codos.

—Espera. —Su hermana la ayudó a recostarse—. No te sobre esfuerces, pronto el doctor vendrá y te sentirás mejor.

—No necesito un médico —respondió con mayor claridad y lo buscó con la mirada—. No mande a buscar a nadie, su excelencia.

—No tienes buen semblante.

Se llevó una mano a la mejilla y tiritó en su lugar al darse cuenta de que no llevaba el velo puesto y su cabellera estaba en libertad. Sus ojos se llenaron de lágrimas y Ewan se posicionó al lado de Louisa para calmarla.

—Tranquila, recuerda que ahora soy como tu hermano mayor, no tienes que temer. —Ewan sujetó su mano con firmeza, tratando de explicarle con esa acción lo mucho que la apreciaba, y Colette cerró los ojos con fuerza—. Dime qué te sucede.

—Yo...

Silencio.

Louisa empezó a golpear el piso con su pie.

—Yo... Tengo un retraso.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó varios segundos después, estaba tan tenso como una vara.

—¿No sabe sobre la menstruación de las mujeres? —inquirió Louisa y él levantó una mano para que guardara silencio.

—No me perturbes —pidió con nerviosismo y miró a Colette—. ¿Tienes un retraso porque es un retraso o tienes un retraso porque...? —No pudo continuar, pero ella terminó asintiendo.

—Creo que estoy encinta.

—Fue el barón, ¿verdad?, ¿por eso salió huyendo de la fiesta campestre?

Ewan apretó la mandíbula con ira contenida y Colette determinó que lo mejor sería esconder la verdad, el barón estaba lejos de Londres y no volvería por un buen tiempo, por lo que no estaba en peligro, pero Leighton...

Acusarlo sólo le traería más problemas, por lo que decidió guardar silencio.

—Leighton tenía razón, ese hombre no era de fiar, no debí confiarme tanto.

Le resultaba algo irónico que al final del cuento el hombre que se aprovechó de ella era el que

casualmente mostró demasiado interés en proteger su integridad.

—Debemos interrumpirlo —musitó de pronto, comprendiendo que no quería arruinar la reputación de sus hermanas ni la de Ewan, y el duque la miró con horror antes de dejarse caer sobre el diván más cercano.

No era fácil renunciar a su hijo, pero no quería perjudicar a su familia. Los ojos de Ewan se posaron en ella y Colette sintió una horrible presión en el pecho al escuchar sus siguientes palabras:

—Vamos a casarnos.

—¿Qué? —jadeó Louisa al tiempo que ella negaba rápidamente con la cabeza.

No permitiría que él sacrificara su felicidad por su error, ¡Ewan amaba a Briseida!

—Es lo mejor para todos.

—Ewan...

—No mataremos a ningún inocente —le cortó con dureza—. Yo nunca seré aceptado por la mujer que amo y el padre de tu hijo alzó las manos sin el más mínimo de los remordimientos. Si yo hubiera sido un mejor tutor, nada de esto estaría pasando.

Él pretendía llenar con su persona el lugar que Briseida no estaba dispuesta a ocupar.

«Jamás aceptaré algo así».

Capítulo 11

“El duque infame ha encontrado un marido para lady Sheeran, ¿alguien sabe quién es el desafortunado?”

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Colette y sus hermanas tenían, posiblemente, el mejor tutor del mundo, por lo que le resultaba imposible aceptar la oferta matrimonial de Ewan y permitir que él sacrificara su felicidad por culpa del desliz que ella tuvo con su mejor amigo.

—Insisto, debemos mandar a buscar al doctor.

—No es necesario —susurró cabizbaja, odiando que su cuerpo se sintiera tan débil.

No lo entendía, desde que se dio cuenta de su retraso, su cuerpo no había hecho más que demandar muchas horas de sueño y rechazar todo tipo de alimentos.

—Colette...

—No me casaré contigo, Ewan —musitó con esfuerzo y lo buscó tímidamente con la mirada, el rubio tenía los ojos puestos en ella y estaba sentado en un sillón junto a la cama. Louisa se había marchado hace mucho, pero al parecer Ewan quería tener una conversación con ella porque no tenía pensado marcharse por el momento.

Era la primera vez que alguien más aparte de sus hermanas y los señores Cannon miraba su rostro y no estaba segura si la situación le parecía cómoda. Ewan la había encontrado desmayada en su cama y por esa razón la verdad salió a la luz, al igual que el aspecto de su rostro.

—¿Por qué no? —preguntó con suavidad y estiró el brazo para sujetar su mano y brindarle su apoyo—. Debemos cuidar tu reputación, no permitiré que tu hijo nazca siendo un bastardo.

Juntó los ojos con fuerza, ¿por qué tenía que ser tan bueno con ella?

—Tú amas a Briseida.

—Pero ella no me ama. —¡Eso no era verdad! Briseida adoraba a Ewan, pero había algo que no les permitía estar juntos—. Creo que la única manera de olvidarme de ella es llenando el lugar que quería que fuera suyo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y apartó su mano con suavidad.

—No tengo ningún interés romántico en ti —aclaró—, pero tus palabras me hieren porque siento que nunca nadie sería capaz de escogerme por amor —confesó y Ewan abrió los ojos con sorpresa.

—Lo siento mucho, si en mis manos estuviera mataría a Zouche esta misma noche, pero el muy maldito huyó a Egipto.

No podía decirle que el hombre que la embarazó era su mejor amigo, eso sólo provocaría muchos problemas y Ewan no necesitaba más.

—¿No te doy miedo? —lo buscó con la mirada y él le sonrió con ternura.

—Si no me hubiera enamorado de Briseida, tal vez habría puesto los ojos en ti desde un principio.

Lo miró con disgusto.

—No me mientas, no tienes que ser tan bueno conmigo.

—Eres preciosa, Colette, no entiendo por qué escondes tu rostro.

—Mi cicatriz es horrible.

Ewan la sujetó del mentón e hizo que lo mirara a los ojos.

—Creo que no es tan grave y podría cubrirse con un poco de maquillaje.

Si supiera que su amigo se apartó de ella como si fuera un mal letal cuando acarició su cicatriz no diría algo tan tonto.

—Yo tenía un prometido. —Su tutor asintió, al parecer estaba al tanto de la historia—. George decía amarme, crecimos juntos, pero ni bien terminé así, él acabó con todo y salió huyendo de Londres.

—¿Por su culpa viste como viste?

Ella asintió con tristeza.

—Su rechazo me hirió profundamente y pensé que, escondiendo mi cuerpo, mi rostro y todo lo que soy debajo de muchas telas, ningún hombre volvería a jugar con mi corazón.

Ewan se sentó junto a ella en la cama y la abrazó por los hombros con ternura.

—Aprenderemos a querernos.

¡Ellos no podían casarse!

Él tenía que entrar en razón y ella buscaría a Briseida mañana mismo para obligarla a tomar cartas en el asunto.

—¿Por qué lo haces? No es tu hijo —soltó con impotencia y la piel se le erizó cuando él dejó un casto beso en su coronilla.

—Porque quiero hacerlo.

«Debo detenerlo», pensó, viendo como el rubio abandonaba su habitación en silencio.

En las últimas semanas, Leighton no intentó reunirse con ella y cuando se vieron hace unos días él ni siquiera le dirigió la mirada, por lo que recurrir a él no sería una buena idea. Su embarazo debía mantenerse en secreto y ella debía decidir qué camino seguiría su vida una vez que se solucionara el problema de Ewan y Briseida.

Esta era, posiblemente, la única oportunidad que tendría para ser madre. Acarició su vientre plano con parsimonia y determinó que se aferraría a su bebé tanto como fuera posible.

Esto tenía que ser una broma de mal gusto, Ewan no llevaba ni un día fuera de su casa y ya había conseguido un prometido para una de sus pupilas. Tal vez Leighton cometió un error al no acompañarlo al baile de la noche anterior.

—Lord Teingham, ¿qué lo trae por aquí? —preguntó lady Harriet, la pupila más sumisa y dócil de Ewan, y él observó el recibidor con ansiedad.

El mayordomo no estaba por ningún lado.

—Vine a ver a Ewan.

Quería saber qué pupila iba a casarse y con quién.

—Tengo entendido que no pasó la noche en casa.

Sus ojos se abrieron de par en par, lo menos que necesitaban era que Ewan fuera a ahogarse en alcohol a un lugar que ellos desconocieran.

—¿Está segura de lo que dice?

—¿Por qué mi hermana le mentiría? —gruñó Louisa, haciendo acto de presencia, y Leighton ahogó un juramento, tal vez eran damas atractivas, pero le resultaban muy irritantes.

—Sí, ¿por qué le mentiría? —Harriet pateó el piso con disgusto.

—¿Saben dónde se encuentra? —siseó—. ¿Dónde está el mayordomo? —No tenía sentido que se quedara hablando con esas mocosas.

—Ewan le pidió que se encargara él mismo de unos asuntos de suma importancia.

Enarcó una ceja.

—¿Qué tipo de asuntos?

Louisa resopló sin elegancia alguna y se cruzó de brazos con altanería.

—¿Leyó la nota de lady Berricloth?

Esa era la razón por la que se encontraba ahí.

—Sí, la leí, ¿debería felicitarla?

La castaña torció los labios con disgusto y lo estudió con desdén, como si él fuera una cucaracha de mal gusto.

—Mejor felicite a su amigo porque Ewan y Colette se casarán en dos semanas.

—Imposible —pensó en voz alta y dio un paso hacia atrás.

Ewan amaba a lady Milton, ¡él nunca se casaría con alguien como Colette!

—¿No me cree? —Se llevó una mano al pecho con fingida ofensa—. La noche anterior él pidió la mano de mi hermana en matrimonio y nos dijo que se encargaría de planificar todo lo antes posible.

Mentira, Ewan nunca tomaría una decisión tan precipitada sin hablarlo con ellos primero. No

obstante, incluso pensando de esa manera, sus piernas se movieron por sí solas e intentó subir las escaleras. Lastimosamente las dos hermanas se interpusieron en su camino.

—No puede subir, lord Saint Albans no está en casa, milord.

Pero Colette sí, y ella podría decirle qué diablos estaba sucediendo.

«No seas iluso, las hermanas Sheeran no te dejarán avanzar».

Leighton empezó a pensar a mil por hora. Ryne no estaba en Londres para hacer entrar en razón a Ewan y Kornmack seguramente estaría retozando con su querida, por lo que ahora mismo estaba solo y su deber era encontrar a su amigo para impedir que cometiera una locura.

Colette y Ewan no podían casarse.

Salió de la casa de su amigo como alma que lleva el diablo y analizó las posibles opciones donde Ewan buscaría refugio. Por supuesto, un burdel quedaba fuera de lugar, puesto que estaba seguro de que su amigo no buscaría estar con otra mujer que no fuera la pelinegra, por lo que su instinto lo llevó a tocar la puerta de Las garras de Lucifer, uno de los clubes más populares de la ciudad y el cual su amigo adoraba con cada fibra de su ser.

—Rosemary predijo que usted vendría por él —dijo el guardia nada más abrir la puerta y se hizo a un lado para que pudiera pasar—. Se encuentra en el salón de entretenimiento, no le sugiero molestarlo mucho, parece un animal rabioso.

Ningún empleado de las casas más finas de Londres se habría referido al duque de Saint Albans de esa manera, pero Rosemary, la dueña del club, les otorgaba un gran poder a sus empleados y ellos estaban en la obligación de brindarles el respeto que querían recibir.

Visualizó a Ewan sentado en una de las mesas principales y de un gruñido hizo que todas las cortesanas que revoloteaban a su alrededor, esperando recibir un poco de atención, salieran huyendo del salón con paso apresurado.

—Me puedes explicar ¿qué carajos tienes en mente? —golpeó la mesa con violencia y su amigo levantó el rostro con molestia—. No puedes casarte con la abominación Sheeran —escupió furioso, odiándose a sí mismo por llamar a Colette de esa manera.

—No vuelvas a llamarla de esa manera si quieres que nuestra amistad perdure.

Leighton se sentó frente a él.

—Creí que estabas perdidamente enamorado de lady Milton.

—Lo estoy y mis sentimientos por ella nunca cambiarán, pero ella y yo nunca podremos estar juntos.

—No si te casas con Colette —siseó y Ewan negó con la cabeza.

—Ella nunca me aceptará.

—¡Dile la verdad y volverá a ti!

Por todos los santos, lady Milton lo aceptó incluso después de descubrir que Ewan era un bastardo, ¿por qué diablos no aceptaría a Gillian y a su hijo cuando el padre de dicha criatura era

su propio hermano?

Comprendía el miedo de Ewan, una vez que Carlisle descubriera que Gillian nunca fue su amante, sino más bien su hermana, él querría buscarla, pero no era como si ellos fueran a permitir que diera con la fémina.

Gillian estaba muy bien resguardada, Ewan no podía sacrificar su felicidad por su hermana.

Su amigo negó con la cabeza.

—No abandonaré a Colette. —Iba a darle un nuevo sorbo a su copa de whisky, pero él se la arrebató con violencia.

—Dime qué diablos está sucediendo, encontraremos una solución juntos, ¿por qué quieres casarte con tu pupila?

Era una decisión demasiado precipitada, claramente algo no andaba bien, por lo que él necesitaba una respuesta lo antes posible.

—No puedo decírtelo.

—Soy tu amigo, nunca te traicionaría y lo sabes.

Ewan se frotó el rostro con frustración.

—Soy un pésimo tutor. —Arrugó el entrecejo—. Por mi culpa Zouche se aprovechó de Colette y ahora ella está encinta y el muy desgraciado muy bien refugiado en Egipto.

Leighton sintió un horrible escalofrío en toda la espina dorsal y la garganta se le cerró con violencia. Colette estaba embarazada, el mayor de sus temores de las últimas semanas acababa de hacerse realidad y no tenía la menor idea de qué debía hacer al respecto.

Ewan no sabía que ese bebé era suyo, él estaba echándole toda la culpa a Zouche, y por alguna extraña razón no quería aclarar la situación por el momento, al menos no hasta reunirse previamente con Colette. Le dio fin a la copa de whisky y la llenó de nuevo para tratar de aliviar su incertidumbre.

Un bebé.

¿Esa era la razón por la que Colette llevaba tanto tiempo escondida?

Se había jurado que nunca tendría hijos, que nunca dejaría un legado para continuar con el marquesado, pero cometió el terrible error de embarazarse a la mujer que quería como su esposa.

Tendría una familia con Colette.

—Pienso reconocerlo, debo salvar su reputación.

Cada músculo de su cuerpo entró en una horrible tensión y apretó la mandíbula.

¿Ewan quería ser el padre de su hijo? ¿Colette estaba dispuesta a casarse con su amigo después de haberse entregado a él con tanto descaro?

—¡Y una mierda! —tiró la copa de cristal contra el piso y la misma se hizo añicos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué diablos pasa contigo? —bramó Ewan, exaltado.

—Tú te casarás con la mujer que amas, ¿me escuchas? —aseveró y el rubio arrugó el entrecejo—. No te harás cargo del bastardo de nadie ni te quedarás con una mujer que es de alguien más.

«Menos si esa mujer es mía».

Ahora comprendía la rabia que Ewan sintió cuando intentó meterse con lady Milton, no era nada agradable visualizar a tu mejor amigo cortejando y poseyendo a la dama que... ¿qué?

¿Qué era lo que él sentía por Colette? ¿Por qué Kornmack sí pudo conseguir una amante sin problema alguno y él sintió desagrado ante la idea de tocar a otra mujer?

«Porque la amo, porque la quiero para mí y no renunciaré a ella ni al bebé que viene en camino».

¿En qué estuvo pensando Ewan al escribirle a lady Berricloth?

Por todos los santos, esa mañana Colette no supo de dónde sacó las fuerzas necesarias para no desmayarse al oír la voz de Leighton en el recibidor. Unos segundos más y se habrían encontrado cara a cara, por lo que ahora mismo no se podía considerar extraño que estuviera utilizando las escaleras del servicio para salir huyendo de su casa.

Debía reunirse con Briseida y no quería que sus hermanas estuvieran al tanto de su partida, por lo que pidió que prepararan el carruaje sin hacer mucho revuelo y sólo se distrajo breves minutos cuando el ama de llaves le pidió que bebiera un poco de leche y comiera un par de galletas.

Salió de Saint Albans House antes de las diez y cuando llegó a su destino empezó a rezar en silencio para que el hermano mayor de Briseida no fuera un gran obstáculo, se había olvidado por completo del duque de Carlisle, un snob que no permitía que su hermana se juntara con cualquier tipo de persona.

«Al menos su tía está de viaje y no tendrás que lidiar con ella», se consoló mentalmente.

—¿Busca a mi hermana? —El rubio de rostro angelical y anchos hombros la miró sin expresión alguna en el rostro y Colette se preguntó si era tan malo como todo el mundo pensaba.

El duque soberbio se veía cansado y abrumado, al parecer las cosas con su hermana pequeña no iban nada bien en su casa.

—Así es, su excelencia —musitó con un hilo de voz y el hombre escondió su mueca antes de decir:

—Llévenla al salón de visitas y vayan por mi hermana —ordenó con voz neutra, aceptándola en su casa, y Colette pudo respirar con mayor tranquilidad cuando se encontró sola en el salón.

Por un momento pensó que la echaría; es decir, era la pupila de su mayor enemigo.

—Colette... —La voz de Briseida la arrancó de su letargo y levantó el rostro con rapidez, percatándose de que su amiga no estaba mejor que ella.

—Briseida, lamento tanto importunarte —abandonó su lugar y ella negó con la cabeza.

—Ha pasado tanto tiempo. —La abrazó y pudo percibir una leve tensión en su cuerpo—. Por un momento pensé que se trataba de una broma de mal gusto, he sabido muy poco de ti en las últimas semanas. —Ambas tomaron asiento en el sofá y las manos comenzaron a temblarle.

—Hay algo que debo decirte.

—¿De qué se trata? —inquirió mientras le servía un poco de té—. Leí en la nota de lady Berricloth que Louisa se casará, ¿quién es el caballero?

—Briseida... —Aceptó la taza de té que le tendió, pero no bebió del contenido, sólo la regresó a la mesa—. No tengo la menor idea de qué sucedió entre Ewan y tú, pero debes saber que él sólo quiere ayudarme. No malinterpretes nada de lo que estoy a punto de decirte.

La escuchó tragar con fuerza.

—¿Qué sucedió? —su voz bajó una octava y empuñó las manos en la falda de su vestido.

—La pupila de la que lady Berricloth habla en su nota soy yo, Briseida —soltó con frustración—. Ewan quiere casarse conmigo y está decidido a anunciar nuestro compromiso en unos días.

—No... —Ahora fue su amiga quien empezó a temblar sin control alguno.

—Debes hacer algo para impedir esto, eres la única que puede ayudarme —suplicó desesperada.

—¿Por qué? No lo entiendo, ¿cómo pudo suceder algo así? —No podía hablarle de su embarazo, mientras más personas conocieran su secreto, peor sería su situación—. Colette... —insistió con impaciencia, quería saber la verdad.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Dime que sucedió —exigió, toda esta situación la estaba inquietando en demasía.

—Se enteró que estoy encinta y cree que el padre del bebé que estoy esperando es el barón de Zouche —soltó apresuradamente, dejándola estupefacta—. Ewan dio por sentado que él no aceptará al bebé y quiere darle su apellido.

La pelinegra presionó sus sienes con inmediatez.

—No lo entiendo, ¿en qué momento pasó?

—Eso no importa ahora —zanjó el tema con incomodidad—. Él es muy leal y bueno conmigo, pero no puede cargar con mis errores. Sé que Ewan te ama, la ha pasado muy mal en las últimas semanas y nada me daría más gusto que verlos juntos.

—Pero...

—¿De verdad no hay nada que se pueda hacer, Briseida? —insistió—. Si Ewan se casa conmigo, sólo la muerte podrá separarnos, ¿estás dispuesta a perderlo para siempre?

—Él nunca podrá ofrecerme lo que yo quiero.

—Ewan no se casará con usted, lady Sheeran. —Una tercera voz provocó una horrible tensión en los cuerpos femeninos y ambas mujeres abandonaron su lugar al ver al marqués misógino en el salón.

Esto no podía estar pasando.

¡¿Qué hacía Leighton ahí?!

—Lord Teingham... —Briseida miró al hombre con el ceño fruncido, seguramente se estaba preguntando cómo hizo para llegar hasta ahí—. ¿Cómo...?

—No perderé el tiempo —gruñó con molestia, obligándola a guardar silencio—. Lo que su hermano le dijo de Ewan es mentira. —El castaño dibujó una sonrisa retorcida en su apuesto rostro—. Sí, milady, no debería creer todo lo que le dicen.

—¿Me está diciendo que no existe otra mujer? —Su amiga sonaba muy ofendida y Colette decidió que lo mejor sería guardar silencio, era evidente que ella no conocía esa parte de la historia.

—En realidad, sí existe una mujer y también un bebé. —Colette ahogó un jadeo horrorizado ante su nuevo descubrimiento y Briseida sólo se irritó más en cuanto al marqués—. Pero esa mujer no es la amante de Ewan y ese bebé tampoco es su hijo.

¿De qué mujer y bebé estaban hablando?

—Miente —aseguró la pelinegra con rebeldía—. Si eso fuera verdad, Ewan me lo habría dicho.

El duque de Carlisle ingresó al salón hecho furia, buscando a su siguiente víctima, y Colette percibió la molestia de su amiga ante la interrupción.

—No recuerdo haber permitido tu presencia en mi casa, Teingham.

—Ni yo haber solicitado tu permiso —siseó el marqués—, pero no me molesta tu llegada, Carlisle —aseguró con esa misma petulancia de siempre—. Estoy aquí para aclarar algo con tu hermana y no me molestaría que oyeras esta verdad.

—¡Largo de mi casa! —bramó Zander.

—¡No! —lo desafió Briseida y Carlisle la miró con sorpresa—. Quiero escucharlo, quiero oír esa verdad.

—Briseida...

—Sí no quieres escucharlo, puedes retirarte, hermano.

Carlisle rugió con rabia y empezó a alborotar su cabellera.

—¿Hasta dónde planeas llegar con tal de regresar con Ewan? —escupió, rojo de la cólera—. Él tiene un...

—Gillian no es la amante de Ewan —aseguró Leighton con firmeza, provocando que Carlisle sellara los labios en una fina línea—. Y nunca podrá serlo, porque ellos son hermanos de sangre,

ambos son hijos bastardos del difunto duque de Saint Albans.

Un tenso silencio se cernió en la estancia y Colette empezó a comprender mejor el por qué Ewan quería darle un apellido a su hijo.

Él era un hijo ilegítimo.

—Y sí, Carlisle —continuó el marqués fuera de sí, recuperando la atención de los presentes— ese niño al que llamas bastardo con tanta soltura es tuyo.

De acuerdo, Colette acababa de escuchar un secreto que evidentemente no era de su incumbencia y no entendía por qué Leighton estaba tan desquiciado, tenía la leve sospecha de que él no habría hecho algo así de haber estado en sus cabales.

—Puede usar mi carruaje, milady, mi cochero sabe que debe llevarla con Ewan.

Ahora que sabía la verdad, Briseida aceptó la oferta del marqués y enfrentó a su hermano antes de abandonar la estancia e ir en busca de Ewan. Colette, por su parte, decidió seguir sus pasos y dejar a los hombres atrás. Vio como Briseida se subía al carruaje y antes de que consiguiera su objetivo la sujetó de la muñeca, obligándola a frenar sus movimientos.

—Debo irme, Colette —le informó con impaciencia.

—Toma. —Se quitó la capa con nerviosismo, odiando llevar un vestido color gris que se ajustara a sus curvas, y se la entregó—. La necesitarás, estoy segura de que Ewan no se encuentra en ningún lugar que pueda considerarse decente.

Briseida aceptó la prenda sin dudarlo y se rio por lo bajo.

—Gracias por todo.

—Ve, yo me iré en mi carruaje, no pierdas más tiempo.

—De acuerdo.

—¡Colette!

El grito de Leighton hizo que todas sus alarmas se prendieran y ya no pudo ver como el carruaje de su amiga se alejaba, puesto que giró el cuerpo con inmediatez para lidiar con el enfurecido hombre.

—Milord...

—Ven conmigo —siseó con ira contenida y la sujetó del brazo sin dudarlo para llevarla hacia el carruaje—, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Esto era malo, se suponía que ellos no volverían a cruzar palabra alguna.

—Espere, no quiero ir con usted.

—Esto no es negociable.

Ignoró sus palabras y sujetándola por la cintura la montó al carruaje, provocándole un agudo dolor en el vientre bajo. Los nervios la estaban traicionando de tal manera que terminó de rodillas junto al asiento.

—¿Qué te sucede? —Se arrodilló detrás de ella con nerviosismo y el carruaje se puso en

marcha.

—Yo... yo... no me siento bien —su voz se fue apagando y su cuerpo cometió el terrible error de desvanecerse en los brazos del marqués misógino.

Un hombre que estaba demasiado enojado para su propio bien.

Capítulo 12

“La reina de hielo tiene corazón y ha decidido seguir sus instintos. Se viene boda, damas y caballeros, lady Milton está más que lista para convertirse en la duquesa infame. Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«Soy un pésimo tutor, por mi culpa Zouche se aprovechó de Colette y ahora ella está encinta y el muy desgraciado muy bien refugiado en Egipto».

Leighton recordó las palabras de Ewan y una vez más sintió una indescriptible ira en el pecho al darse cuenta de que esa mujer pretendió arrebatárle un hijo, casándose nada más y nada menos que con su mejor amigo.

«¿Eso crees?» Le preguntó una vocecilla. «Ambos sabemos que jamás habrías permitido esa boda».

Inhaló profundamente y aferró el delgado cuerpo contra su pecho como si de eso dependiera su vida.

«Perdóname, tardé mucho en venir a ti».

Desde que su mayordomo le informó qué decía la nota de lady Berricloth supo que algo no andaba bien, por lo que no dudó un solo segundo a la hora de ir a la casa de su amigo. Cuando Louisa le contó que Ewan tenía pensado casarse con Colette, él supo que no le importaría atentar contra su propio amigo con tal de impedir dicho suceso.

—No estás bien —musitó con voz ronca, percibiendo su extrema delgadez.

Ella estuvo encerrada en su casa durante todas estas semanas por miedo a encontrarse con él, porque fue él mismo quien instaló ese temor en ella y ahora no sabía cómo lidiar con eso.

—Yo jamás te haría daño, amor —susurró con esfuerzo y disfrutó de su fragancia.

Desde que la fiesta campestre concluyó, Leighton no había hecho más que pensar y soñar con ella. Las últimas semanas le resultaron tormentosas, ya se había dado cuenta que nada de lo que Colette estuviera ocultando debajo de su velo sería razón suficiente para borrarla de su corazón.

Estaba enamorado de la pupila de su mejor amigo y lo más sensato era pedir su mano en matrimonio y reconocer al bebé que estaba en camino.

Tragó con fuerza.

Una familia, armaría una familia junto a Colette y debía admitir que nunca se imaginó que la búsqueda de una heredera podría terminar en algo tan maravilloso.

Nunca esperó amar a su esposa, ni siquiera consideró la idea de reproducirse, pero de alguna manera, ese bebé que estaba en camino le generaba ilusión y placer. Posó una mano en el vientre

femenino y tragó con fuerza al preguntarse si haría bien en violar su privacidad y levantar su velo.

«No lo hagas, ella te mostrará su rostro cuando esté lista», le ordenó una vocecilla.

Sus manos comenzaron a picarle más de lo necesario y cuando decidió hacer lo incorrecto, un grito femenino lo hizo respingar en su lugar y aferrar a Colette contra su pecho.

—¡No se atreva! —el asiento del carruaje se levantó con brusquedad y todas sus alarmas se prendieron al ver a Harriet Sheeran frente a él.

Si pensó que sólo Louisa sería un dolor de cabeza, se equivocó, la hermana menor acababa de darle una desagradable sorpresa.

—¿Qué hace aquí, lady Sheeran?

—Creo que la pregunta adecuada es: ¿qué hace usted aquí, milord? Yo acompañé a mi hermana —espetó la castaña con total calma y Leighton enarcó una ceja.

—¿La acompañó o se metió de infraganti en el carruaje? Es evidente que estuvo escondida todo este tiempo.

—Usted no lo entiende, ella está muy delicada y no quería dejarla sola.

—¿Y qué me dice de su otra hermana?, no estará sujeta al techo, ¿verdad?

—No, Louisa ni siquiera debió percatarse de nuestra ausencia. —Salió de su escondite y se arrodilló junto a ellos—. Lleva mucho tiempo así y se rehúsa a ser vista por un doctor.

Porque ella no quería arruinar a su familia con su secreto.

Sin embargo, lo que Colette no sabía era que la sociedad de los canallas tenía un doctor de confianza que sería incapaz de revelar sus secretos y era el mismo que trajo al mundo al hijo bastardo del duque de Carlisle.

—¿Dónde estamos? —inquirió Harriet, mirando la habitación con preocupación.

—En mi residencia de soltero —dejó a Colette sobre el mullido colchón y lamentó que la castaña hubiera arruinado sus planes.

Le urgía ver el rostro de su mujer, quería conocer el aspecto de la mujer que se robó su corazón.

—Esto no es adecuado, si Ewan se entera...

—Tu tutor está muy ocupado ahora mismo. —«Seguramente retozando con su futura esposa en Las garras de Lucifer»—. Además, no podemos llegar con tu hermana en este estado a tu casa, eso sólo nos traería problemas.

—Tiene razón, ¿cree que su gente tarde mucho en ir por el médico?

—Llegarán en cualquier momento —musitó con frustración—. De verdad no entiendo ¿por qué la seguiste?

«Me estás estorbando como no tienes idea, Harriet».

—Porque me preocupa, desde que nuestros padres murieron Colette ha sido como una madre

para nosotras, nunca dejó que nadie se preocupara por ella y es la primera vez que la veo tan delicada.

Sus palabras consiguieron llamar su atención.

—¿Eso fue hace mucho?

—Más de tres años —musitó la inocente castaña y Leighton miró a Colette.

—Creo que murieron en un accidente, ¿no es así?

Harriet hizo una mueca y sus ojos castaños brillaron con desespero.

«Están mintiendo, ellas tienen un secreto».

—Sí...

—¿Los echan de menos?

—A nuestra madre, ella era muy dulce y buena. Colette se parece mucho a ella.

Ese comentario captó su atención, Harriet y Louisa eran muy parecidas físicamente, ambas poseían envidiables cabelleras castañas, ojos cafés y rostros angelicales, siempre pensó que Colette tendría algún parecido con ellas.

—¿Quieres decir que tu hermana no se parece a ustedes?

La joven movió la cabeza en modo de negación con melancolía.

—Ella es diferente de la cabeza a los pies.

Leighton se cruzó de brazos.

Ella volvía a ser un misterio.

—¿Por qué esconde su aspecto con tanto ahínco?, ¿qué esconde? —quiso saber.

—Colette... —la voz le tembló—. Ella... —Los nervios comenzaron a traicionarle—. George le rompió el corazón cuando decidió abandonarla y desde ese entonces no pudo aceptar su aspecto.

—¿George? —Ella había mencionado un primer amor.

—Cuando Colette sufrió un inconveniente en el rostro, ella estaba comprometida y él dijo que saldría de viaje por unos meses y luego volvería para cumplir con su deber, pero nunca regresó y el compromiso fue anulado.

«Ese miserable salió huyendo», afirmó con enojo. «Así como tú lo hiciste hace unas semanas», completó otra vocecilla, dispuesta a fastidiarlo.

—¿Qué le sucedió?

Él pudo percibir la piel en mal estado, pero se sintió tan atormentado por todo lo que sintió en aquel momento que no se molestó en sondear que tan grande y severo era el daño.

—Es un secreto.

—¿Tú crees que ella amó a ese tal George? —preguntó con voz tensa.

Harriet se rio con melancolía.

—Fue su más grande amor, estoy segura de que ella jamás podrá olvidarlo.

La sangre empezó a burbujearle por dentro y se rehusó a creer algo así. Colette ya no pensaba en ese hombre porque de ser así, nunca se habría entregado a él con tanta soltura y despreocupación.

El doctor Naden fue anunciado justo a tiempo para impedir que dijera una grosería y muy a su pesar se vio obligado a abandonar la habitación en silencio; no obstante, se encargó de dejar muy en claro que todo lo que sucediera esa mañana en su casa sería totalmente confidencial, tanto para su servidumbre como para el doctor. En ese momento, la presencia de Harriet ya no le pareció tediosa, puesto que la joven se encargaría de que la privacidad de su hermana se respetara.

No tenía la menor idea de quién era ese tal George que se atrevió a abandonar a Colette, puesto que había millones por toda Inglaterra, pero si algún día tenía el placer de conocerlo, lo pondría en su lugar por haber generado tantas inseguridades en su mujer.

—Llevo horas tratando de localizarte.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al oír aquella voz y alzó la vista para posarla en Isaac, su hermano de en medio, un hombre que no pensó volver a ver en su vida.

No sentirse furioso le resultó imposible.

—¿Qué diantres haces en mi residencia de soltero? —farfulló con ira contenida y el castaño sonrió con sorna, enseñándole su perfecta sonrisa—. Márchate, no eres bienvenido en ninguna de mis propiedades. —Bajó las escaleras con rapidez, tenía que sacarlo de su casa cuanto antes.

No era un buen momento para recibir visitas.

—¿Es así como recibes a tu hermano? Llevamos más de cuatro años sin vernos, creí que a estas alturas el pasado estaría enterrado en el olvido.

—Nunca olvidaré como mis hermanos me abandonaron por una traidora.

—Ahora entiendo por qué Archie no quiso venir, él supuso que te pondrías así.

Debió suponer que estarían juntos, después de todo, ellos trabajaron por años para hacerse malditamente ricos y tener grandes negocios.

—¿Qué quieres?

—Sobre el hecho de que somos o no bienvenidos en tus residencias, tía no piensa de igual manera, puesto que ya nos ofreció un lugar en Teingham House.

Mataría a Agatha por hacer algo así, ella sabía que no toleraba a sus hermanos.

—¿A qué viniste?

—No es bueno vivir con rencor.

—Tampoco ser tan sinvergüenza.

Isaac se cruzó de brazos con parsimonia, como de costumbre manteniendo la compostura ante cualquier situación complicada, y luego negó lentamente con la cabeza.

—Vi el carruaje de Saint Albans, ¿estás con él? —desvió el tema con indiferencia y Leighton

tragó con fuerza, lo último que necesitaba era que Isaac lo encontrara de infraganti con dos mujeres solteras bajo su cuidado.

—No es tu problema, quiero que te marches.

—Me hospedé en tu casa, tía me recibió con los brazos abiertos.

—¿Y por qué no lo hizo en su casa?

—Porque cree que estás solo y necesitas de la compañía de tus hermanos.

Él no necesitaba a nadie, su soledad era más que perfecta.

—No necesito de ti ni de Archie.

—¿Estás seguro? Tengo entendido que estás arruinado, ¿no crees que el orgullo y el resentimiento ya te han hundido lo suficiente?

Ese no era su problema, él prefería vivir en la miseria antes de recurrir a sus hermanos.

—¡Lord Teingham! —El grito de Harriet lo hizo cuadrar los hombros y el castaño de veinticuatro años enarcó una ceja al ver a la niña de catorce en el segundo piso—. Debe subir, es urgente.

—Vaya —musitó su hermano—, ¿no crees que es muy joven?

—No seas imbécil —farfulló con enojo—. Es la pupila menor de Ewan, sucedió un incidente y tuve que traerla junto a su hermana.

—¿Desde cuándo eres tan generoso con las mujeres?

No lo culpó por hacer semejante pregunta, para nadie era un secreto que él se preocupaba muy poco por el bienestar de las féminas.

—Lárgate.

—El doctor quiere hablar con usted —insistió Harriet con impaciencia y esas simples palabras bastaron para que dejara atrás a su hermano y subiera al segundo piso.

—Voy contigo. —Isaac trató de seguirlo, pero él paró en seco y lo desafió con la mirada.

—No te metas en mis asuntos, quiero que te vayas.

—No me iré.

Harriet debió vislumbrar un posible enfrentamiento porque inmediatamente se puso en medio de ambos hombres y estiró un brazo a cada lado de su cuerpo.

—No peleen, no es el momento, milord —rogó con desespero.

—No quiero que me siga.

—Yo me quedaré con él, usted reúnase con el doctor, por favor.

Perfecto, eso impediría que Harriet escuchara la verdadera razón del por qué su hermana llevaba días sintiéndose tan mal.

—Bien, quédate con lady Sheeran —le ordenó a Isaac y su hermano achicó los ojos con recelo—. Es la pupila de Ewan, así que ten mucho cuidado, yo no moveré un solo dedo para impedir que termines con un hueco en la frente.

Su hermano le echó una rápida mirada a Harriet y se encogió de hombros.

—Es una bebé —se limitó a decir y la castaña frunció el ceño, incapaz de comprender la situación.

Era una joven inocente, demasiado para su propio bien, pero al menos lo ayudó a deshacerse de su hermano. Se encontró con el doctor Naden en medio del pasillo y lo guio hacia su despacho al descubrir que Colette seguía descansando

—¿Y bien? —Se sentó detrás de su escritorio.

—Me temo que lady Sheeran está muy débil —musitó el doctor con preocupación—. Nunca antes la he visto en una situación así.

—¿Adónde quiere llegar? —trató de mantenerse impertérrito, pero la desesperación lo estaba carcomiendo por dentro.

—¿Usted la encontró y decidió ayudarla? —lo miró con recelo y Leighton asintió, no podía decirle que ella se desmayó cuando la forzó a entrar al carruaje—. Bueno, creo que lo más prudente será que me reúna con su tutor y...

—Soy el mejor amigo del duque de Saint Albans.

—Lo siento, pero...

—Sé el secreto más importante —El hombre se ruborizó—. Ahora dígame qué está sucediendo.

Naden analizó sus siguientes palabras y finalmente lanzó un suspiro y espetó:

—Tengo mucha experiencia en embarazos y creo que si lady Sheeran sigue con el suyo no sólo quedará arruinada socialmente, sino que morirá en el alumbramiento. El bebé está consumiendo su vitalidad, lo más prudente sería interrumpir el embarazo.

No podía verse en un espejo, pero estaba seguro de que la noticia lo dejó tan pálido como una hoja.

Colette no podía morir.

¡Él no mataría a la única mujer que llegó a importarle de verdad!

Empuñó las manos con impotencia y utilizó todo su autocontrol para no derrumbarse moralmente.

Si quería mantenerla con vida, debía renunciar a su propio hijo.

«Tal vez es lo mejor».

Él tenía una enfermedad.

Le resultaba imposible leer una sola oración sin sufrir intensos dolores de cabeza, por lo que haría bien en recordar el por qué no quería tener hijos ni se sentía cómodo siendo el marqués de Teingham.

—¡Eres un inútil! —bramó su padre, estrellando su puño en su rostro—. ¿Por qué tuviste que

ser el primero? Mi heredero no puede ser alguien tan idiota y estúpido como tú.

Él nunca pidió ser el heredero del marquesado y no era su culpa que sin importar cuanto lo intentara, no consiguiera leer ni una sola oración. Los golpes siguieron estrellándose en su cuerpo y él tragó todo su dolor y sus quejas con valentía.

No tenía otra opción.

Su madre se había ido y sus hermanos lo culpaban por ese hecho.

—Espero que te mueras pronto para que Isaac ocupe tu lugar —escupió Trevor Kilbrenner con rencor—, no quiero que las futuras generaciones sean así de defectuosas.

Él tampoco quería que sus hijos pasaran por algo así.

—Por tu culpa tu madre se fue, porque eres una vergüenza para nuestra familia y ella no pudo seguir lidiando con tu estupidez.

«Claro que te amo, cariño, jamás sería capaz de abandonarte», las palabras de su madre retumbaron en su cabeza y en esta ocasión una lágrima se deslizó por su mejilla. Ella le mintió, ella nunca lo aceptó, Helen sólo lo soportó hasta que encontró la oportunidad perfecta para salir huyendo de este infierno.

La paliza que estaba recibiendo no cesó hasta que su tía llegó y pudo ponerle un alto a su hermano mayor, puesto que por el momento era ella quien estaba manteniendo las propiedades de marquesado con el fideicomiso que le dejó su difunto esposo y el marqués no quería perder su favor.

«Debemos interrumpir el embarazo», volvió en sí, sintiendo una horrible presión en el pecho y tragó con fuerza. «Ella va a odiarme, pero al menos seguirá con vida y no tendrá el riesgo de lidiar con un hijo tan defectuoso como yo».

Se había preparado para pedir su mano en matrimonio, para informarle que ningún otro hombre reconocería a su hijo, pero estaba seguro de que una vez que el embarazo llegara a su final, Colette no querría saber más de él.

—Yo hablaré con Saint Albans sobre el tema —arrastró sus palabras con ansiedad.

—Ante cualquier decisión que tomen, no duden en buscarme, milord.

Leighton no tenía nada que pensar, si debía elegir: elegiría a la mujer que amaba.

Su mayordomo se encargó de despachar al doctor y él se dirigió a su habitación para permanecer junto a Colette durante el poco tiempo que le quedaba. ¿Por qué ella tuvo que llegar a su vida si no existía posibilidad alguna de que estuvieran juntos?, ¿por qué una mujer como ella terminó cautivándolo de esta manera?

No conocía el color de su cabello ni de sus ojos, ni siquiera sabía cómo era su rostro, pero su simple voz fue más que suficiente para arropar su corazón y captar su atención.

«Si tú lo quisieras, podrías ver todo ahora», le susurró una vocecilla con malicia.

Harriet estaba entretenida con su hermano y Colette estaba dormida, él podría levantar el velo e incluso quitárselo para ver su cabellera, pero lo cierto era que no tenía el valor de violar su privacidad

—Esto es una locura —susurró con desespero.

Estaba embarazada, la embarazó en su primera y última noche juntos y el bebé que ahora mismo crecía en su vientre era una terrible amenaza para ella. Si Ewan descubría la verdad lo mataría con sus propias manos; para su amigo, el hombre que se aprovechó de Colette era el barón de Zouche. Le parecía un milagro que el barón se hubiera ido a Egipto, puesto que eso quería decir que su desliz seguiría siendo un secreto.

«El bebé está consumiendo su vitalidad, lo más prudente sería interrumpir el embarazo». Las palabras del doctor retumbaron una vez más en su cabeza y enterró el rostro en sus manos con impotencia.

Colette no lo aceptaría una vez que ordenara la interrupción de su embarazo, pero si quería que ella siguiera con vida y recuperara su salud, él debía renunciar a ella y su hijo.

Los ojos comenzaron a arderle y parpadeó varias veces para controlar su ira e impotencia, siempre supo que nunca sería un buen padre y que lo mejor que podría hacer por sus siguientes generaciones era no reproducirse, pero nunca se imaginó que llegaría un momento en su vida donde tendría que renunciar a su propia familia.

Era devastador, y lo peor de todo era que ahora anhelaba algo que jamás podría tener.

Colette comenzó a removerse sobre el mullido colchón, prendiendo todas sus alarmas, y con la respiración agitada y el pulso desbocado se vio obligado a abandonar su lugar. Debía calmarse, ella no podía verlo tan afectado, se suponía que ese día terminaría de ganarse su rencor y arrancarla de su vida para siempre.

El suave quejido femenino lo tentó a acercarse a la cama, pero abandonó esa idea con prontitud y se cruzó de brazos.

Lo mejor sería mantener su distancia.

Colette se sentó con mucho cuidado y al parecer sufrió un mareo porque se sujetó las sienes con rapidez. En ese momento empezó a cuestionarse si hizo bien al respetar su privacidad, acababa de perder la única oportunidad que tendría de conocer el rostro de la mujer que se robó su corazón.

—Me pregunto —sacó esos absurdos pensamientos de su cabeza—: ¿en qué diablos estuve pensando al creer que dejaría que Ewan reconociera a mi hijo? —Ella volvió el rostro en su dirección y Leighton mantuvo los brazos cruzados mientras la miraba con desprecio.

«Es por tu bien, mi amor, lo mejor es que me odies».

—No sé de qué habla.

¿De verdad creía que podría seguir escondiendo su embarazo?

—Mejor, porque pronto dejará de existir.

«Porque si tengo que elegir: te elijo a ti».

—¿Qué? —La voz femenina sonó más aguda de lo normal y Leighton sonrió con malicia.

—Ten por seguro que yo me encargaré de todo y en menos de un mes todo esto no será más que un horrible recuerdo.

Agradeció en silencio que la voz no se le quebrara, la idea de matar a su propio hijo lo estaba consumiendo por dentro.

—No puede.

—Te daré lo que me pidas si aceptas mi decisión por las buenas.

—¿Y si no lo hago?

—Te quedarás sin bebé y recompensa. —Se encogió de hombros con descaro.

—¿Qué recompensa puede darme usted si está en la quiebra?

Un golpe bajo, debía admitirlo, pero al menos ella tenía vitalidad para pelear.

—La que tú quieras, siempre y cuando no incluya dinero.

El silencio se instaló en la estancia y las manos empezaron a sudarle sin control alguno. Odiaba que ella llevara ese estúpido velo puesto porque por primera vez en años no tenía la menor idea de qué esperar de su rival.

—Quiero que se case con una de mis hermanas.

La sangre se le congeló, seguramente escuchó mal.

¿Ella quería verlo casado con una de sus hermanas?

Esto era una locura, él no podía casarse con la hermana de la mujer que amaba, eso sólo lo condenaría a una vida llena de desdicha.

—Cásese con Louisa y haré lo que me pida. Usted me arruinó para los demás hombres, si no quiere cumplir su deber conmigo, al menos despose a mi hermana.

«Lo único que importa es alejarla del peligro que representa nuestro hijo».

—Es un trato.

Tal vez sería desdichado, pero al menos podría ver a Colette todos los días de su vida.

—¿Podría llevarme a mi casa?

Quiso decirle que no, porque muy probablemente Ewan ni siquiera notaría su ausencia, pero luego recordó que tanto Harriet como Isaac estaban en el piso inferior, esperando por ellos, y decidió hacer lo correcto.

¿De qué le serviría aferrarse a una mujer que jamás podría ser suya?

—Por supuesto, no veo la hora de sacarte de mi casa y mi vida para siempre.

Si bien para Leighton las cosas no terminaron bien, al menos para Ewan todo fue muy diferente, puesto que, a la mañana siguiente, Londres amaneció con la noticia de que el duque infame y lady Milton se casarían en una semana.

Capítulo 13

*“Damas y caballeros, los hermanos del marqués misógino han llegado a Londres y a diferencia de su hermano mayor, ellos sí poseen una gran fortuna
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Leighton tenía razones de sobra para sentirse molesto y frustrado. Esa tarde tuvo que renunciar a la mujer que amaba y a una vida junto a ella para librarla de un futuro desdichado a su lado, por lo que era de lo más normal que no estuviera de humor para lidiar con las absurdas decisiones de su tía.

—¡Usted no es quien para permitir que vivan en mi casa! —perdió los estribos, se rehusaba a vivir bajo el mismo techo que sus hermanos—. Isaac y Archie perdieron todos sus derechos cuando se fueron.

—Son tus hermanos y tu deber es velar por ellos.

—Tienen veinticuatro y veintidós años, ellos saben cómo cuidarse —siseó y la castaña le dio un sorbo a su copa de vino con indiferencia, estaba claro que no pensaba cambiar de parecer.

—Pronto comprarán sus respectivas casas y dejarán Teingham House, no necesitas armar todo un escándalo por esto.

—No quiero vivir con ellos —escupió.

—Lo harás, ¿o debería recordarte que fui yo quien estuvo manteniendo esa casa en funcionamiento durante el último año?

—Si piensa levantarlo, ¿por qué diablos me ofreció su ayuda?

—Leighton —lo reprendió con la mirada—, no es sano que odies a tu propia familia. Quiero lo mejor para ti y he considerado que tanto Isaac como Archie podrían ayudarte a salir de la quiebra, por lo que pretendo que desarrolles un vínculo con ellos.

«Primero muerto», pensó con enojo y se marchó de la casa de su tía como alma que lleva el diablo. Por supuesto, no regresó a Teingham House, sino que se refugió en su residencia de soltero y le mandó una nota al único amigo que podría acompañarlo en ese momento.

Sólo esperaba que Kornmack pudiera recibirla antes de irse con su querida.

—Milord... —El mayordomo captó su atención, era un mal momento para entablar una conversación—, el duque de Carlisle desea hablar con usted.

Lo que le faltaba, fue un idiota al creer que Carlisle dejaría de ser un grano en el culo. Esa mañana le dio una noticia demasiado importante y ahora buscaría respuestas. De la misma manera que él lo hizo en su casa, el duque se adentró a su despacho sin miramiento alguno y le

advirtió que no se iría hasta que tuvieran esa conversación.

Despachó a su criado con una simple mirada.

—¿Dónde están?

—¿Ewan y tu hermana? —decidió jugar con él.

El duque gruñó.

—Sabes que no me refiero a ellos —siseó con enojo y él se rio.

—Claro, ambos sabemos que ellos llevan horas en Las garras de Lucifer —lo provocó y lejos de incomodarse, Carlisle esbozó una cruel sonrisa.

—¿De verdad crees que me tienes en tus manos?

—Sé tu secreto —el rubio apretó la mandíbula—, debes ser cuidadoso.

—Yo también conozco el tuyo —espetó con malicia, prendiendo sus alarmas—. ¿Crees que no sé qué lady Sheeran y tú tienen algo?

—No sé de qué hablas —trató de mantenerse sereno.

—Los vi en la casa campestre de tu tía cuando la dejaste en su habitación y esta mañana la trajiste aquí, así que supongo que su relación no se basa en una simple amistad.

De acuerdo, esto era muy malo.

—La traje aquí junto a lady Harriet porque ella no se sentía bien.

—Me pregunto qué la tiene tan delicada —ironizó y él se mantuvo en silencio, provocar al duque ya no le parecía una idea tan atractiva—. ¿Dónde están?

—No lo sé, Ewan los escondió muy bien.

—Él nunca mencionó que eran hermanos, creí que eran...

—Amantes —completó por él—, por eso sedujiste a Gillian, porque se la querías quitar a Ewan, pero al final de todo caíste en tu propia trampa, ¿no es así?

—No estoy para bromas, Teingham, ese bebé debió haber nacido hace dos meses.

—Sí, el pequeño Galen goza de buena salud.

El silencio se instaló en la estancia y no supo qué pensar al ver al duque tan pálido.

¿Qué, no esperaba que su primer bastardo fuera un varón?

—Dime dónde se encuentran.

—¿Para que los lastimes? No, gracias.

—¡Son míos!

—Querías interrumpir el embarazo, es evidente que en ese momento no te interesaban.

—Ewan nunca mencionó una hermana, no lo entiendo, ellos...

—No la mencionó porque cuando te confesó su mayor secreto, ese que hablaba de su origen, tú fuiste un pésimo amigo y lo traicionaste, ¿por qué expondría a Gillian a una humillación tan grande?

—Si no quieres tenerme como enemigo, dime dónde están.

—No te considero una amenaza —admitió con diversión—. Entre lady Sheeran y yo no existe nada y tú no tienes pruebas, porque no existen, para demostrar lo contrario.

Lo mejor sería mantenerse frío e indiferente, sólo así disiparía las dudas de Carlisle.

—Puede que Ewan se haya salido con la suya en cuanto a mi hermana, pero no permitiré que mantengan a Gillian y a ese niño fuera de mi alcance, tengo todo el derecho de decidir sobre ellos.

Empuñó las manos con rabia, ¿quién diablos se creía?

—Gillian no es tu mujer.

—Ya sea por las buenas o las malas, los encontraré.

Le sonrió abiertamente.

—Suerte con eso.

—Y si tengo que hundirlos para conseguirlo, así será.

—¿Nos estás declarando una guerra? —preguntó con fingida calma y Carlisle siseó una maldición por lo bajo—. Somos cuatro, ¿no crees que estás en desventaja?

Él se rio.

—Eso lo veremos, tú no tienes ni la menor idea de lo que soy capaz de hacer con tal de salirme con la mía.

Por alguna extraña razón, sus palabras lo inquietaron de sobremanera.

Carlisle se marchó de su residencia de soltero y a los pocos minutos Kornmack hizo acto de presencia; no obstante, no le contó sobre lo ocurrido y prefirió guardar la visita del duque en secreto. Muy pronto Ewan les daría la noticia de su boda con lady Milton y él no pensaba amargar su gran momento.

—¿Por qué simplemente no tratas de arreglar las cosas con ellos? —preguntó su amigo—. Las personas que te lastimaron fueron tus padres, tus hermanos no tuvieron nada que ver en eso.

—Cuando mi padre murió ellos no dudaron un solo segundo a la hora de abandonarme.

—Sólo se fueron de viaje.

Leighton negó lentamente con la cabeza, recordando la noche que sus hermanos vinieron a él para pedirle que fueran en busca de su madre, dado que la muy sinvergüenza se había tomado el atrevimiento de escribirles después del entierro del marqués.

—*Debemos ir, Leighton.*

—*No iré en busca de esa traidora —escupió con desprecio—, ¿por qué le daría un premio a una adúltera? Seguramente ahora quiere recuperar su puesto de marquesa viuda porque se quedó sin dinero ni protección.*

—*¿Por qué tienes que pensar lo peor?, ¿qué tal si tuvo sus razones para marcharse? —insistió Isaac—. Nuestro padre nunca fue un buen hombre.*

—Él tiene razón, Leighton —acotó Archie—, siento que lo mejor que podemos hacer es reunirnos con ella para esclarecer la situación y saber qué fue lo que sucedió hace seis años.

—Seré claro con ustedes —farfulló con desprecio—, jamás volveré a sentarme en una mesa con esa mujer ni mucho menos me esforzaré por tener una conversación con ella, por lo que si deciden salir en su búsqueda nuestra relación terminará para siempre y no volveré a abrirles las puertas de mi casa.

—No nos puedes pedir algo así, es nuestra madre —espetó Isaac, quien al parecer seguía siendo algo ingenuo en cuanto a su progenitora, y Leighton señaló la puerta de su nuevo despacho.

—Puedes irte si así lo deseas, pero no vengas a buscarme después.

—Está no es la manera de tratar el asunto, yo creo...

—Si quieres irte con él, no lo dudes, Archie —escupió en tono mordaz—, nada de lo que digan me hará cambiar de parecer.

Para él su madre estaba muerta y era una realidad que nunca cambiaría en su cerebro. Esa mujer lo abandonó, lo dejó en manos de un abusador y él nunca se lo perdonaría.

—Quiero traerla de regreso —expresó Isaac y todo a su alrededor se volvió rojizo.

—Si la traes —masticó las palabras con rencor—, juro que la mataré con mis propias manos.

—No los quiero, ni necesito en mi vida —arrastró sus palabras, sintiendo una horrible presión en el pecho.

—A todo esto —el escocés estaba algo distraído como para notar su incertidumbre—, ¿tienes idea de quién pudo pedir la mano de lady Louisa en matrimonio?

Como lady Berricloth no brindó nombres en su última nota, todo el mundo asumió que la pupila que se casaría sería Louisa.

«Cásese con Louisa y haré lo que me pida».

Al parecer estaban en lo cierto porque Colette se encargaría de que así fuera y él tendría que cumplir su voluntad si quería salvarle la vida.

—No tengo la menor idea —mintió.

—Ryne llega mañana, ¿deberíamos buscar a Ewan?, ¿cómo estará sobrellevando la situación sin su reina de hielo?

Sonrió con diversión, su amigo ni siquiera era capaz de imaginarse que Ewan se había salido con la suya y muy pronto haría a lady Milton su duquesa infame.

—No es mala idea.

Tal y como lo predijo, a la mañana siguiente Ewan era un rebosar de alegría y felicidad mientras les anunciaba su compromiso con la hermana menor de Carlisle. Leighton aún no podía creer que la reina de hielo se hubiera robado el corazón de su mejor amigo, parecía algo tan irreal

que de vez en cuando se pellizcaba a sí mismo para cerciorarse de que no estuviera soñando.

—Me parece un milagro que Carlisle aceptara tu matrimonio con su hermana —comentó Ryne con prontitud, un tanto curioso.

—Él no necesita más escándalos y supongo que en el fondo quiere lo mejor para Briseida —espetó Ewan y luego conectó sus miradas—. Además, Leighton le dijo la verdad sobre Gillian.

Tanto Ryne como Kornmack enderezaron la espalda.

—¿No te mencionó nada al respecto? —inquirió el vizconde con prontitud.

—Quiere su paradero, pero no se lo daré. Carlisle quería deshacerse del bebé, ¿qué garantía tengo de que no intentará lastimarlos?

Leighton se preguntó si tenía derecho alguno de juzgar al duque soberbio, él también tenía pensado deshacerse de su bebé, aunque en el fondo su causa era mucho más respetable que la del rubio.

—Creo que es lo mejor —acotó Kornmack—, ¿tu hermana te ha escrito?

—Está algo enferma y por eso la niñera y la nodriza se están encargando de Galen.

—Si gustas puedo ir a visitarla, tengo unos asuntos pendientes que tratar por esos lares y podría cerciorarme de que todo esté marchando a la perfección —espetó Ryne y Ewan negó con la cabeza.

—No quiero que se acerquen a Gillian, ella los aprecia, pero no son de su total agrado.

—Nosotros no le agradamos, pero terminó enamorada de Carlisle, tu hermana no tiene buen ojo para juzgar a las personas, ¿verdad? —bromeó Leighton y Ewan lo fulminó con la mirada.

—¿Tu esposa vendrá a la boda, Kornmack? —Saint Albans decidió cambiar de tema y el pelirrojo respingó en su lugar, captando la atención de todos los presentes—. Invité a su hermano y creo que...

—No, Londres no es de su agrado.

Tenía la leve sospecha de que ni siquiera se molestaría en escribirle.

—Es una lástima —musitó Ewan—. Ya agregué a tus hermanos a la lista de invitados, Leighton.

—Hubiera preferido que no lo hicieras —fingió su mejor sonrisa y el rubio se rio por lo bajo.

—Debes superar el odio que sientes hacia tus hermanos, ya han pasado muchos años. —No sucedería—. Por cierto, ¿no quieres que agregue a alguna dama en específico? Tu tía te ha dejado sin un penique y necesitas casarte lo antes posible.

—Lo pensaré —simuló indiferencia y esperó pacientemente a que sus amigos se fueran retirando uno a uno para abordar un tema de suma importancia con Ewan—. ¿Podemos hablar?

—¿Por eso esperaste a que Ryne y Kornmack se fueran? —Asintió—. Bien, ¿qué te preocupa?

—¿Qué harás con Colette? —Él era el único que estaba al tanto de su embarazo, por lo que no

podría haber abordado el tema con sus amigos en la estancia—. ¿Decidieron algo?

—Ella fue muy buena al ir por Briseida y abogar por mi felicidad, siempre le estaré agradecido, por lo que aceptaré su decisión sea cual sea.

—No puede tener al bebé, arruinará a sus hermanas.

—Tú mejor que nadie sabe que estoy en contra del aborto, Leighton.

—Quiero pedir la mano de Louisa en matrimonio —soltó con rapidez, antes de que pudiera arrepentirse, y su amigo abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué dices?

—Creo que si me caso con Louisa y mandas a Colette al campo nadie notará nada raro en el movimiento.

Su amigo meditó la situación en silencio y se frotó el mentón, pensativo.

—Sí sabes que si te la llevas no me la podrás devolver, ¿verdad?

—No estoy bromeando, Ewan, quiero casarme con tu pupila.

—¿Por qué?

«Porque sólo así salvaré la vida de Colette».

—Necesito su dote y tú necesitas ayuda para camuflar el error de Colette.

«Que en realidad es sólo mío».

—¿Podemos hablar del tema después de mi boda? —pidió con cierto recelo—. No quiero arruinar el evento y creo que Louisa sería capaz de estropear mi felicidad. —No pudo culparlo por pensar de esa manera, la fierecilla estaba loca de remate—. Me gustaría tocar este tema con más calma con Colette, sé que ella me ayudará a controlar a su descarriada hermana.

—¿Es un «sí»?

—Por mí podrías casarte con ella mañana mismo —acotó entretenido y Leighton sonrió con amargura.

—¿Me entregarías a Colette con tanta facilidad si pidiera su mano en matrimonio?

La sonrisa de su amigo se desvaneció y él no entendió por qué hizo una pregunta tan estúpida.

—Sabes la respuesta.

—¿Ni siquiera por la situación en la que se encuentra?

—Justamente esa situación lo hace aún más imposible, tú nunca aceptarías al hijo de otro hombre y Colette no tiene valía alguna para ti debido a su condición.

¿Por qué diablos no la cortejó cuando aún tenía el permiso de Ewan?

—Las cosas podrían cambiar... —probó suerte, tal vez y aún podía luchar por ella.

—Hablaré con Colette y Louisa después de mi boda y te mandaré una misiva para que pases a vernos, no es necesario que vengas todos los días, eso sólo generará más inquietud en las chicas.

Eso era un rotundo «no», Ewan no quería entregarle a Colette en matrimonio.

«Debes resignarte, esa mujer no es para ti», le espetó una vocecilla con dureza y se refugió en

Las garras de Lucifer durante los siguientes días, hasta que se vio obligado a regresar a su casa para prepararse para la boda de su mejor amigo.

Colette jamás se imaginó que podría generar un vínculo de amistad tan fuerte con su tutor; a decir verdad, aún le costaba creer que alguien más aparte de sus hermanas y los señores Cannon era capaz de demostrarle verdadero afecto.

—Siempre estaré en deuda contigo, Colette —confesó Ewan, rompiendo el abrazo, y ella le sonrió con cariño—. Insisto, no uses ese ridículo velo y deja que todos te admiren durante mi boda.

Palideció, una cosa era que ahora él pudiera verla sin el velo, pero otra muy distinta dejar que los demás lo hicieran. Ewan la apreciaba, la quería como a una hermana y por ende siempre la miraría con ojos de amor fraternal.

—Entiendo —se dio cuenta de su incomodidad y le pidió que se sentara en el sofá que estaba frente al hogar—. Hay algo que quiero hablar contigo.

El pulso se le disparó, ¿hablarían de su bebé?

En los últimos días que se encerró en su habitación y se quitó el velo, su salud había mejorado a grandes escalas, por lo que suponía que la prenda tenía mucho que ver con su malestar.

«Debo ir al campo cuanto antes», pensó abatida.

—Lord Teingham ha pedido la mano de Louisa en matrimonio. —La bilis trepó por su garganta y utilizó todo su ingenio para no perder la compostura.

¿Por qué le sorprendía? Fue ella misma quien le ordenó que lo hiciera.

Leighton debía cumplir con su deber y si no deseaba casarse con ella, lo haría con Louisa. Era lo mínimo que podía hacer para resarcir su error, la arruinó para los demás hombres y una vez que fuera madre soltera la reputación y el futuro de sus hermanas dependería de qué tan bien pudiera esconderse de la nobleza inglesa.

—Es una buena noticia —forzó su sonrisa—. Tenemos que aceptar su oferta porque ambos sabemos que Louisa no volverá a recibir una —acotó y ambos rieron por lo bajo, aunque no era una broma y su tutor asintió con rapidez, dándole toda la razón.

—Me ha tomado por sorpresa, pero creo que desea ayudarme. —Ewan adoraba tanto a su amigo que era incapaz de ver la maldad y el resentimiento que habitaba en el marqués—. Es decir, casarse con una de mis pupilas implica que él renuncie a muchas cosas, sabe que nunca permitiré una sola falta.

—Su amigo es algo... especial —clavó la vista en el fuego del hogar.

Faltaba dos horas para que la boda de Ewan diera inicio y lo menos que debería estar

haciendo era indagar sobre la vida del marqués.

—El abandono de su madre lo cambió de muchas maneras, él la amaba. —Lo miró con interés—. Y yo pensé que lady Helen adoraba a Leighton —admitió pensativo—. Su partida me tomó por sorpresa, durante meses me pregunté si la historia del difunto marqués era la verdadera.

Arrugó el entrecejo.

—¿Por qué dices eso?

Ewan negó con la cabeza.

—Él no era un buen hombre, Leighton sufrió mucho cuando se quedó bajo su cuidado.

—Escuché que sus hermanos están de regreso. —No podía decirle que conoció a Isaac Kilbrenner, eso delataría el hecho de que estuvo en la residencia de soltero de Leighton—. Tal vez ellos...

—Los odia.

Se tensó, ¿por qué terminó inmiscuida con un hombre tan arisco y rencoroso cuando ella era todo lo contrario?

—¿Puedo saber por qué?

Ewan iba a hablar, pero luego la miró con curiosidad.

—¿Te interesa mucho? —Estaba sospechando algo.

—Se casará con Louisa, quisiera saber un poco más de él —dijo con tranquilidad, tratando de mermar su inquietud.

—Cuando su padre murió, la marquesa viuda se encargó de contactar a sus tres hijos mediante cartas, pero Leighton...

—Él nunca fue —completó por él y el rubio asintió—. Debió afectarle mucho su partida si se considera que es la razón por la que detesta a todas las mujeres de Gran Bretaña.

Dio un respingo en su lugar cuando Ewan acunó sus manos y conectó sus miradas.

—No será un mal esposo, no lo permitiré, te prometo que cuidaré de Louisa hasta el último momento.

—Muchas gracias, Ewan.

«Porque yo no podré hacerlo».

—Deberías ir a prepararte, en unas horas será tu boda y Briseida querrá verte presentable —musitó con ternura, deseosa de quedarse un momento a solas en su habitación, y él asintió con entusiasmo.

Era increíble lo que el amor podía causar en una persona, jamás había visto a su tutor tan lleno de vida y alegría y estaba segura de que Briseida estaba igual que él.

—Gracias por todo —repitió antes de abandonar su alcoba y Colette se apoyó en el respaldo del mueble, disfrutando muy poco de su tranquilidad porque Louisa ingresó a su habitación sin llamar.

Estaba molesta.

Algo bastante normal en ella.

—¿Sucedió algo? —la buscó con la mirada.

Ella era preciosa, posiblemente una de las damas más bellas que fueron presentadas esta temporada, pero la frialdad que emanaba y su poco tacto a la hora de hablar con las personas siempre sabotaban sus posibilidades de ser una candidata adecuada a esposa.

—¿Vas a decirme quién es el padre de tu bebé? —preguntó en voz baja, pero con dureza.

Se había tardado mucho en abordar ese tema.

—Ya lo sabes.

—No mientas, el duque despreciable me dijo que Zouche se marchó con el corazón roto porque tú te atreviste a rechazarlo y porque el marqués misógino le ordenó que se alejara de ti.

—¿Qué? —abandonó su lugar con rapidez.

¿Leighton se atrevió a hablar con Zouche después de su fatídica primera vez?

Maldición, ¿por qué Somerset le diría algo así a su hermana?

¡Su suponía que eran enemigos!

—¿El padre de tu hijo es Leighton? —lo llamó por su nombre de pila y su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Por todos los cielos, Colette —no necesitó una confirmación—. ¿Por qué no le dices la verdad a Ewan? Él debe hacerse cargo de la situación.

Eso era lo malo de cuando no llevaba el velo puesto. Era una mujer demasiado transparente y una mirada era más que suficiente para que las personas supieran qué era lo que estaba sintiendo o pensando.

—Estás equivocada —la voz le tembló.

—No te creo —entrecerró los ojos con recelo—. Tiene que ser él, ¿por qué otra razón amenazaría a Zouche?

Porque era egoísta, porque no la quería para él, pero no deseaba que nadie más la tuviera.

—Tu teoría es simplemente imposible porque lord Teingham ha pedido tu mano en matrimonio —cruzó las manos encima de su regazo y rezó en silencio para que esa información disipara las sospechas de su hermana.

—No me casaré —bufó con desdén—, menos con ese canalla.

—Lo harás, me temo que no tienes otra opción.

—Claro que no, tú no puedes...

—Estoy arruinada, Louisa —la voz le tembló y su hermana bajó la guardia al verla tan afectada—. Debo huir al campo, salir de sus vidas y eso significa que tú estarás a cargo de Harriet a partir de ahora.

—¿Qué? No, Colette, yo jamás podría ser tan buena cuidando de nuestra hermana —la desesperación se plasmó en su rostro—. Tú...

—He hecho muchas cosas por ustedes a lo largo de mi vida y no es un reclamo —aclaró con tristeza, jamás podría responsabilizarlas de la cicatriz que tenía en el rostro—, pero te pido que no compliques las cosas y te cases con el marqués.

—Pero...

—Harriet te necesitará.

—No, nosotras te necesitaremos a ti.

—Tendré a mi bebé —zanjó con valentía y su hermana palideció—. Y velaré por él a partir de ahora, no hay manera de que pueda tenerlos a los tres bajo mi cuidado.

Era simplemente imposible, más si se consideraba que para tener a su hijo tendría que huir del marqués misógino.

—¿Por qué él? Odia a todas las mujeres, jamás podremos llevarnos bien.

—Tiene que ser él porque te has encargado de desechar a todos los demás —soltó con pesar, si tan sólo ella tuviera más pretendientes—. Me siento cansada, ¿podrías dejarme sola?

—¿De verdad nos dejarás? —la voz de su hermana se quebró y por primera vez en años vio como la visión se le cristalizaba—. ¿No podemos ir contigo? Puedo trabajar, puedo hacer lo que sea, pero me rehúso a aceptar una separación. Siempre hemos estado juntas.

Colette abrazó a su hermana con cariño maternal, Louisa siempre se mostraba dura e indiferente, pero lo cierto era que sólo era una niña herida a la cual se le arrebató a su madre injustamente.

—Un día ustedes se casarán, formarán sus propias familias y puedes estar segura que nada de eso las separará.

—Pero tú...

—Cuando tú y Harriet estén estabilizadas, tal vez me anime a regresar.

Porque ahí ya no podría estropear su futuro, puesto que estarían aseguradas con buenos matrimonios.

—Colette...

—Prométeme que te portarás bien y no sabotearás la boda de Ewan. —Su tutor no merecía algo así. Su hermana asintió—. El marqués va a cortejarte, nadie te lanzará a la boca del lobo de la noche a la mañana.

Louisa bajó el rostro con pesar y Colette reconoció con vergüenza que de alguna manera le habría encantado estar en su lugar, dado que en algún punto de su absurda imaginación pensó que terminaría casada con Leighton.

«Fui una tonta».

Capítulo 14

“Nada es más asombroso que ver al duque soberbio compartiendo con la prole del duque infame

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

La boda de los duques de Saint Albans era un evento que podía considerarse bastante escandaloso debido a la relación que existía entre ambas familias; no obstante, incluso así, muchos pares de la nobleza decidieron asistir para ver el acontecimiento con sus propios ojos y nadie era capaz de negar el amor que emanaba la pareja.

Colette podría jurar que más de uno estaba sintiendo envidia por los recién casados.

Se apoyó en la columna más alejada del atestado salón e inhaló profundamente al darse cuenta que efectivamente era el velo lo que no le permitía sentirse bien, ¿podría ser que su bebé rechazara la prenda y la falta de aire?

Era posible, el embarazo había generado muchos cambios en su día a día e incluso ahora no podía comer alimentos que antes habría devorado encantada.

—¿Se encuentra bien, milady? —la piel se le erizó al ver como el duque de Carlisle se posicionaba frente a ella y le tendía una mano—. ¿Me concede esta pieza?

—Yo... —Carlisle sujetó su muñeca sin previo aviso y la obligó a rodear su brazo—. Su excelencia...

—Usted y yo tenemos que hablar —fingió una amable sonrisa y algunas mujeres jadearon al verla del brazo del duque. No era normal, ella nunca bailaba y ahora era Carlisle quien la estaba llevando a la pista de baile—. ¿Acaso olvida que escuchó algo muy importante?

—Jamás lo delataría ni me metería en su vida —explicó rápidamente y odió que los acordes de un vals comenzaran a sonar—. No tiene que preocuparse, yo...

—Yo también sé su secreto —añadió con voz oscura, interrumpiéndola.

Colette trastabilló, pero él la sujetó con fuerza, juntado sus cuerpos más de lo necesario. Esto era incómodo, quería salir huyendo de ese lugar y lamentaba que Ewan no estuviera en el salón de baile.

—No sé de qué habla —fingió ignorancia.

—El marqués me lo dijo. —La sangre se le congeló y empezó a respirar con dificultad—. Los vi cuando él la dejó en su alcoba en Teingham Abbey, fue algo sorprendente y...

—No se lo diga a nadie, por favor —rogó con desespero y pasó por alto el brillo de satisfacción que iluminó los ojos celestes del duque—. Sé su secreto y usted sabe el mío, lo mejor será que ambos guardemos silencio —se atrevió a amenazarlo y el hombre se rio por lo

bajo.

—¿Y qué planea hacer? A Saint Albans no le hará mucha gracia.

—Huiré al campo, él no sabe que el padre de mi hijo es su amigo.

El duque la hizo girar sobre su lugar y en esta ocasión le regaló una amplia sonrisa.

—¿Huir?, ¿por qué no mejor casarse?

—Él no quiere aceptarlo —confesó con amargura.

—¿Ah sí?

—Se casará con Louisa, una dama adecuada para un marqués, y yo haré mi vida lejos de Londres.

—¿No es injusto? —preguntó con sorna—. El desgraciado sigue con su vida y usted...

—Yo me quedaré con lo más valioso, él será el único desdichado de la historia.

Sus palabras lograron conmocionarlo.

—¿Eso cree?

Aunque él no podía verla, Colette sonrió con cariño y emoción contenida.

—Un hijo es una bendición, traeré al mundo a un ser cuyo amor siempre será real e inocente. Ese bebé no me juzgará por mi aspecto, por mi fortuna ni por mis defectos, me amará tal y como soy y yo lo amaré a él.

Ahora fue el duque quien perdió el paso.

—¿De verdad cree que yo seré la más perjudicada?

No le dio una respuesta.

—¿Por qué alguien como usted terminó con el marqués misógino? —preguntó segundos después y ella negó lentamente con la cabeza.

—En el amor no se manda, me enamoré del equivocado y ahora sufriré las consecuencias.

—¿Uno se enamora del equivocado? —arrastró sus palabras, confundiéndola.

—Usted se enamoró de Gillian y sabe que se equivocó —le recordó con pesar y él apretó la mandíbula—. Nunca podrá darle lo que necesita y si tiene las mismas intenciones que Teingham, ¿no es mejor dejar que ella y el bebé sigan siendo felices juntos?

—¿Sólo ellos dos? —siseó con rabia, presionando su agarre—. Son míos, milady, yo decidiré su futuro.

—Desde el momento que los rechazó dejaron de ser suyos —farfulló e intentó empujarlo por el pecho, pero no logró que aligerara la presión de su agarre—. Me lastima.

—¿Usted cree que podrá huir y todo terminará? Teingham la buscará hasta por debajo de las piedras y...

—Y cuando me encuentre será demasiado tarde —zanjó, dejándolo sin palabras—, porque mi bebé y yo estaremos bien y él no podrá hacer nada para estropear nuestra felicidad.

Leighton no iba a buscarla, pero Carlisle no parecía estar dispuesto a escuchar razones.

Él la liberó de su agarre cuando los últimos acordes se alzaron por el lugar y Colette salió huyendo hacia la biblioteca. No se sentía bien, la pelea con el duque la había dejado agotada y sentía que si seguía entre todo ese gentío se desmayaría en cualquier momento.

Sujetó un velero y subió al segundo piso para esconderse detrás de los estantes de libros y empezó a llorar en silencio. Sabía que su hijo sería su más grande bendición y le brindaría muchas alegrías, pero en el fondo lamentaba que Leighton no estuviera dispuesto a ser parte de todo eso.

¿Tan malo era que ella tuviera una cicatriz en el rostro?

Ewan le había dicho que su aspecto no era tan malo, pero Leighton se había alejado de ella totalmente horrorizado cuando tuvo la oportunidad de acariciar su piel.

Se quitó los guantes con movimientos torpes y empezó a abrir los primeros botones de su vestido de cuello alto. Necesitaba aire, tal vez debería volver a su alcoba para quitarse el velo. Aunque estaba sola, si lo quisiera ahora mismo podría tirar de él y...

—¿Qué te dijo Carlisle?

¿Es que Leighton nunca la dejaría tranquila?

¡¿Por qué tuvo que seguirla?!

—Nada que le interese —se atrevió a responder y lanzó un gritillo cuando la acorraló entre el estante y su cuerpo con bastante facilidad—. Sólo quiere que guarde su secreto, me ordenó que no emita palabra alguna y... —la piel se le erizó cuando el castaño enterró la nariz en su cuello y empezó a respirar con dificultad.

—Milord...

—Te siento muy débil.

En realidad, estaba mejor que otros días, pero no pensaba decir eso.

—Suélteme, por favor —bajó su voz con cobardía, no debió abrir los botones de su vestido, ahora él no podía dejar de mirar el pequeño trozo de piel que estaba a la vista—. No... —se asustó cuando sus dedos rozaron su cuello y parte de su clavícula.

—No te lo había dicho, pero con lo poco que he visto, puedo asegurar que tienes la piel más hermosa que he visto en mi vida. —Por todos los santos, ese hombre había bebido de más, sólo eso podía explicar que estuviera diciendo tantas estupideces—. ¿Hablaste con Ewan?

Colette agradeció en silencio que implementara algo de distancia.

—Sí, me habló de su propuesta y mi hermana aceptará.

Louisa se la debía, ella debía ayudarla a garantizar el futuro de Harriet.

—Cumplí con mi parte del trato y ahora tú debes cumplir con la tuya.

No entendía por qué simplemente no la dejaba tranquila, para Ewan su bebé era del barón de Zouche.

—Lo haré —mintió, estaba muy equivocado si creía que seguiría cada una de sus órdenes.

—¿Cuándo?

—Cuando me retire al campo.

Una vez que ella estuviera lejos de su alcance, Leighton ya no podría molestarla, menos si estaba bajo el cuidado de Ewan y Briseida, sus tutores no tenían nada en contra de su hijo y no tenían pensando atentar contra él.

—Si me entero que seguiste con el embarazo, tú y este bebé. —El hombre posó la mano en su vientre plano y Colette dejó de respirar—, lamentarán su mísera existencia.

Una lágrima se deslizó por su pálida mejilla, ¿por qué no podía elegirlos?, ¿tan malo era que ella tuviera una cicatriz en el rostro?, ¿la apariencia era tan importante para el marqués misógino que antes de aceptarla prefería matar a su hijo?

—¿Y si consigo a alguien que quiera reconocerlo? —Se atrevió a preguntar y el castaño se rio con ironía, como si acabara de decir la más grande de las estupideces.

Tal vez lo hizo, ¿qué hombre querría una esposa tan defectuosa como ella?

—Tienes los días contados.

¿Eso era un «sí»?

Porque de ser así, movería mar y tierra con tal de encontrar a un hombre que quisiera hacerse de su dote.

—Este embarazo no puede seguir avanzando.

Esperó pacientemente para que se apartara, pero para su desconcierto sólo se acercó más y empezó a inhalar profundamente su fragancia.

—¿Podría...?

—No, no puedo —la mano que hasta ese momento estuvo sobre su vientre rodeó su pequeña cintura, prendiendo sus alarmas—. ¿Por qué lo haces más difícil? No conseguirás a ningún hombre.

—Puedo intentarlo.

—Te doy una semana —espetó con sorna, como si la sola idea de que ella encontrara un prometido fuera estúpida.

—Es muy poco tiempo.

—Ese bebé no se quedará mucho tiempo en ti, Colette, eso te lo aseguro —soltó con frialdad—. Y olvida lo que te dije, nunca permitiré que otro hombre te ponga una sola mano encima.

—Quiero tenerlo —confesó con voz rota y lo sintió tiritar; no obstante, no le dio una respuesta, él hizo algo peor—. ¡¿Qué hace?! —chilló asustada cuando tiró de su vestido hacia abajo, dejando la mitad de sus brazos en libertad y su torso a la vista.

—No puedo —confesó con voz ronca y acarició el canalillo de sus pechos con demasiada atención—. ¿Qué me hiciste?, ¿por qué no puedo detenerme? —cerró los labios en su hombro y empezó a besar su piel con desespero—. Te necesito, no tienes la menor idea de todo lo que me

haces sentir.

Colette apoyó la nuca en los tomos de los libros y empezó a respirar con dificultad. Esto tenía que ser una pesadilla, ese hombre la había tratado de la peor manera y le había pedido que abortara a su hijo, pero incluso así se atrevía a abordarla y besar su piel con tanto abandono.

Tal vez sentía algo por ella, algo lo suficientemente pequeño e insignificante como para utilizarla de esta manera.

—¿Qué hace? Tenemos un acuerdo, usted se casará con Louisa.

—Me casaré con tu hermana, pero siempre te querré a ti. —Acunó uno de sus pechos, acariciando la dura cúspide de su pezón con descaro, y Colette se sintió más abrumada que nunca.

Si no lo detenía, dejaría que la lujuria se llevara su cordura.

—Suélteme o gritaré. —No podían olvidar que en el exterior se estaba efectuando una boda. Su cuerpo empezó a temblar sin control alguno al sentir como Leighton acariciaba sus costados y el aire se atoró en sus pulmones al oír sus siguientes palabras.

—Ya no lo soporto, odio no poder hacerte mía y estoy a pocos segundos de perder la poca cordura que me queda y mandar todo a la mierda.

—Por lo que más quieras, Leighton, entra en razón —rogó con voz rota y él la buscó con la mirada.

—Sí, entrar en razón, eso es lo que debo hacer —susurró, enderezando la espalda—. Olvida el compromiso con Louisa, pienso convertirte en mi marquesa y encargarme de ese bebé lo antes posible.

—No, claro que no.

Empezaron a forcejear, ¿por qué diablos se casaría con ese hombre si no la dejaría tener a su bebé?

—Nos iremos a Escocia y a nuestro regreso te llevaré con el doctor, él se encargará de todo y luego nosotros podremos... —Su monólogo fue interrumpido cuando un ruido sordo se alzó por el lugar y Colette jadeó horrorizada al ver como Leighton se desplomaba en el piso.

Sus ojos se clavaron en el duque de Carlisle, quien tenía un gran tomo en mano y se veía furioso, y la visión se le cristalizó al darse cuenta de su deprimente estado y el cómo fue descubierta con el marqués.

Arregló su ropa con movimientos torpes, dejando que el duque inspeccionara al castaño en silencio, y rezó en silencio para que no los delatara.

—Sospechaba que algo podría salir mal porque él bebió más de la cuenta durante toda la fiesta —comentó el rubio con indiferencia—, pero nunca me imaginé que Teingham perdería el control de esta manera.

Colette no pudo contenerse más y rompió en un llanto desgarrador.

—Ayúdeme a escapar —rogó desesperada y se llevó una mano al pecho al no poder lidiar con las pulsaciones de su corazón—, no puedo recurrir a Saint Albans, él no sabe nada y no quiero arruinar su amistad.

—¿Se da cuenta que soy el mayor enemigo de su tutor? —preguntó con curiosidad y el brillo en sus ojos debió alarmarla, él se veía muy satisfecho por el giro de los acontecimientos, pero estaba tan desesperada y asustada que en ese momento decidió confiar ciegamente en el duque soberbio y reposar todas sus esperanzas en él.

—Por lo que más quiera, usted es el único que puede ayudarme.

—¿No quieres arruinar su amistad? —Colette sollozó con amargura y asintió—. Bien... —saboreó sus palabras—, eso puede venir después.

—¿Cómo dice? —preguntó confundida, no muy segura de cómo interpretar sus palabras, y el duque le tendió su elegante mano enguantada una vez más—. ¿Me ayudará? —abrió los ojos de hito a hito, por un momento pensó que tendría que arrodillarse ante él.

—Sí, la sacaré de Londres y la llevaré a un lugar donde podrá dar a luz sin el más mínimo de los inconvenientes.

Ahora Carlisle conocía su secreto y el hecho de que no la juzgara por ese hecho debería ser una razón suficiente para sentirse alarmada; no obstante, como una tonta, aceptó su mano y abandonó Saint Albans House sin mirar atrás.

Sus hermanas estarían bien con Ewan y al menos Louisa sabía muy bien qué esperaba de ella de ahora en adelante, por lo que estaba segura de que su hermana de en medio no le fallaría.

Capítulo 15

“Los canallas que se creían ingobernables van cayendo uno a uno, queridos lectores, primero se nos casa la bestia escocesa, luego el duque infame y ahora el marqués misógino

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Ryne odiaba meterse en los asuntos que no eran de su incumbencia, pero últimamente la vida no hacía más que dejarlo sin opciones, puesto que no había manera de que él pudiera seguir ignorando el hecho de que Leighton siguió a lady Colette a la biblioteca hace más de veinte minutos.

—Ewan es un maldito suertudo —comentó Kornmack con una copa de champagne en la mano y Ryne lo miró con interés—. Hasta un ciego podría darse cuenta que los duques de Saint Albans están locamente enamorados.

Sabía que la bestia escocesa no era feliz dentro de su matrimonio —algo bastante normal cuando tu matrimonio era por conveniencia— pero no conocía las verdaderas razones que lo llevaban a verse tan desolado e instalarse lejos de su tierra. A decir verdad, estaba muy poco informado sobre el acuerdo que él y su esposa emplearon para huir a Gretna Green.

«Ya tengo suficiente con Leighton y la pupila de Ewan como para preocuparme por una nueva pareja», pensó con desagrado y sacó su reloj de bolsillo.

Veinticinco minutos.

Ladeó el rostro, lo mejor sería ir a ver qué estaba sucediendo y sugerirle a Leighton que hiciera lo correcto de una vez por todas. Era evidente que su amigo estaba enamorado de lady Colette y todo porque nunca antes lo había visto así con ninguna otra fémina.

—¿A dónde vas? —inquirió Kornmack y al no recibir una respuesta decidió seguirlo.

—¿No crees que Leighton ha estado actuando extraño? —quería ver qué tan observador era su amigo en cuanto a las cosas que sucedían a su alrededor.

—Sí, bastante —admitió—, últimamente ya no juega ni intenta seducir a ninguna mujer.

«Porque le gusta Colette Sheraan» decretó para sí mismo, aceptando que la situación era bastante desconcertante. Por un momento pensó que se trataba de un capricho o simple curiosidad, pero si analizaba la situación con más calma, su amigo se había comportado con esa mujer de manera muy extraña desde el primer día que la conoció.

¿Por qué?

¿Qué tenía lady Colette que logró llamar la atención del marqués misógino?

Por todos los santos, en su vida su amigo se había enamorado o preocupado por una mujer. Ni

siquiera Gillian, que era la hermana de Ewan, había logrado despertar algún tipo de afecto en el castaño.

Ingresó a la biblioteca con paso resuelto y frunció el ceño al ver la estancia totalmente vacía.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Kornmack ceñudo—. Amo leer, pero no frecuento la biblioteca de una casa durante un evento a menos que no sea con una atractiva mujer —se mofó y Ryne rodó los ojos con aburrimiento.

—Estoy buscando a Leighton —se vio obligado a decir y se adentró al lugar.

—No creo que esté por aquí —reconoció el alto pelirrojo y tomó el camino contrario.

¿Estaría en el segundo piso?

De ser así, él ya habría percibido su presencia y estaría ajustando un par de lazos en caso de que se hubiera atrevido a soltarlos.

—¿Leighton? —decidió llamar, no deseaba ver a la pupila de Ewan a medio vestir. Al no recibir una respuesta, decidió subir las estrechas escaleras e inspeccionar el lugar—. Mierda —gruñó al ver un bulto en el piso y se acercó al castaño con rapidez.

—¿Qué sucedió? —Kornmack apareció a su espalda—. ¿Qué diablos hace aquí? No bebió tanto como para terminar en este estado.

Ryne observó el tomo de historia que estaba a pocos centímetros de distancia y gruñó por lo bajo, alguien lo había atacado y claramente quería que ellos estuvieran al tanto de cuál fue el arma que empleó para dejar fuera de juego a Leighton.

No pudo ser Colette, ella estaba muy débil y derribar al marqués no era cosa sencilla.

—Iré por Ewan, llévalo abajo.

Abandonó la biblioteca y tuvo que reconocer que ahora mismo su mayor preocupación recaía en el paradero de la dama. Por un momento pensó que estarían juntos, pero estaba claro que algo no había salido bien en su reunión.

—Hermano... —Delphina bloqueó su camino a medio salón de baile y ahogó un juramento, qué mal momento para buscarlo—. ¿Podemos irnos?

—No —la pasó de largo, no era un hombre de muchas palabras.

—Pero... —lo sujetó del brazo y se vio obligado a prestarle su total atención—. Estoy cansada y pronto la fiesta terminará, ¿es necesario quedarnos más tiempo?

—Me temo que sí.

Porque por mucho que él quisiera abandonar Saint Albans House, algo le decía que las cosas se complicarían mucho en cuestión de minutos.

—¿Qué sucede? —la sonrisa de Ewan tembló al ver al vizconde tan serio—. ¿Tienes malas noticias? —Ryne estudió el panorama, cerciorándose de que nadie estuviera lo suficientemente cerca como para escucharlos, y luego miró a la esposa de su amigo.

—¿Podría buscar a lady Colette, milady? —preguntó con educación y la pelinegra asintió sin

hacer muchas preguntas al respecto.

—Me estás asustando, Ryne —siseó su amigo una vez que quedaron solos y le hizo una delicada seña con la cabeza para que lo siguiera—. ¿Qué pasó? —emprendieron su caminata hacia la biblioteca—. ¿Por qué enviaste a Briseida por Colette?

A esas alturas, Ewan sabía que algo no iba nada bien y por esa razón la piel empezó a hormiguearle con anticipación. Odiaba que Ryne fuera tan bueno guardando secretos porque no le dijo nada al respecto hasta que llegaron a la biblioteca y vio a Leighton tumbado sobre un sillón, totalmente inconsciente.

—Mierda, ¿qué le sucedió? —fue hacia su escritorio para tomar unas sales aromáticas.

—Alguien le dio una lección de historia —se mofó Kornmack y tanto él como Ryne lo fulminaron con la mirada.

No era un buen momento para hacer bromas.

—Hazte a un lado, él debe volver en sí. —Empezó a pasar las sales por debajo de su nariz con nerviosismo. Leighton era muy propenso a meterse en problemas, pero no tanto como para terminar inconsciente en su biblioteca.

«Algo no anda bien», susurró una vocecilla en su cabeza y él tragó con fuerza, mirando a Ryne de reojo.

Sólo esperaba que Colette no tuviera nada que ver con esto, su amigo no la mandó a buscar sólo porque sí.

Ryne nunca hacia eso.

El dolor que Leighton sentía en la nuca era simplemente desquiciante y suponía que fue provocado por un gran tomo, algo absurdo si se consideraba que Colette sólo tenía la fuerza necesaria para sostenerse a sí misma.

—¡Despierta! —escuchó un gruñido lejano y poco a poco fue abriendo los ojos, odiando que las sienes comenzaran a martillearle. Los cerró con prontitud, deseando que su malestar se regularizara, y finalmente se vio obligado a volver en sí cuando Ewan comenzó a zarandearlo—. Maldita sea, Leighton, vuelve en sí y dinos qué te sucedió.

¿Él quería que le dijera por qué terminó en este estado?

¿Cómo podría explicarle que la mujer que amaba se encargó de noquearlo después de que él decidiera hacer lo correcto?

—Colette —musitó con esfuerzo y esa simple palabra bastó para que Ewan lo soltara con inmediatez. Leighton separó los párpados con pesar y primero observó los tres pares de botas que tenía en frente antes de elevar la vista y vislumbrar los rostros de sus amigos—. ¿Dónde está Colette? —preguntó de manera más precisa y se rascó la nuca con una mueca de dolor impresa en el rostro.

—¿Cómo terminaste en este estado? —Leighton estaba tan ensimismado en sí mismo que no

pudo percibir la tensión en la voz de Ewan—. ¿Por qué estás tan interesado en saber dónde está mi pupila? —siseó y en ese momento decidió abandonar su lugar y girar sobre su eje para estudiar la estancia.

¿Ella se había ido?, ¿Colette se atrevió a marcharse después de haberlo noqueado?

—¿Dónde está? —quiso avanzar hacia la puerta, pero Ewan lo sujetó del hombro y lo obligó a girar el cuerpo para conectar sus miradas—. ¿Qué haces aquí? —preguntó con disgusto, lo menos que necesitaba era que él se metiera en sus asuntos—, ¿por qué no estás con tu esposa?

—Porque fuiste encontrado tirado en medio de mi biblioteca —farfulló, rojo de la cólera—. Y ahora que reaccionas lo primero que te interesa saber es ¿dónde está Colette? —lo miró con recelo, estudiándolo con la mirada—. En todo caso, deberías buscar a Louisa, ¿no crees?

Leighton observó a sus amigos por encima del hombro de Ewan y determinó que ya no podía seguir engañándolos si su intención era hacer lo correcto. Muy pronto perdería a su hijo, por lo que no estaba dispuesto a perder a la única mujer que llegó a amar.

—No me casaré con Louisa. —Lejos de sorprenderse, Ewan apretó la mandíbula—. Mi deber es casarme con Colette.

—¿Tu deber? —su pregunta fue efectuada como una suave amenaza y Leighton asintió.

—Zouche nunca la tocó —confesó con amargura, nada de esto estaría pasando si hubiera hecho lo correcto desde un principio—. El hijo que Colette está esperando es mío.

—¡Eres un maldito cabrón! —Ewan estrelló un puño en su rostro, generándole una nueva razón para gruñir de dolor, y se preguntó si la gente no sabía que podía golpearlo en el vientre, en los brazos y cualquier otra parte del cuerpo—. Me engañaste, te burlaste de mi pupila y...

—Pensaba pedir su mano en matrimonio —soltó con desespero, en esta ocasión tanto Ryne como Kornmack prefirieron guardar silencio y mantenerse al margen, puesto que no estaban al tanto de la situación y aún estaban conmocionados por el descubrimiento.

—¿Y qué pasó, decidiste que Louisa era mejor? —escupió con rabia y ahora fue Leighton quien gruñó.

—¿De qué diablos hablas? Fuiste tú quien me negó la mano de Colette en matrimonio.

Ewan respingó.

—Se suponía que el padre de su hijo era el barón de Zouche —escupió con desprecio—. Nunca tuviste la intención de decirme la verdad, dejaste que creyera lo que te convenía.

—Porque primero quería hablar con ella —confesó abrumado—. Llevaba semanas sin saber de Colette y cuando por fin pude reunirme con ella se puso muy mal y...

—¡Por tu culpa! —vociferó fuera de sí, empujándolo por el pecho—. ¿Cómo crees que se sintió al saberse abandonada? Regresaste a su vida tres semanas después de haberte burlado de ella.

Ewan alborotó su cabellera, totalmente angustiado por haber sido un pésimo tutor para

Colette, y Leighton se relamió los labios con nerviosismo.

—No fue fácil tomar una decisión, sabes que nunca quise casarme y...

—¡Entonces nunca debiste tocarla! —bramó y volvió a estrellar un puño en su rostro, llevándolo a caer sobre su trasero.

—Basta, Ewan —pidió Ryne, posando una mano en su hombro, y el rubio rugió con impotencia.

—Me engañaste, fingiste ser mi amigo y estar de mi parte, pero en el fondo tú siempre supiste la verdad y quisiste sacar provecho de la situación.

—Lo último que dices es totalmente falso, claro que estoy de tu parte. Mi intención nunca fue llegar tan lejos, pensaba hacer lo correcto.

—¿Y qué te hizo cambiar de parecer? —preguntó Ryne con dureza.

Leighton se incorporó con esfuerzo y miró a sus amigos con pesar, debió suponer que algo así sucedería, fue un cobarde al acostarse con Colette y salir huyendo. Ellos tenían todo el derecho de juzgarlo y odiarlo, pero al menos debían escuchar toda la historia.

—Ella está muy delicada y cuando Naden la atendió me dijo que lo más prudente es interrumpir el embarazo.

—Me niego...

—O sino ella morirá en el alumbramiento —le cortó, generando una horrible tensión en el ambiente, y en esta ocasión tanto Ryne como Kornmack tuvieron que sujetar a Ewan para que no se abalanzara sobre él.

—Es tu culpa, por tu culpa ella está en esta situación.

—No, Ewan —soltó con dureza, conectando sus miradas—. No dejaré que me culpes por algo así, yo nunca quise que las cosas terminaran de esta manera, estaba dispuesto a reconocer a mi hijo y casarme con ella, pero...

—Pero ¡¿qué?! —exigió saber—. Habla, maldito cobarde.

—Ella no sabe que el bebé es una amenaza y cuando le dije que debía abortarlo, me dijo que lo haría si desposaba a Louisa.

Colette, incluso en ese estado, quiso garantizar el futuro de sus hermanas.

—¿Qué? —Ewan abrió los ojos con sorpresa y dejó de forcejear con sus amigos—. ¿Por qué no le dijiste que continuar con el embarazo sería arriesgado?

—Al sugerir un aborto ella no haría más que odiarme, así que pensé que ese sería el mejor final para nuestra relación. Ella no merece un hombre tan defectuoso como yo.

No podía leer, se llevaba fatal con toda su familia y era pésimo en los negocios, ¿qué tipo de vida podría ofrecerle a Colette si la mantenía a su lado?, ¿Qué le garantizaba que no volvería a embarazarla y la historia no se repetiría?

—¿No se te ocurrió hablar con ella sobre el tema? —su pregunta lo hizo respingar en su lugar

—. ¿Cómo sabes que estará mejor sin ti? Maldición, Colette confió en ti y se entregó a pesar de todos sus complejos, ¿por qué crees que no podría aceptarte?

—Yo... —la voz le tembló.

—Briseida me aceptó después de conocer mi secreto, lo hizo cuando se enteró de Gillian y Galen y ¿tú crees que tu condición es una razón suficiente para que Colette no quiera estar contigo?

—Briseida te ama, Ewan.

—¿Y no crees que esa joven también te ama? —inquirió Kornmack en voz baja, mirándolo con fijeza, y él palideció.

¿Podría ser que Colette lo amara a pesar de todos los errores que cometió a lo largo de su relación?, ¿Cómo habría sido todo si hubiera hecho lo correcto desde un principio?

—Intenté asustarla, le dije que si no abortaba ella y el bebé lo lamentarían —confesó avergonzado y su amigo empezó a respirar con dificultad.

—¡Ewan! —un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver como la nueva duquesa de Saint Albans abría la puerta con violencia y corría hacia su esposo con los ojos llenos de lágrimas—. Colette no está, sus hermanas llevan más de media hora buscándola. Ella se ha ido.

A partir de ese momento, todos decidieron dividirse para buscar a Colette por la casa de la manera más recatada posible, puesto que no deseaban llamar la atención de los pocos invitados que quedaban, pero tal y como la nueva duquesa lo dijo, ella no estaba por ninguna parte.

—Todo es tu maldita culpa.

Leighton dejó que Ewan lo golpeará, sabía que merecía cada uno de sus golpes y quería recibir ese castigo, pero cuando por fin su amigo se dio por vencido y supo que ninguna paliza le regresaría a su pupila, se apartó de su cuerpo y empezó a desquitarse con su escritorio.

Con el cuerpo magullado y los ánimos por los suelos, Leighton abandonó su lugar y se dispuso a salir del despacho.

—Iré a buscarla, ella no puede seguir con ese embarazo.

Ryne bloqueó su camino.

—¿Y a dónde irás? Ni siquiera conocemos su paradero.

—No lo sé —la voz se le quebró.

Él era el único culpable de toda esta desgracia. Si no la hubiera seguido a la biblioteca, si no la hubiera intimidado, Colette nunca habría salido de Saint Albans House durante la noche.

—Pero debo encontrarla, ella está en peligro.

—Vas a casarte con ella —siseó Ewan, helándole las venas, y Leighton giró sobre su eje sintiendo que el corazón se le saldría por la boca en cualquier momento—. Firmaremos los papeles, no necesitamos su presencia, pero en caso de que así sea, Louisa se hará pasar por su hermana para que nadie sospeche de su ausencia.

—Pero...

—Y una vez que la encontremos —le cortó con rudeza—, te encargarás de hacer a mi pupila la mujer más dichosa del mundo, ¿me entiendes?

—El bebé...

—Ella elegirá —zanjó con determinación—. Si Colette quiere seguir con el embarazo, ni tú ni yo la llevaremos a cometer el peor crimen de la historia, ¿me entiendes?

Tal vez, sólo tal vez, aún podían luchar por su hijo.

—Ahora lárgate, Leighton —soltó con frialdad, generándole una gran inquietud en el pecho—, después de lo sucedido, no sé si podré verte nuevamente como mi buen y gran amigo. Me fallaste, sabías que Colette era importante para mí y te burlaste de ella.

—Me enamoré —confesó con voz rota—, no supe cómo lidiar con mis sentimientos y...

—Y mira el resultado, una joven de diecinueve años está fuera de su hogar con un bebé en el vientre por tu culpa.

—Ewan...

—Sufriste mucho por culpa de tus padres y lo sé, incluso te entiendo, el mío nunca fue un dechado de virtudes, pero eso no te da derecho alguno de abusar de los demás.

Él tenía razón, su odio lo había llevado a desquitarse con tantas personas que ahora mismo sentía que esto que le estaba sucediendo no era más que un castigo divino.

¿Cuántos corazones había roto con su egoísmo?, ¿a cuántas mujeres había odiado tan fervientemente por su simple felicidad y existencia?

—Te prometo que la encontraré.

—Sólo así me plantearé la idea de perdonarte.

En ese momento, la sociedad de los canallas no se rompió, pero sí se dividió, puesto que, durante los siguientes meses, tanto Ryne como Kornmack tuvieron que multiplicar sus esfuerzos para tratar de estar junto a sus dos amigos y no dejar a ninguno de lado porque Ewan no tenía deseo alguno de reunirse con el hombre que arruinó a la dama que consideraba su mejor amiga.

Escocia

«Los partos son demasiado dolorosos», pensó Colette Sheeran mientras recuperaba el aliento y la vitalidad. Después de largas quince horas por fin pudo traer al mundo a su bebé, una dulce niña y la razón por la que huyó de Londres hace más de siete meses. Muchos lo considerarían una imprudencia, era una dama soltera que hace poco acababa de cumplir veinte años, pero para ella fue la mejor decisión que pudo tomar en la vida, aunque eso implicara haberse inmiscuido en toda la locura que rodeaba a su tutor y mejores amigos.

Daphne era lo único que le importaba y por lo que pensaba luchar de ahora en adelante. Toda su vida se había preocupado por el bienestar de los demás, interponiendo a cualquiera por encima de sus propias necesidades, pero ahora todo sería diferente porque tenía un motivo, una razón para salir adelante y sentirse dichosa.

«Lo siento, muchachas».

Recordó a sus hermanas pequeñas, Louisa y Harriet, las dos jóvenes por las que había sacrificado muchas cosas a lo largo de su vida y a quienes no pudo traer consigo debido a su complicada situación. Era una mujer inestable, no tenía dinero y pocas personas estarían dispuestas a aceptarla en un puesto de trabajo debido a su aspecto físico. Jamás podría darles una buena vida, menos ahora que representaba un gran escándalo al ser madre soltera, por lo que ellas estaban mejor con su tutor, el duque de Saint Albans.

Ewan Lockhart las cuidaría correctamente y buscaría buenos maridos para ellas, aunque si sus cálculos no fallaban, a estas alturas Louisa tendría que estar casada con el hombre que la arruinó.

—El padre de Daphne —pensó en voz alta, odiando que los ojos le ardieran.

«Cumplí con mi parte del trato y ahora tú debes cumplir con la tuya», las palabras del marqués de Teingham retumbaron en su cabeza y su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno al recordar que, a diferencia del marqués, ella no cumplió su palabra y siguió con su embarazo a pesar de que su bebé no era una hija deseada.

Ella simplemente se encargó de que Teingham anunciara su interés de desposar a su hermana para así salir huyendo sin previo aviso el mismo día de la boda de su tutor.

Jugó sucio y lo sabía, prácticamente se encargó de atraparlo, pero era lo menos que ese hombre podía hacer por su persona si se consideraba que tomó su virtud sin intención alguna de hacerse responsable.

«Eso no es verdad», afirmó una irritante vocecilla y la garganta se le cerró.

«Iremos a Escocia y a nuestro regreso te llevaré con el doctor».

Teingham consideró la idea de casarse con ella, pero nunca se planteó la opción de aceptar a su bebé, por lo que Colette decidió que lo mejor sería dejarlo atrás y seguir con su vida lejos de la nobleza inglesa y todo aquel que pudiera hacerle daño a su pequeña. Si bien sólo llegó a garantizar el matrimonio de Louisa, tenía la fe de que en tres años Harriet sería más hábil para encontrar un marido o, como su soñadora hermana lo denominaba, al amor de su vida.

Teingham y Louisa.

El padre de su hija, el hombre del que se enamoró y el cual la rechazó vilmente estaba casado con su pequeña hermana.

La visión se le cristalizó y se detestó a sí misma por no poder odiar a Leighton Kilbrenner. Lo cierto era que ni siquiera podía culparlo por elegir a cualquier otra mujer porque ella era la abominación Sheeran, la mujer que nadie tomaría en cuenta como esposa porque siempre

escondía su aspecto bajo horribles vestidos holgados y velos a juego.

Acarició su mejilla derecha con timidez y sus dedos rozaron la larga cicatriz que empezaba en la mitad de su mejilla y seguía un largo camino hacia su mentón. Como de costumbre, el rechazo se instaló en su pecho y apartó la mano de su rostro con rapidez.

Le costaba aceptar su aspecto, durante quince años no fue más que la belleza de la familia Sheeran y luego la desgracia cayó sobre su rostro convirtiéndola en la vergüenza de todos sus allegados. Cubrir su figura, piel, cabello y rostro era la única manera de evitar los comentarios más crueles, mas no de evadirlos por completo.

Ni siquiera su tutor se salvó de ser juzgado por tener una pupila tan defectuosa como ella y Colette aún no podía entender por qué en vez de pasar desapercibida siempre lograba llamar la atención a donde quiera que fuera.

«Incluso tapada de la cabeza a los pies, él se fijó en mí».

Jamás podría entender por qué Teingham se fijó en ella hasta el punto de arruinarla para los demás hombres y sabotear la propuesta matrimonial del barón de Zouche, otro noble que terminó fijándose en ella y al cual tal vez nunca debió rechazar.

Se percató de que esos pensamientos no le sentaban nada bien y se frotó la frente con cansancio. Esto era una locura, llevaba más de siete meses sin saber del marqués, pero le resultaba simplemente imposible sacárselo de la cabeza.

«Si me entero que seguiste con el embarazo, tú y este bebé lamentarán su mísera existencia».

—Le tengo miedo —admitió con la voz en un hilo y una lágrima se deslizó por su mejilla—. No quiero que vuelva a mi vida y conozca a Daphne.

Leighton era conocido como el marqués misógino y sentía un odio irracional hacia las mujeres, por lo que estaba bastante segura de que no le haría nada de gracia saber que tuvo una niña.

Colette sabía mejor que nadie cómo era vivir junto a un padre que no te amaba y la clara prueba de ello estaba plasmada en su mejilla derecha, por lo que no podía permitir que su hija corriera con la misma suerte. Daphne y Teingham no podían encontrarse, debía alejar a su hija de Londres tanto como le fuera posible.

La puerta de su dormitorio se abrió y la inquietud la invadió al ver que la criada no traía consigo a su bebé.

—¿Y mi hija?

Llevaba mucho tiempo sin saber de ella, ¿por qué no le dejaban verla?

La criada le sonrió con timidez y todo su mundo se sacudió cuando el hombre de porte alto e imponente se adentró a su habitación con su bebé en brazos. Era tan grande que una de sus manos era más que suficiente para acoger a Daphne.

Llevaba tanto tiempo sin verlo que se había olvidado completamente de él.

«Fui una tonta, no estoy aquí por su generosidad, sino para su beneficio».

El susodicho se dio unos segundos para apreciarla en silencio, dado que nunca la había visto sin el velo puesto ni mucho menos con el cabello en libertad, y luego miró a su bebé con interés.

—Ahora entiendo el cabello rubio —musitó en voz baja y acarició la mejilla de su pequeña, generándole una gran inquietud en el pecho. Si de algo estaba segura era de que ese individuo no era devoto de los niños ni de nadie—. ¿Quién lo diría? El primogénito del marqués misógino es una niña —se mofó y Colette se sentó sobre su lugar con esfuerzo.

—¿A qué vino? —preguntó con dureza, decidida a todo con tal de proteger a su hija.

—Es mi casa —respondió con obviedad—, puedo venir cuando quiera.

—¿Vino a burlarse?

—Estás siendo muy dura conmigo —añadió con indiferencia, su descaro no lo había fastidiado en lo absoluto—, ¿acaso olvidaste que fui tu salvador?

—¿Lo eres, su excelencia? —inquirió en tono mordaz, provocando que el duque de Carlisle alzara las cejas con sorpresa y algo más.

Lo sentía por él, pero ya no era la misma jovenzuela que sacó de Saint Albans House, ahora era una mujer dispuesta a todo con tal de resguardar el bienestar de su hija.

—Veo que tienes coraje. —Centró su atención en Daphne—. Esta niña trajo algo bueno a tu vida. —Se la cedió a la criada—. Entrégasela a su madre y luego abandona la habitación.

Cuando Carlisle la rescató y sacó de Saint Albans House, él lo hizo sin brindar explicación alguna y eso no cambió en Escocia, puesto que el hombre sólo la dejó en su casa bajo el cuidado de todo su personal de confianza, pidiendo que se lo mandara a buscar cuando el bebé naciera.

Ahora él estaba ahí y ella quería saber qué era lo que se traía entre manos.

La visión se le cristalizó cuando Daphne llegó a sus brazos y por varios minutos se olvidó de todo lo que estaba a su alrededor. Era una niña preciosa y se parecía a ella, o al menos eso le decían sus cabellos rubios y piel pálida.

—Eres preciosa —la voz se le quebró y besó su pequeña frente con ternura.

—Lo es. —La voz del duque bajó una octava y Colette sintió un escalofrío en la espina dorsal al recordar su presencia, ese hombre no la dejaría tranquila hasta obtener lo que quería.

Aferró a Daphne contra su pecho y lo buscó con la mirada.

—¿A qué vino? —esta vez su voz fue más amable y serena.

—Ha sido interesante mantenerte aquí, pero es momento de que salgas de tu escondite.

—¿Qué? —lo miró con horror—. Es imposible, si salgo todo el mundo me reconocerá y...

—Dejarás tus estúpidos atuendos de lado de la misma manera que lo hiciste durante tu embarazo —aseveró, helándole las venas, y negó con la cabeza—. No existe mejor disfraz que tu verdadero aspecto. —La compresión la golpeó con fuerza y empezó a respirar con dificultad, quizá el duque tenía razón y nadie podría reconocerla, pero independientemente de eso, abrirse

mundo siendo mujer no era algo sencillo—. Tu hija necesita una vida, no puedes pretender que ambas se queden encerradas en esta casa para siempre.

—No tengo dinero —admitió con vergüenza—. Yo...

—Quiero presentarte a alguien —se encaminó hacia la puerta de su habitación—. Una vez que te encuentres en mejor estado te mudarás con ella y la ayudarás en su negocio.

—¿Cómo dice? —la voz le tembló, no era buena lidiando con personas nuevas.

En ese momento una mujer adulta de contextura delgada y cabellera rubia ingresó a su dormitorio, generándole una extraña inquietud en el pecho. Era hermosa y elegante, pero no la conocía.

—Lady Sheeran —Carlisle captó su atención—, le presento a Helen Kilbrenner, la mujer que huyó con su amante y abandonó al difunto abuelo de tu hija hace más de diez años.

Cometió un terrible error al aceptar la ayuda de Carlisle, debió suponer desde un principio que su única intención era arruinar la vida de los amigos de Saint Albans como medio de venganza por haberle escondido a la mujer que amaba y su hijo.

Capítulo 16

“Los cambios son buenos e interesantes y todo parece indicar que cierta dama quiere dejar de ser lady salvaje y convertirse en un dechado de virtudes, algo bastante complicado si analizamos sus antecedentes

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Colette comprendía que hacerle cualquier tipo de reclamo al duque de Carlisle quedaba fuera de lugar, pero por todos los santos, ese hombre no sólo encontró a la madre del marqués misógino, sino que ahora pretendía que esa mujer cuidara de ella y su hija.

¿Helen Kilbrenner era alguien de confianza?

—¿Por qué hace esto? —quiso saber y agradeció que Anne, la niñera, se llevara a su hija al piso superior, no quería tener a Daphne cerca mientras enfrentaba al duque soberbio y se decidía qué camino tomaría sus vidas de ahora en adelante—. Sé que no se acercó a mí con buenas intenciones, pero usted también está muy al tanto de que mi única intención es proteger a mi hija y no permitiré que ella sea parte de sus juegos.

Carlisle se rio por lo bajo y le dio un sorbo a su copa de coñac.

—No soy un monstruo, milady —aclaró con diversión—. Puede que odie a la sociedad de los canallas y los quiera aplastar como a insectos; no obstante, eso no quiere decir que esté dispuesto a lastimar a sus mujeres.

—No soy la mujer de Teingham —gruñó con disgusto y el duque la observó con curiosidad—. ¿Por qué quiere enviarme con la marquesa viuda?

—Porque él odia a su madre y sé que tarde o temprano ese canalla dará con usted.

—¿Qué? —la garganta se le cerró—. Pero usted dijo...

—Dije que Daphne llegaría sana y salva a este mundo, no que la escondería toda una vida de su padre —aclaró con sequedad—. Además, creo que no tiene nada que temer, el idiota de Ewan también la está buscando y puede estar segura de que su tutor no dejará que el marqués las lastime.

—¿Ewan se enteró de lo ocurrido?

Carlisle sonrió con malicia.

—Briseida me aseguró que su relación sufrió un quiebre y usted es la única responsable de ese hecho.

Colette se dejó caer sobre el diván y clavó la vista en el suelo enmoquetado. Esto era malo, nunca quiso estropear la amistad de Ewan y Leighton, ¡se suponía que su partida los dejaría vivir

tranquilos!

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—No puedo venir muy seguido ni mantener correspondencia con usted, ellos podrían seguir mis pasos. —Ese hombre no tenía nada de imbécil—. Porque sí, milady, la están buscando y al paso que vamos no les tomará mucho tiempo dar con usted.

Negó rápidamente con la cabeza, no dejaría que el marqués la encontrara ni descubriera que Daphne llegó al mundo sana y salva.

—Entiendo su temor, pero puede que su nueva apariencia sea su mejor escudo.

—Mis hermanas y Ewan conocen mi aspecto —recordó con horror y Carlisle asintió.

—Le deseo buena suerte. —Era un desgraciado—. Por ahora mi gente la llevará con lady Kilbrenner a su nuevo hogar, puede quedarse con la niñera, pagué sus servicios por un año.

Lo miró con sorpresa.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber—. Usted me proporcionó muchas comodidades durante mi embarazo, si quería vengarse de Ewan, ¿lo mejor no habría sido darme una vida precaria?

Los ojos celestes se posaron en ella con interés.

—Lo repetiré una sola vez, milady: no soy un monstruo.

Además, por mucho que Colette analizara la situación, ella nunca podría descubrir que en el fondo él sólo le pagó el favor a Ewan por haber cuidado de Gillian cuando él no hizo más que buscarla para deshacerse de su propio hijo, pensando lo peor de la mujer que amaba.

—Pero Helen...

—Es una buena mujer, me costó un poco llegar a ella, pero creo que se llevarán muy bien.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —gruñó con disgusto—. Abandonó a su familia por un hombre.

—Su padre fue el hombre que arruinó su rostro, ¿no es así? —ignoró sus palabras y ella palideció—. Fui a Colchester, me reuní con sus anteriores vecinos y ellos me contaron un poco de su triste historia.

—No lo entiendo...

—No es necesario que lo haga —zanjó con satisfacción—. Confórmese con saber que usted y la marquesa viuda se entenderán siempre y cuando usted no la juzgue antes de tiempo como lo hizo conmigo —recalcó, obligándola a bajar la guardia porque no había manera de que ella pudiera quejarse del trato que recibió del duque, y se ruborizó con vergüenza.

Él había sido muy generoso al tenerla bajo su techo y ella estaba siendo una malagradecida.

—Entiendo —musitó con voz débil—. Yo... creo que aún no le he dado las gracias.

—No, no lo hiciste —se mofó y se sonrojó con más violencia—. Y no es necesario, puedes irte.

—Muchas gracias por todo —hizo una venía perfecta y en esta ocasión dejó que los lacayos

del duque sacaran sus pocas pertenencias y se reunió con Helen Kilbrenner en el salón verde, la mujer tenía la vista fija en la ventana y portaba una taza de té en la mano—. ¿Milady? —la llamó con timidez y ella respingó.

—¿Sí? —abandonó su lugar y dejó la taza de lado—. El duque me mandó a buscar, me dijo que tú y Daphne están más que listas para venir conmigo.

Los ojos ambarinos la observaron con preocupación, como si temiera recibir una negativa de su parte, y Colette se vio obligada a esbozar una pequeña sonrisa al comprender que la vida estaba siendo muy buena con ella al poner en su camino a gente que estuviera dispuesta a cuidar de su hija y ella, por lo que no podía ser tan recelosa.

—Así es, en unos minutos partiremos hacia su hogar.

Tal vez Daphne no contaba con un padre, pero durante las siguientes dos semanas, a Colette le quedó más que claro que ella tenía a su abuela paterna a su favor y la mujer estaba dispuesta a todo con tal de cuidarla.

—Creo que será un poco obstinada —confesó Helen con una radiante sonrisa en el rostro y le entregó a Daphne para que pudiera tomarla en brazos—. Tiene las muecas de su padre —observó en voz baja y se encargó de servir dos tazas de té—. ¿Te sientes a gusto? Como puedes ver, estamos a pocas millas de la casa del duque y la floristería está en el pueblo.

—Sí —admitió, no era una casa ostentosa, pero era acogedora y contaba con la servidumbre necesaria. Aceptó la taza que le tendió—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si eso ayudará a que te sientas más cómoda en mi compañía, adelante.

—Lo siento —susurró con pesar—. No soy buena lidiando con personas nuevas y usted es la madre de Leighton.

—La mujer que abandonó a sus hijos por su amante, ¿no es así? —preguntó con desdén y la desafió con la mirada.

—Es lo que se dice —acotó con voz débil.

—¿Ves a mi dichoso amante por alguna parte? —su pregunta hizo que toda la piel se le erizara, ahora que lo pensaba, no vivían con ningún hombre—. No debes creer todo lo que se dice, Colette —acotó con ternura.

—Pero si es mentira, ¿por qué nunca regresó para limpiar su nombre?

La mujer sonrió con amargura y clavó la vista en su primera nieta. Era imposible pasar por alto el amor que brillaba en sus ojos ambarinos, Helen Kilbrenner no era una mala mujer y Colette empezaba a cuestionarse si el odio que Leighton sentía hacia su progenitora estaba justificado.

—Como madre, siempre querré lo mejor para mis hijos, así que no quise perjudicar sus vidas con mi escandalosa presencia.

—No la entiendo.

—Mi difunto esposo sabía que nunca hui con ningún amante —contó con prontitud, dejándola más confundida que antes—. Esa es la mentira que él esparció para encubrir su crimen. —En ese momento olvidó como respirar y abrió los ojos de hito a hito—. Sí, Trevor intentó matarme y según él concretó su tarea, pero como puedes ver, sigo viva.

Por todos los cielos, ¿la marquesa viuda de Teingham nunca huyó con ningún amante, sino que sufrió un intento de asesinato?

—¿Por qué no regresó para demandarlo?

—Porque soy mujer —soltó con sencillez—. Mis familiares cercanos estaban muertos y nadie iba a respaldarme, así que supuse que enfrentar a un noble poderoso y cruel sería lo mismo que tentar a la muerte una vez más.

—Pero sus hijos...

—Los busqué después de la muerte de su padre —le contó con una débil sonrisa en el rostro y ella recordó las palabras de Ewan, su tutor le había dicho que incluso él se confundió con la partida de la marquesa—. Leighton nunca respondió a mi llamado, pero Isaac y Archie sí lo hicieron y estuvieron dispuestos a escuchar mi versión de la historia.

—No lo entiendo, ¿por qué su esposo intentó matarla? —quiso saber, pero la tristeza que ensombreció el rostro femenino le advirtió que ella no estaba lista para contarle esa parte de la historia—. Lo siento tanto, Helen, ahora comprendo por qué Carlisle me pidió que no dudara de ti.

Ella mejor que nadie sabía lo fácil que era para un hombre perder el juicio. Es decir, su padre mató a su propia esposa en un arranque de celos y ellas habrían corrido con la misma suerte si Colette no lo hubiera distraído para que sus hermanas fueran por ayuda.

—Trevor era un hombre cruel y abusivo, siempre lamenté haberles dado un padre como ese a mis hijos y lastimosamente Leighton fue el más afectado de todos.

La garganta se le cerró.

—Él odia a las mujeres.

—Cree que todas son como yo —musitó con amargura y por un momento percibió la desesperación en su voz—. Sin embargo, cada vez estoy más segura de que la realidad es que mi hijo es igual a su padre.

—¿Igual a su padre? —su voz apenas y fue un susurro.

Los ojos ambarinos la miraron con pesar.

—Sólo un hijo de Trevor podría considerar que lo mejor para todos es interrumpir un embarazo —las palabras fueron dichas con tanto resentimiento que por un momento temió que todo esto se tratara de un malentendido—. Leighton quería que abortaras y jamás se lo perdonaré, de no haber sido por Carlisle, Daphne...

Colette se aferró a su hija y la abrazó como si de eso dependiera su vida.

—Él no estaba listo para casarse con una mujer tan defectuosa como yo —reconoció con voz débil, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

Helen abandonó su lugar y se acercó a la ventana del salón para observar su jardín.

—Es igual que su malvado padre —soltó con frustración.

Colette iba a decirle algo al respecto, pero en ese momento el mayordomo llamó a la puerta, informándoles que tenían visitas. El pánico la invadió y Helen le regaló una cálida sonrisa que no hizo más que relajarla.

—Tranquila, recuerda que eres Ivy Knapp y estás aquí como mi protegida.

Cierto, esa sería su identidad a partir de ahora.

—¡Madre! —la sangre abandonó su rostro al ver como Archie Kilbrenner ingresaba al salón de lo más entusiasmado, seguido de Isaac, y por un momento sintió inmensos deseos de regresar a su habitación.

No quería tratar con esos hombres, si bien ellos nunca cruzaron palabras ni tuvieron una relación estrecha, conocían su identidad. Abandonó su lugar con timidez, viendo como el hijo menor saludaba a su madre con entusiasmo, y la garganta se le cerró al darse cuenta que la relación de Helen con sus hijos era muy buena y al parecer era bastante normal que ellos la visitaran de vez en cuando.

—Qué alegría verlos, queridos.

¿Cuán equivocado estaba Leighton al rechazar a su progenitora?

Sólo hacía falta mirar la sonrisa de Helen para saber que amaba a sus hijos más que a nada en la vida.

—¿Y usted es...? —la fría pregunta de Isaac hizo que abandonara su letargo y aferrara a Daphne contra su pecho.

—Mi protegida. —Helen la abrazó por los hombros y sonrió a sus hijos con orgullo—. Les presento a Ivy y Daphne Knapp, a partir de ahora ellas vivirán conmigo en Edimburgo.

Los hermanos Kilbrenner intercambiaron una rápida mirada, estudiando la situación con pericia, y Colette comprendió su desconfianza a las pocas semanas cuando descubrió que eran ellos quienes mantenían a su madre en tan buenas condiciones y lejos de su hermano mayor.

Temían que ella fuera una oportunista.

No había nadie que odiara a Leighton Kilbrenner más que Louisa Sheeran.

Ella había sospechado que el marqués llegó a burlarse de su hermana y sus sospechas fueron confirmadas cuando Ewan le habló sobre la boda que pensaba efectuar entre su hermana mayor y el marqués misógino.

Louisa pensó que esa boda le traería de regreso a Colette, pero eso nunca pasó y ahora se sentía más perdida que nunca. Jamás pensó que una responsabilidad tan grande como Harriet caería sobre sus hombros y no había día que no pensara en las palabras de Colette.

Ella debía hacerse cargo, debía ser responsable y por ende ya no podía comportarse de manera tan despectiva en los salones de baile.

El futuro de Harriet estaba en sus manos.

La visión se le cristalizó al entender mejor todo lo que tuvo que pasar Colette después de la muerte de sus padres y se odió a sí misma por haber sido tan poco considerada.

En vez de ayudarla fue la hermana más problemática y egoísta.

«Lo siento tanto, Colette».

Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla y la apartó con rapidez.

Debía recuperar la compostura, no asistió a ese baile para llorar en el jardín por horas. Tenía dieciocho años y estaba en busca de un esposo decente que pudiera ayudarla a buscar un buen marido para Harriet.

Ewan era un excelente tutor, pero ahora que iba a ser padre tenía muchas cosas en la cabeza y Louisa no podía dejarle toda la responsabilidad, no podía cometer el mismo error que cometió con Colette.

Ella debía dejar su egoísmo de lado.

Se estremeció cuando la fría brisa acarició sus hombros desnudos y miró su atuendo amarillo con disgusto. Briseida se había encargado de que esta temporada sus vestidos fueran más lindos y provocativos, pero Louisa no se sentía cómoda con sus nuevos atuendos.

En realidad, no se sentía cómoda en la piel que estaba porque no podía ser ella misma.

«Porque soy una mujer con fallas».

—¿Qué?, ¿ya se aburrió de fingir ser alguien que claramente no es? —la pregunta burlona de Benjamin Radcliffe, duque de Somerset, hizo que Louisa parpadeara varias veces para poder lidiar con el picor que sentía en los ojos.

¿Por qué ese hombre nunca la dejaba tranquila?

Se estaba portando bien, llevaba meses evitándolo para no empezar una disputa, pero ahora él se atrevía a seguirla hasta el jardín para iniciar una riña con ella. Esto era agotador, era un hombre de veinticuatro años, pero a veces se comportaba como uno de diez.

—Sólo salí a tomar un poco de aire fresco —respondió cabizbaja, tal vez si lo ignoraba él la dejaría tranquila.

—Veo que el rechazo de Teingham le sentó fatal —se plantó frente a ella, dejando claro que no la dejaría tranquila, y ella se aferró a la banca de piedra donde estaba sentada—. Debió ser duro ver como un marqués elegía a su hermana defectuosa, lady abominación... —Si hasta ese momento pensó que podría comportarse, el duque se las ingenió para sacarla de quicio y Louisa

abandonó su lugar para estampar un puño en el rostro masculino.

El pelinegro de mirada verdosa retrocedió sobre su lugar, totalmente estupefacto por su repentino ataque, pero no hizo nada al respecto para castigarla.

—¿Cómo se atreve a decir algo así de mi hermana? —la voz se le quebró.

Nadie sabía que Colette estaba desaparecida, todos creían que estaba en el campo y por esa razón Teingham iba y venía en esporádicos viajes, por lo que era bastante normal que el duque despreciable no pudiera comprender su dolor; no obstante, no por eso permitiría semejante falta hacia su hermana.

—Déjeme en paz, no quiero hablar con usted, ¿acaso no se da cuenta que llevo meses evitándolo?

—¡Claro que me doy cuenta! —perdió los estribos, sorprendiéndola de sobremanera, y la piel se le erizó cuando él la sujetó del brazo y tiró de ella en su dirección para rodear su cintura con posesividad desmedida—. ¿Crees que no sé qué estás buscando un esposo? Incluso lady Berricloth lo ha mencionado en sus notas —escupió con desprecio, como si estuviera cometiendo un pecado, y Louisa negó lentamente con la cabeza.

¿Por qué estaba tan molesto?

—Suélteme, cualquier dama soltera tiene el derecho de buscar un esposo.

—¡Tú no! —presionó su agarre, generándole una gran inquietud en el pecho.

Nunca lo había visto tan fuera de sus cabales.

El duque debió reparar en su malestar porque apretó la mandíbula con disgusto.

—¿Estabas llorando? —apartó el rostro con rapidez y por más que intentó romper el abrazo, no lo logró—. ¿Quién fue? —No le dio una respuesta—. Dime quién te hizo llorar.

—Como si importara —la voz se le quebró y una vez más no pudo lidiar con su impotencia y la visión se le cristalizó—. Váyase, quiero estar sola. —Los brazos masculinos le otorgaron su libertad con lentitud y en esta ocasión él la abrazó por los hombros con suavidad.

¿La estaba consolando?

Sollozó con amargura, desde la muerte de sus padres, nunca nadie, además de Colette, le había abrazado de esa manera, por lo que no lo apartó y decidió rodearlo por la cintura. Tal vez le caía mal, pero en esta ocasión haría una excepción y aceptaría su compañía.

—¿Quién te hizo esto? —su voz fue suave, pero sonó oscura, y ella negó rápidamente con la cabeza—. Dímelo y lo mataré.

No era como si pudiera pedirle que matara al esposo de su hermana. Lo abrazó con más fuerza y se dijo a sí misma que esta noche consideraría a su mayor enemigo como un buen amigo, el único que tenía ahora mismo a su lado.

Nunca se había dado cuenta de lo sola que estaba hasta este momento.

7 meses después

«Esto es un maldito infierno», determinó ni bien ingresó a su despacho y tiró sus guantes con disgusto, odiando que su gente no pudiera dar con el paradero de Colette y todos sus viajes dentro del país no fueran más que una pérdida de tiempo.

No importaba qué destino eligiera, nadie sabía nada de Colette y eso no hacía más que angustiarse.

«¿Y si siguió con el embarazo y no pudo resistir el alumbramiento?»

Ese pensamiento hizo que sus rodillas cedieran y terminó sentado en el diván, observando el crepitar de las llamas con impotencia mientras acariciaba su abundante barba. Ella no podía estar muerta, algo en su interior le decía que no lo estaba, pero la idea de que la esperanza lo estuviera cegando hacía que la piel se le pusiera de gallina y empezara a temblar sin control alguno.

«Una señal, Colette, sólo eso te pido».

Ella huyó creyéndolo un monstruo y la idea de no poder limpiar su nombre hacía que su juicio pendiera de un hilo. Nunca pudo decirle que la amaba, nunca pudo expresar sus sentimientos ni confesar que ansiaba a ese niño tanto como ella. Escondió sus emociones y ese fue su error porque ahora la posibilidad de decirlos en voz alta era cada vez menor.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba en su despacho, pero siseó un juramento al oír como la puerta se abría.

—Largo. —Ni siquiera se molestó en girar el rostro.

En cualquier momento despediría a su mayordomo, ¿qué parte de que no quería ver a nadie no entendía?

—Llevas cuatro meses fuera de la ciudad y ¿eso es lo único que piensas decirme?

Comprendía que sus amigos se preocuparan por él, pero cuándo entenderían que él no merecía nada de eso. Deberían odiarlo de la misma manera que Ewan lo odiaba porque los traicionó a todos al jugar con Colette.

Se suponía que los amigos no hacían eso.

—No me siento de humor para recibir a nadie —gruñó.

—Hablé con Naden. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Me dijo que su veredicto no siempre debe cumplirse, que quizá ella pudo recuperar su energía y salir bien del parto.

Ryne sabía qué era lo que lo tenía tan atormentado.

—Llevamos más de un año buscándola y nadie sabe nada de ella, es como si la tierra se la hubiera tragado. —La piel se le erizó de sólo pensar que fue justamente eso lo que sucedió—. ¿Qué haré, Ryne? Cualquier panorama es malo porque si ella pudo tener a mi hijo, ambos están

solos y no sé si cuentan con un techo seguro.

Colette se marchó sin llevar nada consigo, en ese momento sólo pensó en huir del peligro que él representaba para ella y su hijo.

—He estado pensando que quizá ella ni siquiera se está escondiendo. —Lo miró con fijeza—. Digo, ¿qué tal si se liberó de su escudo? —Arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie ha visto a una mujer cubierta de la cabeza a los pies, pero ¿qué garantía tenemos de que ella sigue escondiendo su aspecto de esa manera?

La garganta se le cerró.

¿Estaba insinuando que Colette pudo quitarse el velo?

No, imposible, ella nunca habría hecho algo así porque odiaba su aspecto.

—La rechacé después de tocar su rostro —confesó con voz rota, mirando sus botas con vergüenza—. Me sentí tan asombrado que no pude lidiar con mis emociones, por lo que estoy bastante seguro de que esa mujer nunca tendrá el valor de dar la cara sin el velo puesto.

—Ewan y Kornmack hicieron un par de averiguaciones en el último mes, tal vez puedan brindarnos buenas noticias.

—¿Qué haré si ella...? —ni siquiera pudo concluir su pregunta, esto era simplemente angustiante—. Ewan me odia, jamás perdonará mi traición —aceptó la copa que su amigo le tendió y Ryne se cruzó de brazos, pensativo.

—Yo diría que tuviste suerte, al menos firmó los papeles necesarios para que Colette estuviera legalmente casada contigo y tu hijo nazca dentro del matrimonio. —Un hijo que ni siquiera sabía si existía—. De ser otra persona, Ewan te habría retado a duelo y te habría matado.

—Él no me tolera —soltó con dolor.

—Ewan sólo quiere encontrar a Colette y creo que estás siendo algo pesimista, ¿qué tal si se siente igual que tú? Después de todo, son grandes amigos, el distanciamiento no debe estar siendo fácil para ninguno de los dos.

Leighton se frotó el rostro con cansancio y dejó su copa de lado, no estaba dispuesto a ingerir una sola gota de alcohol. De no haberla asustado esa noche en la biblioteca de Ewan, nada de esto habría sucedido.

—¿De verdad la amas?

—No te imaginas cuanto —la voz se le quebró y se frotó los ojos con impotencia.

—¿Y no la odias por haberte abandonado?

Negó con la cabeza.

—Me lo merecía, en vez de emplear la verdad y decirle que el bebé estaba deteriorando su salud, hice que me temiera porque creí que lo mejor para ella sería estar lejos de mí, pero me equivoqué, la amo tanto que nunca estuve dispuesto a renunciar a ella y me autoengañé. Soy el

único culpable de todas mis desgracias.

—¿Qué planeas hacer si la encontramos?

—Es mi esposa —musitó con voz suave—, la querré a mi lado y si mi hijo pudo nacer querré ser parte de su vida. —La garganta se le cerró—. Cuando descubrí su embarazo, me vi con ella, Ryne —confesó con voz débil—, visualicé como sería nuestra familia y la ansié como no te imaginas. —Una lágrima se deslizó por su mejilla en contra de su voluntad—. Pero luego el doctor me habló de su condición y recordé que soy un hombre defectuoso que no puede leer, así que determiné que lo mejor sería liberar a Colette de estar junto a un hombre como yo.

—Leighton...

—Mis padres nunca aceptaron mi condición y mis hermanos llegaron a burlarse de ella en el pasado —todo su cuerpo tiritó—, pensé que lo mejor sería que ese bebé no naciera, ¿qué tal si era igual a mí? —confesó su mayor temor y lo buscó con la mirada—. ¿Y si Colette nos abandonaba al darse cuenta que no quería lidiar con una responsabilidad tan grande? —todo en él colapsó al revelar su mayor temor y pudo ver la inquietud en los ojos de su amigo.

Sí, su mayor temor era que el amor de Colette no fuera lo suficientemente grande como para aceptar un marido e hijo idiotas.

—No todas las mujeres son como tu madre —musitó con suavidad y él enterró el rostro en sus manos.

—Fui un imbécil, me dije que nunca sería como mi padre y junto a Colette no fui más que un salvaje.

Un carraspeo lo obligó a abandonar su lugar y la piel se le erizó al ver a Ewan y Kornmack ahí. Curioso, Ewan le había dicho que no volvería a poner un pie en su casa por nada en el mundo, pero ahora se encontraba ahí, en su despacho, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Cómo les fue?

Quizá obtuvieron información valiosa y por eso estaban ahí.

—Se dice que hace más de un año vieron a una mujer vestida de manera muy extraña en Edimburgo —espetó Ewan con aspereza, sin apartar la mirada de la suya—. Se cubría de la cabeza a los pies.

—Un año... —susurró nervioso.

—Ella podría haber hecho una parada —acotó Kornmack con seriedad—. No es seguro que vayamos a encontrarla por esos lares.

Su amigo tenía razón, pero Leighton sabía mejor que nadie que lo que él quería era evitar un viaje a Escocia porque ahí se encontraba su relegada esposa.

—Louisa cree que sus antiguos vecinos podrían darnos algo de información y eso implica un viaje a Colchester —añadió Ewan, cruzándose de brazos con disgusto.

—Yo partiré a Escocia —determinó, era el viaje más largo y era el lugar donde ella había sido

vista por última vez.

—Yo iré a Colchester —espetó Ewan.

—Iré con Ewan —dijo el pelirrojo rápidamente, nada dispuesto a ir a Escocia.

—No puedo hacer el viaje hasta dentro de una semana —siseó Ryne—. Llegaré nuevo cargamento y sabes que debo quedarme.

Ryne le había ayudado a invertir parte de la dote de Colette para que él pudiera tener sus propias ganancias, por lo que no podía distraerlo con un viaje tan largo.

¡Gracias a su amigo estaba rumbo a llenar las arcas de su casa!

—Iré solo, no te preocupes. —Después de todo, llevaba más de un año yendo y viniendo por toda Inglaterra—. Partiré mañana mismo.

—Espera —espetó Ewan, bloqueando su camino—. Estás pálido y has perdido mucho peso, ¿por qué no descansas esta noche? Puedes partir pasado mañana.

—No perderé dos días —siseó y el rubio lo reprendió con la mirada.

—Dijiste que asistirías a la presentación de Lysander, Briseida lleva meses preparando esta fiesta. —Se había olvidado que el día de mañana los duques infames presentarían a su hijo en sociedad. Un niño que él aún no conocía debido a todos los viajes que estuvo efectuando el último año—. Recuerda que la gente espera estos acontecimientos para preguntar por Colette, si sales de viaje justo ahora que acabas de regresar pensarán que los estás evitando —insistió—. Debes quedarte, ni siquiera lo conoces.

Ewan realmente quería que se reuniera con Lysander, así que inhaló profundamente al darse cuenta que no podía traicionar a su amigo de esa manera ni mucho menos ignorar al sobrino que siempre quiso tener. Cedió a la petición de esperar unos cuantos días antes de partir al norte. Sin embargo, lejos de sentir calma al tener una pista sobre el paradero de su esposa, su estado anímico no hizo más que empeorar.

¿Por qué sentía que en este juego del gato y el ratón jamás sería el vencedor?

«¿Estás viva, mi amor?», preguntó, mirando a la nada, y durante los siguientes días no hizo más que existir.

Capítulo 17

“Damas y caballeros, se rumora por ahí que la marquesa viuda de Teingham lleva varios meses resguardada en Escocia, ¿alguien me puede decir si sus hijos ya han ido a visitarla?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Colette salió de la habitación de Daphne sin hacer mucho revuelo y dio un respingo en su lugar cuando vio a Isaac en medio del pasillo, esperando por ella. No era que el hombre le cayera mal, sino todo lo contrario, pero seguía sin entender por qué sus visitas de dos o tres días se convirtieron en largos meses de estadía en Escocia.

—¿Se durmió? —le regaló una tenue sonrisa y ella asintió—. ¿Qué tal si tomamos el té? Mi madre se ha retirado a sus aposentos y no me siento con deseos de ir a la cama.

—Está bien.

A decir verdad, ella tampoco tenía sueño y últimamente no podía dejar de pensar en su familia. Los hermanos Kilbrenner le habían confirmado sus sospechas, Leighton estaba casado con Louisa, por lo que suponía que esa noticia debería generarle alivio; no obstante, cada día era más difícil aceptar esa carga que sentía en el pecho.

Su hermana era la esposa del padre de su hija, el hombre que en algún determinado momento quiso para ella. Tragó el nudo que se formó en su garganta y sirvió dos tazas de té en silencio.

—¿Piensa quedarse con mi madre por mucho tiempo? —su pregunta la tomó por sorpresa, pero se encargó de esconder su inquietud—. No la estoy echando —aclaró rápidamente—, usted y Daphne han alegrado la vida de mi madre.

—¿Entonces por qué lo pregunta? —conectó sus miradas y los ojos ambarinos brillaron con interés.

—¿Su familia no se preocupa por usted y su hija?

—No tengo familia. —El brillo en sus ojos se intensificó.

—¿Qué me dice del padre de Daphne?

—Está felizmente casado —zanjó con dureza e Isaac palideció—. Jugó conmigo y luego nos desechó, supongo que en su círculo pasa con mucha frecuencia, milord.

Isaac posó la vista en la cicatriz de su mejilla y ella se la acarició con rapidez. Helen le había enseñado cómo debía maquillarla y cada vez se sentía menos incómoda con ella; no obstante, seguía sin gustarle que la gente la mirara con tanto descaro.

—Fue un idiota.

—Más idiota fui yo al creer que él me tomaría en serio.

—¿Eso cree? —le dio un sorbo a su taza con seriedad—. No es difícil quererla. —La inquietud se alojó en su pecho y empezó a creer que cometió un terrible error al aceptar pasar ese momento a solas con el hermano de Leighton—. Es una mujer generosa, inteligente, trabajadora y hermosa.

La piel se le puso de gallina, él no podía haber posado los ojos en ella.

¡Era una mujer defectuosa y tenía una hija ilegítima!

—Es muy generoso de su parte pensar de esa manera, milord —susurró con inquietud.

—¿No le afecta que mi madre sea una mujer tan escandalosa? —quiso saber.

—Su madre es una excelente mujer y eso es lo único que importa. —Sus palabras lo motivaron a abandonar su lugar para sentarse junto a ella y Colette quiso salir huyendo, pero él atenazó su muñeca para mantenerla en su lugar—. ¿Qué hace?

—Soy un hombre rico.

«No, todo menos esto, por favor», rogó con desespero y no pudo impedir que el castaño continuara con su diatriba.

—Creo que usted y Daphne necesitan protección.

—Su madre es muy buena con nosotras y...

—La protección de un hombre —se corrigió y lo miró con horror—. Cásese conmigo, señorita Ivy.

En ese momento Colette se zafó de su agarre y utilizó uno de los sillones para implementar distancia. Ella no iba a casarse con el hermano de Leighton, ¡jamás podría llegar tan lejos como para cometer un error de ese tipo!

—No, claro que no —dijo atropelladamente y él abandonó su lugar.

—¿Por qué no? —insistió.

—Por todos los cielos, ni siquiera me conoce y es muy joven para tomar una decisión de ese tipo.

—La conozco muy bien para saber que quiero casarme con usted y reconocer a Daphne, es una niña maravillosa y siento un vínculo especial con ella.

¡Porque era su sobrina!

—No, no puedo.

—Por favor, sólo piense en mi propuesta y tómese su tiempo para decidir.

Negó rápidamente con la cabeza, no podía emparentar con los Kilbrenner, Leighton nunca lo permitiría y... Un momento, Leighton ya era un hombre casado y probablemente lo tendría muy sin cuidado lo que ella hiciera con su vida.

—¿Por qué querría casarse conmigo? ¿acaso no le importa la condición de mi rostro? —arrastró sus palabras, jamás pensó que un hombre tan apuesto como Isaac podría hacerle una propuesta de ese tipo.

—Eres hermosa, Ivy, se necesita más que una cicatriz para sabotear ese hecho.

Si tan sólo Leighton hubiera pensado de esa manera.

—Lo siento, pero no puedo casarme con usted.

«Porque amo a su hermano».

Salió huyendo del salón como si de eso dependiera su vida y una vez que llegó a su habitación se refugió en ella por horas, llorando en silencio al darse cuenta que nunca podría olvidar al padre de su hija ni mucho menos traicionarlo de ninguna manera.

Era injusto, ¿por qué ella debía frenar su vida mientras Leighton vivía plenamente la suya?, ¿es que jamás podría arrancarlo de su corazón y cabeza?

Daphne y ella merecían la estabilidad que Isaac les ofrecía y Leighton jamás podría brindarles.

«Porque ahora es el marido de mi hermana».

Carlisle se llevó su tostada a la boca con una radiante sonrisa en el rostro y dejó la revista de cotilleos de lady Berricloth de lado para disfrutar de su desayuno. Debía admitir que la partida de su tía le había brindado algo de paz a su hogar, puesto que ahora movía todo a su antojo y no había ninguna entrometida merodeando ni brindando opiniones que no eran solicitadas.

—¿Por qué estás tan feliz?

A poco estuvo de atragantarse con su café.

¿Qué diablos hacía Briseida en su casa y por qué el mayordomo no anunció su presencia?

—¿Por qué no estás con tu esposo o descansando en tus aposentos?, ¿acaso la fiesta de anoche no te dejó cansada? —se limpió los labios con elegancia, recuperando la compostura.

No le molestaba recibir una visita de su hermana, pero sí que lo disgustaba que lo hubiera visto en un estado de felicidad tan evidente. Él no era dado a expresar sus emociones ante los demás.

Briseida lo miró con recelo.

—Ewan salió de viaje con Louisa.

—¿Ah sí? —simuló indiferencia, pero de alguna manera la noticia lo alteró.

—Teingham partió a Escocia. —La garganta se le cerró.

—¿A qué hora? —la miró con fijeza, sólo esperaba que ese hombre hubiera podido leer la nota de lady Berricloth, puesto que, de ser diferente, no sabría que su madre estaba en Edimburgo ni intentaría dar con ella.

—Ewan salió a primera hora.

Maldición, le importaba un comino su conuñado.

—¿Y el marqués?

—Igual.

Zander acarició su mentón, pensativo.

¿Podría ser que hubiera dado con el paradero de Colette?

Lo dudaba, la mujer sin su horrible atuendo era otra persona. Ni siquiera él pudo creer que se hubiera escondido por tanto tiempo, esa cicatriz que portaba en el rostro no era nada en comparación de toda la belleza que poseía.

«No la encontrará tan fácilmente».

—Ewan fue a Colchester —le contó y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Ese hombre tenía una habilidad asombrosa para arruinar sus días.

—¿Colchester? —Su hermana se sentó junto a él y pidió que le sirvieran el desayuno.

—Asuntos familiares.

Ellos se habían encargado de mantener la desaparición de Colette en secreto y hasta la fecha Zander no hizo nada para desmentir ese hecho.

«No quiero que el escándalo caiga sobre Briseida y mi sobrino».

Por esa razón Ewan Lockhart era intocable, su hermana lo amaba mucho y tocar al hombre podría significar el final de su relación.

Y quizá, sólo quizá, Colette y su hija eran de su agrado.

—¿No volverá? —preguntó con voz débil y Helen comenzó a acomodar los arreglos florales que armó sobre el mostrador de la ventana.

—Dijo que tiene que tratar unos asuntos en Londres.

Lo menos que deseaba era incomodar a Isaac y estropear las visitas que le hacía a su madre, Helen amaba a sus hijos y se moriría de tristeza si ellos dejaban de frecuentarla.

—Ya veo. —El grito de Daphne la hizo volver en sí y logró sujetarla a tiempo para impedir que tirara de unas rosas. Eso estuvo cerca, lo menos que necesitaba era deberle dinero a Helen—. ¿Te gustan? —su hija sonrió risueña y estiró el cuerpo hacia las flores que llegaron esa mañana—. No, no puedes jugar con ellas —explicó con firmeza y la pequeña rubia hizo un mohín con los labios.

Al menos entendía qué era un «no».

—Estaremos en problemas cuando empiece a gatear —comentó Helen con diversión y le entregó una flor, provocando que Daphne pataleara con entusiasmo.

Ella la consentía mucho.

—Ya lo creo... —besó la regordeta mejilla de su hija.

—¿Pasó algo entre tú e Isaac? —Helen fue directa y conectó sus miradas sin reparo alguno, generándole una gran inquietud en el pecho—. He notado que te mira mucho y últimamente no ha dejado de preguntar sobre tu vida privada.

—Helen...

—No tengas miedo —pidió con ternura y ella asintió.

—No entiendo cómo pasó, pero me pidió matrimonio. —La mujer palideció—. Rechacé su oferta y temo que eso complique su relación, si deseas que me vaya...

—Tranquila —se despabiló y agitó sus manos con rapidez—. Temía que pasara algo así, se ha encariñado mucho con Daphne y contigo.

—Nunca fue mi intención, de verdad lo siento.

—¿Por qué deberías?

—Es el tío de Daphne, él no puede...

—Lo sé —le cortó con suavidad—, creo que lo mejor que podemos hacer es decirle la verdad. —La miró significativamente y ella torció los labios con disgusto—. Mis hijos ya tienen una mala relación y no me gustaría que existieran malentendidos.

—Pero...

—Sé que Leighton se casó con tu hermana, pero los hombres son celosos y posesivos.

Por todos los santos, ¿es que acaso tenía algún tipo de maldición con los Kilbrenner?

—¿Es realmente necesario?

—Sólo piénsalo, ¿sí? —rogó—. Si mis cálculos no fallan, Isaac volverá dentro de dos semanas.

—¿Y si habla con Leighton?

—No lo hará —musitó abatida—. Puede que incluso se encapriche más contigo.

—¿Entonces por qué se lo quieres decir? —la miró con preocupación.

—Porque sólo así aceptará tu rechazo y no creerá que se debe a la cicatriz que tienes en el rostro, los hombres son muy perseverantes cuando se lo proponen.

La miró con inquietud.

—¿Por qué no puedo tener una vida tranquila? Lo menos que deseo es hacer algo que pueda alterarlo o llevarlo a perder el buen juicio.

—No dejas de pensar en Leighton, ¿verdad?

Cuadró los hombros con rapidez y miró a su hija con fijeza, ella estaba escuchando la conversación con mucha atención.

—Eso no es verdad.

—Sabes que sí —la acusó—. No dejas que nadie te corteje y te sientes incómoda cuando mis clientes vienen a comprar flores solo para hablar contigo. —Se ruborizó, nunca pensó que alguien como ella podría llamar la atención masculina—. ¿Crees que es prudente? Odio decirte

esto, pero creo que Leighton es peligroso.

—¿Qué? —la miró con fijeza.

—Es impulsivo, rencoroso y lo abandonaste, ¿no crees que podría tener sed de venganza?

—No lo había pensado —confesó abrumada, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

—Sé que Carlisle no te trajo a mí con buenas intenciones —admitió—. Es muy probable que cuando mi hijo mayor descubra la verdad quiera quitarme la floristería y poner mi mundo de cabeza.

—No lo permitiremos —decretó con valentía y ella se rio.

—Es un marqués.

—Isaac y Archie no lo permitirán —dijo con suavidad y Helen suspiró, pensativa—. Y si él viene, ¿por qué no aprovechas ese momento para decirle la verdad?

Una verdad que hasta el momento ella desconocía en su totalidad. Helen era muy reservada en cuanto a ciertos puntos y no importaba cuanto intentara descubrir sus secretos, ella nunca le contaba más de lo debido.

—¿Qué ganaría? —la voz le tembló—. Mi hijo se ha convertido en un monstruo. —Miró a su nieta y la tomó en brazos—. Él podrá quitarme todo lo que tengo y perseguirme a dónde quiera que vaya, pero nunca dejaré que les ponga un solo dedo encima —zanjó con determinación.

—Gracias, no sé qué hubiera hecho sin ti.

Helen no sólo le había dado un techo y un hogar cálido, sino una familia y el amor de una madre.

—Aunque no lo creas, tú también has hecho mucho por mí —admitió sonriente y besó la coronilla de Daphne.

—¿Cuándo crees que el duque dé su siguiente golpe? —inquirió con curiosidad, acariciando una peonia.

—No lo sé, pero siento que se está demorando.

El clima no estaba a su favor y mentiría si dijera que el dolor que sentía en las sienes era pasajero. Llevaba días sintiéndose mal, demasiado débil y cansado para su gusto, pero jamás consideraría la opción de descansar más horas de las necesarias cuando estaba a pocas millas de Edimburgo.

Esa noche dormiría en esa posada debido a la tormenta, pero mañana continuaría su viaje a primera hora del día. Hacía frío y los caminos estaban estropeados por la riada, pero nada de eso lo detendría.

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió una voz a su espalda con entusiasmo, el comedor

de la posada estaba repleto de hombres desagradables y por alguna extraña razón se quedó en su lugar para escuchar la conversación.

—Sí, su hijo se marchó hace poco así que ella y su hermosa empleada se quedaron sin protección. Por eso te pedí que partiéramos al pueblo —Se tensó.

—Tal vez su hijo se marchó, pero aún está su servidumbre.

—Podemos ir como visitas, echar algo “accidentalmente” en sus tés y quedarnos con ellas durante la noche.

Leighton empuñó las manos con desagrado, no entendía en qué momento de su vida pasó, pero últimamente era muy devoto a la hora de proteger a las mujeres indefensas. Tal vez porque en sus últimos viajes se había encontrado con todo tipo de criaturas víctimas de diferentes abusos.

—No lo sé, Helen es muy recelosa. —Ese nombre hizo que su corazón empezara a bombear sin control alguno—. Nunca recibe visitas masculinas a horas inadecuadas y la última vez que hablamos compartimos una disputa por la tienda, dudo que nos invite a pasar.

—Debemos ir, tenemos que aprovechar que Kilbrenner abandonó la casa.

El aire se atoró en sus pulmones.

Esos hombres estaban hablando de su madre, ella vivía en Edimburgo y era la razón por la que sus hermanos siempre viajaban a Escocia y se alejaban por largas temporadas de la ciudad.

—Es una zorra, no debemos sentir pena por ella, recuerda que abandonó su hogar para irse con su amante.

Era verdad, Helen se marchó sin mirar atrás y los abandonó por un hombre, pero...

—Mamá, ¿por qué simplemente no pides que alguien más las hornee por ti? —inquirió Leighton ceñudo, viendo el libro que Isaac estuvo leyendo la anterior semana y con el cual quedó muy satisfecho.

—Porque a ti te gustan mis galletas —aclaró, apartando los rastros de harina de su rostro, y posó la bandeja de galletas y leche en su regazo—. Quiero que las comas, he notado que últimamente te cuesta conciliar el sueño y eso no está bien para un niño de doce años.

Ella le tenía mucha paciencia.

—¿Qué miras? —observó el libro que dejó de lado—. ¿Por qué lo trajiste contigo? Tú...

—Ya sé que no puedo leer —gruñó y le dio un mordisco a su galleta—. Pero quiero esconderlo, vi que a Isaac le gustó mucho y siento envidia de no poder saber qué dice.

Su madre le sonrió con ternura y acarició su coronilla.

—Eso está mal —se sentó en el sillón que estaba junto a la cama—. No tienes que sentir envidia, yo te lo leeré y pronto sabrás por qué le gustó tanto a tu hermano.

—¿De veras? —sus ojos brillaron con entusiasmo.

Él amaba los cuentos y las historias de acción, pero siempre debía esperar que alguien más se las contara porque era incapaz de abrir un libro.

—Claro, yo leeré todo lo que tú quieras, mi amor.

Porque su madre siempre fue así, ella solía hacer todo lo que él le pidiera y en más de una ocasión dejó a Isaac y Archie de lado para centrarse en él y sus necesidades, algo que su padre nunca hizo porque lo consideraba su mayor desgracia.

—Tienes razón, ella no debe hacerse la difícil. Si somos sinceros, debería llevarla con el herrero, ella necesita un esposo que la modere y quién mejor que yo.

Leighton se incorporó con violencia, generando un ruido sordo al arrastrar su silla, y eso provocó que los dos escoceses cerraran la boca y volvieran el rostro en su dirección con disgusto.

Él se volvió y les sonrió con sorna, casi retorcidamente, invitándolos a abandonar sus lugares.

—¿Algún problema, *princesa*? —se mofó uno de los pelinegros con desdén, puesto que él era mucho más delgado y menudo que esos mastodontes.

—Sí, muchos —escupió y estrelló un firme puño en su rostro, obligándolo a dar varios pasos hacia atrás. Su compañero intentó atacarlo, pero Leighton se hizo de la silla y la estrelló en su cabeza, odiando que el piso empezara a moverse a sus pies.

—¡Tú, maldito inglés!

El primer escocés le devolvió el golpe, generándole un agudo dolor en la sien, y el caos se desató en el comedor de la posada, provocando que los puños se efectuaran a diestra y siniestra y las sillas comenzaran a volar por el lugar.

Leighton pudo derribar a uno de los hombres, pero para ese momento su cuerpo estaba lo suficientemente débil como para vencer al segundo escocés. No obstante, cuando el hombre fue hacia él con toda la intención de atacarlo, alguien se interpuso en su camino y lo mandó a volar por la estancia con un simple puño.

El silencio gobernó en el lugar ante el recién llegado y él tragó la sangre que tenía en la boca al ver a la bestia escocesa ahí.

—Kornmack —siseó adolorido y el pelirrojo se pasó la mano por sus rizados cabellos.

—Ewan dijo que tal vez necesitarías ayuda y veo que no se equivocó.

Incluso estando molesto con él, su amigo se encargó de salvarlo. Los murmullos se alzaron ante la llegada del duque de Argyll y varios hombres regresaron a su lugar.

—¿Quiénes son? —gruñó Leighton con disgusto, mirando a los dos pelinegros que ahora estaban atados afuera de la posada, y el posadero bajó el rostro apenado.

—Murdoch y Lachlan, los primos MacIntyre, milord.

Apretó la mandíbula y cerró los ojos con fuerza cuando las sienes le martillaron.

—Mencionaron a Helen Kilbrenner.

Kornmack abrió los ojos de hito a hito al oír ese nombre, pero no dijo nada al respecto.

—Ella vive a pocas millas, milord, puedo darle su dirección y una vez que pase la tormenta...

—Démela ahora —le cortó y miró el oscuro camino—, iré a caballo.

Si su madre estaba en Edimburgo, él debía reunirse con ella cuanto antes.

¿Para qué?

No tenía la menor idea.

—No te ves bien, Leighton —siseó Kornmack y él negó con la cabeza.

—Quédate con ellos y encárgate de que reciban su castigo —se limitó a decir y una vez que le explicaron cómo podría llegar a la casa de su madre, él simplemente se montó a su caballo y partió bajo el manto de la tormenta.

Helen estaba a pocas millas de distancia y eso quería decir que pronto tendría a la primera mujer que le rompió el corazón frente a él.

Aporreó la puerta de la modesta casa de dos pisos con violencia, sintiéndose más débil que nunca, y por más que intentó mantenerse de pie, sólo necesitaron abrir la puerta para que él cayera de bruces en el interior.

—¡Señor! —exclamó un hombre con horror y Leighton no pudo girar el cuerpo ni el rostro para buscar su mirada, él simplemente se quedó inmóvil en su lugar.

¿Estaría en la casa correcta?

Escuchó unos murmullos lejanos y cuando varias manos se posaron en él y giraron su cuerpo, él pudo escuchar con bastante claridad el grito desesperado que se alzó por el lugar.

—¡Leighton!

La voz de su madre se oyó lejana y curiosamente todo su cuerpo se relajó al saber que había llegado al lugar correcto, por lo que dejó de luchar contra su malestar y permitió que la oscuridad lo arrojara.

Capítulo 18

“Lady Harriet me parece la pupila más encantadora del duque infame, pero no me parece sensato que siga cada uno de los pasos de su concuñado, ahora entiendo por qué Isaac Kilbrenner siempre se refugia en Escocia
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

El doctor ya lo había atendido y les dejó claro en más de una ocasión que Leighton se encontraba estable; sin embargo, Colette no se sintió tranquila hasta que pudieron controlar su fiebre y el hombre dejó de tiritar sobre el mullido colchón.

No lo entendía, ¿qué pudo haberle pasado para que terminara en un estado tan lamentable?

Él no sólo se veía muy enfermo y delgado, sino que estaba magullado.

¿Se habría metido en alguna pelea de taberna?

Ese hecho no le sorprendería, Leighton era un hombre explosivo y por ende propenso a meterse en problemas. Sus manos se movieron por sí solas y acarició la barba espesa con preocupación.

Nunca lo había visto tan desaliñado, ¿estaría pasando por un mal momento?

—Él estará bien —musitó Helen, posando una mano en su hombro, y Colette apartó las lágrimas de su rostro con frustración. Cuando vio a Leighton en estado tan lamentable se asustó tanto que ni siquiera dejó que Helen se preocupara por él, una de las dos tenía que mantener la compostura para lidiar con los criados y el doctor—. Conozco a mi hijo, en unos días estará cómo nuevo.

—¿Qué crees que le pasó? —preguntó con congoja y lo sujetó de la mano, al menos su temperatura corporal había mejorado—. De todas las personas que pensé que podrían llamar a tu puerta, él nunca estuvo entre una de mis opciones.

—Ha sido sorpresivo, no lo reconocí hasta que los lacayos giraron su cuerpo —admitió con voz débil, cubriendo mejor el cuerpo de su hijo con las mantas.

Para ser una mujer que lo consideraba peligroso, no se veía tan asustada.

—¿Crees que vino a buscarte?

—No lo sé —reconoció y conectó sus miradas—. Pero creo que lo mejor será que te mudes a las habitaciones que están sobre la tienda con Daphne y su niñera, no podemos arriesgarnos a que las encuentre.

Sabía que Leighton era un peligro para ella y su hija, pero la idea de dejarlo en ese estado no le gustaba en lo más mínimo. Se sentía una idiota por preocuparse por su persona, pero ella era

así y él era el hombre que amaba, por lo que podía considerarse como algo normal que la situación la dejara tan aturdida.

—Diremos que eres muda, no sabemos cuánto tiempo querrá quedarse y qué busca en Edimburgo.

—Está bien.

«Daphne es primero», pensó con amargura y abandonó su lugar con lentitud.

—Ustedes volverán, te lo prometo, esto sólo será por unos días —susurró Helen, convencida de que su hijo mayor no querría quedarse en su casa por mucho tiempo, y ella asintió—. Te mantendré informada, iré a la tienda ni bien despierte.

Tal vez Helen le temía a su hijo, pero claramente no lo abandonaría en un momento como este.

—Por favor, si algo se sale de tu control, no dudes en buscarme.

No se sintió cómoda insinuando que Leighton podría ser alguien peligroso, tenía la leve sospecha de que él no llegó a la casa de Helen por simple coincidencia y que el duque soberbio, por primera vez en meses, no tenía nada que ver en esto.

—Ven, quiero que te calmes un poco y debemos pedir que preparen tus cosas.

Porque era evidente que esta noche Leighton no despertaría.

—¿De verdad dejarás que se quede? —aceptó la taza de té que le entregó y Helen bajó los hombros con frustración.

—Ni siquiera sé si él querrá quedarse.

—Él te preocupa, ¿no es así? —preguntó con ternura, detectando su punto débil con inmediatez—. No te sientas culpable, el amor de madre no tiene límites.

—Leighton siempre fue muy importante para mí —su voz tembló—. Todo mi mundo tembló cuando lo vi en tan mal estado y por muchas dudas que tenga sobre su persona, no puedo echarlo ni ignorar la situación.

—Gracias por eso —susurró—. No quiero que lo odies por mi culpa y creo que en momentos como estos él necesita a su madre.

Porque cuando ella enfermaba, siempre pensaba en Daphne Sheeran, la grandiosa madre que la vida le regaló y arrebató con demasiada prontitud.

—No me gusta enviarte a otro lugar, pero creo que es lo mejor.

—Yo también lo creo. —Daphne era una niña muy ruidosa y risueña, no podía permitir que captara la atención de su padre—. Sólo mantenme informada, por favor.

Lo único que le importaba era que él se recuperara.

—Milady —El mayordomo llamó a la puerta del salón, haciéndolas respingar en su lugar, y no abrió la puerta hasta que Helen lo autorizó.

—¿Sucedio algo, Tom?

—Lamento la hora, pero el lacayo de lord Teingham sigue esperando por usted, quiere noticias del estado de su patrón.

Ambas abrieron los ojos con sorpresa.

—No vino solo —susurraron en unísono. Eso quería decir que podrían saber cómo diantres hizo Leighton para dar con el paradero de su madre.

Una vez que llegaron al despacho de la casa, Colette se mantuvo en silencio y con el perfil bajo mientras Helen se acercaba al hombre de cabellera oscura y contextura mediana. Debía recordar que ella estaba muda y lo mejor sería mantenerse al margen de todo para no llamar la atención.

—Quiero saber qué le sucedió a mi hijo.

El criado respingó en su lugar, seguramente conocía muy bien la historia que existía detrás de los antiguos marqueses de Teingham, pero se recuperó rápidamente de la impresión.

—El marqués tuvo una pelea en la posada, milady —explicó—. No pude averiguar mucho porque sucedió en el comedor, pero dos hombres fueron atrapados y expulsados del lugar poco antes de que él preguntara por usted y saliera en su búsqueda.

¿Leighton terminó aquí por culpa de dos hombres?

—¿Podrías decirme cómo eran esos hombres?

El criado asintió.

—Ambos eran altos y de cabelleras oscuras, debían tener un poco más de cincuenta años.

Colette torció los labios con disgusto, existían muchos escoceses con ese porte.

—¿Sabe a qué vino a Escocia? —El hombre dudó, no se sentía a gusto divulgando los secretos de su amo.

—Lord Teingham viaja mucho.

Frunció el ceño, no recordaba que Leighton tuviera ese pasatiempo.

—¿A qué vino? —insistió Helen—. ¿Me estaba buscando?

—No, milady —admitió—, me atrevería a decir que la encontró por casualidades de la vida. —Lo que quería decir que Carlisle no estaba detrás de esto—. Lo cierto es que llevamos más de un año buscando a la esposa del marqués.

Las rodillas comenzaron a temblarle y se apoyó contra la pared.

¿Louisa había huido de su hogar?

Empezó a respirar con dificultad, parecía algo que su rebelde hermana haría sin dudarlo, pero ¿a dónde fue?, ¿por qué lo hizo?, ¿en qué estuvo pensando al dejar a Harriet atrás?!

Helen debió notar su malestar porque decidió despachar al criado con prontitud.

—Puede retirarse, el estado de mi hijo es estable, pero se quedarán aquí hasta que él se encuentre en óptimas condiciones para seguir con su viaje.

El hombre abandonó el despacho y una vez que estuvieron solas, Colette empezó a respirar

con dificultad.

—Mi hermana...

—La encontraremos, tú tranquila —las lágrimas bajaron por sus mejillas, por un momento se atrevió a pensar que Louisa se tocaría el corazón y haría lo correcto, pero tal vez pecó de ilusa al creer que su hermana más egoísta haría algo bueno por Harriet y ella.

¿Por qué se sentía tan inquieto?

Ewan no era un hombre intuitivo, o al menos eso era lo que creía, pero ahora mismo sentía que algo no andaba bien y lo mejor que podría hacer sería concluir su reunión con los Cannon lo antes posible.

—Te ves nerviosa —espetó, mirando fijamente a Louisa, su pupila que más cambios había presentado en el último año, y la castaña se relamió los labios con nerviosismo.

—No sé por qué no pensé en ellos antes, Colette los consideraba como a unos padres.

—Nunca me hablaron de ellos —musitó, aprovechando que estaban solos en el salón, y la castaña sonrió con melancolía.

—Son los padres del primer prometido de Colette.

—¿Algún día me contarán toda su historia?

En el último tiempo se enfocó únicamente en su esposa y en la búsqueda de Colette, por lo que debía reconocer que dejó a sus pupilas de lado. Aunque, en ese sentido, Briseida sí le ayudó mucho porque debía reconocer que el cambio de Louisa era asombroso.

Si las cosas seguían así, ella se casaría antes de los veinte.

—Sí, sé que los señores Cannon te brindarán toda la información que deseas tener.

Lo que quería decir que al fin las hermanas Sheeran dejarían de ser un misterio.

Cuando la pareja ingresó al salón, tanto Louisa como él abandonaron su lugar para recibirlos. Ewan debía reconocer que era una pareja bien parecida, ambos rubios y los suficientemente jóvenes como para tener un excelente aspecto.

—Louisa, querida —musitó la señora Alva Cannon y Ewan observó en silencio como su pupila corría hacia la mujer para abrazarla.

Se hicieron las presentaciones correspondientes y la sorpresa lo golpeó con fuerza cuando el señor Cannon hizo una pregunta que jamás habría esperado recibir.

—¿Tienen información sobre Colette?

—¿Cómo? —Ewan dio un paso en su dirección—, ¿están al tanto de su desaparición?

—Sí, un hombre vino hace más de un año a buscarnos para hacernos un par de preguntas —musitó Alba y Ewan tragó con fuerza.

—No volvimos a saber de él.

—¿Sabe quién era, señor Cannon? —Louisa le robó las palabras.

Los rubios intercambiaron una rápida mirada y luego miraron a Ewan.

—Si no me equivoco, se trataba de un duque. —Su corazón empezó a bombear sin control alguno—. ¿Recuerdas su título, querida?

La mujer asintió.

—El duque de Carlisle.

Si Ewan pensó que esa visita sería breve, se equivocó, puesto que a partir de ese momento escuchó todo lo que sus pupilas vivieron junto a su desalmado padre y como la partida de George Cannon afectó a Colette.

—¿El duque de Carlisle está al tanto de todo esto? —masticó sus palabras, ¿quién diablos se creía Zander para indagar en la vida de sus pupilas?

—Sí, él nos dijo que Colette huyó porque pidió su mano en matrimonio y quería conocer su historia para poder llegar a ella y convencerla de hacer lo correcto.

—Es mentira, mi hermana está casada con el marqués de Teingham —jadeó Louisa con horror y Bruce palideció.

—Lo siento mucho, en ese momento estábamos felices de que alguien hubiera podido apreciar su gran corazón y pensamos que ese hombre la ayudaría a salir del escondite al que nuestro hijo la envió.

—No se preocupe —forzó su sonrisa—, de todas formas, Carlisle se las habría ingeniado para obtener la información que requería. —Empuñó las manos con ira desmedida, pecó de imbécil al no sospechar de Zander en cuanto a la desaparición de Colette.

¡Ese imbécil estaba detrás de todo!

«Me las pagarás», decretó furioso, sintiéndolo mucho por Briseida. Él intentó tener una buena relación con su cuñado, pero todo parecía indicar que su guerra nunca cesaría.

Cuando se dispusieron a abandonar la propiedad de los Cannon, Louisa paró en seco al oír las palabras de la mujer.

—Le escribí a George hace unos meses para informarle sobre lo ocurrido.

Ewan le sonrió con amabilidad.

—No era necesario, su esposo la está buscando y dudo mucho que su hijo haga algo al respecto, ya vimos que su interés hacia Colette es nulo.

Y si Leighton descubría el gran daño que ese hombre le hizo a su esposa, intentaría aniquilarlo con sus propias manos.

La temperatura de la estancia le resultaba agradable y ni qué decir de la suave mano que acariciaba su rostro. Se sentía en el cielo, ¿hace cuanto que nadie lo trataba con tanto amor?

Empezó a levantar los párpados con lentitud y lo primero que vio fue una silueta borrosa. Una mujer rubia lo estaba asistiendo, pero ahora se alejaba de la cama con lentitud, quiso decirle que regresara, pero no fue necesario porque pronto estuvo a su lado y posó un paño húmedo en su frente.

¿Quién era?

—¿Ya te sientes mejor? —musitó una suave voz y todo su cuerpo se estremeció al reconocer el tono.

Leighton se vio obligado a recordar todo lo que sucedió la noche anterior y abrió los párpados con esfuerzo, tratando de focalizar la imagen que tenía en frente. El rostro de su madre se hizo cada vez más nítido ante él y no pudo controlar las pulsaciones de su corazón.

Estaba junto a su madre y era ella quien lo estaba cuidando con tanto cariño.

¿Por qué?

Ella lo abandonó porque odiaba hacerse cargo de un niño tan defectuoso.

—¿Qué me sucedió? —intentó apartar el rostro, pero Helen no se lo permitió.

—Quieto, no hagas que me enoje. —No debería, pero su razonamiento actuó por sí solo y la obedeció—. ¿Podrías decirme qué hombres te instaron a iniciar una pelea el día de ayer? —inquirió con suavidad y Leighton tragó con fuerza, agradeciendo que le diera un poco de agua.

—Los primos MacIntyre. —Su madre se mantuvo serena—. Querían aprovechar la partida de Isaac para venir a molestarla y... —su voz fue muriendo, no quería decirle que se sintió malditamente preocupado por ella.

—Ya veo —susurró y acarició su coronilla, generándole una extraña inquietud en el pecho. No quería que lo tratara de esa manera, las cosas entre ellos no volverían a ser como antes—. Estarás bien, estás un poco enfermo y necesitas reposar.

—No, no puedo reposar —apartó su mano con esfuerzo e intentó salir de la cama, pero su cuerpo lo traicionó y terminó tumbado en su lugar—. Debo irme, no vine a Edimburgo para reposar.

—Viniste por tu esposa, ¿no es así?

Su pregunta le cayó como un balde de agua fría.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó en tono mordaz y ella le sonrió.

—Isaac me dijo que te casaste con lady Sheeran, pero olvidó decirme que la dama huyó de ti.

Por esa razón Isaac y él jamás podrían llevarse bien, su hermano siempre trataba de ser un dechado de virtudes y sacar en cara todos los defectos que él poseía, como si su estúpida actitud fuera a otorgarle el título que en el fondo siempre quiso poseer.

—Nadie lo sabe, me encargué de mantener todo en secreto junto a su tutor —musitó e ignoró

la curiosidad que se dibujó en el rostro de su madre. Le parecía extraño que no sintiera furiosos deseos de aniquilarla con sus propias manos ni gritarle todas sus verdades, por un momento pensó que su corazón herido reaccionaría de mala manera—. Vine a Edimburgo porque ella fue vista aquí por última vez, así que entenderá que no deseo perder más tiempo.

—Lo entiendo —lo cubrió correctamente con las sábanas—, pero tú debes entender que no estás en condiciones de buscar a nadie y lo único que conseguirás abandonando esta cama será empeorar tu salud.

—Pero...

—¿Quieres contarme algo al respecto? —le cortó y Leighton se estremeció cuando apartó el mechón de cabello que tenía en la frente—. Llevo años viviendo aquí y tal vez podría ayudarte.

El rubor trepó por sus mejillas, ¿por qué lo trataba con tanta generosidad?

—Ya hizo mucho —no deseaba relacionarse con ella, quería dejar todo en el pasado—, lo mejor será que me vaya.

Una vez que se reuniera con Kornmack todo estaría bien.

Su madre estaba fuera de peligro y él podía seguir con la búsqueda de Colette.

—No irás a ninguna parte, Leighton Kilbrenner —aseveró Helen en voz alta, poniendo las manos en jarras, y le fue imposible no sentirse como un niño de diez años cuya madre lo estaba regañando—. El doctor dijo que reposes y eso es lo que harás, ¿me entiendes?

—Mi amigo...

—El duque de Argyll vino esta mañana y al verte en tan mal estado decidió volver a su casa, dijo que vendría a verte mañana.

¿Esta mañana?

En ese momento se dio cuenta que ya era de noche.

—Perdí un día —soltó con frustración.

—Debes descansar por lo mínimo tres —recalcó y la miró con horror.

—No perderé tres valiosos días, el día de mañana me iré y... —su voz fue muriendo al ver la reprimenda en sus ojos—. ¿Por qué me ayuda? Usted y yo no tenemos una buena relación, ¿acaso olvida que me abandonó y que yo decidí no saber más de usted?

Sus palabras la hirieron de tal manera que Helen dio dos pasos hacia atrás.

—No la atacaré, no le pediré que se marche ni abandone su vida en Edimburgo, pero si le soy sincero, no deseo aceptar su ayuda.

Porque no quería volver a confiar en ella, no quería creer que su amada madre aún existía dentro de esa mujer de carne y hueso, puesto que se rehusaba a sufrir un nuevo abandono de su parte.

—Siempre hice lo que tú quisiste en tu niñez y parte de tu adolescencia —le recordó con voz neutra y él tragó con fuerza, viendo como sujetaba un extraño envase verde—. Ahora harás lo

que yo ordene; bebe esto —lo obligó a beber un brebaje que sabía horrible y cuando pensó que podría luchar con ella para salir de la cama, su cuerpo empezó a relajarse de tal manera que terminó cayendo en un sueño profundo.

Esto no era justo.

Él necesitaba ir en busca de Colette.

Helen permaneció al lado de su hijo durante toda la noche y después de analizar su breve conversación por horas, esbozó una débil sonrisa que soltó varias lágrimas de las comisuras de sus ojos.

Él no era como Trevor.

Leighton llegó a su casa porque se preocupó por ella, intentó salvarla y eso quería decir que la amenaza que le hizo a Isaac, referente a acabar con su vida, sólo fueron palabras vacías dichas en un momento de rabia.

Su hijo no era un mal hombre, en ningún momento intentó implementar violencia contra ella e incluso le dijo que se iría sin causar ningún mal en su vida.

—Cuán equivocada estaba —musitó y sonrió con amargura—. ¿Por qué no las aceptaste en tu vida? —ansiaba conocer esa respuesta.

Colette y Carlisle le habían dicho que Leighton quería interrumpir el embarazo y por esa razón la joven salió huyendo de su hogar, pero algo le decía que existía una parte de la historia que ellos desconocían.

Tal vez su hijo no amaba a Colette —algo absurdo si se consideraba que la dama no sólo era hermosa, sino la persona más bondadosa e inteligente que conocía—, pero una parte de ella quería creer que jamás consideraría la simple idea de matar a su hijo sólo porque su madre no fuera de su agrado.

Leighton no era como Trevor.

Eso no podía ser así.

«La historia no puede repetirse», pensó con amargura.

Anne era una niñera maravillosa y Colette jamás podría quejarse de ella; no obstante, jamás entendería por qué tenía esa rara inclinación a desaparecerse en los momentos menos oportunos.

Llevaba quince minutos sin saber de ella y la afluencia de sus clientes cada vez era mayor, lo cual no le permitía centrarse enteramente en Daphne, quien no perdía oportunidad alguna para

gatear detrás del mostrador y tirar de las flores.

¡Esto era una locura!

La puerta de la tienda se abrió y ella quiso llorar ahí mismo al darse cuenta que ese día no tendría un solo minuto de descanso. Giró sobre su eje para recibir a su cliente con un entusiasmo que claramente no existía, pero cerró la boca en una fina línea al ver a la bestia escocesa ahí.

Helen le había informado que Leighton ya volvió en sí y su amigo el duque de Argyll estaba en Escocia, por lo que su presencia en la floristería no debería sorprenderle.

—Me gustaría un arreglo —comentó el hombre con desinterés y Colette se refugió detrás del mostrador para escribirle algo en su libreta.

—“¿Tiene algo en mente?” —El escocés se acercó para leer la hoja y la miró con interés.

—¿No hablas? —negó con la cabeza y la estudió con la mirada, reparando más segundos de los necesarios en su cicatriz—. Quiero el tipo de ramo que se le mandaría a una esposa que no te tolera ni acepta tu presencia en tu propia casa.

Colette palideció y él se rio con sorna.

—En resumen: uno caro.

Era el amigo de Ewan con el que menos había tratado y debía admitir que parecía el más desdichado de todos.

—“¿Lo mandaremos a alguna dirección en específico o pasará por él?”

—Vendré a verlo antes de que se haga el envío.

—“Estará listo en una hora”

El pelirrojo asintió y dejó varias monedas sobre el mostrador, pagando más de lo necesario. Quiso explicarle que era mucho, pero él no dejó que sujetara la pluma y agregó:

—Quédate con el sobrante.

Colette ya no pudo hacer más porque el hombre abandonó la floristería con paso resuelto. Miró a su hija con interés, curiosamente se había quedado muy quieta y callada en su lugar.

—Los amigos de tu padre son muy extraños —susurró en tono confidencial y Daphne le regaló una dulce sonrisa.

Iba a decir algo más, pero la puerta de la floristería se abrió con demasiada brusquedad, captando su atención.

—Lo siento tanto. —Anne estaba de regreso y tenía las mejillas encendidas de un rojo vivo debido a la vergüenza—. Tenía que enviar un telegrama a mi familia y perdí la noción del tiempo.

Colette suspiró, ¿tenía caso quejarse?

Anne siempre le hacía lo mismo una vez al mes, a veces no entendía qué era lo que la motivaba a ausentarse con tanta urgencia.

—Está bien, ayúdame con Daphne, debo armar un ramo despanpanante.

¿Qué tipo de mujer sería la duquesa de Argyll que tenía a un hombre tan imponente como la bestia escocesa totalmente desmoralizado?

A la mañana siguiente, Leighton despertó totalmente solo en su habitación y le pareció la oportunidad perfecta para salir huyendo de la casa de su madre. No obstante, había un problema y era que estaba prácticamente desnudo y su ropa no estaba por ningún lado.

—¡Madre! —vociferó fuera de sí y Helen ingresó a su alcoba con una radiante sonrisa en el rostro, se veía más animada de lo normal y él tuvo que aferrarse a las sábanas con vergüenza.

—¿Sí?

—¿Dónde está mi ropa?

—Ah, tu ropa. Hice que la lavaran.

—¡Necesito vestirme!

—Necesitas descansar —aclaró.

—Ya me siento perfecto.

—No lo creo —lo estudió con la mirada, ella sabía que estaba en lo cierto—. ¿Quieres que te traigan el desayuno? —Su estómago rugió en contra de su voluntad y asintió con un gruñido—. ¿Por qué estás tan molesto?

—Quiero ir en busca de mi esposa.

—¿Sucedio algo para que saliera huyendo de ti? —preguntó y Leighton apartó el rostro con pavor—. ¿Estás seguro de que está en Edimburgo? —insistió—. Cuéntamelo, tal vez pueda ayudarte a encontrarla, llevo años viviendo aquí.

Odiaba admitirlo, pero ella podría serle de utilidad.

—Si no viste a una mujer que se cubre de la cabeza a los pies no me sirves de nada —siseó, dejando las formalidades de lado, y no supo qué pensar al ver la palidez en su rostro—. Ella cubre su rostro y cada extremo de su piel, yo...

—Te casaste con Louisa Sheeran, ¿verdad?

—Dios, claro que no —gruñó con disgusto—. Mi esposa es Colette Sheeran, su hermana mayor.

Un largo e incómodo silencio se cernió sobre ellos, llenándolo de incertidumbre, y no se rompió hasta que su madre dijo:

—Pediré que te preparen un baño y te traeré algo de la ropa de Isaac, quiero que vengas a la floristería conmigo.

¡Él no iba a ir de paseo con su madre a ver flores!

Por todos los santos, ¿qué parte de que necesitaba encontrar a su esposa no entendía?

Sin embargo, era la oportunidad perfecta para salir de esa casa y dirigirse al pueblo de una vez por todas.

Capítulo 19

“Según fuentes cercanas, mi nota sobre la marquesa viuda fue más que suficiente para hacer que lord Isaac Kilbrenner partiera a Escocia. Si mis cuentas no fallan, dos de los hermanos se reunirían con su madre con bastante prontitud
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Leighton y su madre se habían reunido y lejos de todo pronóstico, el marqués no puso el mundo de su progenitora patas arriba. Carlisle siseó una maldición, según Anne, la niñera que dejó junto a Colette y la niña, la marquesa estaba cuidando de su hijo, quien no llegó en buenas condiciones, y él parecía estar muy dispuesto a aceptar su ayuda.

—No los reuní para que se reconciliaran y jugaran a la familia feliz —farfulló con enojo y rompió el telegrama con disgusto.

Tenía que partir a Escocia y hacer que Leighton descubriera la identidad de Colette. Tal vez si el marqués veía que su madre le escondió a su esposa e hija buscaría la manera de causar más daño a su alrededor.

—Ellos no serán felices.

La sociedad de los canallas le había arrebatado a Gillian y su hijo y por ende él arruinaría sus matrimonios y no dejaría que alcanzaran la felicidad hasta que le devolvieran a su mujer y al niño, todos serían miserables y el único matrimonio que se salvaría sería el de su hermana.

—¡Zander! —siseó un juramento, era un mal momento para que su hermana lo visitara.

Sin embargo, algo en su pecho se encogió al ver como Briseida ingresaba a su despacho con la desesperación plasmada en el rostro.

—¿Qué sucedió? —rodeó su escritorio y caminó en su dirección con preocupación—. ¿Cómo está mi sobrino? —Ella se veía muy pálida y sus ojos estaban enrojecidos, Ewan fue un idiota al dejarla sola junto a Lysander por tanto tiempo—. Habla, maldición, ¿sucedió algo malo?

El sollozo femenino hizo que la sangre empezara a burbujearle por dentro.

—¿Qué ocurre?, ¿el idiota de Saint Albans te hizo algo?

—Lo siento tanto, hermano —musitó con voz rota y Zander palideció.

—¿A qué te refieres?, ¿por qué me dices eso?

—Llegó una carta, no quería abrirla, pero sentía que era urgente. —La zarandeó, ella estaba perdiendo la compostura y él le pidió que tratara de calmarse y le explicara todo con más calma—. El pequeño Galen murió hace dos días, la fiebre se lo llevó.

Zander utilizó todo su ingenio para no perder la cordura, pero de nada le sirvió. En ese

momento ordenó que se preparara todo para partir a Escocia y determinó que ningún canalla merecía piedad.

Ahora mismo sólo quería su venganza.

«Por culpa de esos miserables no pude conocer a mi propio hijo».

Louisa no estaba en Edimburgo.

No importaba cuánto lo pensara, Colette estaba bastante segura de que su hermana no pasó por estos lares. Ella lo habría sabido o peor aún, su hermana la habría encontrado con bastante prontitud, por lo que no entendía qué trajo a Leighton hasta aquí.

Le escribiría a Helen y le pediría que recaudara algo de información respecto al tema, quizá ella podría buscarla en lo que Leighton recuperaba la vitalidad. Por muy molesta que estuviera con Louisa, no era como si fuera a abandonarla. Después de todo, fue ella quien la tiró a los brazos del marqués misógino.

—¿Cree que el marqués la reconocerá? —inquirió Anne, jugando con Daphne cerca de la entrada, y sintió algo de inquietud al recordar que ella conocía su secreto.

—Es imposible y gracias a los santos Daphne no se parece en nada a él.

Su hija era su vivo retrato, así que Leighton no tendría por qué sospechar de nada. Además, por la manera en la que se alejó de su cuerpo la noche que se acostaron, tal vez él la creía un monstruo.

—Dicen que la sangre llama —susurró la muchacha y rezó en silencio para que fuera un dicho sin fundamentos.

Nuevos clientes llegaron a la floristería y no se sintió nada tranquila al ver a los primos MacIntyre ahí, según la carta de Helen ellos estaban arrestados.

«Seguro pagaron la fianza». La garganta se le cerró, sólo esperaba que ellos no estuvieran ahí para buscar venganza, aunque dudaba mucho que estuvieran en busca de tulipanes.

Por todos los santos, para nadie era un secreto que los MacIntyre eran hombres despreciables y tramposos. Clavó la vista en Anne, quien estaba tan pálida como una hoja, y con la mirada le pidió que guardara silencio.

La castaña asintió y aferró a Daphne contra su cuerpo.

—¿Puedo ayudarlos en algo, caballeros? —actuó con la mayor naturalidad posible y aprovechando que el mostrador cubría la mayor parte de su cuerpo, guardó la tijera con la que cortaba los tallos en el bolsillo de su mandil floreado—. Helen no se encuentra, pero puedo encargarme de sus pedidos.

Lachlan le sonrió con sorna y se inclinó sobre el mostrador con coquetería.

—Siempre tan bonita y servicial, mi querida Ivy. —Estudió su cuerpo con pericia y Colette sintió inmensos deseos de vomitar, ese hombre era simplemente desagradable y no tenía la menor idea de qué diablos hizo para llamar su atención, pero siempre que se encontraban, él la miraba como si fuera un pedazo de carne.

—¡Tu jefa me debe dinero! —Murdoch, el hombre que parecía tener cierta obsesión con Helen, golpeó el mostrador con violencia.

—Eso es imposible.

—Por culpa de su hijo pagué una fianza para que nos liberaran y tuve que encargarme de los daños que él provocó en la posada, así que lo mejor será que traigas a tu jefa ahora mismo o lo lamentarás —volvió a golpear el mueble y Colette dio un paso hacia atrás, dándole un breve asentimiento a Anne para que saliera huyendo y fuera por ayuda.

—¡Mierda! —gruñó Lachlan cuando Anne se marchó con su hija en brazos.

—Iré por Helen —trató de distraerlos, no quería que la siguieran, su hija no podía correr ningún tipo de peligro—, ella...

—¡Esa zorra siempre arruina mis planes! —bramó Murdoch y en esta ocasión tiró todos los arreglos que estaban sobre uno de los aparadores. Colette jadeó, observando con horror como los jarrones de vidrio se fragmentaban, y el miedo empezó a congelarle las venas.

No era buena lidiando con hombres violentos.

—Me tiene hartó, haré que este negocio deje de funcionar hoy mismo y así dejaré de creerse la gran cosa.

Siguió rompiendo todo lo que se encontraba en su camino y nada mejoró cuando su primo se unió a él. Quería proteger la floristería, era el negocio que Helen amaba, pero... ella jamás podría lidiar con esos dos hombres totalmente sola.

Lo mejor que podía hacer era huir.

Rodeó el mostrador con toda la intención de correr hacia la puerta, pero sólo llegó a dar tres pasos antes de que Lachlan la rodeara por la cintura y tirara de ella con demasiada violencia hacia atrás.

—¡No!

—¿A dónde crees que vas?

Anne era su única esperanza y esperaba que pudiera encontrar ayuda lo antes posible.

¿Por qué aceptaba la ayuda de su madre? ¿Lo más sensato no sería que dejara a Helen atrás y siguiera con su vida?

Leighton se cruzó de brazos, observando el perfil de su progenitora, y se odió a sí mismo por

no poder repudiarla. Empezaba a comprender mejor el por qué sus hermanos la eligieron por encima de todo, Helen era una mujer cálida y lo suficientemente astuta como para manipular a los hombres y hacerles creer que realmente se preocupaba por su bienestar.

—Si sigues mirándome así pensaré que quieres lastimarme —observó y Leighton se tensó—. Oí que odias a las mujeres, debe ser por mi culpa.

—Las odiaba —siseó y ella enarcó una ceja con curiosidad—. Hasta que me di cuenta que no todas son como usted.

—¿Ya no eres el marqués misógino?

Negó con la cabeza, como odiaba ese apelativo.

—¿Puedo saber qué sucedió con tu esposa?

Se frotó los ojos con cansancio, ¿qué tan lejos estaban de la floristería y por qué el carruaje no aceleraba su marcha?

Ese lugar era asfixiante.

—Un malentendido.

—¿Ah sí?

—Fui un idiota —decidió utilizar la verdad—, actué de manera errada y estoy pagando las consecuencias, ¿feliz?

—¿Cómo es ella? —preguntó con interés—. Oí que era una joven extraña y...

—Colette es simplemente perfecta y no permitiré que use el horrible apelativo que tía Agatha le dio, ya tuve problemas con ella por ese inconveniente.

No fue fácil, pero puso a su tía en su lugar y ella prometió que nunca más volvería a hablar así de su sobrina política.

—Debes quererla mucho para invertir tanto tiempo en su búsqueda.

—La amo como no se imagina.

¿Por qué diablos no podía cerrar su corazón junto a Helen?

Odiaba hablarle de sus debilidades.

—Te ayudaré a encontrarla —se apresuró a decir y la miró con interés—, pero espero que no estés aquí para imponer tu voluntad.

—La primera vez que lo hice ella salió huyendo, está claro que eso no funciona con mi marquesa —siseó—. Y gracias, pero no necesito tu ayuda, lo cierto es que no planeo volver a tu casa —se aferró a su bastón y empleó todo su ingenio para decir las siguientes palabras—: no quiero que seas parte de mi vida.

Helen iba a decir algo, pero el carruaje frenó con violencia y los dos se incorporaron con rapidez al oír unos gritos en el exterior.

—Es Anne —susurró su madre y salió del carruaje de un salto.

Leighton la siguió y se tensó al ver a una joven de cabellera castaña corriendo en su dirección

con una bebé en brazos que se encontraba llorando a todo pulmón. La piel se le erizó, ¿qué pudo haber visto esa niña para mostrarse tan asustada?

—¿Qué sucedió, Anne?

La joven lo miró y trató de controlar su desesperación.

—Los MacIntyre están en la tienda —señaló el establecimiento que estaba a pocos metros de distancia y Leighton se tensó, por un momento pensó que esos hombres ya no serían una amenaza—. Están fuera de control y...

—¡No! —el grito femenino llegó a sus oídos y toda la piel se le erizó al reconocer el timbre de esa voz.

«No puede ser», susurró para sí mismo y lejos de tiritar en su lugar, Leighton salió disparado hacia la tienda, ignorando el llamado de su madre. Era su voz, él jamás olvidaría su dulce voz porque eso fue lo primero que atrajo su atención.

Cuando ingresó a la floristería, pudo ver claramente como un hombre tumbaba a una mujer al piso y se cernía sobre ella, bloqueando su campo de visión. La falda verde se sacudió con desespero y todo a su alrededor se volvió rojizo.

—¡Suélteme!

El bombeo en su corazón hizo eco y a partir de ese momento la calma con la que estuvo actuando el último año se esfumó.

—¡Suéltala! —bramó y cuando quiso abalanzarse sobre él, otro hombre lo sujetó del brazo y estrelló un puño en su rostro.

—A ti te quería ver, cabrón —escupió y Leighton no perdió el tiempo, blandió su bastón con habilidad, golpeando al gorila en el rostro y cuando lo vio trastabillar lo pateó en el pecho, enviándolo hacia uno de los aparadores.

—¡Arg! —rugió adolorido, cayendo sobre los vidrios, y eso hizo que el imbécil que estaba sobre su mujer saliera a su rescate.

—¡Murdoch! —se acercó al hombre que quedó inconsciente y sujetó un fragmento de vidrio que estaba en el piso para amenazarlo.

—¡No, no lo haga! —en esta ocasión Leighton no pudo reprimirse y clavó la vista en la mujer que estuvo buscando por más de un año.

El mundo tembló a sus pies y detalló la cabellera rubia con asombro, no se parecía en lo más mínimo a las cabelleras castañas de sus pequeñas hermanas. Su peinado se había estropeado debido al ataque y cuando ella conectó sus miradas, Leighton trastabilló.

¿En qué estuvo pensando al esconderse bajo un velo?

Sus ojos se clavaron en la cicatriz que lo hizo retroceder como un cobarde la primera noche que estuvieron juntos y cerró las manos en dos puños con impotencia.

«Qué imbécil fui».

Colette se incorporó con inmediatez, como si él fuera una nueva amenaza, y la culpabilidad lo carcomió por dentro. No quería que le temiera, él... sólo quería su amor y descubrir cada uno de los gestos que podría plasmar en su hermoso rostro.

—Ni la mires —bramó el escocés, haciéndolo volver en sí, y Colette corrió en su dirección para posicionarse detrás de su cuerpo.

Al menos sabía que junto a él estaría mejor.

—Ella vendrá conmigo cuando terminemos con esto.

Colette sollozó y lanzó un chillido cuando Lachlan se abalanzó sobre él. Leighton esquivó su ataque y lo sujetó de la muñeca con violencia.

—¡Arg! —rugió el hombre cuando le torció la mano y una vez que la amenaza de su arma se esfumó, lo golpeó en el vientre y luego le dio un golpe en el mentón con la cabeza de su bastón —. Maldito cabrón —gruñó, liberándose de su cautiverio.

—Su problema es conmigo, ¿por qué diablos se meten con mujeres indefensas? —escupió con desprecio, sintiéndose más vivo que nunca por la fragancia femenina, y una vez más la miró de reojo.

Su perfil era precioso, su nariz era pequeña y respingona y sus labios... Dios, nunca se cansaría de mirarla.

—¡Por tu culpa perdimos una fortuna! —sujetó uno de los pocos jarrones que estaban intactos —. Me importa un carajo que seas un marqués, hoy te mueres, cabrón.

—¡Cuidado! —cubrió a Colette con su cuerpo y ambos cayeron al piso, escuchando como el jarrón se fragmentaba contra la pared. Leighton se posicionó sobre ella para protegerla, no permitiría que ella saliera herida de esta estupidez que él mismo provocó, pero antes de que pudiera levantarse, el hombre lo sujetó de las solapas de su abrigo y tiró de él hacia atrás.

—Mierda. —Su nuca se estrelló contra el suelo y antes de que pudiera reaccionar, el pelinegro empezó a patearlo sin piedad alguna.

—¡No, no lo haga, Lachlan! —rogó ella, con lágrimas en los ojos, y Leighton la buscó con la mirada.

¿Se preocupaba por él?

Después de todo el daño que le causó, ¿ella aún podía llorar por él?

Cuando Lachlan levantó la pierna para estrellarla en su vientre, Leighton reaccionó con rapidez y rodeó su pantorrilla para tirar de él hacia adelante. El escocés aulló adolorido cuando cayó sobre su trasero, pero incluso así se abalanzó sobre él y rodeó su cuello con intenciones oscuras.

—¡Voy a matarte!

Quería estrangularlo, pero la falta de aire fue breve porque Leighton pudo ver claramente como Colette se abalanzaba sobre el pelinegro y le cortaba el rostro con unas tijeras.

—¡Arg!

Lachlan terminó tumbado en el piso, cubriendo su mejilla mientras se encogía de dolor, y Leighton se arrodilló junto a Colette para abrazarla con fuerza entre sus brazos al detectar la palidez en su rostro.

—Tranquila, mi amor, hiciste lo correcto.

—¡Leighton! —en ese momento su amigo llegó a la floristería, seguido de su madre, quien seguro fue por ayuda, y Colette sollozó con amargura—. Pero ¿qué mierdas sucedió?

—Llévatelos, Kornmack, y encárgate de que esta vez no exista fianza capaz de liberarlos —ordenó con frialdad y su amigo asintió.

—¡Colette! —Helen se arrodilló frente a ellos bajo la incrédula mirada del pelirrojo y Leighton apretó la mandíbula.

Su madre lo sabía y por esa razón lo trajo a la floristería cuando le dijo que se casó con la hermana Sheeran mayor. Quiso reclamarle, pero entonces Colette rompió su abrazo, hiriéndolo profundamente con su rechazo, y se lanzó a los brazos de su progenitora.

Helen era su lugar seguro, no él.

—Le corté la cara, Helen —soltó entre llanto, helándole la piel—, hice lo mismo que mi padre hizo conmigo —logró decir antes de perder el conocimiento y todo su cuerpo se estremeció ante el nuevo descubrimiento.

¿Qué tipo de heridas acababa de abrir en el corazón de su esposa?

—Colette —se la arrebató a su madre con rapidez para levantarla en vilo, pero entonces ella bloqueó su camino con decisión—. El doctor debe verla, ella...

—Prométeme que no las lastimarás.

En ese momento la niñera apareció en su campo de visión con su hija en brazos y tuvo que usar todo su ingenio para no caer de rodillas.

Las había encontrado.

Ellas estaban bien.

Y no tenía la menor idea de cómo haría para recuperarlas y llevarlas consigo a Londres.

Tenía la leve sospecha de que Colette no cedería a sus deseos tan fácilmente.

Capítulo 20

“¿Una pareja enamorada huyendo a Escocia? Damas y caballeros, lord Kilbrenner y lady Sheeran han sido vistos de camino al norte, les deseo un feliz y escandaloso matrimonio **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

«Le corté la cara, Helen, hice lo mismo que mi padre hizo conmigo».

Su padre... la persona que marcó su hermoso rostro fue su mismo progenitor y ese era un hecho que ni siquiera su amigo conocía, puesto que según todo Londres la familiar Sheeran fue muy feliz hasta que el vizconde y su esposa fallecieron en un accidente en carretera.

Leighton alborotó su cabellera con inquietud, nunca antes la había sentido tan angustiada y temía que lo ocurrido la afectara más de lo debido. Maldita la hora que no se preocupó por los primos MacIntyre, tal vez si hubiera estado más al pendiente de la situación, nada de esto habría sucedido.

—Ella está bien —musitó Kornmack y le dio unas palmaditas en el hombro—. Mira el lado bueno, encontramos a tu esposa e hija y ambas están bien.

La visión se le cristalizó y lo buscó con la mirada.

—¿Y si ellas pasaron por situaciones similares en el pasado y yo no estuve para ayudarlas? —la voz se le quebró y su amigo lo miró con inquietud—. Mi hija y mi esposa corrieron un gran peligro, Kornmack, si yo no hubiera llegado...

—Pero llegaste —la voz de su madre se alzó a su espalda y ambos abandonaron su lugar en el sofá para recibir a la rubia—. Colette y Daphne nunca pasaron por situaciones así, durante todo este tiempo su vida fue tranquila y feliz —le informó y él se frotó los ojos con frustración.

—¿Cómo está?

—Ya volvió en sí, ellos no llegaron a lastimarla, Leighton. —La horrible presión que hasta ese momento sintió en la boca del estómago se aligeró a grandes escalas y liberó una gran bocanada de aire con alivio—. Pero no quiere verte —sus ojos brillaron con tristeza—, cree que estás aquí para deshacerte de Daphne.

La miró con horror, ¿por qué Colette pensaría algo así?

—Tú le dijiste que si el bebé nacía ambas lamentarían las consecuencias. —En esta ocasión, su madre le estaba exigiendo la verdad y por esa razón Kornmack decidió retirarse de manera educada, invitándolo a buscarlo cuando se sintiera mejor y todo estuviera más calmado.

—Todo tiene una explicación —susurró en tono defensivo y su madre le sonrió.

—Explícamela.

—¿Por qué debería?

—Porque sabes que ahora mismo no tienes muchas opciones.

Menos si consideraba que Colette confiaba en su madre y muy probablemente ya compartía una amistad con ella.

—¿Por qué está contigo?

—Porque es la madre de mi nieta, ¿qué otra razón tendría para abrirle las puertas de mi casa y mi corazón?

—¿Lo sabías?

—Pensé que estabas casado con Louisa, ella me dijo que estaban comprometidos y tus hermanos sólo se referían a tu esposa como lady Sheeran, por eso nunca pensamos lo contrario.

—Ella cree que Louisa es mi esposa —dedujo y su madre asintió—. La noche que desapareció le conté la verdad a su tutor; me costó su amistad, pero al menos él por fin accedió a brindarme la mano de su mejor amiga en matrimonio.

—¿Qué sucedió, Leighton?, ¿en qué momento te convertiste en el villano de la historia?

—Elegí el aborto porque se suponía que la bebé estaba debilitando su salud —confesó con amargura—. El doctor me dijo que ella podría morir en el alumbramiento y dejé de razonar, es la primera y única mujer que amaré de esta manera y no deseaba perderla —la voz se le quebró—. No quería perderla.

—Me alegra que no seas como tu padre —fue su única respuesta y él agradeció que no le pidiera más explicaciones, eso era algo que prefería hablarlo con Colette—. Pero en casos como esos, la verdad habría sido la mejor alternativa.

—Estaba asustado —reconoció cabizbaja—. Mi mente explotó y pensé que lo mejor sería terminar con todo porque al final de cuentas ella no sabe que soy un hombre defectuoso y no sé si mis hijos serán igual que yo.

Su madre abrió los ojos con sorpresa y él asintió.

—Tenía miedo de formar una familia y que luego ella decida que no nos soporta.

No quería que la historia se repitiera.

—Tú... ¿temías que Colette te abandonara? —la voz femenina tiritó y él odió ver las lágrimas en los ojos ambarinos.

—Para nadie es fácil lidiar con un esposo e hijos idiotas.

—Por todos los santos, Leighton, ¡Colette jamás pensaría de esa manera! —explotó.

—No sabía qué esperar, usted nos abandonó y...

—Yo nunca los abandoné —soltó apasionadamente, helándole las venas, y la miró con fijeza—. Su padre intentó matarme y por eso no volvieron a saber de mí hasta el día de su muerte, porque según él sí completó su crimen.

—¿Cómo dice? —todo su cuerpo se sacudió por dentro.

¿Su madre nunca se marchó con otro hombre?

Helen restregó sus ojos con delicadeza y se dio unos minutos para acomodar sus ideas.

—Descubrí que Trevor quería matarte para que Isaac se convirtiera en su heredero. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y empezó a temblar sin control alguno, siempre supo que su padre lo odiaba, pero jamás se imaginó que podría llegar tan lejos como para provocar su muerte —. Le informé a Agatha sobre lo ocurrido mediante una misiva y cuando tu padre se enteró, se dio cuenta que nunca dejaría de protegerte y determinó que antes de lidiar contigo, debía acabar conmigo.

Leighton terminó sobre el sofá, mirando sus botas con atención, y no pudo contener las lágrimas que bajaron por sus mejillas.

—Me tiró al Támesis y por eso sobreviví, pero no me atreví a regresar.

—¿Y por qué él no volvió por mí? —conectó sus miradas y su madre se sentó junto a él para retirar las lágrimas de su rostro.

—Agatha puede ser una mujer cruel y especial, pero cuando se trata de ustedes, más que todo de ti, puede ser una leona dispuesta a todo por cuidar a sus cachorros.

Lo que quería decir que si seguía vivo era porque su tía siempre estuvo ahí para cuidarlo y su padre nunca se atrevió a tocarle un solo pelo a su adorada hermana.

—¿Ella lo sabe?

—Cree que su hermano logró matarme, nunca intenté buscarla y creo que fue lo mejor.

Su madre nunca lo abandonó, ella lo perdió todo por salvarle la vida a él: el hijo que se rehusó a reencontrarse con ella una vez que su padre murió.

—¿Por qué no intentó buscarme de nuevo?

—Hiciste una amenaza muy dura y me asusté, decidí que lo mejor sería dejarte tranquilo.

Cerró los ojos con frustración, maldita la hora que la rabia le hizo decir tantas estupideces. Su corazón empezó a bombear sin control alguno y miró a su madre con inquietud, sintiéndose un verdadero estúpido por no haber buscado una explicación desde un principio, y todo su cuerpo se tensó cuando ella lo abrazó por la cintura.

—No te culpo, cariño —un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Siempre te amaré y querré lo mejor para ti, por lo que te pido que luches por tu esposa.

Durante años se había dicho que el amor no existía porque su madre se marchó sin mirar atrás, pero la realidad era que fue su mismo amor de madre lo que la llevó a renunciar a toda su vida con tal de que él tuviera una.

¿Cómo pudo ser tan imbécil?

—De verdad lo siento —soltó con voz débil, no muy seguro de cómo actuar.

Él... era malo expresando sus emociones.

—¿Por qué no vas por ella?

—Dijo que no quiere verme.

—¿Y eso te detendrá? —pregunto con diversión y él sonrió por lo bajo.

—No lo hará.

Su madre rompió el abrazo y Leighton abandonó su lugar con lentitud, consciente de que había muchas cosas que solucionar, pero lo primero que debía hacer era ganar la confianza de su esposa.

—Suerte.

Sentía que necesitaba más que eso para recuperar el amor, si es que alguna vez existió, de Colette. Cuando llegó a la habitación de su esposa, un sinfín de dudas lo dejaron petrificado en su lugar hasta que la suave risa de su hija lo motivó a levantar el brazo y llamar a la puerta.

Quería ser parte de sus vidas, él también ansiaba conocer la felicidad.

—Adelante —la voz estaba impregnada de dudas y temor, así que ella ya sabía que se trataba de él.

Ingresó a la habitación en silencio, manteniendo una postura erguida, mas no imponente, y cuando giró sobre su eje para acercarse a la cama se encontró con una hermosa imagen ante él.

Colette estaba sentada y apoyada en el cabecero de la cama y Daphne estaba en sus brazos, observándolo con un brillo fascinante en sus ojos color esmeralda. Ellas eran muy parecidas y mentiría si dijera que ese hecho no le fascinaba. No obstante, a diferencia de su hija, quien se veía feliz y entusiasmada, Colette estaba pálida y sus ojos brillaban con recelo.

—¿Cómo te sientes? —se acercó a la cama y se sentó en el sillón que estaba junto a la misma.

—No me hicieron nada —informó con voz ronca—, ¿y usted?

Daphne se liberó del agarre de su madre y empezó a gatear en la cama.

—Puedes decirme Leighton, Colette —trató de romper el hielo y tragó con fuerza al ver como su hija iba en su dirección—. Yo no les haré daño —se obligó a decir y presionó las manos sobre los posabrazos—. Hay muchas cosas que debo explicarte y... —su voz murió cuando inclinó el cuerpo para tomar a su hija en brazos.

Se sorprendió por el grito de felicidad que ella lanzó y sin ser consciente de sus movimientos la acercó a su rostro y juntó las puntas de sus narices, robándole una suave carcajada.

Era una niña llena de alegría y vivacidad.

La abrazó con fuerza y se disculpó una y otra vez en silencio por haber pretendido acabar con ella. Colette hizo bien al huir, de no haberlo hecho, su bella Daphne no estaría con ellos.

—Perdóname —susurró con impotencia y la buscó con la mirada—. Yo jamás quise llegar a esto, de verdad lo siento tanto.

—Tienes que irte. —Negó con la cabeza y Daphne apoyó su regordeta mejilla en su hombro—. Nosotras nunca seremos una carga para ti, ni esperaremos algo a cambio por nuestro silencio.

—No puedo dejarlas, quiero que vengan conmigo.

—No arruinaré el matrimonio de mi propia hermana.

Leighton negó rápidamente con la cabeza y cuando quiso acunar su mano, ella la apartó con brusquedad.

—Estás equivocada —su corazón le dolía, odiaba sentir su rechazo.

Colette sonrió con amargura, ¿de verdad pensaba que lo seguiría ciegamente cuando él era el marido de Louisa?

—Estamos bien aquí.

—Pero yo no estoy bien sin ustedes. —En ese momento se vio obligada a conectar sus miradas y la piel se le erizó al ver tanta desesperación y tristeza en el semblante masculino—. Nunca me casé con Louisa.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa—. Imposible, Isaac... —pudo percibir cierta tensión ante el nombre que empleó... él dijo...

—Tú y yo estamos legalmente casados, tanto Daphne como tú son Kilbrenner.

—Imposible —salió de la cama de un salto, importándole muy poco que ahora mismo sólo se encontrara con su camisola.

—No es mentira —abandonó su lugar y siguió sus pasos—. Le dije la verdad a Ewan la misma noche que te fuiste y firmamos todos los contratos.

Dios santo, ¿ella era la marquesa de Teingham?

Se llevó una mano a su mejilla derecha y empezó a tiritar sin control alguno. Esto tenía que ser una mentira, sólo un demente la elegiría como esposa, pero...

—Ya tienes mi dote, ¿qué haces aquí? —escupió con rencor.

Haría bien en recordar que desde un principio él sólo buscó su dinero.

—Pienso devolverte hasta el último penique una vez que mis cuentas se estabilicen. —Colette levantó el mentón con suficiencia—. He cambiado, el marqués misógino que conociste ya no existe.

—No te creo —farfulló—, pero si es así, devuélveme mi dinero y déjame vivir plenamente con mi hija.

—No.

—¿Por qué no? —se exasperó y se preocupó al ver como Daphne jugaba con el pañuelo de su padre.

Anne tenía razón, la sangre llamaba y por esa razón su hija se sentía muy cómoda con Leighton.

—Porque las amo y no renunciaré a ustedes.

Lo miró como si tuviera tres cabezas, seguramente escuchó mal. Era imposible que un hombre como Leighton Kilbrenner fuera capaz de amar a una mujer tan defectuosa como ella, menos cuando ésta le dio una hija.

—¿Qué sabes tú del amor? —escupió con ira contenida, no dejaría que volviera a jugar con sus sentimientos nunca más—. Me utilizaste y al hacerlo traicionaste a tu mejor amigo, fuiste un ser egoísta y cruel, y cuando descubriste que tus acciones tuvieron consecuencias intentaste acabar con ellas.

En esta ocasión no pudo soportarlo más y le arrebató a Daphne con disgusto.

—Eres el marqués misógino, jamás serás apto para cuidar de dos mujeres y tarde o temprano te aburrirás de nosotras.

—Eso no es verdad, yo...

—Tú debes irte porque no eres bienvenido ni en mi vida ni en la de Daphne.

Colette no tenía la menor idea de dónde estaba sacando el valor para enfrentar a Leighton, pero no daría marcha atrás. Ahora tenía una hija bajo su cuidado, no era la misma joven que el engatusó y sedujo, por lo que lo mejor sería que el entendiera su situación por las buenas y no generara más problemas.

—Estás siendo injusta.

—¿Qué? —su voz sonó más chillona de lo normal—. Tú me traicionaste, si tuvieras vergüenza...

—Hice todo lo que hice porque quería salvarte la vida —explotó, haciendo que su hija respingara en su lugar, y se vio obligado a mantener la compostura para no asustarla.

—¿Qué quieres decir? —la voz le tembló.

—El doctor me dejó claro que si no interrumpíamos el embarazo tú morirías en el alumbramiento. —Las piernas le temblaron, eso no podía ser verdad—. No es mentira, tú mejor que nadie sabe cómo te encontrabas, tu salud estaba deteriorada y...

—Mejoró cuando me quité el velo —musitó anonadada y miró a su hija con sorpresa—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que querías continuar con el embarazo y yo te elegí a ti porque ya te amaba y no quería perderte para siempre, no quería ser el causante de tu dolor y...

—Mentira —le cortó con brusquedad—, tú no querías que nadie descubriera tu desliz.

—Iba a casarme contigo, en un principio me mantuve al margen por cobarde y porque Ewan no estaba en buen estado, pero pensaba pedir tu mano en matrimonio.

—¿Y qué te hizo cambiar de parecer? —lo miró con recelo.

—Todo se vino abajo cuando el doctor me habló de tu situación.

Se veía desesperado y era evidente que estaba triste, pero...

—Y como debíamos deshacernos del bebé, ya no había razón para que hicieras lo correcto, ¿verdad? —soltó con frialdad y él abrió sus ojos de hito a hito.

—No, claro que no, yo...

—El día que te aprovechaste de mí; porque sí, eso fue lo que hiciste porque nadie sería capaz

de hacer el amor con una mujer para luego abandonarla —odiaba que la voz se le quebrara, pero no había manera de que pudiera esconder todo el dolor que esas palabras le generaban—, fuiste muy claro ante tu desagrado y desprecio.

—Yo sí te hice el amor —susurró con congoja— y lo sé porque nunca antes había sentido algo así.

Colette se rio sin humor alguno y odió que una lágrima se deslizara por su mejilla.

—¿Por eso saliste huyendo cuando tocaste mi cicatriz?

—Sí —su respuesta hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal y dio un paso hacia atrás, odiando que su espalda impactara con la puerta de su habitación—. Hui porque me recordaste que soy un ser humano que puede sentir y amar —acarició su mejilla con suavidad y Colette no bajó la mirada—. Sé que es pronto y no me perdonarás tan fácilmente, pero debes saber que ustedes vendrán conmigo y se quedarán a mí lado porque así debe ser.

—No, no quiero...

—Sé que me amas.

—Eso no es verdad —mintió y por ende su voz sonó más aguda de lo normal.

—Lloraste por mí, luchaste por mí e incluso ahora sigues aquí por mí.

Él era desquiciante.

—Márchate, nosotras somos tu peor error.

—No, Colette, mi peor error es haber estado orgulloso de ser el marqués misógino.

—Por favor, Leighton —rogó con lágrimas en los ojos y los cerró con fuerza cuando su mano se deslizó por su cuello y terminó su recorrido en su brazo.

—Te dejaré descansar, pero no me marcharé de este lugar si no es con ustedes —informó y dejó un casto beso en la frente de su hija antes de abandonar su habitación.

Por todos los cielos, ¿es que Leighton había perdido el juicio?

Ellos nunca vivirían tranquilos, nadie la aceptaría como la marquesa de Teingham y sus hermanos... abrió los ojos con desespero, por todos los cielos, ¿cómo iba a explicarle que Isaac le pidió matrimonio?!

Colette quiso creer que Leighton no aceptaría vivir bajo el mismo techo que su madre, pero cuando esa noche le llevaron la cena a su dormitorio, Anne le informó que él ya se había instalado en una habitación y Helen no parecía estar dispuesta a echarlo.

«Leighton no es una amenaza», se dijo cuando recordó sus palabras y ladeó el rostro con frustración, «pero incluso así me urge huir de él».

Era una mujer defectuosa, el marqués debía entrar en razón y dejarla ir.

Capítulo 21

“El duque infame está al tanto de la huida de su pupila y partió hacia el norte con muchas horas de desventaja, me pregunto con qué finalidad se unió al viaje, ¿planea ser un testigo?

No es como si lady Harriet vaya a regresar siendo una Sheeran, ¿verdad?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Esto era una locura, él ya la había visto, pero incluso así una parte de ella quería esconderse; no obstante... dejó caer el velo sobre su rostro y los labios de su hija empezaron a temblar al tiempo que sus ojos se cristalizaban.

—No, no, no —volvió a levantar la tela y Daphne sonrió y agitó sus manos con entusiasmo.

A su hija no le gustaba su atuendo, el único que le quedaba.

—Si me permite opinar, milady. —Anne captó su atención—. Usted es muy hermosa y los vestidos que lady Helen le compró son preciosos, estas prendas no le hacen justicia —observó las telas grises que llevaba puestas y Colette suspiró.

—Tú no lo entiendes, jamás me sentiré cómoda en mi piel mientras él esté cerca.

Porque él la menospreció, porque sólo necesitó tocar su cicatriz para apartarse, y eso era más que suficiente para dejar claro que ella era desagradable.

—La señora salió para concretar los últimos detalles de la demanda hacia los MacIntyre.

—¿Sola? —la miró con interés.

—No, fue con el duque de Argyll.

—¿El marqués está aquí? —el pulso se le disparó.

—Me temo que sí, creo que teme que escape de nuevo.

Esa idea sonaba simplemente maravillosa, pero no era como si tuviera a un duque de Carlisle cerca para recurrir a una acción tan cobarde.

Decidió probar suerte una vez más y bajó el velo de nuevo, pero en esta ocasión su hija empezó a llorar sin previo aviso. Lo que le faltaba, era tan temperamental como su padre. Iba a levantarse el velo, pero la puerta de su habitación se abrió sin previo aviso y la sangre se le congeló al ver a Leighton ahí, observándola con fijeza.

—¿Qué cree que hace?, ¿por qué no llamó a la puerta?

—Llévese a mi hija —ordenó con frialdad y Anne siguió su orden sin miramiento alguno. No le sorprendió, venía de la casa de Carlisle, seguro era normal que recibiera ese demandante trato todo el tiempo.

—¿Qué quieres? —se cruzó de brazos cuando la puerta se cerró y se sintió bastante segura

bajo su atuendo, aunque también sofocada.

—¿A qué diantres estás jugando, Colette? —avanzó peligrosamente en su dirección, pero ella dio un paso hacia atrás.

—No te me acerques.

Leighton paró en seco.

—¿Por qué te vestiste así? —farfulló y ella cuadró los hombros con valentía.

—Porque solo así me siento segura cuando estás cerca.

—¿Qué? —su voz bajó una octava.

—Admite que mi cicatriz te desagrada, es incómodo mirarme a la cara sin reparar en ella y... ¿qué haces?! —chilló cuando terminó de alcanzarla y tiró de su velo con violencia, dejando su rostro en libertad—. ¿Por qué no me dejas tranquila?!

Los brazos masculinos la rodearon con fuerza y todo su cuerpo tiritó cuando bajó la tela de su cabeza para dejar sus bucles dorados en libertad.

Dios, realmente esa ropa era asfixiante.

—¿De verdad crees que eres desagradable? —susurró con voz contenida, acariciando sus bucles con bastante concentración, y ella tragó con fuerza—. Eres la mujer más bella que he conocido en mi vida y por más que lo analizo no logro entender por qué te escondiste por tanto tiempo.

Colette apartó el rostro con la vergüenza a flor de piel.

—Mi prometido me abandonó después de que mi rostro quedara marcado.

—¿Y por eso creíste que esconderte era lo mejor?

—Creí que si lo hacía nadie me notaría —la voz se le quebró—, pero luego llegaste tú y... —la piel se le erizó, él acababa de rasgar su vestido—. ¿Qué haces?

—Me deshago de la basura.

—Es mi único vestido.

—Qué bueno, así no tendré que repetir esto.

Empezaron a forcejear y Leighton no se quedó tranquilo hasta que la dejó únicamente en su camisola y el vestido gris terminó hecho trizas sobre el piso enmoquetado.

—¿Por qué no puedes respetar mi decisión? —preguntó con impotencia y la visión se le cristalizó.

—Porque no es la tuya —farfulló, helándole las venas—. Haces esto pensando en los demás —le señaló el vestido—. Pero cometes un error, la opinión de ese imbécil no debería importarte, ¿quién diablos se cree para juzgarte?

Una lágrima se deslizó por su mejilla y la apartó con rapidez.

—Tú también me abandonaste.

—Y no sabes cuánto me arrepiento —siseó.

—¡No te creo! —explotó y lo empujó por el pecho—. Si estás aquí por honor, lárgate, nada de lo que... —la sorpresa la golpeó con fuerza cuando Leighton cubrió sus labios con los suyos y todo su cuerpo se sacudió cuando la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo con rudeza, robándole un suave gemido.

—¿Por honor? —jadeó contra sus labios, lamiendo su labio inferior con picardía—. Joder, Colette, ¿crees que estoy así de duro por mi honor? —se restregó contra ella y Colette lo abrazó por el cuello en busca de un soporte—. Quería hacer las cosas con calma, llevar la fiesta en paz, pero eres tan hábil para sacarme de quicio que mira como terminamos.

—Mmm... —gimió cuando penetró su boca con astucia y lejos de apartarse, se aferró a él como si de eso dependiera su vida.

La deseaba, contra todo pronóstico, una vez más, Leighton la deseaba.

—Leighton...

—Vuelve a vestirme así y te ataré a mi cama desnuda para apreciarte por horas.

Su cuerpo se estremeció.

¿Desnuda?

Ellos nunca se habían visto desnudos.

Como si él acabara de darse cuenta de lo mismo, rompió el beso con necesidad y la buscó con la mirada.

—Déjame hacerlo.

La garganta se le cerró y no opuso resistencia alguna cuando bajó los tiros de su camisola y la prenda se arremolinó a sus pies, enseñándole al castaño la totalidad de su piel.

—Dios —gimió y dio otro paso hacia atrás—. Eres tan perfecta.

Colette se abrazó por el vientre y su ruborizó con violencia.

¿Era normal que sus palabras la hicieran sentir tan especial?

Ella... quería creerle.

—¿Qué haces? —se alarmó cuando la tomó en brazos y la tendió en la cama.

—Tu piel es hermosa. —Sus manos moldearon sus costados y ella se estremeció—. Tus pechos...

—¡Ah! —se arqueó, dejando que jugara con ellos, y todo su cuerpo se estremeció cuando deslizó una mano por su vientre y la enterró en la unión de sus piernas—. Leighton —jadeó, aferrándose a las sábanas.

—Abre las piernas, mi amor —pidió y ella así lo hizo, provocando que él se subiera a la cama y se arrodillara entre ellas—. Tan suave y perfecta.

El calor en su rostro se intensificó y se cubrió la boca con una mano cuando los labios masculinos se dirigieron hacia su lugar secreto, saqueando todo con antojo y necesidad. La desesperación la embriagó y ladeó el rostro con desespero, clavando la vista en la ventana de su

habitación.

Era de día, no había un rastro de oscuridad entre los dos, e incluso así él estaba actuando con pasión desmedida.

—Ah, sí, Leighton —contoneó sus caderas, dejando que la lengua masculina la torturara, y empezó a respirar con dificultad al sentir como algo intenso se formaba en su vientre bajo—. Un poco más.

—¿Así?

—¡Ah! —hundió un dedo en su interior, provocando que algo dentro de ella explotara, y todo su cuerpo se estremeció cuando las oleadas de placer comenzaron a descender sin control alguno.

Le costaba controlar su respiración, su piel tenía una fina capa de sudor y él estaba intacto, con toda la ropa en su lugar y con los labios aún en ella.

Por esa razón debía huir de ese hombre, él tenía una capacidad asombrosa para hacerla perder la razón.

—No quiero verte con el velo puesto nunca más —dijo finalmente y se recostó junto a ella para dejar un casto beso en su mejilla—. Me gustan las peleas maritales cuando terminan así, pero no daré marcha atrás en cuanto a ese punto en particular.

—¿No tomarás más? —inquirió, cerrando las piernas con nerviosismo al sentir como rodeaba su pecho, y él se rio.

—Lo haré cuando estés lista.

Sonaba absurdo, pero parecía que siempre estaría lista para él.

—¿A qué viniste a mi habitación?

—Kornmack nos invitó a almorzar a su casa y quiero que vengas conmigo.

Colette no quería ir, pero mentiría si dijera que no quería conocer a la esposa de la bestia escocesa.

—Yo...

—Mi madre irá directamente allá, así que alístate porque esperará por nosotros —abandonó la cama y no entendió por qué le dio la espalda con tanta rapidez.

Se veía nervioso.

—Rompiste mi vestido.

—Estoy seguro de que tienes algo mejor.

¿Tenía caso seguir discutiendo con él?

Es decir, sentía como si Leighton acabara de liberarla de unas cadenas a las cuales no sabía que estaba atada.

—Me quedaré con Daphne y le pediré a Anne que venga a ayudarte.

Era lo mejor, no deseaba que nadie más que Anne la viera en ese estado.

—Leighton...

—Si vas a decirme que me marche y olvide lo que pasó estás loca —seguía de espalda a ella—. Eso no pasará, menos después de lo que sucedió.

—Sólo iba a decirte gracias.

Aclaró y él la miró por encima del hombro.

—Si me miras así seré un canalla y te haré el amor.

Colette se cubrió con el cubrecama con rapidez, no estaba lista para llegar tan lejos, aunque curiosamente, su cuerpo la reprendió por ser tan remilgada.

No lo entendía, ¿qué era lo que quería?

Una hora más tarde, Colette observó fascinada el castillo de Argyll desde la ventana de su carruaje. Era una construcción enorme y su tierra parecía ser próspera y estar muy bien cuidada.

—Le gusta —musitó Leighton, quien tenía a Daphne en brazos, y Colette observó la escena con curiosidad.

Le costaría mucho acostumbrarse a esta imagen, normalmente Leighton siempre tenía un gesto arisco y poco amigable, pero ahora mismo... se veía como un hombre normal y generoso.

¿Qué tanto tuvo que pasar en el último año para presentar un cambio tan drástico?

Cuando ingresaron al castillo de Argyll, Colette se tensó a ver al duque junto a Helen y dos mujeres, seguramente su madre y esposa, y sus ojos repararon en la diminuta mujer que estaba junto a él.

Era preciosa, nadie podía negar ese hecho, pero ¿por qué el escocés eligió a una mujer tan diferente a él?

La castaña de ojos celestes era pequeña, menuda y parecía un ser frágil y delicado, un gran contraste para la bestia escocesa.

—Qué bueno que ya llegaron —Helen la abrazó por los hombros, consciente de su incomodidad, y se encargó de hacer de las presentaciones un momento ameno—. Querida, te presento a Meribeth, la madre del duque de Argyll, y a Raphaella McDoughall, su esposa.

Eran similares, aunque la duquesa viuda seguía siendo más alta y robusta que su nuera.

—Miladies, les presento a Colette Kilbrenner, la marquesa de Teingham.

Los saludos se efectuaron con propiedad y por el cómo la duquesa viuda habló con Leighton le quedó claro que ellos ya se conocían.

—Es una bebé hermosa —musitó Meribeth ni bien tuvo a Daphne en sus brazos y su hija pataleó con regocijo—. Se ve sana y vivaz —añadió entretenida y Colette se tensó al ver la fijeza con la que Raphaella miraba a su pequeña.

Tal vez era hermosa, pero parecía una mujer sin alma y propósito.

—Pasemos al comedor —pidió el duque, tendiéndole el brazo a su esposa, y la misma lo aceptó sin dirigirle una sola mirada.

Los rumores no eran falsos, el matrimonio de los duques de Argyll era un verdadero fracaso,

puesto que después de dos años, ni siquiera había un niño en esa casa para alegrar la estancia.

Ahora mismo eran los gritos de Daphne los que resonaban por el lugar.

—¿Planean volver pronto a Londres? —inquirió Meribeth en medio de la comida, captando su atención—. He estado pensando que podríamos ir —miró a su nuera—, ...

—Están bien aquí —zanjó el duque con cierta dureza y Colette le dio un sorbo a su copa de agua, viendo la amargura en el rostro de la duquesa.

—Aún no planeamos volver a Londres —respondió con seguridad—, tuvimos un percance con la floristería de Helen y no puedo dejarla ahora.

Lo cierto era que no se iría sin su suegra, pero aún no sabía cómo abordaría ese tema con Leighton.

—¿Qué tipo de percance? —inquirió la duquesa y Helen se removió con inquietud.

—No es necesario que te quedes por eso, querida, pronto regresará Isaac y...

—Aún no sabemos si la floristería seguirá funcionando —reconoció Leighton, tomando a ambas rubias por sorpresa—. Es algo que se hablará más adelante, por ahora queremos disfrutar de nuestros días en Escocia.

Por todos los cielos, ¿quién era ese hombre y qué le había hecho a su esposo?

—Ya veo... —musitó Meribeth—. Creo que Kornmack se irá pasado mañana, ¿no es así, querido?

—Ya no tengo nada que hacer en Escocia —respondió con frialdad.

—¿Cómo que no tienes nada que hacer? —musitó la duquesa viuda con horror—. Te fuiste una larga temporada dejando todo a nuestro cargo y si bien la casa ha ido bien, tú también podrías participar de las actividades.

—Son ustedes las que viven aquí, háganlo a su manera.

No recordaba que el hombre fuera tan cruel y arisco, según los rumores, se suponía que Ewan y Argyll eran los más generosos del club.

—¿Usted no desea ir a Londres, lady Raphaella? —decidió recuperar la palabra y centrarse en la atractiva castaña.

—Lo he estado pensando. —Al menos era lo suficientemente tenaz como para mirar a la gente a los ojos—. Soy inglesa, pero toda mi vida he vivido en Escocia.

—¿No conoce Londres? —la miró con sorpresa y ella asintió.

—No le gusta —respondió el duque y la castaña lo miró con disgusto.

—Mi hermano me ha hecho un par de invitaciones.

—¿Su hermano?

—El vizconde de Aberdeen —una tierna sonrisa se dibujó en su rostro—, lo he echado de menos.

—Él se casó con mi hija menor —informó Meribeth.

—Ya veo —susurró—, espero poder coincidir con ustedes en Londres, sería grato tenerlas de visita.

Aunque el duque de Argyll pensara de otra manera.

Después del almuerzo el duque los llevó a pasear por sus tierras y Colette no pudo negar la habilidad de Meribeth y Raphaella para llevar el castillo, su gente las adoraba y parecían serles bastante fiel.

Dejó que Daphne gateara por la hierba y Anne siguió sus pasos para supervisar la situación desde cerca.

—¿Todo en orden con mi hijo? —Helen no pensaba fingir ignorancia.

La miró de reojo.

—¿Por qué lo haces?

—Porque merecen una segunda oportunidad, todo fue un malentendido.

—Uno que él provocó —aclaró con disgusto y Helen suspiró.

—Fue un idiota, pero no es un mal hombre, Colette, dime que al menos lo estás considerando.

Claro que lo estaba considerando, pero necesitaba asegurarse de que sus promesas no fueran palabras vacías, puesto que estaba bastante acostumbrada a que cuando se trataba de ella todos los hombres faltaran a su palabra.

A pocos metros de distancia, Leighton se encontraba teniendo una conversación similar con su amigo.

—¿Por qué no te casaste desde un principio? —inquirió Kornmack con el ceño fruncido—. No sólo es generosa, sino hermosa.

—Fui un imbécil, si no me hubiera dejado llevar por las palabras de Naden nada de esto habría pasado.

—Pero siéntete feliz, pronto recuperarás a tu mujer e hija y tendrás un dichoso matrimonio.

Lo miró con fijeza.

—¿Tan mal te va?

—¿La has visto? Ni siquiera me mira.

—¿Sabe que tienes una amante?

—¿Estás loco? —farfulló en voz muy baja, fulminándolo con la mirada—. Nadie sabe sobre mi relación con Tessa, su hermano y Euphemia me matarían si se enteran de eso.

Tenía lógica, pero...

—Tal vez si la llevaras a Londres contigo y te esforzaras un poco más las cosas podrían cambiar.

—No lucharé por esa arpía sin sentimientos —siseó con disgusto, mirando la pradera—. Ella es libre de hacer con su vida lo que quiera y lo sabe.

—¿Al menos tiene los fondos para hacerlo?

Kornmack sonrió con cinismo.

—Digamos que de alguna manera debo mantenerla en regla, ¿no crees?

No lo entendía, la bestia escocesa era un hombre recto y caballeroso, pero tenía la leve sospecha que de cuando su esposa se trataba, él era el peor de las bestias y esposo.

—¿Cómo vas con tu mujer?

—Creo que hay avances —reconoció, pensando en el agradable momento que compartieron durante la mañana. Por todos los santos, se sintió tan furioso cuando la vio con su velo que perdió el control de sí mismo—. No quiero presionarla.

—Te irá mejor si te rasuras esa horrible barba, ¿es que quieres trenzarla o qué? —lo pasó de largo y Leighton se acarició la misma con frustración.

Tal vez haría bien en preocuparse un poco más por su aspecto. Después de todo, ya encontró a su esposa e hija y podía brindarse un respiro.

—¿Ha perdido la cabeza o qué?! —bramó Isaac fuera de sí, fulminando con la mirada a la castaña que tenía en frente, y lady Harriet se cruzó de brazos y no borró su estúpida sonrisa de su rostro.

Siempre le pareció una muchacha tediosa y algo entrometida, pero nunca se imaginó que su absurdo enamoramiento le provocaría tantos problemas.

—¿Cómo diablos hizo para colarse en mi carruaje?!

¿Y por qué diablos su gente tardó tanto en percatarse de su presencia?!

Maldición, llevaban más de medio viaje hecho y suponía que cualquier camino que decidiera tomar sería muy malo.

¿Cómo diantres le informaría a Saint Albans que su pupila más pequeña se coló en su carruaje para seguirlo hasta Escocia?

—El amor hace que uno cometa locuras.

—¿Amor? —farfulló—. Ni siquiera me conoce.

—Por favor, milord, lo he amado desde el primer día y no puedo permitir que se case con otra mujer. —Se tensó y la miró con advertencia.

¿Cómo estaba al tanto de algo así?

Ella se encogió de hombros, ni siquiera sentía vergüenza de sí misma por sus bajas acciones.

—Lo vi comprando un anillo de compromiso y escuché que tenía pensado viajar a Escocia.

—¿Te colaste en mi carruaje sabiendo que quiero casarme con otra mujer?

—¿Está confundido! Yo soy la mujer de su vida.

Isaac se frotó el rostro con cansancio, debió obedecer a Archie cuando le sugirió que no fuera

muy amable con la castaña.

—Ni siquiera ha sido presentada en sociedad, apenas y acaba de cumplir dieciséis años.

—Y como no quiere esperarme, me vi obligada a tomar cartas en el asunto.

Debía mantener la cordura, no podía agredir a esa niña.

—Como sea, la devolveré a Londres y aclararé las cosas con Ewan, él es un hombre sensato y sabrá que nunca le puse una mano encima.

Sin embargo, ahora era muy tarde para emprender camino, por lo que tendrían que partir mañana a primera hora.

—No lo permitiré —pateó el piso, tomándolo por sorpresa—. Debe casarse conmigo. —La miró como si estuviera loca—. Es su deber, he estado bajo su cuidado por dos noches y...

—No me casaré con usted —escupió, avanzando en su dirección con paso amenazante—. En mi vida he sido obligado a hacer algo que no quiero y en esta ocasión no habrá ninguna excepción, ¿me entiende?

Harriet le sonrió con cinismo, prendiendo todas sus alarmas.

—Todo Londres está al tanto de lo ocurrido.

—Imposible, lady Saint Albans no sería tan indiscreta.

—Le escribí a lady Berricloth.

Isaac cerró las manos en dos puños, totalmente ofuscado, y en vez de asustarse, la muchacha levantó el mentón con suficiencia.

—Eres mío, Isaac Kilbrenner.

Esto tenía que ser una maldita broma, una mocosa de dieciséis años acababa de burlarse de él.

—Me importa un comino su reputación, no seré víctima de sus errores y hablaré con la verdad.

—¿No puede hacerlo! —lo miró con horror e Isaac se rio.

—Claro que puedo, no permitiré que una chiquilla como usted me vea la cara de idiota.

La desesperación brilló en sus ojos castaños.

—¿Por qué no puede aceptarme? Soy hermosa y...

—Eres una niña —farfulló—, jamás podría verte como mujer.

—Haré que se case conmigo —soltó con lágrimas en los ojos e Isaac se dio cuenta que sólo existía una manera para hacerla entrar en razón.

—Usted no sabe el infierno que vivirá a mi lado.

—Lo conquistaré, usted se enamorará de mí y...

Se rio por lo alto, ¿podía ser más ilusa?

—¿Enamorarme? —soltó con desdén y sin previo aviso se quitó su levita y tiró de su pañuelo—. ¿Por qué haría eso? —siguió con su chaleco.

—¿Qué hace? —musitó alarmada y con un movimiento resuelto se quitó su camisa—.

¡Tápese! —ordenó e Isaac determinó que la única manera de dar marcha atrás con toda esta locura era asustándola.

—¿Quieres ser mi esposa? Bien —la sujetó de la cintura al ver que pretendía huir y la tiró hacia la cama con violencia.

—¡No, no quiero! —gritó con miedo, volviéndose en su dirección, e Isaac se abalanzó sobre ella, sintiéndose un miserable por tratarla de esta manera.

«Pero alguien debe hacerla entrar en razón».

—Suélteme, por favor.

—No, tú llegaste hasta aquí para esto.

Se presionó sobre ella, incrementando su temor, y cuando determinó que era momento de terminar con esta locura, la puerta de su habitación se abrió sin previo aviso y la sorpresa lo golpeó de tal manera que saltó de la cama con prontitud, quedando como piedra al ver al recién llegado.

—¡Ewan!

Harriet corrió hacia su tutor con lágrimas en los ojos, realmente asustada, e Isaac apenas y pudo creer que todo hubiera salido tal y como esa zorra lo había planeado. Si hubiera esperado, si se hubiera quedado quieto en su lugar, Ewan habría hecho acto de presencia para llevarse a su irresponsable pupila y liberarlo de toda responsabilidad.

—No te mato porque eres el hermano de mi mejor amigo —farfulló el rubio, rojo de la cólera, y él tragó con fuerza—. Hablaremos de esto mañana, sabes que no hay marcha atrás, ¿verdad? —lo estudió con la mirada y ni siquiera se atrevió a emitir palabra alguna.

¿Qué excusa podría darle?

¡Fue él quien se quitó la ropa y se abalanzó sobre la castaña!

Harriet se marchó asustada, pero estaba seguro de que para el día de mañana ella sería un rebosar de alegría.

—Me las pagarás.

Tarde o temprano, Harriet Sheeran recibiría su castigo.

Ahora era una niña, pero él era un hombre paciente.

La venganza era un plato que se servía frío.

Capítulo 22

“El vizconde de Hunt acaba de abandonarnos y a diferencia de sus amigos, él no partió hacia el norte.

¿Algún buen samaritano podría decirme cuál es el secreto que nuestro vizconde perfecto esconde fuera de la ciudad?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Él había cambiado.

Colette podía dar ese hecho por sentado y no precisamente porque se la pasara la mayor parte del tiempo observándolo ahora que la floristería no estaba funcionando, sino porque por primera vez desde que lo conoció sus ojos ambarinos brillaban con emociones muy diferentes al odio y resentimiento. Incluso su sonrisa maliciosa se había ido y mentiría si dijera que ese hecho le disgustaba.

Verlo junto a Daphne era todo un espectáculo para ella porque Leighton podía reír, jugar e incluso bromear con su hija.

Su cariño parecía sincero.

—¿No puedes dormir? —Apartó la vista del libro que estuvo observando por más de veinte minutos sin hacer nada en concreto y tragó con fuerza al ver a Leighton frente a ella—. ¿Es impresión mía o sufres de insomnio?

Ahora que lo pensaba, ellos no sabían nada del uno y del otro.

—Sólo quería leer —mintió y se reprendió a sí misma por haberse quedado en la biblioteca, lo mejor habría sido que regresara a su habitación.

—¿Podrías leerme un poco? —se sentó junto a ella, sin invadir su espacio, y Colette se mordió la lengua con disgusto—. Por favor.

—Me sentiría mejor si te marcharas.

—Te he buscado por más de un año, ¿por qué me iría ahora que te encontré?

—No lo entiendo, ¿por qué fue tan fácil para ti reconocerme? —lo buscó con la mirada y él le regaló una cálida sonrisa—. Por un momento pensé que pasaría inadvertida para ti.

—Te noté cuando te escondías en las sombras, ¿por qué no lo haría ahora que brillas más que el sol? —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y abandonó su lugar con rapidez.

No creería en sus palabras, Leighton era un canalla y por ende sabía mentir muy bien.

—No te vayas —le rogó y odió que sus palabras la clavarán en el piso—. ¿No crees que aún tenemos mucho de qué hablar?

—Fui clara contigo, no deseo quedarme a tu lado —agradeció en silencio que la voz no le temblara.

—¿Por qué no?

—Porque me asustas —confesó y dio un paso hacia atrás cuando él abandonó su lugar—. Porque un momento puedes sentirte bien, feliz y dichoso a mi lado, pero luego eres torpe, salvaje y grosero. No quiero que Daphne tenga un padre así.

Porque ella no tenía garantía alguna de que su amor sería eterno.

—Jamás podré negar tus palabras porque tienes razón, en el pasado fui un bruto sin corazón, pero ahora todo es diferente. Las amo, tú y Daphne son el sueño al cual nunca me atreví a aspirar. Por lo que más quieras, dame una segunda oportunidad para demostrarte que cambié.

Colette sonrió con amargura, quería creer en sus palabras, pero...

—¿Cómo reaccionarias si te dijera que Isaac me pidió matrimonio? —un tenso silencio se cernió sobre ellos, generándole un escalofrío en toda la espina dorsal.

Ya sea el miedo o un acto reflejo, dio un paso hacia atrás, intentando implementar algo de distancia, pero Leighton rodeó su muñeca y avanzó en su dirección para cortar la poca distancia que los separaba.

—¿Lo quieres? —lo miró con sorpresa, ¿acababa de escuchar bien?—. ¿Mi hermano es alguien importante en tu vida? —se veía abatido, preocupado, pero en su rostro no había rastro alguno de ira y desesperación.

Él realmente parecía otro hombre.

—No —confesó con voz débil y cerró los ojos con fuerza cuando los brazos masculinos la rodearon—, para mí Isaac Kilbrenner sólo es tu hermano menor.

Ni siquiera entendía por qué le pidió matrimonio.

—Gracias a Dios —reconoció y en esta ocasión la instó a regresar a su lugar en el sofá—. Mi relación con mis hermanos es compleja e Isaac... —no pudo terminar con la oración y ella decidió ayudarlo.

—Tu madre me dijo que no se llevan bien.

Leighton se acarició el mentón, pensativo.

Había cosas que prefería no mencionar de su vida privada, pero si quería que Colette y él desarrollaran un vínculo especial dentro de su matrimonio debía ser sincero.

—Mi padre siempre lo prefirió. —«Porque a diferencia mía, él no es defectuoso»—. E Isaac no fue el mejor de los hermanos —confesó y su mente viajó en el tiempo.

—¡Por tu culpa nuestra madre se fue!

Tal vez era un joven de diecinueve años, pero incluso así las palabras de su hermano menor lo hirieron profundamente.

—Yo no pedí nacer así.

—Si yo hubiera sido el primer hijo, nada de esto estaría sucediendo y nuestra madre seguiría a nuestro lado.

El abandono de su madre les había sentado muy mal y su padre se había encargado de que su relación se quebrara con el pasar de los años.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Que te largues! —bramó Isaac, fuera de sí, helándole las venas—. ¿Acaso no te das cuenta que eres un estorbo para la familia? Cada vez que estás cerca, nuestro padre enloquece, ¿por qué diablos no te vas con tus amigos y te pierdes de nuestras vidas? Eres un idiota, ni siquiera puedes leer, no quiero imaginarme en el tipo de marqués en el que te convertirás.

Leighton le tomó la palabra y a partir de ese momento empezó a desarrollar una relación más cercana con el duque de Saint Albans, quien al igual que él, no tenía familia.

No una que lo amara.

Siempre se había dicho que odiaba a sus hermanos por irse detrás de su madre, pero lo cierto era que su relación con Isaac y Archie se había quebrado desde hace mucho tiempo y todo porque su padre se encargó de menospreciarlo delante de ambos castaños. Aunque... Archie nunca fue tan cruel como Isaac.

—Tal vez no fuiste el favorito de tu padre —sus palabras lo arrancaron de su letargo—, pero estoy segura de que eres el favorito de Helen.

Leighton no pudo evitarlo y esbozó una débil sonrisa.

—Mi error fue creer que fui su mayor vergüenza.

—¿Por qué creerías algo así? Eres el tipo de hijo que toda madre desea tener.

Todo sería más fácil si le confesara su más grande secreto, pero... tenía miedo.

¿Qué tal si lo abandonaba?

Leighton no podía negar que no existía noche que no rogara porque su hija fuera una niña sana, no quería que viviera el mismo infierno que él.

—¿Rechazaste su oferta? —regresó al tema de su importancia y ella asintió.

Bien, lo menos que necesitaba era pelear con su hermano por la misma mujer.

—¿Puedo saber por qué? —Al no recibir una respuesta, decidió jugar con fuego—. Todo sería más fácil si aceptaras el amor que sientes por mí.

—¿Para qué? —lo miró con amargura—. ¿Para que luego salgas huyendo y me recuerdes que jamás seré tu mejor opción?

—Ya eres mi esposa —susurró—. Tú siempre fuiste mi mejor opción.

—Debes irte y fingir mi muerte, estoy segura de que existe alguien mucho más apropiada que yo para ser tu marquesa.

—Colette...

—Déjame en paz, Leighton —soltó con frialdad, helándole las venas—, jamás perdonaré todo el daño que me causaste.

—Pero...

—George me hizo mucho daño cuando se marchó y rompió nuestro compromiso, pero tú con tu desprecio hiciste que yo me marchara y renunciara a mi propia vida con el corazón roto, ¿de verdad crees que volveré a caer ante ti? —odió que las lágrimas bajaran por las mejillas femeninas y bajó el rostro con vergüenza—. Me entregué a ti, me perdí en tus besos y en tus brazos y tú me trataste... —su voz murió cuando se arrodilló ante ella y Colette dio varios pasos hacia atrás al ver que pretendía rodear sus piernas.

—Ya no me lo recuerdes —rogó angustiado—, créeme que no hay día que no piense en esa noche y lamente cada una de mis acciones.

Él debió quedarse a su lado, llevarla a su alcoba y hacerla suya una vez más para pactar su compromiso. De haberlo hecho, ella le habría abierto su corazón y le habría revelado su verdadero aspecto.

Pero no, fue el peor de los canallas y misóginos.

—Tu sufrimiento no cambiará nada, el daño ya está hecho —siseó y salió de la biblioteca con paso apresurado, deseosa de alejarse de él por una larga temporada.

Debía existir una manera, no podía darse por vencido, necesitaba recuperar a su mujer.

El siguiente día fue más tranquilo que el anterior y Colette no lograba entender por qué Leighton y su madre parecían tolerarse con bastante naturalidad. Sus conversaciones no eran forzadas, a veces incluso se alejaban para hablar a solas y por ende se sentía traicionada, puesto que incluso su hija se iba gateando detrás de su padre.

—¿Puedo preguntar por qué de un momento para otro se llevan tan bien? —no lo soportó más, necesitaba respuestas.

Helen le regaló una tierna sonrisa y dejó su libro de lado.

—Él ya sabe la verdad.

Una verdad que ella aún desconocía.

—¿Y me la puedes contar? —vio la duda en su semblante—. ¿Por qué no? Somos amigas.

—Hay cosas que sólo Leighton puede decirte. —Pero ella no quería acercarse a su esposo porque cada vez que lo tenía cerca su cuerpo y mente reaccionaban con imprudencia—. Sé que lo has estado evadiendo desde esta mañana, ¿sucedió algo entre ustedes?

Sí, más de lo que debería haber sucedido, pero no pensaba decirlo en voz alta. Aún no podía

creer que Leighton Kilbrenner se hubiera arrodillado ante ella para pedirle perdón y rogarle por una segunda oportunidad.

—Él no acepta mi negativa.

—Lo haría si fuera sincera —aclaró y la miró con sorpresa—, ¿tanto te cuesta admitir que amas a mi hijo?

La visión se le cristalizó.

—Soy una mujer defectuosa, su amor durará poco cuando la gente se burle de él.

—Colette —acunó su mano con ternura—, amo a mi hijo, pero ¿qué te hace pensar que él es perfecto? Te aseguro que Leighton tiene muchos defectos e inseguridades como tú, pero incluso así está siendo valiente al luchar por tu amor.

—No sé qué hacer —musitó y Helen lanzó un suspiro antes de girar el cuerpo y sujetar una libreta con su pluma.

—Escríbele lo que sientes.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Escríbele una carta y luego entrégasela.

—Pero...

—Te hará sentir mejor.

—¿Crees que la lea? —aceptó la libreta y la pluma con timidez.

—Él te dirá si lo hará o no una vez que se la entregues.

Decidió seguir su consejo y descargó todas sus emociones sobre el papel blanco, percatándose de que cada vez era menor la presión que sentía en el pecho.

—¿Y si no lo lee? —preguntó con preocupación, ahora la idea de que sus sentimientos fueran ignorados no hacía más que espantarla.

—Se los gritas en la cara y listo —zanjó y la instó a abandonar su lugar—. Ahora ve con él, lleva horas con Daphne en su habitación.

—¿Qué? —la miró con horror, nadie le informó nada al respecto.

—¿Qué quieres que hagamos? Es ella la que quiere ir con él.

—Porque la sangre llama —musitó en voz baja y Helen asintió—. Bien, creo que es hora de hacer lo correcto y no seguir huyendo.

Enfrentaría a Leighton y de acuerdo al como terminaran las cosas, decidiría si volvería a Londres con él y su hija o seguiría luchando por una independencia lejos del... hombre que amaba.

Bajó los hombros con tristeza, ¿por qué simplemente no podía confiar en sus palabras y aceptar su oferta?

—Adelante —dijo él ni bien tocó la puerta de su habitación y sonrió por lo bajo al oír el grito de su hija.

Ingresó al lugar con paso titubeante y paró en seco al ver que Leighton y su hija estaban sentados sobre la alfombra. Él miraba a la pequeña rubia con una sonrisa en el rostro y Daphne agitaba con regocijo una muñeca que ni Helen ni ella le compraron.

Se veía como un buen padre y el que Daphne fuera tan cercana a él debería confirmarle ese hecho.

—Colette —susurró él con sorpresa cuando se dio cuenta de su presencia y ella se aferró a su carta con nerviosismo—, ¿sucedió algo?

—¿Podemos hablar? —se acercó a la cómoda y tocó la campanilla.

—Claro, pero ¿todo está bien? —tomó a Daphne en brazos y se acercó a ella.

—Sí, sí —musitó con nerviosismo y él vio la hoja que tenía en mano—, es sólo que quiero hablar a solas contigo.

Porque si algo salía mal, Daphne no les dejaría ser plenamente sinceros y ambos contendrían sus emociones. Una vez que quedaron solos en la habitación, Leighton se volvió hacia ella y la observó con inquietud, ¿temía que tuviera malas noticias para él?

En ese momento se dio cuenta de sus ojeras y lo cansado que se veía y lo miró con pesar. Odiaba ser la causante de todo su malestar.

—¿Colette? —la hizo volver en sí y ella respingó en su lugar—, ¿sucedió algo malo?

—No, yo no diría eso —susurró y miró la carta que tenía en mano—. Es sólo que...

—¿Qué? —se acercó a ella y tomó la hoja con cautela—. ¿Tú la escribiste? —lo vio achicar los ojos y no supo qué pensar cuando apartó la mirada—. Es larga.

—No sé cómo expresar mis sentimientos.

—Léela —se la regresó y ella la miró con incredulidad.

—Lo escribí porque no soy capaz de decirlo...

—No sé leer —soltó de sopetón, dejándola sin palabras—. No puedo hacerlo, me temo que por más que lo intente, nunca podré leer tus letras, mi amor.

—¿Qué? Pero... tú... ¿Por qué nunca me lo dijiste? Una vez te hiciste de la nota que Zouche me envió y...

—Hice que mi tía me la leyera —se encogió de hombros—. ¿Puedes leer tu carta por mí? —insistió y ella lo miró con fijeza.

¿A esto se refería Helen cuando le dijo que Leighton tampoco era perfecto?

La visión se le cristalizó, qué manera más dura de hacerle ver la dura verdad.

—Lo siento —dobló su carta y la escondió en el bolsillo de su falda—. No quería incomodarte, lo mejor será que me vaya y...

—No —impidió su partida y sujetó su brazo con firmeza—. No lo hagas, por favor, ya estás aquí, seamos valientes.

Cerró los ojos con frustración.

—No puedo —confesó y él acunó sus mejillas con ternura, obligándola a conectar sus miradas—. Aún no estoy lista.

—Dime algo —percibió su inquietud—, ¿no te incómoda saber que no puedo leer? —Colette arrugó el entrecejo—. Lo he intentado tantas veces, pero las letras siempre se mueven por sí solas y las sienes me martillean cuando me concentro en un solo texto. Soy un hombre defectuoso, nunca podré ser normal y...

—Tú no tienes la culpa de nada —ahora fue ella quien acunó su rostro—. ¿Por qué te juzgaría? Yo tampoco soy perfecta.

—Tú eres lo más perfecto que existe —soltó apasionadamente y la abrazó con fuerza—, al menos para mí esa es mi única realidad.

—¿Por eso siempre me pedías que te leyera? —quiso saber y rompió el abrazo con lentitud.

—Sí, cuando te oí por primera vez me recordó a la época de mi niñez cuando era feliz y mi madre estaba conmigo.

—Ella te leía —no era una pregunta, sino una afirmación.

—¿Cómo lo sabes? —frunció el ceño.

—Siempre le lee un poco a Daphne durante las noches.

Él sonrió con melancolía.

—No soy un mal hombre, Colette, intenté serlo y lo logré, pero se sintió horrible y estoy arrepentido.

—¿Ya no odias a tu madre?

Él negó con la cabeza.

—Pero pese a su inocencia, aún me cuesta amarla.

Algo bastante considerable si se analizaba todos los años que pasó lejos de Helen.

—Todo saldrá bien, el tiempo decidirá cuál es el camino —volvió a acariciar su mejilla y arrugó el entrecejo—. ¿Podría rasurarte? —los ojos ambarinos la miraron con sorpresa—. Creo que está algo larga —explicó rápidamente—, pero si te gusta... —intentó retroceder, pero él rodeó su cintura y la pegó a su cuerpo.

—Sí, ayúdame con eso, por favor —susurró, clavando la vista en sus labios, y ella se los relamió con nerviosismo.

—Está bien.

Leighton entrelazó sus manos y la guio hacia la silla que estaba junto a la ventana.

—Prepararé todo —le informó y ella lo observó en silencio, no muy segura de si podría manejar la navaja de manera correcta—. Si te asustas, puedes dejar de hacerlo —espetó de pronto, como si pudiera leerle la mente, y se volvió hacia ella para entregarle la navaja.

—Yo...

—¿Puedes contarme qué fue lo que te sucedió? —miró su cicatriz y ella se ruborizó—. Sé que

no puedo matar dos veces a tu padre, pero lo odiaré hasta el último día de mi existencia.

—Siéntate, por favor.

Parecía prudente hablar con Leighton sobre su pasado, después de todo, la muerte de sus padres fue una mentira que ellas inventaron para no quedar arruinadas.

—Mi padre era un hombre celoso e impulsivo y mi madre era muy bella para su propia tranquilidad.

—Te parecías a ella, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —lo miró con fijeza.

—No te pareces en nada a tus hermanas y eres simplemente hermosa.

Colette empezó a regar la crema de afeitar, bajo su atenta mirada, y luego observó la navaja y comenzó con su labor con sumo cuidado.

—Un día perdió el control y decidió que sólo viviría tranquilo si se deshacía de su familia. —Lo sintió tensarse—. Primero mató a mi madre y cuando quiso atacar a Louisa, me puse en medio e hice que mis hermanas fueran por ayuda. Trata de calmarte, por favor, no quiero cortarte —acotó con ternura y aceleró sus movimientos al sentirse más confiada—. Pude distraerlo, pero cuando me alcanzó, él me cortó la cara y luego quiso clavar su cuchilla en mi corazón.

—¿Y qué sucedió? —la sujetó con fuerza de la cintura, como si temiera que pudiera desaparecer de su vista.

—Mis vecinos, el señor Cannon y su hijo lograron impedir que cumpla su objetivo.

—¿De casualidad el hijo de ese señor era tu prometido?

—Así es —musitó y empezó a quitar el vello restante una vez que terminó con su labor—. Cuando mi padre se dio cuenta que ya no podría lastimarnos, se suicidó con un disparo en la cabeza.

Dejó la cuchilla y el paño que utilizó para limpiarlo de lado y acarició la mejilla despejada con ternura.

—Te ves mejor.

—Ewan no lo sabe.

Lo miró con tristeza.

—Somos pocos los que conocemos esa historia.

—¿Por qué me la cuentas? —se incorporó con lentitud, dejando sus cuerpos más juntos que antes, y ella lo buscó con la mirada.

—No lo sé.

—¿Segura? —insistió y ella tragó con fuerza.

—Sólo quería hacerlo, eres mi esposo y cualquier escándalo podría afectarte —su voz fue muriendo cuando él inclinó el rostro en su dirección y no puso objeción alguna cuando sus labios se encontraron, ni cuando la tomó en brazos ni mucho menos cuando la recostó en su cama para

empezar a despojarla de su ropa.

Ambos habían desnudado sus almas, pero sabían que necesitaban algo más.

—Leighton —gimió cuando lo sintió piel con piel y enterró las manos en sus cabellos castaños—. Tengo miedo —admitió y él besó su frente con ternura.

—Confía en el amor que siento por ti, te lo ruego, dame una oportunidad para demostrarte que puedo hacerte la mujer más feliz del mundo.

La visión se le cristalizó y estiró el cuello para unir sus labios con suavidad.

—Siempre me pregunté cómo sería volver a tenerte en mis brazos y hacerte el amor bajo la luz del sol, sin tu estúpido velo encima.

—¿Y cómo se siente? —inquirió con voz débil, dejando que sus labios se deslizaran por su cuerpo y la saborearan de muchas maneras.

—Es como estar en el paraíso —admitió y Colette se arqueó sobre el mullido colchón cuando poseyó su femineidad con brío—. Quiero hacerlo una y otra vez, por el resto de mis días.

—Leighton —gimió adolorida, empuñando las almohadas con necesidad y todo su cuerpo tiritó cuando él se cernió sobre ella una vez más y empezó a abrirse paso en su entrada.

Las paredes vaginales lo acogieron con fuerza, presionando el miembro con necesidad, y él empezó a respirar con dificultad al darse cuenta que por fin había regresado a su lugar seguro.

—Te amo, Colette —musitó una vez que se enterró profundamente en ella y como respuesta lo abrazó por el cuello para sentir sus firmes embistes y disfrutar del momento.

Ella también lo amaba y esperaba encontrar el coraje para decirlo en voz alta más adelante.

—Ah, ah, ah —gimió una y otra vez, bastante receptiva ante su esposo, y las piernas le temblaron al percibir una tensión mayor en su vientre bajo.

¿Qué era eso?

Nunca antes había sentido algo igual.

Leighton afianzó sus nalgas para levantar sus caderas un poco más y cubrió su boca con un beso voraz para devorar el grito que surgió de su garganta cuando logró alcanzar su glorioso orgasmo. Una lágrima se deslizó por su mejilla, los espasmos aún sacudían su cuerpo con violencia, y por esa razón agradeció que su amabilidad se esfumara y él empezara a arremeter contra ella con fiereza.

—Sí, sí, Leighton, ¡ah!

—¡Arg! —rugió él, estremeciéndose de la satisfacción, y Colette lo abrazó con las piernas para lidiar con sus propios temblores.

Su primera vez había sido demasiado diferente.

—¿Te encuentras bien? —se tumbó junto a ella y besó su mejilla con cariño.

—Fue... diferente.

—En cada ocasión mejorará —le prometió y la cubrió con la manta en silencio—. Gracias por

esto —la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo—, no tienes idea de cuánto te necesitaba.

Los minutos transcurrieron en silencio y Colette sólo abandonó la cama cuando Leighton cayó profundamente dormido. Se vistió lo más rápido que pudo sin causar revuelo y salió huyendo de esa habitación como si su vida dependiera de ello.

¿Cómo pudo terminar en su cama tan pronto?

¿Cómo era posible que fuera tan débil cuando de él se trataba?

«Porque lo amo y quiero creer que él siente lo mismo que yo».

La visión se le cristalizó, jamás tomaría una decisión sensata mientras viviera bajo el mismo techo que Leighton. Ella requería tiempo y espacio, porque si las cosas seguían así, pronto se iría a dormir a la misma habitación que su esposo y olvidaría todo el mal que le causó.

—¿Todo en orden, milady? —inquirió una Anne sonriente con su hija en brazos, ella estaba completamente dormida.

—Nos vamos, ven conmigo.

Leighton no podía venir a alborotar la pacífica vida que creó en Edimburgo sólo porque así lo deseaba, estaba harta de que ese hombre fuera capaz de poner su mundo patas arriba con su sola presencia.

—¿Suced algo, Colette? —se encontró a Helen en el recibidor y sin poder controlarse, la miró con súplica al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Déjame volver a la floristería, no puedo vivir bajo el mismo techo que Leighton.

Helen no se atrevió a brindarle una negativa y en cuestión de minutos estuvo de camino a la floristería junto a su pequeña y Anne. Estaba siendo una cobarde al huir de esta manera, pero ¿qué más podía hacer?

Sus emociones eran muy intensas y tal vez ahora sí podía creer un poco más en las palabras de Leighton, ese encuentro en su cama fue tan abrumador que ella sólo quiso alejarse de ese lugar cuanto antes.

«Cedí muy pronto», se frotó las sienes con impotencia, ¿por qué era tan débil cuando de él se trataba?

—Milady... —las palabras de Anne la hicieron volver en sí y la buscó con la mirada, ella se veía muy nerviosa y abatida.

—¿Sucedió algo?

—Usted y lady Helen han sido muy buenas conmigo y hay algo que deben saber. —Frunció el ceño—. Durante todo este tiempo le he enviado telegramas al duque de Carlisle para informarle sobre cada uno de sus pasos.

—¿Qué?

—Pensé que él se preocupaba por ustedes, pero la actitud de lord Teingham hizo que me sintiera confundida, no parece un mal hombre y en lo absoluto es tan grosero como el duque.

—Te entiendo... —susurró con pesar, tal vez ella nunca recibió un buen trato por parte de su patrón.

—Cuando el marqués llegó a Edimburgo no dudé en mandarle un telegrama, pensé que podría ser peligroso, pero ahora no sé si hice lo correcto.

—¿Crees que el duque vendrá? —preguntó con un hilo de voz y el carruaje se detuvo de manera abrupta, prendiendo todas sus alarmas, y obtuvo su respuesta cuando la puerta se abrió.

Carlisle estaba de regreso en su vida y se veía fuera de sus cabales.

—¿Vas a alguna parte, milady?

Capítulo 23

“Si creyeron que esta temporada no tendría más escándalos, se equivocaron. Acaba de llegarme información de suma importancia y es que la bestia escocesa lleva más de un año y medio en una hermosa relación con su querida. Ahora él no se encuentra en Londres para limpiar su nombre, pero un caballero no debe decir mentiras
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Leighton abrió los ojos sintiendo una horrible presión en el pecho y salió de la cama de un salto al darse cuenta que estaba totalmente solo en su habitación. Se vistió con inmediatez, rezando en silencio para que su malestar sólo fuera algo sin sentido y Colette no hubiera cometido ninguna imprudencia.

—¡Colette! —la llamó, mientras bajaba hacia el recibidor—. ¡Colette!

—¿Sucedió algo? —se volvió hacia su madre, quien salió del salón verde con el ceño fruncido.

—¿Dónde están? Fui a su habitación y no hay rastro alguno de mi esposa e hija.

—Creo que la presionaste mucho —su corazón se encogió, por un momento pensó que las cosas empezarían a cambiar entre ellos—. Se fueron a los cuartos que hay en la floristería, creo que no le sentó bien vivir bajo el mismo techo que tú.

—Debo ir a buscarlas.

Ya era de noche, ella ni siquiera debió haber salido de la casa, podría ser peligroso y...

—Espera —le pidió y conectó sus miradas—. ¿No crees que estás siendo egoísta?

—No se trata de mí, madre —farfulló—, no las traeré de regreso, sólo quiero asegurarme de que estén bien.

¿Por qué se sentía tan angustiado?

Había algo que no lo dejaba sentirse tranquilo.

—El duque de Carlisle estaría muy decepcionado si viera que al final de todo sí llegaste por tu esposa e hija con buenas intenciones. —La mención del duque hizo que la sangre se le congelara y la miró por largos segundos en silencio—. Sí, fue él quien la ayudó a escapar y la trajo hacia mí.

—Ese maldito —escupió con desprecio.

—Puede que sea un villano, pero gracias a él tu hija llegó al mundo.

Se tensó, no pensaba estar en deuda con ese malnacido.

—Madre...

—¡Milady, milady, milady!

—Por Dios, Anne, ¿qué sucede? —preguntó su madre al ver a la criada tan alterada y Leighton empezó a respirar con dificultad.

—El duque de Carlisle se llevó a lady Teingham y a Daphne, no permitió que el carruaje avanzara y la señora tuvo que seguirlo para que se calmara porque estaba fuera de sí.

—No puede ser —su madre estuvo al borde del desmayo y él la sujetó con fuerza.

—¿Sabes hacia dónde fueron?

—Estoy segura de que se la llevará a la propiedad que posee a pocas millas de distancia, pude escuchar que le dio esa instrucción a su cochero.

—Debo ir —hizo que su madre se sentara en el sofá más cercano y agradeció que el mayordomo hiciera acto de presencia—. Que vayan en busca del duque de Argyll, díganle que necesito gente en la casa del duque de Carlisle.

Ahora mismo la bestia escocesa era el único que podía brindarle una mano.

—Como usted ordene, milord.

Leighton se hizo de su semental y abandonó su casa como alma que lleva el diablo.

¿Por qué diablos no pensó en él la noche que Colette desapareció de Saint Albans House?

«Eres carne muerta, Zander Milton», escupió mentalmente. Jamás pensó que Carlisle llegaría tan lejos con tal de encontrar a la mujer que desechó como si fuera un pedazo de basura.

Ese hombre no tenía ni la menor idea de con quién se estaba metiendo.

Esto no podía estar pasando.

Por más que Colette analizara la situación una y otra vez, no podía entender en qué momento el duque de Carlisle perdió el control sobre sí mismo y se convirtió en esto.

—¿Por qué hace esto? —preguntó alarmada, tirando de sus manos con esfuerzo, pero lastimosamente la sogla la tenía bien aferrada al cabezal de la cama.

Miró a su hija de reojo, al menos ella seguía totalmente dormida.

—¿Qué es lo que pretende? —insistió—, ¿por qué me trajo hasta este lugar?

Era la primera vez que él la trataba de una manera tan deplorable y eso no hacía más que angustiarla. Hizo mal al salir de la casa de Helen, todo parecía indicar que el duque estuvo esperando la oportunidad perfecta para hacerse de ellas.

—Te ayudo a escapar —ironizó—, ahora que Teingham te encontró, necesitas un nuevo escondite.

—Yo no pedí su ayuda, ni siquiera quiero estar aquí —sacudió sus manos con más fuerza, pero sólo se hizo daño.

—No hagas tanto ruido, no queremos que la linda Daphne se despierte, ¿verdad? —la frialdad en su voz hizo que la piel se le erizara y tragó con fuerza.

—¿Qué es lo que quiere?

En ese momento el duque se acercó a la cama y se cruzó de brazos al tiempo que la estudiaba con la mirada.

—Por culpa de Teingham y sus amigos mi hijo está muerto. —La sorpresa la golpeó con fuerza y empezó a tiritar sin control—, ¿por qué debería tener piedad de ustedes? —escupió con rencor—. Mi hijo ha muerto por la fiebre y todo porque ellos no pudieron cuidarlo correctamente.

Colette apretó la mandíbula, totalmente estupefacta por su absurda afirmación, y decidió que era el momento adecuado para decirle unas cuantas verdades al duque soberbio.

—¿Y usted lo habría cuidado mejor? —respondió con molestia, haciéndolo respingar en su lugar—. Leighton y sus amigos le dieron a ese niño la oportunidad de vivir, de existir y compartir junto a su madre dos maravillosos años —la voz se le quebró, no llegó a conocer al hijo del duque soberbio, pero incluso así sentía pena por la partida del niño.

—¡Lo habría hecho si los hubiera encontrado desde un principio!

—Mentira —le cortó con frialdad y su hija empezó a removerse en su lugar—. Su reputación siempre fue lo más importante para usted y jamás habría podido darle a su hijo y a Gillian lo que merecían.

Porque Carlisle los eligió tarde, porque el niño nació fuera del matrimonio y eso lo habría condenado toda una vida.

—Si Ewan hubiera usado la verdad desde un principio —la voz masculina tembló y ella se preguntó si existían palabras de consuelo para la pérdida de un hijo—, todo habría sido diferente.

Le costaba creer en sus palabras, la familia Milton poseía una reputación envidiable y él nunca habría puesto su prestigio en riesgo por la bastarda de un duque.

—Siento mucho su pérdida, su excelencia —musitó con sinceridad—, creo que yo no podría ser tan fuerte como usted.

Una vida sin Daphne jamás sería vida, ella prefería la muerte.

—Es el odio y los deseos de venganza lo que me mantienen cuerdo —confesó con rabia y Colette se estremeció—. ¿Cómo se sentiría Teingham si ustedes dejaran de existir?

La sangre se le congeló, él no podía estar hablando en serio, Carlisle jamás lastimaría a un inocente. En ese momento su hija abrió los ojos y como si pudiera entender la situación, empezó a llorar sin consuelo alguno y eso hizo que el duque diera un paso hacia atrás.

Estaba asustado, lo que quería decir que estaba actuando desde el enojo y el resentimiento, tal vez aún podía hacerlo entrar en razón.

—¿De verdad cree que lastimándonos cambiará las cosas? —tiró de sus manos, necesitaba

liberarse para tomar a su hija en brazos—. ¿Cree que su hijo hubiera querido algo así?

—¡No hables de él! Tú...

—Soy una madre y le puedo asegurar que lo último que Gillian necesita oír ahora es que el hombre que amó y la traicionó, lastimó a dos mujeres inocentes.

Carlisle empezó a tiritar sin control alguno y le dio la espalda para que no pudiera ver su semblante. Lo miró con pesar, era un hombre que estaba sumido en la tristeza y desesperación.

Era imposible no sentir pena por él.

Perder a un hijo era un mal que no le deseaba a nadie.

Los cascos de unos caballos hicieron que ambos se pusieran alerta y todo su cuerpo se estremeció al oír el rugido bestial de Leighton.

—¡Carlisle!

Si hasta ese momento había logrado dialogar con él, todo se vino abajo cuando corrió hacia el hogar para tomar la antorcha que al parecer llevaba varios minutos reposando ahí.

Quería quemar la cabaña.

¡Él realmente había perdido la razón!

—No lo haga —rogó y tragó con fuerza al ver la duda en sus ojos color cielo—, esto condenará su vida —la visión se le cristalizó al darse cuenta que no daría marcha atrás, debía sacar a su hija de ese lugar cuanto antes.

—Tal vez, pero primero destruiré la de esos canallas.

Quiso prender fuego a los muebles, pero la puerta de la cabaña se abrió con violencia y antes de que pudiera acercar la llama a la alfombra, Leighton se abalanzó sobre él y la antorcha rodó fuera de su alcance.

—¿Cómo te atreviste a secuestrarlas? —gruñó Leighton, estrellando un puño en el rostro del duque—. ¿Crees que esto es un juego? ¡No permitiré que llegues más lejos, esto tiene que acabarse!

—Se acabará cuando sus vidas sean un verdadero infierno —le devolvió el golpe, haciéndolo trastabillar, y en esta ocasión empezaron a luchar cuerpo a cuerpo y Colette sólo deseó liberar sus muñecas para tomar a su hija en brazos.

—Tranquila, mi amor, mírame por favor. —Sus ojos verdes se posaron en ella, pero incluso así se veía ansiosa y asustada—. Pronto te sacaremos de aquí, ¿sí?

—¿Por qué mejor no te quedas aquí y te pudres con tu feliz familia? —gruñó Carlisle, derribando a Leighton con bastante facilidad, dado que él aún no estaba del todo recuperado, y Colette sollozó con amargura.

—No junté a tu madre con Colette para que las encontraras y jugaras a la familia feliz, debías destruirlas, llegar a sus vidas para causar mal, porque eso es algo que haría el marqués misógino.

—Ese hombre ya no existe —se incorporó con esfuerzo y apartó la sangre de su mentón—.

Debes parar, Carlisle, efectuar un asesinato es algo serio y mi gente ya sabe lo que tienes en mente.

—¿Por qué debería parar?! —explotó—. Yo perdí a mi hijo, ¡ustedes también deberían perder algo!

—¿Qué? —susurró Leighton con sorpresa y el duque se rio con histeria.

—Galen murió por la fiebre, ¡por su culpa nunca llegué a conocer a mi hijo!

—No puede ser, debe haber un error.

—¡Y por eso no tendré piedad de ustedes! —explotó, sujetando una silla para estrellarla contra Leighton y cuando él trastabilló, se acercó y le propinó tres puños para enviarlo hacia atrás.

—¡Leighton! —chilló Colette, angustiada, y él terminó de rodillas junto a la cama con el rostro ensangrentado—. No, Leighton, ¿estás bien?

Todo era su culpa, si ella se hubiera quedado en la casa de Helen, nada de esto estaría pasando.

—Descuida, mi amor, las sacaré de este lugar. —La sangre se deslizó por su nuca, helándole las venas.

—¡Nadie saldrá de aquí! —bramó Carlisle y se hizo de una viga para golpear a Leighton en la nuca.

—¡No!

El castaño cayó y cuando Carlisle hizo el ademán de golpearlo de nuevo, alguien tiró de él hacia atrás y lo golpeó con tal violencia que soltó la viga y se estrelló contra un sillón, provocando que este se volcara junto a su cuerpo.

Colette sollozó y no encontró palabras para llamar al recién llegado.

—Esto vas a lamentarlo, Carlisle —siseó Ewan Lockhart, su tutor, totalmente furibundo, y en esta ocasión el duque soberbio abandonó su lugar con movimientos nerviosos.

Enfrentar a Ewan, quien estaba totalmente sano a diferencia de Leighton, no sería una tarea sencilla.

—Leighton —lo llamó ella con un hilo de voz y las lágrimas bajaron por sus mejillas al ver como se incorporaba.

—Estoy bien —soltó con esfuerzo y gateó en su dirección para liberar sus muñecas. Su rostro estaba totalmente pálido y la sangre que se deslizaba por su frente no hacía más que empeorar su aspecto—. Estoy bien, mi amor —repitió y una vez que obtuvo su libertad, ella se sentó en su lugar y tomó a Daphne en brazos para tratar de controlar su llanto.

Leighton se mantuvo a su lado, mirando fijamente a su hija, y Colette buscó a su tutor con la mirada. Todo indicaba que el ver a su amigo en buen estado lo había relajado un poco.

—Te lo dije una vez y ahora tendré que repetirlo porque al parecer no entiendes de razones —

farfulló Ewan, centrando su atención en Carlisle, y el duque siseó una maldición—: con mi familia no te metas.

—¿Y qué tan iluso tienes que ser para creer que seguiré tus órdenes?

La pelea cuerpo a cuerpo entre los dos duques dio inicio y en esta ocasión Leighton se incorporó con paso tambaleante y la ayudó a levantarse.

—Perdóname, nunca debí salir de la casa de tu madre —musitó con voz rota.

—Esto pasaría tarde o temprano, tú no tienes la culpa de nada —inhaló profundamente, él estaba muy débil—. Debes salir de aquí, mi gente llegará pronto por ustedes. Ewan y yo nos encargaremos de todo.

No quería dejarlo en ese lugar, pero sabía que Daphne ya no podía seguir presenciando un momento tan desagradable.

—¡No permitiré que se marchen! —vociferó Carlisle y empujó a Ewan por el pecho—. ¡¿Qué haces aquí?! ¡¿No deberías estar con Gillian?!

—¿Qué? —Ewan frunció el ceño.

—¡Galen está muerto y es tu culpa! —La noticia dejó a Ewan tan pálido como una hoja y Carlisle aprovechó esa oportunidad para golpearlo con violencia—. ¡Por tu culpa no pude conocer a mi hijo! —lo golpeó una y otra vez y Ewan no hizo nada para defenderse, él seguía aturdido por la noticia—. ¡Porque tú y tus estúpidas mentiras me hicieron ver una realidad que nunca existió!

—Nunca la habrías aceptado.

—¡¿Tú qué sabes?! —bramó Carlisle, haciéndose una vez más de la viga, y en esta ocasión golpeó a Ewan en el rostro, enviándolo hacia donde ellos se encontraban.

—¡Ewan! —tanto ella como Leighton se arrodillaron junto al rubio.

Él seguía consciente, pero la pérdida de su sobrino no le había sentado nada bien.

—¡Ya nada importa! —Carlisle acercó la viga al fuego, dado que su primera antorcha ya no tenía llama, y los miró con desprecio—. No seré misericordioso con nadie —escupió y cuando la llama empezó a aferrarse al gran pedazo de madera, la puerta de la cabaña se abrió, provocando una gran palidez en Carlisle—. ¡¿Por qué no me dejan tranquilo?! —apartó la viga, la cual no llegó a prenderse, y corrió hacia la bestia escocesa con toda la intención de lastimarlo, pero Colette se estremeció al ver como el alto pelirrojo bloqueaba el ataque con una sola mano y se hacía del pedazo de madera con bastante facilidad.

—Derribaste a dos, veamos si serás un digno contrincante para mí —farfulló Argyll, mirando el lamentable estado de sus amigos, y tiró de las solapas del abrigo del duque para sacarlo de la cabaña y tirarlo hacia la hierba.

Ewan volvió en sí cuando Daphne acarició su mejilla y las buscó con la mirada.

—Me alegro que estén bien —musitó y la abrazó con delicadeza—. Debemos sacarlas de aquí

—miró a Leighton y en esta ocasión Ewan tomó a Daphne en brazos y Leighton la ayudó a levantarse.

—El duque de Argyll...

—El que me preocupa es Carlisle —confesó Ewan.

—Tu corazón es blando, ese hombre merece morir —escupió Leighton, recordando que intentó matar a su mujer e hija, y una vez que salieron de la cabaña, Colette sintió un gran alivio cuando la brisa fresca por fin llegó a sus pulmones.

El peligro se había ido.

Los gruñidos masculinos hicieron que recordara que aún se estaba suscitando una pelea y torció los labios con preocupación al ver como Argyll manejaba a Carlisle como si fuera un saco de boxeo.

Ahora entendía por qué nadie quería ser su enemigo.

—No, tiene que parar —intentó acercarse, pero Leighton la sujetó del brazo.

—¿Qué haces? Él intentó...

—Él salvó a Daphne, él me dio un techo cuando no tenía a dónde ir y acaba de perder a su hijo, ¿cómo te sentirías si te arrebataran a Daphne? —la voz se le quebró, no podía abandonar a Carlisle, él sólo estaba desesperado.

—¿Entonces cómo se prosigue? —inquirió Argyll, quien había escuchado sus palabras y ahora sólo miraba al jadeante duque que retrocedía sobre su lugar para alejarse de él.

—Deben parar —rogó y Leighton gruñó con disgusto.

—Asesinar a una pobre mujer y su hija no te devolverá lo que perdiste —espetó la bestia escocesa con dureza y Carlisle volvió a perder los estribos.

—¿Cómo te sentirías si te arrebataran lo único que amas?!

¿Qué?, ¿el duque sí llegó a querer al hijo que no llegó a conocer?

La bestia escocesa se rio sin humor alguno.

—Yo no amo a nadie.

Colette se tensó.

—¿Ah sí? —farfulló Carlisle—. Conozco esa frase mejor que nadie y sé que no pensarás de igual manera si lastimo a tu mujer.

—Maldición —siseó Ewan—, ¿está hablando de Tessa? —preguntó en voz baja, pero ella sí que llegó a escucharlo.

¿Quién era Tessa?

En ese momento un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver como el pelirrojo sujetaba a Carlisle de las solapas de su abrigo y lo levantaba del piso como si fuera un simple trapo.

—Métete con mi esposa y te mato, cabrón —escupió, provocando una gran tensión en el lugar, y lo tiró al piso con violencia—. Lárgate, te perdonaré la vida porque lady Teingham te

estima e hiciste mucho por ella y su hija. Tomaré esto como una crisis de tu luto, pero no quiero que se repita porque la próxima vez no lo dejaré pasar.

Carlisle era un hombre sensato, así que salió huyendo de sus propias tierras al darse cuenta que esa pelea jamás la podría ganar.

—Se acabó —musitó y cuando pensó que las piernas le fallarían, Leighton se adelantó y terminó de rodillas junto a ella—. ¡Leighton! —se puso a su altura y lo sujetó de los brazos—, ¿qué te sucede?

—Me duele... —se llevó una mano a la nuca, pero no llegó a concluir la oración.

—¡Leighton!

El pánico la invadió al ver como se desvanecía contra su cuerpo y rezó en silencio para que el duque de Carlisle no le hubiera generado grandes daños.

Capítulo 24

“Es oficial, Isaac Kilbrenner está fuera del mercado matrimonial, la pequeña Sheeran lo ha atrapado en un hermoso matrimonio que lo llevó a comprar un pasaje por el continente la misma mañana que llegó a Londres
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Colette agradeció que su tutor la envolviera en un abrazo fraternal y sollozó con pesar al darse cuenta que por su culpa Leighton terminó en un estado tan lamentable. Si ella se hubiera quedado en la cama, junto a él, aceptando sus sentimientos, Carlisle no lo hubiera atacado en un momento de vulnerabilidad.

—Tú no tienes la culpa de nada y el doctor dijo que se pondrá bien —musitó Ewan y ella sorbió su nariz con impotencia—. Trata de calmarte, él despertará en cualquier momento y no se sentirá mejor si te ve en un estado tan lamentable.

—Lo quiero tanto —confesó con amargura y su amigo le sonrió.

—Eso es bueno, eso quiere decir que tendrán en excelente inicio porque te aseguro que él te ama.

Lo buscó con la mirada.

—Dime que lo perdonarás, nunca quise que su amistad se viera perjudicada.

—Te aseguro que todo volverá a ser como antes —la invitó a salir de la habitación de Leighton y Colette retiró las lágrimas de su rostro con pesar—. Felicidades por Daphne, es una bebé hermosa y se ve llena de vida.

—Gracias.

—¿Leighton te dijo lo del doctor?

Ella asintió.

—No lo odies, Colette, él sólo pensó como un hombre enamorado.

—No lo odio —reconoció más tranquila—. Ahora que conozco su verdad, puedo entenderlo.

Ewan se mostró más tranquilo y luego de breves segundos, se rascó la nuca con nerviosismo.

—Hay algo que debo decirte, a decir verdad, nunca esperé que llegaría a Edimburgo en un momento tan oportuno.

—¿No viniste por Leighton? —frunció el ceño y él negó con la cabeza.

—Cuando llegué, lady Helen me informó lo que estaba sucediendo y vine sin dudarlo.

—Cierto, ¿dónde está ella?, ¿por qué no vino a ver a Leighton?

—Sobre eso... —¿por qué se veía tan nervioso?—. Ven conmigo, es necesario que lo veas

con tus propios ojos.

—¿Sucedio algo malo? —la voz le tembló.

—Te aseguro que fue ella misma quien se metió en este problema.

Colette palideció.

—¿Qué hizo Louisa?

—Para mi desconcierto, no fue ella la que me brindó el más grande dolor de cabeza —le señaló el despacho de Helen y cuando llamó a la puerta, ambos esperaron la aprobación de la mujer para ingresar.

Cuando esta llegó, Ewan abrió la puerta y Colette se tensó al ver a Harriet ahí, sentada junto al hogar mientras Isaac estaba apoyado en el marco de la ventana y su suegra caminaba de un lugar a otro con nerviosismo.

—¡Harriet! —quiso acercarse, pero los ojos castaños la miraron con rencor, dejándola clavada en su lugar.

No lo entendía, su pequeña hermana jamás la habría observado de esa manera.

—Colette, cariño, me alegra tanto que todo haya terminado bien. —Helen corrió a ella para abrazarla y la visión se le cristalizó.

—Leighton terminó herido, él...

—¿Por qué nunca me dijiste la verdad? —Isaac abandonó su relajada posición y caminó en su dirección con paso amenazante—. Dejaste que me enamorara de ti y...

—¡Eso no es verdad! —soltó con horror y Ewan abrió los ojos con sorpresa—. Nunca me di cuenta de tus sentimientos hasta que me pediste matrimonio y yo te rechacé —aclaró lo último con valentía.

—¡Debiste evitarme!

—¡Eras tú quien siempre me buscaba! —se atrevió a explotar y el castaño apretó la mandíbula.

—Huiste de Londres por culpa de mi hermano e incluso así lloras por él, ¿no crees que eres patética?

Estaba siendo cruel, pero sus palabras no la herían.

—¿Crees que soy patética por amar a tu hermano? —soltó con incredulidad—. Bien, puedes pensar lo que quieras, ese no es mi problema.

—¡Él no las merece! Yo...

—Tú estás casado con Harriet —le cortó Ewan, cubriéndola con su cuerpo, y Colette palideció.

—¿Qué? —la voz le tembló y en esta ocasión su hermana abandonó su lugar y corrió para posicionarse junto a Isaac.

—Lo que escuchaste —escupió con desprecio—. Isaac es mi esposo y te prohíbo que te

acerques a él.

Por todos los santos, ¿Harriet estaba celosa de ella?

¡Esto era una locura!

—¡Suéltame! —bramó Isaac cuando ella rodeó su brazo y Colette se alarmó.

¿Qué fue lo que Harriet hizo para que el castaño estuviera tan molesto?

—Suficiente —siseó Helen, logrando calmar a su hijo con una sola mirada—. Colette es la esposa de Leighton y eso no cambiará nunca, así que respétala y acepta la realidad. Ahora eres un hombre casado y...

—¡Ella se metió en mi carruaje para atraparme!

—¿Qué? —jadeó Colette y miró a Harriet con sorpresa.

Lejos de sentir vergüenza, su hermana levantó el mentón con suficiencia.

Estaba demente, ¿en qué estuvo pensando al hacer algo tan bajo?

—Seremos muy felices cuando él se dé cuenta del amor que siente por mí.

Se frotó las sienes con cansancio, nunca se imaginó que sus novelas románticas podrían alterar tanto su realidad. Isaac no pudo seguir escuchando las tonterías de Harriet y salió del lugar con paso resuelto.

—Yo me encargo de él —musitó Helen, saliendo detrás de su hijo, y Ewan le dio unos minutos a solas para que pudiera hablar con Harriet.

—¿Qué pasa contigo? No puedes obligar a las personas a quererte, lord Isaac...

—Es mío, Colette —soltó con desdén—. Ya supéralo, eres una mujer casada.

—Superar ¿qué? Isaac nunca me interesó, para mí siempre fue Leighton.

Su hermana cerró las manos en dos puños con disgusto.

—Tal vez nuestro padre tenía razón y eres una seductora. —Sus palabras le helaron las venas—. ¿Cómo pudiste seducir a Isaac estando casada con Teingham?

En ese momento no pudo controlarse más y estrelló la mano en la mejilla de su hermana.

—¿Cómo te atreves a decirme algo así?

No lo entendía, Harriet jamás le había ocasionado problemas, pero ahora mismo ni siquiera podía reconocerla. Su hermana acarició su mejilla y la miró con rencor.

—Me abandonaste. —La piel se le erizó—. Tú me dejaste sola y él es la única razón por la que no me desmoroné.

—Harriet...

—¡No permitiré que te metas en mi matrimonio! —vociferó, furiosa—. No quiero saber más de ti, para ti sólo importan Leighton y tu hija y está bien, porque para mí sólo importa Isaac.

Dichas esas palabras salió del despacho, dejándola estupefacta, y en esta ocasión agradeció que Ewan hiciera acto de presencia para esclarecer sus ideas.

—Nunca imaginé que la magnitud de su enamoramiento sería de este calibre —admitió y ella

tragó con fuerza.

—No se parece en nada a la muchacha que dejé antes de partir.

—De verdad lo siento, Colette, sigo sin entender qué le sucedió.

Se frotó las sienes con cansancio.

—No sé qué hacer.

—Ahora es una mujer casada y tal vez lo más sensato es dejarla vivir su vida y ver qué tan duro se estrella contra la dura realidad. Después de todo, para el momento de su caída, nosotros seguiremos ahí para ella.

Ella no quería perder a Harriet, pero al parecer su hermana no estaba interesada en tener una relación con ella.

—¿Qué sucedió con Louisa?

Ewan sonrió con ternura.

—Creo que tu hermana se pondrá muy feliz cuando regreses a Londres.

—¿Ha sido una buena chica? —quiso saber.

—Te llevarás una grata sorpresa —reconoció y Colette suspiró más tranquila, pero se sintió algo mal por haber pensado lo peor de su hermana.

Por un momento pensó que le había fallado, pero todo indicaba que cometió un terrible error al no hablar con Harriet antes de su partida.

Unos gritos lejanos comenzaron a levantarse por el lugar y Colette se estremeció al reconocer una de esas voces.

—Leighton despertó.

Y si sus cálculos no fallaban, los hermanos Kilbrenner ya estaban discutiendo.

A Leighton le habría encantado abrir los ojos y ver a Colette ahí, pero siseó una maldición al ver que era Isaac quien estaba esperando que despertara. A estas alturas, suponía que estaba al tanto de la situación y quería reclamarle por haberle ganado una vez más en la vida.

—¡Tú no las mereces! —ahogó un juramento y abandonó su lugar con esfuerzo, lidiando con sus mareos.

—Largo.

—¡Colette y Daphne jamás serán felices a tu lado!

Lo fulminó con la mirada.

—¡Son las mujeres que amo! Las busqué por años y...

—¡Por tu culpa ella huyó! Tú provocaste su partida por tus estúpidos complejos y resentimientos, ¿de verdad crees que podrás hacerlas felices?

—No es tu problema, Isaac, así que...

—¿Cómo piensas sustentarlas? ¿Colette sabe que eres un...?

—¡Basta, Isaac! —su madre ingresó a la habitación con un semblante horrorizado y su hermano gruñó.

—¡Él siempre se lleva todo lo que deseo! —bramó su hermano con envidia—. Incluso ahora, después de todo el daño que causó, incluso usted está a su favor, madre —la voz le tembló.

—Estoy a favor de ambos, cariño —dijo con ternura—, pero no puedes quedarte con la esposa de tu hermano, menos ahora que estás casado y...

—¡Algún día anularé todo! —confesó apasionadamente y Leighton se rascó la nuca al ser incapaz de entender lo que estaba sucediendo.

¿Isaac estaba casado?

—Basta, Isaac —ordenó su madre—, respeta a tu hermano y su matrimonio, él...

—¡Es un hombre defectuoso! —se tensó y no le gustó que Colette y Ewan ingresaran a la habitación—. ¡Está arruinado porque incluso sin poder leer juega sin control alguno! ¿Qué tipo de vida podría darles? —se dirigió a Colette—. ¿Si quiera pensaste en tus futuros hijos? ¿qué tal si son tan idiotas como él?

Por un momento, Leighton sintió que su padre había vuelto a la vida y uno de sus más grandes temores volvió a revivir en su interior.

¿Qué tipo de hijos le daría a Colette si seguían con su matrimonio?

—¡Isaac! —En esta ocasión Helen no pudo controlarse y le dio una fuerte bofetada a su hijo de en medio—. ¡¿Cómo te atreves a decir algo así?! Suenas igual que tu padre.

La observación hizo que el recién nombrado diera un paso hacia atrás, totalmente horrorizado, y sin emitir palabra alguna abandonó la habitación, dejando que la tensión se cerniera sobre ellos.

—Leighton... —Colette se acercó y él apartó su mano cuando la posó sobre su hombro.

—Deberías volver a Londres con Ewan.

Si lo pensaba detenidamente, desde que regresó a su vida, no había hecho más que imponerse ante ella y por esa razón Colette salió huyendo de su casa a altas horas de la noche, por lo que estaba siendo un maldito canalla al no brindarle la libertad que quería.

—¿Qué?, ¿por qué? Nosotros...

—Estamos casados, lo sé —soltó sin mirarla a los ojos—, pero no viviremos bajo el mismo techo y te daré toda tu dote para que lo administres sabiamente.

«Porque yo soy un peligro para tu dinero».

—No, espera, Daphne...

Cerró las manos en dos puños.

—Ustedes estarán mejor sin mí.

—¿Por qué haces esto? —odió oír el llanto en su voz—. Tú dijiste que me amabas.

—Y porque te amo te dejo ir, no te condenaré a una vida junto a un idiota.

Su madre jadeó y en esta ocasión su amigo decidió darle una mano y tiró de Colette hacia atrás. Ewan sabía mejor que nadie lo que estaba sintiendo y comprendía que nada de lo que le dijeran le haría cambiar de parecer.

—Leighton, espera, yo...

—Adiós, Colette —soltó con frialdad, quitándole todas sus palabras—. Regresa a Londres, tus hermanas deben estar esperando por ti.

—No, no me iré sin ti y...

—Colette... —Ewan intentó ayudarlo, pero ella se zafó de su agarre.

—¿Por qué huyes?! Yo te acepté tal y como eres, las palabras de Isaac jamás podrían afectarme porque yo también te amo.

Ella no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo.

Leighton le dio la espalda, dejando claro que no podía aceptar su amor, y una lágrima se deslizó por su mejilla al oír su suave sollozo.

—No vuelvas a buscarme, Leighton, ¡nunca más te abriré las puertas de mi corazón!

«Es lo mejor, mi amor, soy alguien que podría causarte mucho daño».

Cuatro días más tarde, cuando el silencio reinó en el hogar de su madre porque todos se habían marchado, Leighton observó en silencio como ella ingresaba a su habitación con una bandeja con leche y galletas.

La visión se le cristalizó.

—No quiero nada.

—¿De verdad la dejarás ir? —lo ignoró y se sentó en el sillón que estaba junto a la cama—. Tu hermano está muy equivocado y dolido, me temo que fue atrapado en matrimonio y lo más probable es que sienta algo de envidia porque tú sí amas a tu mujer.

—¿Cómo dice? —la miró ceñudo.

—Lady Harriet Sheeran se pasó de lista. —Leighton se sentó sobre su lugar con curiosidad y sujetó una galleta con vergüenza, debía reconocer que, si él pudiera leer, sería el fan número uno de lady Berricloth—. Pero eso no importa, tú dejaste que Ewan se llevara a tu mujer e hija.

—¿Qué haré si Daphne no puede leer o si mis próximos hijos sufren de algo similar?

—Amarlos —respondió Helen con cariño—, porque así somos los padres, amamos a nuestros hijos a pesar de todo.

—¿Y si ella me odia por eso?

—Sabes que no será así.

—Yo no sé nada.

—Colette te perdonó, te confesó su amor y estuvo dispuesta a darte una segunda oportunidad,

pero tú volviste a rechazarla.

—Tengo miedo —la voz le tembló y su madre le sonrió.

—No puedes vivir con miedo, Leighton, así nunca serás feliz.

La miró con fijeza.

—¿Debería ir por ellas?

—No lo sé —respondió sonriente y él asintió.

—Debo ir por mi familia, nunca debí permitir que se fueran sin mí.

—Me encanta cuando abres los ojos —acarició su mejilla y Leighton tragó con fuerza.

—No quiero que se quede sola.

—Yo estaré bien, he vivido...

—Ven conmigo, madre —musitó y sus miradas ambarinas se encontraron—. Yo la necesito y sé que Colette y mi hija también.

Una lágrima se deslizó por la mejilla femenina.

—El escándalo...

—Me importa muy poco lo que los demás puedan decir, yo sólo quiero tener a mi familia a mi lado.

Ella ensanchó su sonrisa y asintió.

—Si es lo que quieres, encantada volveré contigo.

Y ahora que por fin había recuperado a su madre, ahora sólo debía ir por su esposa e hija.

Capítulo 25

“Lady Teingham dará la cara, damas y caballeros, y eso quiere decir que el baile de la duquesa infame se convierte automáticamente en el más esperado de la temporada **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**”.

Una semana.

Colette llevaba una semana en Londres y la idea de que Leighton decidiera refugiarse en Edimburgo por una larga temporada no hacía más que angustiarla. Por un momento pensó que él no demoraría mucho en venir a buscarla, puesto que le parecía injusto que las palabras de Isaac le hubieran generado tantas inseguridades, pero ¿acaso podía culparlo?

Ella también dudó cuando la respuesta estuvo ante sus propios ojos y fue de su total conocimiento.

Se frotó las sienes con cansancio, si las cosas seguían así tendría que volver a Escocia por su esposo y suegra. Daphne estaba inquieta y si bien se llevaba muy bien con Louisa y Briseida, ella sentía la ausencia de Helen y su padre, y Colette mentiría si dijera que no estaba igual que su hija.

—Insisto, deberían quedarse con nosotras —musitó Louisa con ilusión, jugando alegremente con su hija y Anne, y Colette observó a la niñera de su hija con cariño.

Al final de todo, decidió perdonar a Anne por su falta y hacerla su empleada. Ella ya no trabajaba para Carlisle y era muy feliz cuidando de Daphne.

—Estoy bien aquí —le dio un sorbo a su taza de té.

Tanto Ewan como Briseida le habían invitado a quedarse en Saint Albans House, pero Colette se rehusó a cometer una nueva locura y ocupó su lugar en Teingham House.

—¿De verdad no te gustaría salir? —insistió Briseida, mirando de reojo a la niñera de su hijo, quien lo tenía dormido en brazos, y Colette sonrió con ternura.

—Aún no, no estoy lista.

—Pero eres hermosa —musitó Delphina, quien llevaba más de una semana junto a la duquesa infame porque su hermano decidió hacer un viaje de un momento para otro y nadie sabía dónde se encontraba.

—Prefiero quedarme en casa.

Aún no estaba lista para enfrentar a la sociedad inglesa.

—¿Tienes noticias de Harriet? —miró a Briseida y la pelinegra sonrió con pesar.

—Sólo sé que Isaac se marchó ni bien llegaron de Escocia y Harriet se ha rehusado a recibir a

Ewan, creo que ahora mismo nos considera sus más grandes enemigos.

Colette observó a Louisa de reojo, era como si los papeles se hubieran invertido, su hermana de en medio había presentado un cambio tan positivo e impresionante que ella deseaba saber el por qué; no obstante, en cuanto a Harriet, no lograba entender nada.

—Deben dejarla, ella cree que Isaac se marchó por nuestra culpa, no entiende que él simplemente no la quiere.

—¿Cómo sabes eso, Delphina? —quiso saber.

—Archie es mi amigo y creo que por el momento el único que Harriet tiene.

Torció los labios con disgusto, no tenía nada en contra de Archie Kilbrenner, pero según tenía entendido pasaba mucho tiempo junto a uno de los gemelos Aldrich y esa familia era demasiado escandalosa y problemática para su gusto.

—Debes dejarla lidiar con sus propios errores —concretó Louisa, dejando a Daphne con su niñera para unirse a la conversación—. Durante un año le rogué para que no siguiera a ese hombre, se cree la gran cosa a pesar de no tener un título y...

—¡Louisa! —la reprendió y su hermana se cubrió la boca, apenada.

—Ella tiene razón —susurró Briseida, sonriente—. Isaac Kilbrenner tiene aires de grandeza, creo que aún no se da cuenta de que tuvo suerte de que Ewan le cediera a Harriet.

—Dudo mucho que el status social de mi hermana le importe.

Después de todo, él estuvo dispuesto a casarse con la empleada de una floristería.

—Como sea, si Harriet te odia, no puede ser mi amiga —completó Louisa, eligiendo su bando, y Colette rezó en silencio para que su pequeña hermana entrara en razón.

Ella no sentía absolutamente nada por su cuñado, ¡era Leighton quien le importaba!

—¿Le escribiste al marqués? —inquirió Delphina—. No entiendo por qué te dejó ir si te buscó como loco por más de un año.

«Todo es culpa de Isaac».

—Haré que regrese —espetó de pronto, captando la atención de todas las damas—. No iré por él, pero haré que él venga por mí y Daphne.

Porque conocía a Leighton y si bien había cambiado y mejorado como persona, seguía siendo un hombre posesivo y territorial.

—¿Qué harás? —Louisa enarcó una ceja—. No me digas...

En ese momento el mayordomo llamó a la puerta del salón y un criado metió un arreglo florar a la estancia.

—El señor Cannon le manda esto, milady.

Colette escondió su mueca y se acercó al ramo de peonías con recelo.

Todavía no podía creer que George estuviera en Londres y tuviera el descaro de hacerle todos esos presentes después de todo lo que sucedió entre ellos.

—Gracias, puedes retirarte.

—George no tiene vergüenza —susurró Louisa y Briseida se acercó al arreglo.

—Pero tiene buen gusto —sujetó la nota por ella—, quiere visitarte.

—Quiero que Leighton se entere, sólo él podrá detenerlo.

Porque ella llevaba varios días intentándolo y lejos de rendirse, el rubio seguía llamando a su puerta y enviando regalos sin importarle el escándalo.

—Nunca pensé que la noticia de tu desaparición lo haría regresar —reconoció su hermana y Daphne gateó en su dirección.

Colette la tomó en brazos.

—Solíamos ser amigos. —Las tres mujeres la observaron con obviedad, ellas sabían que ahora mismo él no deseaba ser solo su amigo—. Creo que la ausencia de mi esposo le está generando una ilusión errónea.

Todas asintieron.

—En dos días será el baile de Briseida, ¿estás lista para asistir? —inquirió Delphina con curiosidad—. Saint Albans lo organizó para ti, quiere que empieces a tener una vida normal.

¿Cómo iba a tener una vida normal cuando el hombre que le brindaba toda su confianza no estaba junto a ella?

—Lo sé —musitó con pesar— y no puedo fallarles.

Briseida presionó su mano para brindarle todo su apoyo y ella se lo agradeció en silencio, a veces sentía que ese infierno nunca acabaría y lo peor de todo era que tenía miedo de que Leighton pudiera olvidarse de ella de la misma manera que la bestia escocesa lo hizo con su esposa.

Aunque según los rumores, el hombre tuvo que dejar a su amante debido a la nota de lady Berricloth y una fatal pelea que compartió con su cuñado.

Sus amigas se marcharon dos horas más tarde y cuando la noche llegó, Colette se quedó en la habitación de Daphne leyéndole un libro por largos minutos, hasta que su hija terminó profundamente dormida.

—Encárgate de todo —le pidió a Anne y abandonó la habitación con suavidad, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

¿Hizo bien al quedarse en Teingham House?

Debía admitir que cuando Agatha Kilbrenner la visitó su sorpresa fue inmensa, más porque la mujer se mostró muy ansiosa a la hora de conocer a su hija, la primera hija de su adorado sobrino.

Apenas y podía creer que esa bruja adorara tanto a Daphne.

Ladeó el rostro, consternada, ¿qué otros cambios encontraría en Londres una vez que saliera de su escondite?

Se preparó para dormir y como de costumbre, le resultó imposible conciliar el sueño, por lo que abandonó su habitación en silencio para ir en busca de un nuevo libro. Un revuelo en el exterior hizo que parara en seco a mitad del pasillo y observó desde la distancia como el mayordomo salía con su bata de dormir puesta a paso apresurado.

¿De quién se trataría?

Sólo esperaba que Isaac siguiera en altamar.

Iba a refugiarse en uno de los salones, pero todo su cuerpo se estremeció al oír la voz ronca y aterciopelada de su esposo.

—Preparen una habitación para mi madre. —Se volvió hacia él con rapidez, Helen estaba del brazo de su hijo mayor y la confianza destilaba en todo su ser.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y utilizó todo su ingenio para quedarse inmóvil en su lugar, ellos aún no la habían notado.

—Como usted ordene, milord.

—Preparen otro carruaje, iré a Saint Albans House y para mi regreso quiero la habitación de mi esposa y de niños habilitadas.

¿Él pensaba que estaba con Ewan?

—Eso no será necesario —abandonó el resguardo de la oscuridad y se acercó hacia los recién llegados.

—Colette —musitó él y cuando intentó acercarse, ella dio un paso hacia atrás—. Tenemos que hablar.

—Hoy no —respondió con sencillez y disculpándose con Helen, salió huyendo hacia su habitación.

Se había dicho que un reencuentro con él sería lo mejor que podría pasarle, pero ahora mismo no sabía cómo reaccionar.

Leighton estaba en Londres e intentó ir a buscarla.

Empezó a caminar de un lugar a otro por su habitación y paró en seco cuando la puerta se abrió sin previo aviso.

—¿Qué haces aquí? —apretó la mandíbula.

—Tenemos que hablar, lo que sucedió en Escocia...

—Me siento cansada —mintió, lo cierto era que quería calmarse un poco para no ceder ante él con tanta facilidad—, quiero estar sola.

—Mi amor...

Sonrió con amargura y negó con la cabeza.

—Necesitarás más que simples palabras para conseguir mi perdón.

—Nunca debí dejarme llevar por las palabras de Isaac, pero estaba asustado y...

—Largo —le cortó con frialdad, de la misma manera que él hizo con ella, y Leighton tragó

con fuerza.

—Está bien, hoy no deseas hablar, pero lo haremos mañana. —Colette escondió su satisfacción con bastante precisión y le señaló la puerta con suficiencia—. Descansa —farfulló y una vez que estuvo sola en su lugar, Colette sonrió con entusiasmo y se recostó en su cama con un estado de ánimo completamente renovado.

Lo sabía, Leighton llegaría por ellas tarde o temprano.

A la mañana siguiente, cuando Leighton ingresó al comedor, se sintió bastante decepcionado al percatarse de que era más temprano de lo acostumbrado, pero maldición, estaba muy ansioso y quería ver a Colette con su hija.

—¿Puedo ayudarlo en algo, milord? —inquirió su mayordomo y le hizo un gesto para que lo siguiera a su despacho.

—¿Hace cuanto llegaron? —preguntó ni bien estuvo en su despacho.

—Más de una semana.

Bien, ella nunca se fue con Ewan.

—¿Ha salido?

—En lo absoluto, pero los duques de Saint Albans organizaron una fiesta para el día de mañana y tengo entendido que la marquesa asistirá.

—Perfecto.

Era hora de que todo Londres descubriera el aspecto de la marquesa de Teingham y dejaran de hablar de ella como si fuera un monstruo.

—¿Nada más?

El mayordomo lo miró con fijeza, como si estuviera meditando sus siguientes palabras, y Leighton supuso que diría algo que no sería de su total agrado.

—Hay un hombre que le ha estado mandando presentes y visitándola con mucha frecuencia.

—¿Cómo dices? —la garganta se le cerró.

Su mayordomo lo llevó al salón donde se encontraba el gran arreglo de peonías y Leighton cerró las manos en dos puños con disgusto.

—¿De quién se trata?

—George Cannon.

Lo que le faltaba, ese malnacido regresó a Londres y tenía la estúpida idea de recuperar a Colette.

—¿Ella ha hecho algo para frenar esto? —señaló el florero con disgusto.

—En más de una ocasión ha rechazado sus visitas, pero el hombre es insistente.

Al menos no estaba interesada.

—La próxima vez que venga llévalo a mi despacho.

Tal vez George Cannon merecía un golpe de realidad.

Leighton se dirigió al segundo piso como alma que lleva el diablo y paró el seco al ver como una criada salía de la habitación de su mujer.

—Milord —respingó en su lugar cuando reparó en su presencia—. Lady Teingham se está bañando, quizá debería esperar...

—Nada de eso.

Había esperado mucho tiempo, demasiado para su gusto, y por muy enojada que ella estuviera, ellos tenían que hablar.

—¿Por qué no me dijiste que ese hombre regresó a tu vida? —exigió saber ni bien entró a la habitación y la sangre se concentró en su ingle al verla dentro de la bañera—. Sal, quiero hablar con ella a solas —reparó en una de las criadas y esta no dudó en salir huyendo del lugar.

Los ojos verdes se abrieron con sorpresa, pero luego la serenidad regresó a su semblante porque no existía razón alguna para sentir miedo.

—No regresó a mi vida, eso no pasará —respondió con sencillez y empezó a enjuagar su cabello.

—Le aceptas sus presentes.

—No acepta una negativa, cree que vas a dejarme y...

—¡Eso no pasará! —explotó y cerró las manos en dos puños cuando ella salió de la bañera y se cubrió el cuerpo con un delicado pedazo de tela—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? George es...

—Mi pasado —se plantó frente a él y Leighton la abrazó por la cintura para juntar sus cuerpos con descaro—. Creí que no eras un hombre celoso.

—No confundas, Colette, si alguien quiere robarme lo que es mío me enojaré.

—Creí que me darías mi libertad y mmm... —gimió cuando unió sus labios con violencia y Leighton se despojó de su ropa con rapidez, odiando no poder ser más delicado con su mujer.

—¿De verdad crees que regresé para eso? —preguntó entre besos, tomándola en brazos, e ingresó a la bañera para acomodarla a horcajadas sobre él—. Dijiste que me amas y ambos sabemos que eres correspondida, ¿por qué dejaría que otro imbécil intente tomar lo que es mío?

Colette se aferró a los laterales de la bañera y se meció sobre él, encendiendo sus venas.

—Ni siquiera me agrada —confesó entre besos y Leighton se acomodó en su entrada antes de empujar hacia ella, robándole un suave gemido—. Ah, sí, por favor.

Aferró sus caderas y la tomó con desespero, dejando que el agua se sacudiera y chapuceara por la habitación, y no se calmó hasta que el grito femenino se levantó por toda la casa, informando a la servidumbre de que su señora se encontraba mejor que nunca.

Cuando salieron de la bañera, Leighton la tomó en brazos y la llevó hacia su habitación, donde la tendió en su cama para moldear sus costados y regar un camino de besos por su cuerpo.

—A partir de ahora dormirás aquí, ¿me entiendes? —mordió su pezón y ella gimió por lo

bajo.

—Sí —suspiró con desespero y Leighton determinó que el desayuno podía esperar, esa mañana le haría el amor a su esposa como correspondía y se quedaría a su lado por horas.

Cumplió su promesa y dos horas más tarde, se encontraba acariciando su brazo desnudo mientras ella dormía contra su costado, apoyada en su pecho.

George Cannon.

¿Qué tan imbécil tenía que ser ese hombre para enviarle flores a una mujer casada?

Un suave toque en la puerta de su habitación lo hizo volver en sí y aprovechando que las cortinas estaban cerradas, permitió que su criado ingresara a la estancia.

—¿Qué sucedió?

—El señor Cannon está en su despacho, milord.

Leighton se enderezó con rapidez y rompió el abrazo de Colette con cautela.

—Bajaré dentro de poco.

Porque como era de esperarse, él no permitiría que ese tipejo siguiera haciendo de las suyas.

Ingresó a su despacho con paso resuelto y no le gustó que el antiguo prometido de su esposa fuera un hombre bien parecido y al parecer adinerado, de haber tenido un título, varias féminas en Londres estarían locas por él.

—Su criado me dijo que deseaba hablar conmigo —espetó el rubio de ojos verdes con seguridad y Leighton se posicionó detrás de su escritorio—, puedo saber ¿de qué se trata?

—¿No puede adivinarlo? —preguntó con obviedad y el rubio se tensó.

—He escuchado ciertos rumores y muchos dicen que usted no quiere a Colette y...

—Eso es mentira —le cortó con frialdad—. Amo a mi esposa y a mi hija con todo mi ser y no seguiré tolerando sus faltas. —George palideció—. Deje de mandarle presentes, ¿acaso no se da cuenta que pone en riesgo su reputación?

—Ella era mi prometida —siseó con envidia y Leighton le sonrió con sorna.

—Sé algo al respecto, pero ahora es mi mujer.

—Mis padres me informaron sobre su desaparición y estoy seguro que usted tuvo que ver mucho en eso. —Todo parecía indicar que no pensaba quedarse tan tranquilo—. Si no las quiere, le doy la oportunidad de deshacerse de ellas, yo me haré cargo de Colette y su hija y...

—Seré claro con usted, Cannon, perdió a su prometida el día que la abandonó y si no quiere terminar con un hueco en el cuerpo, mejor búsquese otra esposa. —Abandonó su lugar, decidido a terminar con esa conversación de una vez por todas, y cuando rodeó su escritorio, lo siguiente que escuchó hizo que la sangre se le congelara.

—¿Ha visto su rostro?! ¿De verdad podrá lidiar con eso?

Se volvió hacia él con lentitud.

—¿Con eso? —masticó sus palabras y él sonrió con suficiencia.

—Yo quiero casarme con Colette porque es mi primer amor, me enamoré de su alma y puedo soportar la cicatriz de su rostro, pero usted... —lo calló, y lo hizo con un fuerte puño.

Leighton lo había intentado.

Realmente quiso ser civilizado, pero jamás toleraría que ese hombre volviera a menospreciar a Colette.

—Pero ¿quién diablos te crees para hablar así de ella? —lo sujetó de las solapas de su abrigo y lo levantó sin problema alguna, ahora estaba sano y era un rival digno para cualquiera—. Colette es perfecta y si tú no puedes ver eso, no entiendo qué carajos haces aquí.

Lo soltó con violencia y ahogó un juramento al ver como la puerta se abría y Colette aparecía en su despacho justo a tiempo para ver como lanzaba a su primer amor hacia el piso.

¿Por qué siempre debía parecer un villano ante ella?

—Lárgate de mi casa y no vuelvas a molestar a mi mujer.

George se incorporó con rapidez y demostró su cobardía al emitir las siguientes palabras.

—Usted es un salvaje, jamás me sentiría tranquilo dejándola al lado de alguien así. — Leighton torció los labios con disgusto, iba a jugar sucio—. Ella y su hija deben venir conmigo porque...

—Debes irte, George. —Colette pasó al rubio de largo y se acercó a Leighton para abrazarlo por la cintura—. Jamás recibirás nada de mí, amo a mi esposo y no lo abandonaré por nada ni nadie en el mundo.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y respondió su abrazo con emoción contenida. Ella lo estaba perdonando, los muros de contención habían caído, por lo que al fin ambos podrían disfrutar de su matrimonio.

—Pero Colette, él es el marqués misógino.

—Te equivocas —respondió ella con valentía y lo fulminó con la mirada—. Él es Leighton Kilbrenner, el marqués de Teingham y el hombre que amo más que a nada en la vida.

—Pero...

—Él podrá lidiar conmigo.

Se tensó, ella había escuchado su conversación.

—Váyase, Cannon —ordenó con seguridad, abrazando a su esposa por los hombros, y en esta ocasión el rubio los miró a ambos con disgusto.

¿Qué?, ¿no había esperado una negativa de ese tipo?

—Gracias por preocuparte por mí, pero como puedes ver, no existe ningún otro lugar donde pueda estar mejor.

Porque a su lado ella no conocía la vergüenza, porque al final de todo, Leighton sí le dio la confianza para amarse a sí misma. Besó su frente con ternura y enterró la nariz en sus rubios cabellos.

—Creí que podría recuperarte. —George bajó el rostro con tristeza—, de verdad lo siento, fui un cobarde al salir huyendo, pero cuando te vi tumbada en el piso con el rostro ensangrentado sólo se me ocurrió hacer eso.

Y estaba seguro de que se arrepentiría toda una vida por su cobardía.

—Me temo que eso no sucederá, ahora soy una mujer que está felizmente casada y tiene una hermosa familia, pero siempre te desearé lo mejor, George.

Porque ella no le guardaba rencor.

—Lo siento mucho —hizo una venia, aceptando su derrota, y abandonó el despacho con paso resuelto sin mirar atrás, algo que generó una gran tranquilidad en Leighton porque no deseaba tener ningún problema con ese hombre en un futuro cercano.

—¿Escuchaste nuestra pelea? —ella lo buscó con la mirada.

—Así es.

—Dime que sus palabras no te afectaron —rogó y recibió una hermosa sonrisa en respuesta.

—¿Qué palabras? Yo sólo escuché que soy perfecta.

Leighton la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo con ternura.

—Te amo.

—Yo también —respondió a su abrazo y él la levantó en vilo para sentarla sobre el sofá—. Ahora puedes decirme ¿por qué huiste la noche que hicimos el amor en Escocia?

Era una pregunta que no llegó a formular porque Isaac lo echó a perder todo con su ataque de ira.

—Estaba asustada, yo... no sabía cómo lidiar con todo el amor que siento por ti, tenía miedo que en un futuro mi aspecto dejara de gustarte o simplemente decidieras dejarme.

—Nuestros miedos solían ser similares —reconoció con melancolía y unió sus labios con suavidad—. Debemos deshacernos de ellos, somos una familia y nos amamos, por lo que la cobardía ya no es una opción.

—Lo siento, nunca quise que el duque te lastimara. —lo abrazó por el cuello y la sintió tiritar—. No sabes lo preocupada que estuve y te odié todo este tiempo por apartarme de tu lado.

—Fui un imbécil al dejarme llevar por las palabras de Isaac.

—Lo sé, pero eso me ayudó a entender mejor que nadie tus temores, Leighton, estuviste rodeado de gente muy mala —acarició su rostro y él se preguntó si realmente era merecedor de una mujer tan buena como Colette.

—¿No te enojaste conmigo?

—Me enojé porque tardaste mucho en venir por mí —confesó y él le sonrió con ternura—, pero me siento orgullosa de ti, al final de todo trajiste a tu madre y siempre te agradeceré por eso.

—No volverá a pasar.

—¿Qué pasará con el duque de Carlisle? —inquirió de pronto, tensándolo.

—Lo más probable es que buscará otra manera de perjudicarnos.

Odiaba que ese imbécil hubiera podido lidiar con Ewan y él, de no haber sido por su malestar, Leighton se habría encargado del duque sin el más mínimo de los problemas.

—Deben detenerlo.

—Te prometo que así será —besó su coronilla con ternura y acarició sus largos cabellos con parsimonia—. Al final nunca pudiste leerme tu carta —recordó con tristeza y ella se ruborizó.

—¿Quieres saber qué decía?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y asintió.

—Que el amor que siento por ti es escalofriante, pero parece capaz de darle un nuevo sentido a mi vida. Después de tantos meses de separación y experiencias que me habrían encantado vivirlas contigo, como el nacimiento de Daphne, ahora sé que no quiero seguir perdiendo más tiempo, mi amor, que quiero vivir sin miedos ni ataduras junto a ti y darme una nueva oportunidad en el amor.

—No puedo leer, los negocios...

—Somos un equipo, yo estaré a tu lado para ayudarte, soy buena con las finanzas —le guiñó el ojo y Leighton le sonrió con ternura.

—Te he buscado desde el primer momento que te fuiste, sin descanso alguno y sin poder sentir un solo minuto de paz en mi corazón.

—Leighton...

—Y ha valido la pena. Por primera vez en años me siento merecedor de la felicidad y la mujer más perfecta que pude conocer en la vida.

Colette se acurrucó contra él, agradeciendo que sus brazos la acogieran, y decidió que a partir de ahora su vida sería diferente y no volvería a permitir que la opinión de los demás influyera en sus decisiones. Quería una vida plena junto a su esposo e hija y si la vida se lo permitía, con todos los hijos que podrían venir en un futuro.

FIN

Epílogo

“Se rumorea por ahí que la bestia escocesa ha dejado a su amante debido al escándalo y lady Argyll ha generado una estrecha amistad con cierto noble acaudalado, espero poder ver a la dama en Londres ahora que la temporada se ha alargado
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Colette mentiría si dijera que no se sentía plenamente feliz ahora que por fin podía bailar un vals junto a su esposo, bajo la atenta mirada de todas las personas que ahora mismo no tenían razón alguna para criticarla porque ella era y se sentía hermosa.

Y todo gracias al hombre que la miraba con tanto amor y le daba la confianza necesaria para dar cada nuevo paso en la vida.

—Es nuestro primer baile —musitó él, atrayendo su atención, y Colette asintió—. Lo siento, siempre consideré que tenerte en mis brazos era un gran peligro para mi arisco corazón y por eso nunca solicité uno, fui un idiota, ¿verdad?

—Todo sucedió en el momento perfecto, creo que ya no tiene mucho caso que reparemos en el pasado.

Porque ahora eran los marqueses de Teingham y eran tan envidiables como los duques infames.

—Todo está saliendo mejor de lo esperado, ¿no crees? —inquirió ella y Leighton miró a Ewan de reojo—. —¿Te perdonó?

—Recuperé a mi mejor amigo, pero la muerte de Galen no le ha sentado bien.

¿Cómo estaría Gillian?

Suponía que la pobre muchacha estaba viviendo un verdadero infierno.

—Harriet aún me odia —dijo de pronto y Leighton la miró con fijeza—, siento que perdí a mi pequeña hermana para siempre.

—Todo se solucionará, tarde o temprano ella se dará cuenta que Isaac no merece la pena.

Estaba segura de que Harriet estaba tratando de ser optimista en cuanto a su matrimonio, pero Colette sabía que todo terminaría mal y su esposo le dio toda la razón en cuanto a sus dudas, puesto que Isaac Kilbrenner era un hombre de armas tomar.

—Espero que así sea —musitó—, ¿hay algo que te preocupe?

Lo había visto barrer el salón con la mirada en más de una ocasión.

—Además de que mi madre tenga una amistad estrecha con Agatha, tal vez el hecho de que Carlisle no ha dado rastros de vida. —Era verdad, era como si la tierra se lo hubiera tragado—.

Tengo la leve sospecha de que la temporada se complicará en cualquier momento.

—¿Por qué lo dices?

—Carlisle no regresó, hicimos un par de averiguaciones con Ewan y nadie sabe nada de él.

No sabía si tomar esa noticia como algo bueno.

—¿Qué me dices del vizconde de Hunt? —frunció el ceño.

—Curiosamente él también se marchó sin dejar rastro alguno, según lady Briseida él sólo llegó, le pidió que cuidara de Delphina y se marchó.

Colette hizo un mohín con los labios, pensativa.

—Supongo que no podemos hacer más que esperar.

—Odio esperar, mejor disfrutemos mientras el mundo arde a nuestro alrededor —bromeó y ambos rieron por lo bajo mientras giraban alegremente por el salón de baile.

Kornmack McDoughall era algo así como la peor decisión que Raphaella pudo tomar en la vida.

Jamás entendería en qué estuvo pensando al creer que la vida matrimonial sería sencilla, ese hombre le había puesto el mundo patas arriba y la libertad que supuestamente le otorgó con su matrimonio no se había convertido en nada más que un horrible infierno.

—Cariño...

Meribeth, su suegra, hizo que apartara la vista de su bordado.

—¿Sí?

—Creo que es momento de que empieces a vivir —sus palabras la tomaron por sorpresa—, llevas más de dos años encerrada en este lugar.

Meribeth era imparcial, al parecer la quería y defendía tanto como a su hijo y no era para menos, ellas habían pasado por mucho cuando se conocieron.

—¿Y a dónde iría? No tengo amigos, no soy la mejor de las hermanas y...

—Y siempre se puede tener un nuevo inicio. —La visión se le cristalizó, su matrimonio con la bestia escocesa la había hecho ver lo infeliz que era en Escocia—. Kornmack ha rehecho su vida y ambas lo sabemos. —Claro que lo sabía, no había día que no leyera la estúpida nota de lady Berricloth—, tú mereces hacer lo mismo.

¿Rehacer su vida?

En realidad, ella haría su vida, dado que la mayor parte de ella vivió encerrada en el campo.

—Lo pensaré.

Si por un momento pensó que podría olvidar las palabras de su amiga, todo cambió cuando el mayordomo le informó que tenía una visita.

¿De quién podría tratarse?

Ella no tenía amigos.

Todo su cuerpo se sacudió de la pura rabia al ver al duque de Carlisle en el salón verde y apretó la mandíbula al recordar como ese hombre retó a duelo a su hermano mayor por anular su compromiso con su pequeña hermana. Por suerte, el duelo nunca se efectuó y Francis no salió más herido de lo que en ese momento ya estaba, debido a un psicópata que quería lastimar a su mujer.

—¿Qué quiere? —preguntó con dureza y el rubio sonrió con cinismo.

—Veo que se acuerda de mí.

—Sí, me acuerdo de usted y no logro comprender la razón de su visita.

—Veo que el sentimiento es mutuo —comentó de pronto—. No nos agradamos, pero podemos hacer un buen equipo para conseguir lo que queremos.

—¿Por qué haría un equipo con usted? —arrugó el entrecejo.

—Es el hazmerreír de Londres, milady. —La piel se le erizó—. Usted lo sabe porque la noticia llegó hasta Escocia.

—¿Qué es lo que quiere? —siseó.

—Vengarme de su esposo y su gente.

Lo miró con interés.

—Se ve como alguien a quien mi esposo aplastaría sin contemplación alguna —se burló y para su sorpresa el duque se rio.

—Por eso estoy aquí. —Enarcó una ceja con curiosidad—. Desafiarme directamente sería cavar mi propia tumba —asintió—, pero ¿qué podría hacer él si es su mujer quien me quiere a su lado? —se tensó—. El orgullo de un hombre rechazado controla hasta a la peor bestia.

—¿Qué está insinuando?

—Él tiene una amante, yo podría ser el suyo. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante tan absurda propuesta y agradeció que él aclarara su idea con bastante prontitud—. Solo de nombre, no tengo intención de tocarla. —Ella tampoco quería que eso sucediera—. Simplemente quiero darle donde más le duele: un debilucho inglés le quitará a su mujer.

Ella quería ir a Londres, pero...

—Kornmack no me quiere, no sé si la noticia sobre nuestro supuesto amorío le afecte —decidió ser sincera y por alguna extraña razón los ojos del duque brillaron con intensidad.

—Correré el riesgo.

—Él sólo me proporciona el dinero necesario para mantener la casa en buen estado y tener una buena vida, no tengo atuendos adecuados para acudir a una temporada y...

—Yo me encargaré de todo, si desea incluso podría cederle una de mis casas.

La garganta se le cerró, nunca pensó que llegaría el día en el que ansiaría tanto llegar a

Londres.

—¿Y su reputación?

—Se dice por ahí que los canallas siempre se salen con la suya, así que decidí ser el peor de todos —se encogió de hombros y Raphaella cerró las manos en dos puños, no muy segura de que debía hacer.

—¿Él no será una amenaza?

—Kornmack no atacará al amante de su esposa.

—Está bien —respondió sin darle muchas vueltas al asunto, pero lastimosamente el duque nunca le aseguró de que ella estaría libre del peligro que su bestial marido podría representar.

Ryne dejó su taza de té sobre la pequeña mesa de la estancia y se quedó mirando el perfil de la hermosa mujer que últimamente no podía sacar de su cabeza. Sus cabellos color miel estaban atados en un moño bajo y su atuendo totalmente negro le daba un aire melancólico.

—Debe irse, milord, a mi hermano no le hará gracia saber que está aquí —los ojos grises se posaron en él y la garganta se le cerró.

¿Por qué tuvo que fijarse en la hermana de Ewan?

—Me marcharé sólo si me garantizas que estarás bien.

La muerte del pequeño Galen aún la tenía muy afectada.

—Quiero que se vaya —soltó con frialdad y él estiró el brazo para acunar su mano con ternura.

—Una vez que solucione mis asuntos, volveré por ti y haré lo correcto.

Ella merecía un esposo y él quería ser ese hombre; no obstante, para conseguirlo, primero debía encargarse de conseguir el divorcio y ver cómo diablos haría con todos los lazos que creó con su esposa por imbecil.

Nota de autora

Gracias por acompañarme en esta nueva aventura, como pudiste leer todavía queda mucho que contar sobre nuestros canallas. Nos leemos en la siguiente entrega, pero si te gusta mi trabajo, puedes leer a mis Libertinos Enamorados y a Las hijas de Lucifer.

Aliados del amor 01 *Libertinos Enamorados*

Prólogo

Inglaterra, Hampshire. 1830.

Estimada Lisa:

Te escribo esta carta, porque no he tenido el valor suficiente para decirte frente a frente que he de romper nuestro compromiso. Lamento profundamente decirte que no puedo casarme contigo, pues hay una dama que ocupa un lugar muy importante en mi corazón.

He decidido embarcarme mañana y llevarme a Sabrina conmigo, muy lejos de Inglaterra. Espero, puedas perdonarme algún día, nunca quise hacerte daño. Fuiste y serás, una mujer preciosa y maravillosa para mí.

Sé que cualquier hombre deseará casarse contigo y llegarás a ser muy feliz, como nunca lo hubieses sido a mi lado.

Hasta siempre, princesa.

Tu aliado y buen amigo. Duque de Windsor.

Carta enviada el 02 de marzo de 1825

Esa fue la carta que lady Lisa Stanton, hija de los marqueses de Winchester, leyó por más de tres años antes de quemarla y tirarla junto a todas sus esperanzas en un rincón muy lejano y oculto de su corazón.

Por un momento llegó a pensar que los años de amistad, complicidad y aventuras, harían que lord Windsor llegara a quererla y apreciarla más que como a una pequeña hermana. Ella deseaba que la mirara como la mujer que crecía junto a él, que se moldeaba a sus preferencias y buscaba ser perfecta para él. Pero no... Ella no era como Sabrina, ella no tenía los rizos dorados, bucles perfectos, ni el cuerpo escultural. Lisa simplemente era ella; una dama de cabellera castaña, ojos verdes y rostro común —por no hablar de sus enormes labios—. Su madre aseguraba que si no se casaba esta última temporada, se consagraría como una solterona sin remedio, pues un hombre poderoso y deseado la había convertido en el hazmerreír de toda Inglaterra cuando la dejó plantada a tan sólo días de su boda.

«Ya no más Lisa, ahora eres distinta».

Fueron meses de trabajo, todo tipo de torturas que dieron como resultado lo que su madre buscaba. Ya no era lo que todos quería ver: una dama sin gracia, con kilos de más caminando por los senderos de Hyde Park. Estaba delgada, lo había conseguido, pero aún no era esbelta ni

mucho menos una beldad. Tenía veintitrés años, era su última temporada y su padre había aumentado su dote a treinta mil libras con el fin de atraer a algún hombre empobrecido al matorral.

Esa era su última oportunidad, y si todo salía bien ella podría recibir su dote a la mayoría de edad y largarse de ese horrible entorno que le privó de su libertad, que le arrebató su seguridad y que le hizo ver lo detestable que podía llegar a ser una persona por ambición.

En un tiempo deseó ser la duquesa de Windsor, una esposa perfecta que fuera capaz de mantener a su marido en su lecho; pero ahora, sólo quería quedarse como Lisa Stanton, una mujer que logró huir de las garras de un matrimonio desdichado que la habría condenado a ver como otra recibía el amor que ella quería para sí misma.

Nunca se casaría sin amor de por medio, y como nadie la amaría jamás, prefería largarse.

—Nuestro padre rechazó tres ofertas de matrimonio hoy —le dijo su hermana menor, quien leía tranquilamente uno de los libros que abundaban en la biblioteca.

—Posiblemente se deba a que todos me triplican la edad y su aliento es capaz de embriagar a cualquiera —ironizó, blanqueando los ojos.

El conde de Ross, su hermano mayor, alzó la vista del libro de cuentas.

—Lo he estado pensando, ¿qué tal si te casas con Beaufort?

Ella enarcó una ceja, divertida.

—¿El hombre más deseado de Gran Bretaña?

—Por no decir el más rico y atractivo —añadió Riley y ambos la miraron.

—¿Cómo lo sabes? Tú no sales de Hampshire.

La pequeña de trece años alzó el rostro.

—Leo el periódico, hermano, no hace mucho hicieron una ilustración de él y... Sí, es hermoso.

—Buena chica. —Sonrió el conde y regresó su atención hacia su otra hermana—. Beaufort amaría tener treinta mil libras más.

Lisa evitó rodar los ojos, otra vez. El duque era el sueño de cualquier mujer, pero ella no quería volver a comprometerse ni por palabra, ni emocionalmente.

Menos si era por conveniencia.

—¿Por qué no esperar un año, hermana? Así podrías recibir tu dote e irte lejos —sugirió la pequeña y rio por lo bajo ante el gruñido de su hermano mayor—. Papá dijo que se lo daría todo —agregó, risueña.

—Querida Riley, ve a ver si tu institutriz llegó, dile que te enseñe que tipos de consejos debes dar a una dama casadera.

La niña hizo un mohín y saltó del sillón. Su diminuto tamaño apenas y le permitía colocar el libro en su lugar.

—Gracias por el consejo, Riley. —Le guiñó el ojo y la niña salió corriendo de la biblioteca bajo la fulminante mirada de su hermano mayor.

—No lo harás. Debes casarte, tanto nuestros padres como yo queremos saber que alguien cuidará de ti cuando nosotros no podamos.

Bufó.

—Tienes veintiocho, Ross, eres cinco años mayor que yo, dudo que mueras tan pronto, por lo que tendrás para largo de tu hermosa hermana.

Si bien el conde sonrió, Lisa sabía que no era lo que quería para ella.

—Tu dote está captando la atención de muchos caballeros, así que ve eligiendo a los más convenientes entre las alternativas. Nuestra madre va a casarte porque es su mayor anhelo y si su futuro yerno tiene título, mejor.

—Seamos francos, mamá no supera que Windsor haya roto el compromiso.

Los movimientos de Ross cesaron, dejándolo tenso mientras cerraba el libro de cuentas.

—Nunca debí haberlo traído, debí sospechar que su irresponsabilidad solamente nos traería problemas.

Su hermano terminó odiando a uno de sus mejores amigos por su culpa —aunque no le creía del todo porque no hace mucho Lisa descubrió que él recibía cartas de Windsor—, porque no era lo suficientemente hermosa como para retenerlo. Sin embargo, ahora estaba diferente, ella se sentía bien consigo misma y eso era suficiente para atraer a cualquier hombre.

Lástima que no le interesara eso por ahora.

¿O sí?

—De acuerdo, me casaré esta temporada —mintió. Una mentirita piadosa.

—Claro que lo harás —convino una tercera voz, y un leve escalofrío recorrió su espalda.

Genial. Lo que le faltaba.

—Mañana mismo partiremos a Londres. Madame Gale te confeccionará vestidos maravillosos —espetó la marquesa de Winchester, llena de regocijo—. Ahora te verás preciosa en cualquiera, tu cuerpo está mucho mejor.

—Antes no se veía mal —aclaró Ross, a él siempre le pareció hermosa.

—Tonterías —ladró la marquesa—. Estaba gorda y fea.

—Ay madre, siempre tan amorosa. —Lisa sujetó la falda de su vestido y se dirigió hacia la salida de la biblioteca—. Si me permiten, iré a ver que puedo comer en la cocina. —La provocó y su madre chilló, siguiéndole sin parar para asegurarse que no comiera nada durante toda la tarde.

No lo haría.

A decir verdad, le daba terror volver a ser como era antes.

—Hija, ¿estás lista para tu última temporada? —inquirió mientras ambas caminaban por el jardín.

—Sí —contestó vagamente.

La verdad era que no estaba lista para nada, pero... era parte de la vida, una nunca sabría qué le podría esperar dentro de los salones de bailes.

Quizás le sucediese algo interesante esa temporada.